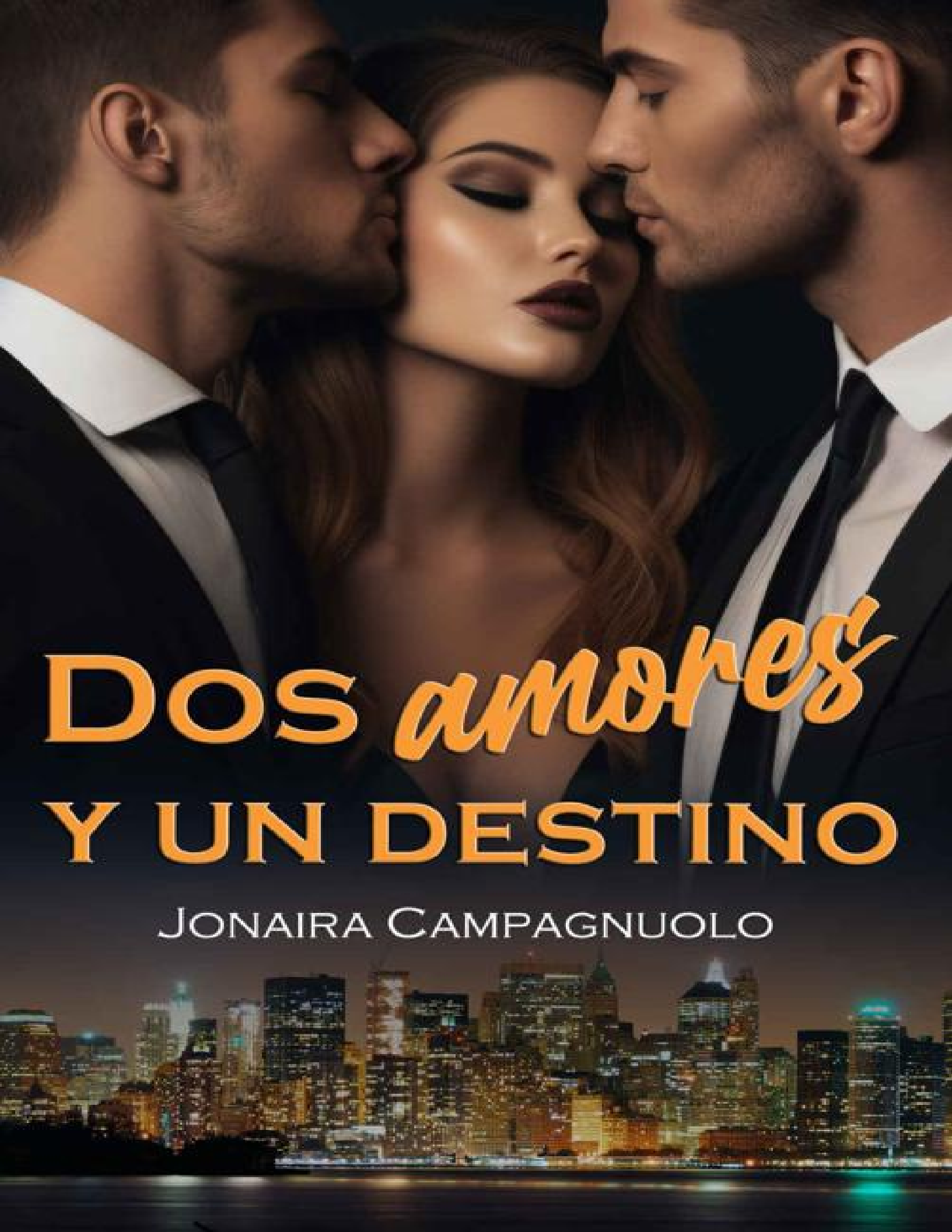

Dos amores
Y UN DESTINO
Jonaira Campagnuolo

DOS AMORES Y UN DESTINO

Jonaira Campagnuolo

DOS AMORES Y UN DESTINO
Copyright © 2024 Jonaira Campagnuolo
Primera Edición Junio de 2024
SC: 2406148250433

© Diseño de portada e interior: **Jonaira Campagnuolo**
© Imagen de portada: www.freepink.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la trasmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1.
Capítulo 2.
Capítulo 3.
Capítulo 4.
Capítulo 5.
Capítulo 6.
Capítulo 7.
Capítulo 8.
Capítulo 9.
Capítulo 10.
Capítulo 11.
Capítulo 12.
Capítulo 13.
Capítulo 14.
Capítulo 15.
Capítulo 16.
Capítulo 17.
Capítulo 18.
Capítulo 19.
Capítulo 20.
Capítulo 21.
Capítulo 22.
Capítulo 23.
Capítulo 24.
Capítulo 25.
Capítulo 26.
Capítulo 27.
Capítulo 28.
Capítulo 29.
Capítulo 30.
Capítulo 31.
Capítulo 32.
Capítulo 33.
Capítulo 34.
Capítulo 35.
Capítulo 36.
Capítulo 37.
Capítulo 38.
Capítulo 39.
Capítulo 40.

Capítulo 41.
Capítulo 42.
Capítulo 43.
Capítulo 44.
Capítulo 45.
Capítulo 46.
Capítulo 47.
Capítulo 48.
Capítulo 49.
Capítulo 50.
Capítulo 51.
Capítulo 52.
Capítulo 53.
Capítulo 54.
Capítulo 55.
Capítulo 56.
Capítulo 57.
Capítulo 58.
Capítulo 59.
Capítulo 60.
Capítulo 61.

Capítulo 1.

Brianna Griffin se levantó de su silla cuando su apuesto jefe pasó como un rayo frente a su escritorio. Dejó que sus pupilas se degustaran con su atractiva anatomía hasta que él desapareció dentro de su oficina.

Trevor Harmon era un hombre alto y muy elegante, de cuerpo atlético y cabellos negros espesos, que siempre llevaba muy bien peinados. Aunque su mayor cualidad era su mirada, que resultaba tan intensa que parecía hecha de fuego.

En medio de un suspiro ella tomó su agenda y un bolígrafo y lo siguió. Él ni siquiera la había notado por estar discutiendo a través de su teléfono móvil con algún cliente terco.

La oficina del presidente de la firma de abogados Harmon y Asociados era el lugar más hermoso de aquel edificio. Se trataba de un salón amplio, con una decoración sobria y moderna y unas hermosas vistas al downtown de Seattle y a la bahía.

Trevor se había sentado en su butaca y le daba la espalda a Brianna mientras continuaba con su discusión telefónica. Su mirada se perdía en las aguas del estrecho de Puget.

—No podemos aceptar esa postura, Todd, perderemos más de lo estipulado. Convéncelo de que ir a juicio será un infierno. Él cometió un error, él debe pagar por eso, el dinero no es un problema. Cualquier suma que le impongan la recuperará en pocos meses —decía con tono enfadado.

Brianna se sentó en una silla frente a él y buscó hacer el menor ruido posible. Era tan silenciosa como un ratón, algo que Trevor Harmon agradecía porque sus nervios las últimas semanas estaban a flor de piel.

Ella tan solo llevaba un mes trabajando para su oficina, pero ya parecía conocer a la perfección las mañas y costumbres de su jefe. Trevor era disciplinado y exigente consigo mismo, aunque también, con el personal que lo acompañaba.

Su anterior secretaria se había jubilado hacía poco y ella tuvo que batallar con otras treinta mujeres bien preparadas para ganarse el puesto.

Lo que la ayudó fueron sus estudios en derecho familiar, que, aunque no estaban relacionados con la especialidad de esa firma, le otorgaba conocimientos en abogacía que a Trevor le servían.

Estaba tapiado de trabajo y necesitaba a alguien que de verdad pudiera darle una mano con los casos pendientes.

Aunque Brianna no había podido ejercer, porque apenas se graduó salió embarazada y le tocó cuidar de su pequeño hijo ella sola, ya que el padre decidió borrarse, siempre se mantuvo actualizada haciendo cursos por internet y realizando uno que otro encargo para amigos y allegados.

Pero el trabajo como secretaria principal de Harmon y Asociados era mejor que hacer esas tareas por su cuenta. La paga era generosa y ella necesitaba con urgencia de ese dinero.

—Señorita Griffin, suspenda el almuerzo de esta tarde con el señor Nakamura.

La mujer alzó las cejas, sorprendida. No se había percatado que su jefe había dejado de hablar por estar sumergida en sus pensamientos.

—Esa reunión es muy importante, señor Harmon. Está a punto de cerrar un acuerdo de trabajo con la corporación que él maneja. No es recomendable que suspenda ese almuerzo.

Trevor se recostó con cansancio en la butaca y emitió un suspiro que a ella le conmovió. Con eso reveló una enorme preocupación.

—Mi abuelo está muy mal, tuvieron que internarlo hace unos minutos. Vine para firmar unos cheques para administración, pero debo irme ya al hospital.

El corazón de Brianna se astilló por esa noticia. Tenía a su madre muy enferma de cáncer y sabía por experiencia propia lo duro que era tener un familiar con un estado de salud crítico.

Trevor Harmon no tenía padres, ellos había muerto cuando él apenas era un niño de cinco años. Su abuelo era lo único que le quedaba en la vida. Por eso se desvivía tanto por él.

—Lo siento mucho, señor Harmon. Ya mismo me comunicaré con la oficina del señor Nakamura para avisar de la cancelación de la reunión y del estado de salud de su abuelo. Nakamura siempre pregunta por su salud.

Se puso de pie para salir de la oficina, pero Trevor la detuvo.

—Espere, señorita Griffin. —Cuando ella lo encaró de nuevo, descubrió que él la veía con un enorme interés. La repasaba de pies a cabeza como si estuviese valorando su ropa o su cuerpo. Esa última idea le alborotó cientos de mariposas en el estómago—. No es casada, ¿cierto? Aunque tiene un hijo de nueve meses.

Brianna asintió, nerviosa, sin saber el motivo por el que él sacaba a colación ese tema.

—Así es, señor Harmon. Soy madre soltera —expuso sin poder evitar que el dolor por las pérdidas que había tenido hacía poco aún le afectaran.

—Y según tengo entendido, el problema de la doble hipoteca que asumió para pagar las quimioterapias de su madre le está robando el sueño. Si no comienza a ponerse al día con esos pagos, no solo puede perder la casa, sino que esa deuda complicará que siga costeando el tratamiento de su madre.

Brianna bajó el rostro para fijar su atención en el suelo. Sus problemas económicos no solo la angustiaban, sino que también, la avergonzaban.

Por ellos se había visto obligada a trabajar como una simple secretaria en vez de esforzarse por asumir su cargo como abogada. Había permisos y otras obligaciones que debía tramitar para ejercer su profesión y no tenía el dinero necesario para hacerlo.

—Sí, señor, estoy urgida de dinero, pero eso no será excusa para hacer mal mi trabajo en su oficina. Sepa que estoy poniendo todo de mi parte para que usted…

—¿Ha pensado en casarse?

Ella quedó muda ante esa pregunta.

—La verdad es que… No, señor. Por ahora no pienso en eso —respondió Brianna.

La mirada intensa y calculadora de Trevor se clavó en sus pupilas, inquietándola.

—¿Y si le ofrezco matrimonio a cambio de dinero? —Los ojos de Brianna se abrieron en su máxima expresión y hasta dejó de respirar por un instante—. Verás… —dijo él y bajó la vista un instante, como si le pesaran sus próximas palabras—. En realidad, mi abuelo está a punto de morir, su médico habló conmigo esta mañana para contarme la realidad de su condición y quiero darle una tranquilidad antes de que parta de este mundo.

Alzó la cabeza para encararla, encendiendo el pecho de la chica con el ardor que escapaba de sus ojos negros y voraces.

—Esta firma es sólida gracias a la imagen familiar que siempre hemos reflejado. Los clientes confían en nosotros, en parte, por ese motivo. Como el señor Nakamura, quien luego de año y medio de gestiones al fin decidió establecer una sociedad con nosotros. Por eso mi abuelo me exige que me case, para no perder esa cuenta y debilitar nuestra imagen, pero me ha costado cumplir con sus reclamos porque el trabajo me ha absorbido y no he tenido tiempo para establecer una relación seria. Ahora me urge presentarle a una prometida para que la ansiedad no resquebraje aún más su salud y Nakamura quede satisfecho. Por eso te pregunto, ¿aceptarías

negociar un matrimonio por conveniencia conmigo?

La propuesta empalideció a Brianna, le resultaba imposible creerse lo que él le pedía.

—¿Casarnos? ¿De mentira?

—No será una boda de mentira, sino de verdad, que mantendremos por uno o dos años. Todo depende del tiempo que resista mi abuelo en este mundo. Nos divorciaremos un tiempo después de su muerte para guardar las apariencias. Recibirás una buena recompensa por tu sacrificio, con eso pagarás la doble hipoteca y le garantizarás a tu madre su tratamiento de por vida, así como seguridad para tu hijo.

«¿Sacrificio?», pensó Brianna. Casarse con Trevor Harmon jamás sería un sacrificio.

—Señor, eso es…

—Piénsalo —la interrumpió—, pero no puedo darte mucho tiempo. Me urge tener una respuesta esta misma tarde.

—Pero, yo…

Ella no supo qué decir, las palabras las tenía atragantadas en la boca, junto a esa oferta y todo su pasado accidentado lleno de sufrimiento y traición.

—Tómate la mañana libre para reflexionar mi propuesta mientras yo estoy en el hospital —accedió él—, y durante el almuerzo me cuentas qué piensas al respecto. Solo te pido discreción, ¿puedes concedérmela?

Ella asintió, muda por la impresión, y enseguida salió de la oficina.

Recogió sus pertenencias manteniendo el mismo silencio y así se fue del edificio. Al llegar a su casa enseguida entró en la habitación de George, su niño, un chico rubio y regordete que jugueteaba con placidez dentro de su corral.

La niñera, al verla llegar temprano, los dejó a solas para que compartieran un rato mientras ella iba a comprar unas frutas para hacerle una compota de merienda al bebé.

Brianna se sentó frente al niño y jugueteó con él llenándolo de besos antes de especular en su accidentada vida. George la miraba con adoración con sus grandes ojos verdes, unos que a ella le hacían encoger el corazón.

—¿Qué dices, mi amor? ¿Asumimos el riesgo? —le preguntó.

Se sentía confundida y ansiosa. Nunca imaginó que su apuesto jefe le propusiera algo similar. No se consideraba a la altura de las circunstancias.

Trevor Harmon era un hombre que podía tenerlo todo en la vida. Era rico y presidía una de las firmas de abogados más importantes de la ciudad, que dirigía con mano de hierro.

Era entendible que estuviese apurado por resolver su falta de compromiso matrimonial si la salud de su abuelo seguía deteriorándose, pero lo que no comprendía era por qué la había elegido a ella.

No la conocía de nada, ni su pasado ni sus intenciones.

—Sabe que estás al borde de la miseria —se respondió a sí misma—. Está seguro de que no te negarás y eso lo ayuda a acelerar la solución a sus problemas.

Sí, Trevor Harmon no la conocía de nada, pero sabía lo importante: la enorme necesidad de dinero que ella tenía, una que él podía cubrir. Eso le garantizaba el éxito.

—Vamos, amor, será solo por uno o dos años —le dijo a su hijo como si estuviera convenciéndolo de la locura que estaba a punto de cometer, aunque en realidad, se convencía a sí misma—. Maldición, será solo por uno o dos años —se respondió insatisfecha. Un matrimonio con un hombre atractivo y rico debería durarle toda la vida.

Estalló en risas al comprender lo absurdo de sus pensamientos., aunque la diversión no le duró mucho.

Era consciente de que si aceptaba, todo su mundo se pondría de cabeza, incluyendo a su corazón.

Capítulo 2.

Se reunieron durante la tarde en un restaurante alejado del edificio de la firma. Trevor no quería que algún conocido los molestara, necesitaba concentrarse en esa conversación.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó para romper el hielo.

Brianna llegó a la cita tan tensa como las cuerdas de una guitarra, aunque preciosa. No llevaba puesto los trajes sobrios y discretos que debía utilizar en la oficina, sino un vestido floreado de tela vaporosa que remarcaba sus generosas curvas y se dejó suelta su larga cabellera castaña.

Él amaba las cabelleras largas de suaves risos, como la que ella poseía. Tenía un fetiche con ellas. Soñaba con que le cubrieran el pecho y el rostro cuando estuvieran desnudos en la cama.

Se aclaró la garganta y llamó enseguida al mesero para evitar seguir pensando en su secretaria de manera provocativa.

No podía verla como una mujer dispuesta para sus juegos sexuales, ya que ese día pensaba establecer con ella un acuerdo de matrimonio por conveniencia.

Las cláusulas debían ser muy claras y respetuosas para que nadie saliera herido. Él tenía una exigente firma de abogados que manejar y ella una familia que cuidar.

—Mi madre ahora está bien, gracias —respondió la mujer, inquieta—. Las semanas en que le tocan las quimioterapias es que la pasa muy mal, esta ha sido tranquila.

Él asintió, sin saber qué otra cosa decir. Su abuelo sufría de problemas del corazón y desgaste de los pulmones, sabía muy bien lo terrible que podían volverse esos tratamientos fuertes.

—Espero te guste el pescado que preparan aquí. Es uno de mis favoritos.

Brianna sonrió, complacida por haber conocido ese pequeño detalle de él. Era como si hubiesen iniciado la intimidad de la convivencia marital, una que suponía, era para conocerse a fondo, hasta en los detalles más pequeños.

Como nunca había pasado mucho tiempo con una pareja, no sabía hasta qué punto podía llegar la confianza.

Tal vez conocer hasta el más pequeño detalle de otra persona podía volverse un arma de doble filo, pero estaba segura que con su jefe aquello sería una experiencia fascinante.

—No soy una gran fanática del pescado, pero reconozco que no he estado en los sitios más adecuados donde me puedan dar a probar uno realmente bueno. Este lugar parece ser especialista —dijo y lanzó una mirada maravillada a los alrededores, perdiendo así, algo de su tensión.

Nunca había estado en un restaurante tan elegante y lujoso. Aquel lugar, a pesar de tener un ambiente caribeño y playero, era un derroche de excentricidades.

La gente que asistía allí parecía exudar dinero y poder, haciéndola sentir mínima.

¿En ese tipo de ambiente ella debía desenvolverse de ahora en adelante si pretendía casarse con él?

—¿Qué has pensado sobre lo que hablamos en la oficina? —quiso saber Trevor. Había querido esperar a estar más relajados para entrar en el tema, pero la ansiedad lo corroía.

Cuando tenía un proyecto en mente lo abordaba sin distracciones. Con aquel estaba algo apresurado, porque el tiempo jugaba en su contra.

—Bueno… La verdad es que no entiendo cómo pudo elegirme a mí para esta propuesta. De seguro tiene otras opciones mucho mejores.

Él sonrió de medio lado. A ella ese gesto le encantó.

—No fue algo improvisado, llevo semanas reflexionando cada una de mis posibilidades y siempre eres tú quien me resulta la mejor opción.

—Pero… no me conoce de nada.

—Ese es uno de los motivos por los que te elegí. A las otras mujeres las conozco mucho y sé que no son adecuadas, ni siquiera, ante los ojos de mi abuelo, que espera al menos, un matrimonio basado en el respeto —le confesó, lacerándola con la intensidad de su mirada oscura —. No estaba en mis planes casarme en estos momentos, antes quería dedicarme a hacer crecer la firma y fortalecerla hasta lograr que fuera una de las más importantes de la región, pero… necesito una esposa para que eso se haga realidad.

—¿Por qué? —preguntó curiosa.

—Porque es algo que valoran mucho los clientes de mayor peso, como el caso del señor Nakamura. Mi abuelo comprende eso, por eso me exige que cumpla con esa promesa.

Ella asintió y recordó a aquel hombre serio y silencioso que parecía rondar los ochenta

años.

Por su edad y cultura debía considerar el matrimonio como un vínculo sagrado y parte fundamental de la vida adulta, que podía influenciar el tipo de comportamiento de un hombre en lo profesional. Ya que marcaría el nivel de compromiso, lealtad y dedicación que imprimía a cada cosa que hacía.

Nakamura era un hombre mayor con principios y costumbres muy arraigadas, pero además, un millonario dueño de empresas pujantes en Seattle. Su inclusión dentro de la cartera de clientes de Harmon y Asociados haría de esa consultoría una de las más fuertes y estables de la región.

Era lógico que tanto el abuelo de su jefe, como su jefe mismo, fuesen capaces de hacer hasta lo imposible por lograr esa asociación.

Para uno era la cristalización del trabajo de toda su vida, y para el otro, la catapulta a su éxito profesional.

—Entiendo que esta boda sea muy importante para ti y para tu familia, pero, aunque estés obligado a hacerla, supongo que no deseas que sea una experiencia aburrida.

Trevor aumentó la sonrisa.

—No quiero que sea traumática, ni para ti ni para mí. Por eso estudié tus referencias antes de atreverme a hacerte la propuesta, incluso, le pagué a un policía amigo para que revisara tu expediente policial.

—¡No tengo expediente policial! —exclamó ofendida.

—Ya lo sé, eso me tranquiliza. Si hubieses tenido, aunque fuese una pequeña mancha, jamás te habría dicho nada.

—¿Y ser un poquito mala no le pondría más picante al asunto?

Él la observó impactado. Brianna hizo aquella pregunta asumiendo una postura y un tono pícaro que en su rostro angelical producía un gran contraste, uno que a él le gustó.

Una vez más la visualizó en su cama, desnuda, siendo traviesa e implacable. La sangre le ardió en las venas y tensó su cuerpo provocándole un leve estremecimiento.

Se regañó internamente por esos pensamientos y se obligó a apartarlos de su mente, al menos, mientras se encontraban en público.

—La verdad, es que sí, pero prefiero ser precavido —reveló sonriente.

Brianna también sonrió, aunque pronto recuperó su seriedad y se puso rígida.

—¿Y qué otras cosas… averiguaste de mí? —consultó inquieta.

—Que eres una buena chica, sin prontuario policial y con las mejores calificaciones, tanto en tu colegio y como en la universidad. Te graduaste con honores. —Ella asintió, sin poder evitar que la tristeza le empañara el rostro. Luchó por tener la mejor formación académica, pero nunca pudo desarrollar su carrera profesional—. Tus notas y el trabajo que hiciste como pasante para el Departamento de Protección Familiar del estado te califica como una excelente abogada de familia, pero supongo que no pudiste dedicarte a la abogacía por la repentina muerte de tu padre, la enfermedad de tu madre y tu embarazo.

Los ojos de Brianna se llenaron de lágrimas de pesar. Aquellos tres golpes le llegaron al mismo tiempo, así como otros que acentuaron el dolor y la agonía que tuvo que vivir durante meses antes de reponerse y luchar por los amores que aún quedaban a su lado: su hijo y su madre.

Su padre, al enterarse del terrible diagnóstico de su esposa, se deprimió y bebió más de la cuenta en un bar. Temía no encontrar el dinero suficiente para evitar perderla. Murió al chocar su auto contra un árbol por culpa de la borrachera.

—Fueron tiempos muy difíciles.

—Por eso te elegí. Una persona que haya pasado por tanto y sea capaz de dedicarse a trabajar en un oficio distante de su carrera profesional, para así brindarle seguridad a su hijo y asegurar la salud de su madre es admirable. Me gusta la gente que nunca se rinde.

Ahora Brianna sintió vergüenza. Sí se rendía, hubo momentos en su vida en que fue una cobarde y prefirió huir que enfrentar la tormenta.

—Hay mucho que no sabe de mí —dijo con tristeza, pero Trevor lo que hizo fue mirarla con mayor admiración.

—Esa será la parte divertida de nuestro matrimonio. ¿No crees?

Ella sonrió, pero pronto ambos retomaron la seriedad. Ninguno debía olvidar que aquello sería un matrimonio por conveniencia.

Un pacto que beneficiaría a ambas partes por un tiempo determinado y bajo parámetros establecidos. No era una relación en toda regla.

No había amor y, probablemente, nunca lo hubiera. O eso creían.

El mesero llegó con el pedido e interrumpió la conversación. Ellos se dedicaron a comer mientras hablaban del buen sabor y de la exuberante presentación de los alimentos, una experiencia novedosa para Brianna.

Trevor le contó de otros buenos restaurantes que ofrecían un menú similar y al que estaría encantado de llevarla si aceptaba su propuesta. Gracias a eso, volvieron a tocar el tema del matrimonio cuando ya degustaban el postre.

—No te niego que me da un poco de miedo este plan. Temo que terminemos haciéndonos daño —expuso ella.

—Para eso serán las cláusulas que estableceremos antes y marcarán nuestro comportamiento dentro y fuera de la que será nuestra casa.

Aquella «nuestra casa» hizo estremecer a Brianna. En los labios de su jefe sonaba muy íntimo y excitante.

—No quiero que sea un riesgo para mi hijo. Que llegue a acostumbrarse a ti y luego te pierda.

La preocupación de ella lo tomó desprevenido. No había considerado esa posibilidad.

—Eres abogada de familia, pon las condiciones necesarias para asegurar el bienestar de tu hijo.

—No soy abogada de familia —expuso ella y fijó la mirada en la mesa.

—Lo eres, tienes el título y algo de experiencia. Luego nos ocuparemos del tema de los permisos.

Esa última promesa le aceleró el corazón. Él ya hablaba en términos de «nosotros», como si estuviese seguro de que ella aceptaría la propuesta.

—Solo dime algo —volvió a intervenir Trevor—. ¿Quién es el padre del niño?

El rostro de Brianna perdió todos sus colores por esa pregunta. La conversación llegó al punto que ella quería evitar, un tema por el que no cedería.

—Él murió antes de que naciera George —mintió, sin arrepentimientos.

Sus secretos morirían con ella, así se lo había jurado en el pasado.

Capítulo 3.

Se casaron tan solo dos semanas después. Trevor invirtió el dinero necesario para que la celebración se llevara a cabo en el menor tiempo posible y en la mayor intimidad.

El abuelo de Trevor aceptó participar en la boda porque al conocer a Brianna le pareció una chica dulce y simpática, muy diferente a la anterior prometida de su nieto.

Ya antes lo había obligado a que se casara con Naomi Morgan, una antigua novia de Trevor que resultó estar mal de la cabeza. Por sus exigencias, casi lo lleva a la muerte. Por culpa de esa mujer su nieto estuvo a punto de perder la vida.

Por eso el hombre había decidido no volver a insistir en el asunto. No estaba muy a gusto con este segundo intento de Trevor, pero igual lo dejó encargarse de todo.

De parte de Brianna tan solo estuvo presente su madre y la niñera de su hijo, para darle una mano con el cuidado de George.

Y por parte de Trevor estuvo presente su abuelo, quien permaneció en sillas de ruedas y acompañado por un enfermero.

También asistió su socio Todd Sonett, que parecía no abandonarlo ni en las buenas ni en las malas, y Virginia, una empleada de la mansión Harmon que llevaba muchos años de servicio y se había convertido casi en familia. Trevor la veía como una tía.

La ceremonia fue bonita y sencilla, teniendo al final una cena y un brindis. Los únicos invitados en retirarse al final fueron Todd, el enfermero y la niñera. El resto viviría con ellos en la mansión como lo habían estipulado en el acuerdo prenupcial.

A Brianna y a su familia le asignaron habitaciones en el ala este, que daban a un hermoso jardín plagado de crisantemos y claveles. Su madre estaba encantada con el lugar, aunque no dejaba de sentir recelo por lo sucedido esa noche.

—De todas las locuras que has cometido en la vida, hija, esta es la peor —habló mientras revisaba a su nieto, que dormía con tranquilidad en su cama/cuna.

La joven respiró hondo mientras colgaba en una percha su vestido de bodas. Se trataba de una fina pieza de organza con escote tipo Bardot de color celeste y aplicaciones de flores y perlas. Nunca había usado un traje tan elegante y hermoso en su vida, por eso estaba encantada con él.

Ese había sido uno de los tantos regalos que Trevor le dio por haber aceptado casarse.

—Lo sé, mamá, pero lo necesitábamos.

Kendra Griffin resopló con molestia.

—Hubieses dejado que perdiéramos la casa por las hipotecas. Yo estaba dispuesta a irme luego a un geriátrico y tú podías alquilar un lindo apartamento en el centro.

Ahora fue Brianna quien resopló divertida y se acercó a ella para sentarse a su lado.

—Ningún geriátrico es barato, a menos que sea uno popular abarrotado de ancianos y con escasas comodidades. Y yo hubiese tenido que vivir con George en un piso diminuto, sin calefacción y sin niñera. Mis ahorros no iban a ser capaces de cubrir esos gastos además de las quimioterapias y el resto de los tratamientos. Entonces, madre, ¿te sigue pareciendo esta una mala decisión?

Señaló la amplia habitación, que incluía un cómodo salón privado y un área de juegos equipada con infinidad de juguetes que George amó desde el primer momento.

Kendra observó el lugar con desánimo.

—No es una mala decisión, pero sí una locura. Ahora estás atada a ese hombre de por vida, un sujeto a quien no conoces y quien pudiera tratarte mal en el futuro.

—Recuerda que esto no será de por vida —dijo con pesar—. Además, en los acuerdos que firmamos hay límites que él no puede cruzar, por más dinero que tenga.

—Es uno de los mejores abogados de Seattle, encontrará las maneras de librarse de cualquier culpa.

Brianna suspiró con abatimiento.

—No tenía más opciones, mamá. Hice lo mejor para ti y para mi hijo. Trevor me garantizó una seguridad que ni en mil años yo hubiese logrado alcanzar por mi cuenta. Acompáñame a disfrutarla mientras dure.

Kendra se irguió y acunó las manos de su hija entre las suyas antes de hablarle.

—Está bien, no te atormentaré más con ese tema. Ya estás casada y ya estamos aquí, nuestra casa está salvada y esperará pacientemente a que regresemos cuando este trato termine, todas mis terapias están aseguradas y George está feliz bajo un techo seguro.

—Es más de lo que pudimos planificar hace dos semanas.

—Sí, es mucho más, solo espero que esto no te genere otra herida, hija. Ya tienes una muy profunda en tu corazón, que aún no has superado.

Sin decir nada más, Kendra se retiró a su habitación caminando con lentitud. La agitación de ese día la hizo sentirse cansada y un poco adolorida.

Brianna quedó allí, algo perturbada y con los ojos húmedos por lágrimas de pena. Sabía que su madre la había escuchado llorar una hora antes de la ceremonia, cuando se alistaba dentro del baño.

Y es que no pudo evitarlo. Ese día su vida había experimentado un cambio muy drástico porque aquel matrimonio representó un fin a sus esperanzas y anhelos.

Por el bien de su hijo y de su madre se obligó a apagar la llama que permanecía encendida en su pecho por ese amor por el que tanto había esperado, pero que nunca dio señales de vida. Por el padre de su hijo.

Debió decirle adiós a ese tonto sueño de mujer enamorada, una que aún amaba a pesar de los golpes recibidos. Esa despedida, aunque fue necesaria, resultó dolorosa. Ahora debía esperar a que cicatrizara y la dejara vivir en paz.

Para no seguir atormentándose con sus recuerdos, instaló dentro de la cuna de su hijo el monitor del *baby call* que le permitiría escucharlo desde la distancia, y salió de su habitación en dirección al despacho de Trevor.

Él le había dicho, al despedirse de ella esa noche, que se quedaría un rato a revisar los acuerdos de asociación con Nakamura.

Aunque faltaban dos semanas para discutirlos con el hombre y su equipo de trabajo quería ser precavido.

Luego de la boda no acordaron realizar una luna de miel ni vacaciones de ningún tipo. Trevor no solo se esforzaba por lograr un acuerdo multimillonario con Nakamura, sino que tenía un amplio grupo de clientes que exigían de su asesoría personalizada.

Él se había convertido en uno de los abogados corporativos más sagaces y eficiente de la ciudad. Lo buscaban, incluso, del gobierno local para solicitar sus acertadas gestiones.

Nunca tenía calma, aunque con Nakamura alcanzaría un éxito sin precedentes. Uno que consolidaría su carrera llevándola a la estratósfera, lo haría tres veces más rico y convertiría a su bufete en el más importante de la región.

No podía tomarse sus responsabilidades a la ligera, ni siquiera, por su matrimonio por

conveniencia.

Brianna atravesó aquella enorme y distinguida mansión sin poder creerse su suerte. Jamás pensó vivir bajo un techo tan acogedor y fascinante, y todo por haber aceptado la loca propuesta de su jefe.

Mientras avanzaba hacia el despacho, agradeció una vez más el haberse arriesgado a trabajar como secretaria en Harmon y Asociados ignorando el título profesional por el que había luchado con ahínco años atrás.

Ya llegaría el momento en que le diera verdadero valor a su carrera, ahora debía velar por la seguridad de los suyos. Sin eso, no tendría suficiente paz mental.

La puerta del despacho estaba apenas abierta. Por una rendija ella pudo ver a Trevor trabajando tras su escritorio. Era más de la media noche, pero él igual se encontraba allí, vestido con partes del traje que usó para la boda.

Solo se quedó con el pantalón y la camisa, cuyas mangas arremangó hasta los codos y dejó varios botones abiertos permitiendo dar un vistazo a su pecho ejercitado, bronceado y velludo. El chaleco, la corbata y la chaqueta descansaban sobre un sillón apostado contra la pared.

Antes de atreverse a entrar, ella tocó la puerta. Él levantó el rostro ceñudo de los papeles que leía, parecía haberse molestado por la interrupción, pero cuando vio que se trataba de su reciente esposa, su cara se relajó y hasta dibujó una sonrisa perezosa en sus labios.

—Entra —le indicó. Brianna enseguida aceptó su invitación y pasó al despacho.

Iba descalza, y vestida con un pijama de pantalón y camiseta de tela ligera y clara. Jugueteaba con el monitor del *baby call*.

Trevor notó enseguida que ella no llevaba puesto el sujetador. Las puntas de sus senos generosos se marcaban en su blusa de manera provocativa.

Tuvo que apartar los ojos de ese lugar para no perder la razón, pero la tentación era muy grande y él aún continuaba con el deseo a flor de piel desde que la vio aparecer con su vestido de boda entallado y sensual.

Ese día había estado mucho más hermosa que todos los días anteriores, volviendo a su organismo un volcán a punto de erupción.

—¿Qué haces despierta? —preguntó, tratando de fijarse en su cara y no perderse en las provocaciones de su cuerpo.

—Solo vine a desearte buenas noches.

Él sonrió. Debía acostumbrarse a tener a una mujer hermosa y tentadora vagando por los pasillos de su casa.

—Buenas noches, esposa. Espero tengas un buen descanso.

—En la súper cama que hay en mi habitación de seguro voy a hacerlo.

Trevor pensó que su cama era mucho más cómoda, pero en ese lugar ella no lograría dormir nada. Él no la dejaría descansar por semanas.

—Me alegra que estés a gusto con el mobiliario que preparé para ti. Si consideras que falta algo, no dudes en avisarle a Frederick o a Virginia para que se encarguen de conseguirlo —dijo, refiriéndose a su mayordomo y a su empleada de mayor confianza.

—No falta nada, más bien, sobran muchas cosas.

—No escatimé en comodidades para ti y para tu familia.

—Gracias.

Él la observó un instante, degustándose con su cara angelical y dulce. Disfrutó verla a diario en la oficina, cuando trabajaba para él, pero ahora la tendría a cada instante y en cada rincón de su hogar.

Eso podría significar un riesgo. Era fácil prendarse de su mirada dulce y de su cuerpo atrayente.

—Me alegra que hayas venido, así puedo darte una advertencia. —Ella arqueó las cejas con cierta preocupación, no esperó que llegaran tan pronto los inconvenientes—. Sé que te dije hace unas horas que mañana estaría todo el día reunido con Todd, para la revisión de la propuesta que le ofreceríamos a Nakamura, pero hay un cambio de planes.

—¿Qué sucede?

—Desde mi época escolar he tenido dos amigos que antes éramos inseparables. Ahora, por culpa de nuestros trabajos, nos distanciamos mucho. Sin embargo, ellos se enteraron de mi boda y hace minutos me llamaron para reprocharme el no haberlos invitado.

La noticia la calmó en cierto modo, había temido que fuese algo peor que complicara su nueva vida como mujer casada.

—¿Vendrán mañana?

—Sí, los invité a cenar. ¿Puedes estar presente?

—Claro, no iré a ninguna parte —aseguró en tono jocoso, haciéndolo sonreír.

—Si gustas, también puedes invitar a alguien.

Ella pensó en Lynette, su mejor amiga y confidente desde la universidad, a quien no veía desde hacía meses por causa de los agobiantes problemas que enfrentaban ambas. Quizás debía llamarla y contarle su nueva y absurda vida actual e invitarla a esa cena.

Ya podía escuchar las carcajadas de la chica por toda la mansión, burlándose de sus alocadas decisiones.

—Lo haré, tengo una amiga con quien me gustaría retomar comunicación. Es muy divertida, te encantará conocerla.

Trevor se sintió satisfecho. Estaba ansioso por adentrarse en la vida de esa mujer, e incluirla a ella en la suya. Una reunión con amigos de ambos podría servir para conocerse más y acercarse.

Tal vez aquel matrimonio por conveniencia con el tiempo pudiese volverse real, si es que lograban congeniar. Él lo deseaba, comenzaba a cansarse de estar solo.

Sintió tan interesante esa idea que no tuvo tiempo de sospechar el tipo de problemas que aquella convivencia podría generarle.

Nada le importó en ese momento, solo la comodidad de su nueva y sensual esposa.

Capítulo 4.

Albert Harmon había tenido una vida feliz y satisfactoria, dedicada a su familia y a su empresa, pero desde muy joven fue un fumador compulsivo, por eso desde hacía unos años sus pulmones comenzaron a fallar.

A eso le incluía el hecho de heredar complicaciones cardiacas de sus ancestros, que reducían su vida útil. Llevaba un buen tiempo viviendo entre la vida y la muerte, sin saber cuándo su existencia llegaría a su fatídico final.

—Creo que ya estamos en los días —dijo luego de recuperarse de una difícil tos que por poco lo ahoga.

—Estás diciendo eso desde hace más de un año —lo retó Virginia, mientras se retiraba de la habitación con actitud altanera para buscarle el caldo de pollo que le había ofrecido, y que según ella, lo ayudaría a sentirse mejor.

Albert ya no le creía.

—Esa mujer me odia —comentó cuando él y su nieto quedaron solos.

—Pero si no hace otra cosa que velar por tu salud —reprochó Trevor—, ya ni se encarga de la casa por atenderte.

—Échala por irresponsable —respondió molesto.

Trevor soltó una risa divertida.

—Ni en mil años se me ocurriría prescindir de ella. Virginia morirá aquí, como todos nosotros. Es parte de nuestra familia.

Albert masculló frases inentendibles que aumentaron las risas de Trevor. Él sabía que su abuelo se quejaba solo por costumbre, pero jamás dejaría ir a Virginia.

Ella era como una hermana para él. Nadie se atrevía a regañarlo y decirle las verdades en su cara sin dejar de quererlo como lo hacía esa mujer.

—¿Qué tal tu nueva vida de casado? —preguntó el hombre antes de toser un poco más, pero esta vez, sin tanto dolor como minutos antes.

—Bien, aunque tan solo Brianna y yo llevamos un día juntos.

—Es una chica linda y tranquila, pero dicen que esas son las peores.

Trevor sonrió de medio lado, recordando a Brianna y su sonrisa de ángel, así como su cuerpo tallado por demonios de la lujuria.

—Solo el tiempo dirá si cometí un error o no.

Albert suspiró y alzó su mirada al techo. No pudo evitar que sus ojos se empañaran con lágrimas por el efecto de amargos recuerdos.

—Por mi culpa estás en esta situación.

Trevor se aproximó a él buscando su mirada. Al conseguirla, le palmeó un hombro para sosegar la pena que descubrió en sus pupilas.

—Fue mi decisión, abuelo. Tú ya habías renunciado al plan del matrimonio y hasta a la sociedad con Nakamura.

—Porque no quería llevarte a la muerte, como casi lo hago. Se supone que el desahuciado aquí soy yo.

Trevor sonrió con poca gracia.

—No digas eso, y lo que sucedió con Naomi tampoco fue tu culpa, sino un error mío.

—Si no hubiese seguido ese capricho de casarte con ella, conociendo su delicado estado mental, jamás habría sucedido lo del accidente.

—Lo hiciste por el bufete y por los empleados, para garantizarles estabilidad. Incluso, por mí. Esa asociación me convertirá en uno de los mejores abogados corporativos de la ciudad.

—¿A cambio de tu vida? —mascó molesto y giró el rostro para no darle la cara a su nieto.

Trevor respiró hondo antes de hablar. Un año y medio atrás había acordado un matrimonio por conveniencia con su novia de esa época, Naomi Morgan, pero la mujer era algo inestable emocionalmente y, cuando se enfadaba se volvía ofensiva y violenta.

Una noche, luego de haber tenido sexo, él decidió regresar a su mansión y no quedarse con ella, necesitaba revisar los papeles de un convenio. Ella se molestó tanto por el desplante que decidió ir con él, insistiendo en que lo hacía porque había otra mujer esperándolo en su casa.

Discutieron más de la cuenta por el camino, hasta que Naomi comenzó a golpearlo acusándolo de traidor. Trevor perdió el control del auto haciendo que se saliera del camino y cayera en el interior de un canal de drenaje. Los dos quedaron heridos de gravedad.

—Escucha, juntos planeamos el compromiso y establecimos un acuerdo con Naomi. Nakamura jamás se enteró de la precariedad del estado mental de mi prometida ni del accidente,

ni siquiera la conoció en persona, logramos mantener el secreto de lo ocurrido con el personal de mayor confianza. Luego conseguí un reemplazo y seguimos con el plan. Listo. No sigas atormentándote por eso. Nakamura nunca lo sabrá.

—Te dije luego del accidente que te olvidaras de ese plan, que siguieras con tu vida como la habías visualizado antes y dejaras de lado a Nakamura, pero tú lo que hiciste fue buscarte otra mujer para hacerla tu esposa.

—Llevo más de un año detrás de esa sociedad, no iba a perderla por una tontería.

—¡Estuviste a punto de morir!

Un nuevo ataque de tos atormentó al hombre. Trevor ayudó a calmarlo encendiéndole la máquina de oxígeno y recostándolo en la cama.

—Aquí ninguno va a morir, abuelo. A menos, no todavía. Estamos vivos y a punto de alcanzar el éxito —le dijo para serenar aún más sus emociones.

Albert cerró los ojos, con amargura, concentrándose en su respiración para no volver a ahogarse con la tos. El pecho y la espalda le ardían por el esfuerzo.

Al otro lado de la mansión, Brianna estaba reunida con su amiga Lynette, quien había llegado mucho antes de la cena para tener tiempo para ponerse al día.

Se impactó al enterarse que su amiga se había casado con un abogado rico y sexi.

—¡Es una locura! ¿Por qué a mí no me pasan este tipo de cosas?

—No fue algo que busqué, tonta.

—Lo sé, pero… ¿Por qué a mí no me pasan este tipo de cosas? —repitió decepcionada. Brianna se carcajeó divertida.

Lynette era una rubia alta de cabellos cortos, de cuerpo esbelto y bien cuidado. Trabajaba como modelo para un estudio de fotografía siendo imagen de varios productos.

No era una mujer famosa, pero le iba bien en su profesión, además, mantenía una relación abierta con un fotógrafo italiano que no le resultaba un inconveniente.

El hombre le aseguraba trabajo y una estabilidad financiera que la tenían complacida, a cambio sexo sin compromisos.

—Te confieso que estoy un poco aterrada. A cada momento espero que suceda algo que desmorone toda esta perfección —dijo señalando a su elegante y cómoda habitación—. Desde que llegué aquí tengo un extraño presentimiento.

—¡No! Deja de ser pájaro de mal agüero —la regañó Lynette y se dirigió a la ventana para abrirla y encender un cigarrillo—. Disfruta de esta belleza, amiga, y aprovecha el tiempo que estarás aquí para seducir a tu esposito —habló con tono travieso—. Ese tipo está divino.

A Brianna se le coloraron las mejillas por la vergüenza. De ese detalle ya se había percatado cuando trabajaba para él. Trevor era un hombre muy apuesto que nunca pasaba desapercibido.

—En las condiciones del contrato prematrimonial está establecido que debemos respetarnos, no acosarnos ni compartir la cama, ni siquiera, la misma habitación. No puedo seducirlo.

—Las reglas están para romperse, amiga. Tú y él lo saben muy bien. Ambos son abogados.

Brianna amplió los ojos en su máxima expresión.

—Nuestra relación solo es un acuerdo comercial.

—¿Y eso qué incluye? ¿Llevarte a fiestas, viajar contigo por el mundo, cenar en costosos restaurante? —enumeró Lynette con curiosidad.

—No. Solo estar aquí en casa, portarme bien y acompañarlo a ciertas reuniones de trabajo para que sus socios y clientes vean que de verdad es un hombre casado.

Su amiga resopló con fastidio.

—¡¿Estás loca?! ¿Por qué no me llamaste para ayudarte a redactar esos acuerdos?

—Yo solo necesito que cumpla con su parte de ayudarme monetariamente. Tengo muchos problemas encima como para lanzarme sobre los hombros la responsabilidad de un matrimonio.

En ese momento tocaron a la puerta de su habitación y se oyó un llanto débil en el exterior.

Brianna corrió sabiendo que era la niñera que traía a George para calmar alguno de sus berrinches. No podía escuchar a su hijo llorar porque el corazón se le apretaba en un puño.

Mientras recibía al chico y oía la versión de la niñera por el motivo del llanto del niño, Lynette se ocupó con rapidez de apagar el cigarrillo y sacudirse el olor a tabaco para ir hacia ellos.

Veía con adoración al bebé, sentía un gran apego por él.

—Dámelo. La tía Tity lo calmará —dijo, quitándole a George de las manos para hacerle carantoñas y cosquillas mientras lo llevaba a la cama.

El niño dejó de llorar para reír por sus atenciones.

Brianna le concedió a la niñera unos minutos libres mientras ellas estaban con el chico, de esa forma la joven se retiró y las dejó solas con el bebé.

—¿Tía Tity? —preguntó Brinna divertida y se sentó junto a ellos.

—Así me dirá. Yo seré su tía Tity por siempre.

Lynette trataba a George con un gran cariño, como si él fuese una parte muy importante de sí misma. Brianna recordó que su amiga se apegó a él desde que había nacido, incluso, lloró de felicidad al tenerlo por primera vez entre sus brazos.

Su amiga apenas tenía cinco años más que ella, no llegaba a los treinta, pero ya evidenciaba una enorme necesidad por ser madre. Por eso Brianna no entendía por qué elegía relaciones inestables en vez de buscar una que la ayudara a cumplir su gran sueño.

Ella tuvo a George por un error de cálculo, sin embargo, lo aceptó con todo el cariño y el amor que nacía en su corazón, pero Lynette se notaba tan urgida que le extraña que no lo hubiese intentado antes.

Nunca la incordiaba con esas dudas porque la única vez que lo hizo pareció haberle causado un gran dolor.

—Él te ama —mencionó al ver cómo su hijo y su amiga congeniaban a la perfección.

—Porque los bebés tienen el superponer de presentir cuál es el adulto bueno y cuál el malo. Lástima que perdamos esa capacidad al crecer —comentó con pesar, inquietando a Brianna.

Para quitar hierro a la conversación, la chica decidió cambiar el tema hacia una zona segura.

—Tienes que prepararte. No conozco a los amigos de Trevor, pero si son tan apuestos como él, de seguro podrás asegurarte una conquista esta noche.

El semblante de Lynette cambió por completo, mostrándose ahora como una chica salvaje y segura de sí misma.

—Vamos a prepararnos las dos, porque tú también tienes que seducir a tu esposito. Esta noche nos volveremos unas guerreras espartanas que conquistan corazones, ya verás.

Brianna tomó en brazos a su hijo y siguió a su amiga en medio de risas mientras ella se encargaba de revolver la cómoda para sacar todo el maquillaje que encontraba, y el vestidor,

buscando los atuendos más sensuales y elegantes.

Llenas de ánimo, las dos se prepararon para la cena, con George mirándolas con curiosidad balbuceando palabras inentendibles.

Tal vez les avisaba sobre el conflicto que se les vendría encima, o simplemente, compartía con ellas las alegrías mientras les duraran.

Capítulo 5.

Trevor perdió la coordinación de sus ideas al ver a Brianna aparecer en el salón.

Estaba radiante con el vestido negro brillante que se había puesto, uno de los tantos que él le había regalado, ceñido a su diminuta cintura y tan ajustado en la parte superior que hacía resaltar sus generosos senos.

La cabellera la llevaba suelta permitiendo que cayera sobre sus hombros desnudos, y se había maquillado para seducir. Sus labios se notaban más carnosos y provocativos, volviéndose una obsesión para el hombre.

—Joder, ¿de dónde carajos sacaste a esta ninfa? —le preguntó Joey en susurros para que solo su amigo lo escuchara.

Joey era un sujeto alto y un poco obeso, un chef especializado en comida española, el país de dónde provenían sus abuelos paternos.

Gracias a sus palabras, Trevor pudo reaccionar para dedicarle a su amigo una mirada de odio.

—Es mi esposa.

Joey alzó las manos en señal de rendición.

Brianna se acercó a los hombres y saludó de manera simpática. Trevor la presentó, tanto a ella como a Lynette, que se encontraba a su lado también vestida con gran elegancia y seducción.

La chica portaba un vestido plateado sin mangas que parecía envolverla con sutileza remarcando sus curvas.

Trevor había retomado la comunicación con Joey meses antes de su boda y luego de su accidente con Naomi. En ocasiones hablaban por teléfono para ponerse al día con sus vidas, pero nunca habían tenido oportunidad de verse en persona.

Por eso su amigo estaba al tanto de aquel matrimonio acordado y de parte de lo sucedido a su amigo en el pasado con Naomi.

En segundos, Joey y Lynette conectaron. Ambos tenían un sentido del humor particular y una personalidad descomplicada que encajaba a la perfección. Siempre hallaban temas de conversación qué tratar en medio de risas e ironías.

Trevor, aunque intentaba seguirles el ritmo, le resultaba difícil apartar su atención de su esposa.

Tenía muchas ganas de mandar a todos a sus casas para quedarse solo con ella, abrir una copa de champan y brindar juntos por la vida, hasta que las burbujas del licor los desinhibiera y así lograran consumar su matrimonio.

Brianna era capaz de captar el interés que su esposo ponía en ella, pero se hacía la desentendida para no complicar las cosas.

No podía creerse que Trevor Harmon se fijara con tanta atención en su persona, teniendo de seguro decenas de opciones más atractivas y encantadoras.

Intentó manejar la situación de la forma más sutil posible, sin saber que Trevor ya se sentía atraído por ella desde que la había conocido cuando le realizó la entrevista, antes de concederle el puesto de secretaria.

En esa ocasión, ella había entrado en su oficina con postura tensa, no solo por los nervios que la invadían, sino por el apretado y señorial traje que llevaba puesto, de un gris opaco que no combinaba con su rostro brillante de sonrisa risueña.

Desde ese momento, Trevor tuvo ganas de arrancarle esa ropa para liberarla de las cadenas que la oprimían, pero se calmó porque era un hombre profesional que jamás se aprovecharía de una empleada.

Al dar una ojeada a su currículo vitae, su admiración pasó de su cuerpo a su inteligencia. Sus logros académicos eran impecables, aunque contaba por poca experiencia.

Le bastó hablar con ella unos diez minutos para percatarse de su honestidad y entendimiento del trabajo que realizaban, así como de sus ganas de salir adelante. No solo por sí misma, sino por los suyos.

Todo eso, unido a los comentarios positivos que en su registro habían dejado los otros entrevistadores, lo convencieron de darle a ella la oportunidad por encima de sus demás opciones.

Algo similar sucedió al pensar en los pasos que debía dar para sacar adelante la firma de abogados de su familia.

Su abuelo, entristecido por el terrible problema que él había tenido con Naomi y el accidente donde casi perdió la vida, desistió de exigirle matrimonio y decidió renunciar a la unión con el empresario japonés. Prefería tener a su nieto soltero y vivo que amarrado a una

mujer que le haría daño.

Pero Trevor no renunciaba con facilidad a un proyecto, él luchaba hasta las últimas consecuencias.

Así que analizó todas sus posibilidades considerando a amigas y colegas con las que había tenido en el pasado un affaire para proponerles matrimonio.

Ninguna la convenció, sin embargo, cada vez que su eficiente y nueva secretaria entraba a su oficina él no dejaba de imaginarla en su casa, protagonizando sus veladas con amigos y familiares, acompañándolo en sus días rutinarios y gobernando su cama.

Era a la única que despertaba en él todos esos anhelos, por eso se atrevió a proponerle matrimonio arriesgándose a que lo rechazara.

Por suerte, ella no lo hizo y a nadie en su oficina le extrañó esa repentina unión porque él mantenía con gran celo su privacidad. Tal vez hubieron algunos comentarios, pero nada de qué preocuparse.

A Naomi muy pocos en la firma la conocieron en persona, eran muy contadas las veces en que compartió con ella en fiestas y eventos.

Él poco salió con ella. Soportaba su compañía porque era una fiera en la cama y lo hacía llegar a límites impensables que rompían su asfixiante y rutinaria vida, pero la mujer estaba loca de atar, por eso prefirió mantenerla apartada de su círculo social confiando en que podía controlarla. Jamás logró hacerlo.

Su historia con Naomi fue un caos absoluto, una vida atravesada por tragedias, como si fuese una constante tormenta.

Hasta que llegó Brianna como el sol de un nuevo amanecer. Uno que lo llenó con su calidez y le aportó nuevas energías.

Desde que la conoció se sentía atrapado por ella, solo que lo sabía disimular. Pero ahora, al saberla suya y formando parte de su vida, ese interés se triplicaba.

«Esas son las peores», recordó las palabras de su abuelo.

Debía ir con cuidado, porque ellos aún eran dos desconocidos y había un contrato firmado entre ambos que debía respetar.

—Señor, su amigo Connor Fitzpatrick acaba de llegar.

Él sonrió ante la noticia y se disculpó con los presentes para ir con Frederick al recibidor a

darle la bienvenida a su amigo, a quien no veía desde hacía año y medio y había viajado desde Nueva York solo para reunirse con ellos.

Brianna lo siguió con la mirada mientras él desaparecía del salón, extrañando desde ya su presencia.

—Nada cambia en ti, fanfarrón —saludó Trevor a su amigo, y se aproximó a él para darle un abrazo apretado y lleno de afecto. Connor sonrió divertido—. ¿Qué haces con esos lentes de sol dentro de mi casa y a estas horas de la noche?

—¿No me parezco a Maverick? —quiso saber, refiriéndose al protagonista de la película Top Gun, y mientras se quitaba los lentes de sol.

—Pareces un idiota, pero eso siempre lo has sido.

Ambos rieron por la chanza

Connor era un rubio alto, de ojos verdes y cuerpo ejercitado, fanático del boxeo, deporte que practicaba casi a diario.

Le gustaba tanto que obligó a Trevor a practicarlo, aunque este último lo veía como un simple entretenimiento y una oportunidad para compartir con su amigo.

—Ven, vamos adentro —invitó—. Joey ya está en el salón y quiero que conozcas a mi esposa.

Trevor quiso dirigirlo a ese lugar, pero Connor lo detuvo.

—Espera. ¿Me juras otra vez que no llegaste a casarte con Naomi? —exigió el hombre con tono de burla.

Trevor chasqueó la lengua.

—Ya te dije que no, es otra. Y nada parecida a Naomi.

Connor se sintió satisfecho.

—Menos mal, porque de lo contrario volvía a mi auto para buscar el casco, el protector dental y los guantes de boxeo para darte una paliza ya mismo.

Trevor sonrió divertido.

—¿Ya quieres que te dé tu merecido por haber desaparecido año y medio, a pesar de que nos aseguraste que vendrías seguido a Seattle y que estarías comunicado?

Connor suspiró rascándose la cabeza con una mano.

—No estaba preparado para volver. Necesité cerrar algunas heridas antes.

Se miraron con entendimiento. Trevor le palmeó un hombro como camaradería. Comprendió que su amigo había tenido que pasar un trago muy amargo para decidir mantenerse tan alejado.

Esperaba que ya hubiese superado su difícil situación y algún día sintiera la confianza de hablarle de aquel tema para así apoyarlo.

—Ya estás aquí y es lo que importa. Ven, vamos a reunirnos con el resto en el salón.

Esta vez, ambos caminaron hacia ese lugar sonriendo complacidos. No podían negar que se sentían felices por estar de nuevo juntos, como en el pasado.

Trevor necesitaba de sus amigos para desahogar todas las angustias y secretos que tenía atorados en el estómago y le hacían un gran daño. Por eso decidió no volver a quedar incomunicado con ellos por tanto tiempo.

Pondría de su parte para que aquella amistad se reiniciara con la cordialidad que había tenido en el pasado.

Mientras entraban al salón conversaban sobre sus diversos trabajos. Connor se desempeñaba como productor de televisión.

En Seattle había trabajado en un canal de noticias para la productora de su padre, desarrollando entrevistas a importantes personalidades de la política y la farándula, y en Nueva York se animó a fundar su propia productora audiovisual deportiva.

Entre risas se hicieron presentes ante el grupo. Joey enseguida se puso de pie para abrazar con cierta rudeza a su amigo.

—¡El pequeño revoltoso está de vuelta! —exclamó.

Trevor, complacido, les palmeó un hombro a ambos. Se sentía muy a gusto con aquel reencuentro.

Al girarse hacia Brianna para invitarla a acercarse y así presentarlos, notó que ella se mostraba angustiada.

La chica se puso de pie mirando en dirección a Connor, con sus ojos inundados de lágrimas y su rostro pálido.

Lynette también asumió un semblante espantado y con lentitud se acercó a su amiga para sostenerla.

Brianna quiso retroceder, pero el sofá donde había estado sentada se lo impidió y la hizo trastabillar.

—¿Cuántas travesuras estuviste haciendo en Nueva York sin nosotros? Tienes que contarnos con lujo de detalles la cantidad de corazones que rompiste antes de viajar de vuelta —pidió Joey.

Connor sonrió pícaro.

—Uf, pasaremos más de una noche tratando ese tema. Es extenso.

Joey y él se carcajearon con sonoridad. Cuando Connor decidió enfocarse en Trevor para conocer finalmente a la misteriosa esposa, lo notó tenso y algo cabreado.

—¿Todo bien? —quiso saber, recuperando la seriedad, pero al lanzar una mirada hacia las mujeres ubicadas frente a ellos comprendió la molestia de su amigo.

El corazón se le detuvo un instante antes de fracturársele en miles de pedazos, una vez más.

Capítulo 6.

El momento fue tenso en extremo. Nadie hablaba, nadie se movía y nadie parecía respirar.

Brianna estaba a punto de llorar, se esforzaba por no agitar de más a su respiración y no salir corriendo.

Lynette la sostenía, aunque daba la impresión que la tenía tomada del brazo más para no caer ella que como soporte a su amiga. La presencia de Connor le generó un estado de shock.

—Ehhh… ¿qué hacemos? —quiso saber Joey al percatarse de la situación confusa.

Por los rostros contrariados de todos supuso que la noche no terminaría como la habían programado.

Trevor estaba a punto de entrar en combustión espontánea. Su rostro se había colorado por la rabia. La reacción de Brianna y la de Connor le generaron terribles sospechas.

Aunque no perdió la altivez ni el control de sus emociones. Algo que él sabía manejar muy bien eran los momentos críticos. En su trabajo y en su vida personal ya se había enfrentado a situaciones catastróficas.

Estiró una mano hacia Brianna, invitándola a acercarse a él.

Ella, al verla, se estremeció y le dirigió una mirada suplicante. Así le demostraba el miedo que la embargaba.

Pero él fue firme y no bajó su mano. No estaba seguro de lo que allí sucedía, sin embargo, dejó en claro que no daría marcha atrás.

Ellos habían firmado un contrato, ahora eran un equipo. Su equipo.

La visible determinación de él le transfirió confianza a la mujer y la animaron a aceptar su oferta.

Trevor enseguida apretó la mano de su esposa y la aproximó a sí todo lo que pudo, envolviendo luego su cintura con un brazo para acentuar su posesión sobre ella.

—Connor, te presento a Brianna, mi esposa —dijo a su amigo y le dirigió una mirada implacable.

Connor retrocedió un paso mostrándose por completo desconcertado. El dolor le apretaba el rostro en una máscara de desesperación y rabia.

—¿Qué maldita broma es esta? —masculló inquietando a Brianna, a Lynette y a Joey. Este último comenzó a repasar los alrededores para memorizar las vías de escape.

—Ninguna broma —aseguró Trevor, muy serio—. Viniste hasta Seattle para conocer a mi esposa y aquí la tienes —finalizó, con tono desafiante.

Connor negó con la cabeza y se pasó una mano por los cabellos demostrando un creciente nerviosismo. Luego miró a Lynette, que parecía encogida en el rincón donde había quedado. Sola.

—¿Es algún tipo de venganza? ¿O algo por el estilo? —preguntó enfadado y riendo con ironía.

Lynette se abrazó a su cuerpo encogiéndose aún más, parecía asustada y a punto de estallar en llanto.

—¿Me acompañas afuera un momento? —preguntó Joey a Connor mostrándole las palmas de las manos abiertas en señal de rendición.

Daba la impresión de que su amigo de un momento a otro comenzaría a repartir puñetazos.

Connor dudó un instante, primero repasó con rabia a cada uno de los presentes antes de aceptar la propuesta de Joey. Necesitaba aire fresco para calmarse.

Frederick, que había estado mirando la escena desde una distancia prudencial, sin mostrar ningún tipo de emoción, los acompañó afuera para abrirles la puerta.

—Iré con ellos —dijo Trevor con tono severo y se apartó de Brianna.

Ella enseguida lo tomó del brazo para retenerlo.

—Por favor… —rogó, aunque sus labios callaron porque no sabía qué pedir con exactitud.

Ella le había dicho que el padre de su hijo había muerto, ahora no tenía forma de explicarle que se trataba de su amigo.

—Ve a tu habitación con Lynette, luego hablamos —ordenó antes de marcharse.

El enfado estaba a punto de enloquecerlo, Brianna podía notarlo. Nunca lo había visto así, dirigiéndole una mirada tan llena de desprecios que le arrugaba el corazón.

Se quedó como una tonta parada en medio de la sala, con su atención fija en la puerta por la que los hombres se habían retirado.

Una lágrima corrió por su mejilla, de miedo y desesperación.

Se sobresaltó al sentir que alguien la sostenía por los brazos.

—Vamos, amiga. Ahora no puedes hacer nada.

—¿Qué va a suceder, Lynette? ¡Son amigos! ¡Yo no sabía que se conocían!

—Algún día debías enfrentarlo. Te lo advertí.

Brianna se cubrió la cara con las manos para llorar su tristeza. Ahora que pensó que había hecho algo bueno en la vida, esta volvía a golpearla con fuerza. Su destino parecía estar marcado por las pérdidas y el dolor.

No tuvo más opciones que dejarse llevar por su amiga a la habitación.

Afuera, en el jardín principal, Connor caminaba de un lado a otro como un león enjaulado, herido y con el corazón devastado.

Mascullaba maldiciones y lamentos para sí mismo.

—¡¿Lo sabías?! ¡¿Tú sabías esto?! —preguntó con rabia hacia Joey.

—¡Ni siquiera sé qué debo saber! —se excusó el hombre y levantó sus brazos en cruz.

—¡Ella…! ¡Ella…!

Las palabras las tenía atoradas en la garganta, unas que no había pronunciado desde hacía año y medio.

—Ella es mi esposa.

La aparición repentina de Trevor no solo lo silenció, sino que detuvo su andar nervioso.

Ambos hombres se vieron con desafío.

Los ojos de Connor estaban empañados por lágrimas de ira y confusión, y los de Trevor de una determinación tan dura como el granito.

—¿Desde cuándo la conoces? ¿Por qué te casaste con ella sabiendo que…? —calló, doblegado por la pena y por la furia que lo embargaba.

—¿Sabiendo qué? —lo retó Trevor, aproximándose más a él—. Acabo de enterarme que ustedes se conocen y que tuvieron una historia juntos.

—¿Ella nunca te contó lo nuestro? —preguntó confundido.

—Me contó su pasado trágico, pero no consideré necesario conocer nombres. Con saber que esa situación ya estaba superada y olvidada me bastaba.

—¡Nada de lo que sucedió entre nosotros está superado y olvidado! —expuso Connor pendenciero y se acercó a Trevor con claras intenciones de pelea, pero Joey se interpuso y lo detuvo.

—Brianna ha estado sola desde hace mucho. No sé qué pasó entre ustedes, pero tú te fuiste y la dejaste, continuaste con tu vida como si nada. Te libraste de responsabilidades y la dejaste cargar sola con las consecuencias de tus actos.

—¿Qué consecuencias? —consultó molesto, empujando a Joey para alcanzar a Trevor y darle el golpe que anhelaba propinarle desde que descubrió que tenía a Brianna, al amor de su vida, atrapada en un compromiso difícil de romper.

La quería de vuelta.

—¿Por qué mejor no nos vamos y hablamos luego de este asunto, cuando estemos más calmados? —propuso Joey, asombrado por todo lo que estaba escuchando.

—¡Yo no me voy de aquí sin Brianna! —se quejó Connor, intentando liberarse.

—¡Brianna es mi esposa! —acentuó Trevor, y clavó una mirada cargada de firmes advertencias en él—. Espero que eso te quede claro.

Connor estaba a punto de estallar por la furia, temblaba y respiraba como un toro preparado para la batalla.

Trevor, por su parte, se mostraba sereno, aunque en realidad, ardía por dentro por culpa de la rabia. No iba a permitir que nadie, ni siquiera su mejor amigo, le quitara lo que le pertenecía.

—Vamos, Connor. Tienes que calmarte para pensar con claridad.

Él aceptó, porque en verdad no podía ni mantenerse de pie. Las piernas le flaqueaban por las emociones negativas que lo consumían.

Se dirigió dando largas zancadas hacia su auto, pero Joey corrió para sentarse al volante.

—¡¿Qué mierda haces?! —gritó Connor colérico.

—Dame las llaves —pidió Joey con calma—. Ni pienses que te dejaré manejar en ese estado.

El rugido de Connor pudo haberse escuchado en toda la mansión, parecía el reclamo de un animal herido de muerte.

De mala gana le entregó las llaves a su amigo y con pasos largos se llegó hasta el asiento del copiloto.

Trevor no perdió de vista ninguno de sus movimientos. Lo vigiló como si fuese un halcón en cacería. Una vez que ellos salieron de su propiedad, regresó a la mansión con paso apresurado. Directo a la habitación de Brianna.

Tocó la puerta con esforzada calma.

Lynette le abrió demostrándole que ella también había llorado. La chica tenía el rostro hinchado por la pena. Eso le dejaba en claro que ella conocía toda la verdad y apoyaba por completo a su amiga.

—Necesito hablar con mi esposa —pidió sereno, aunque sus manos estaban cerradas en apretados puños.

—Iré a mi habitación —notificó la chica y enseguida se alejó de allí dejándolos solos.

Brianna estaba parada cerca de su cama, con el rostro maltrecho por el llanto y los temores. Tenía miedo de que él la echara de la casa y decidiera poner fin al matrimonio.

Y no solo porque necesitara el dinero del convenio, sino porque no deseaba terminar con esa relación de una manera tan abrupta a pesar de sus confusiones.

La presencia de Connor revolvió en su pecho sentimientos que ella creyó superados.

—Él es el padre de George, ¿cierto? —preguntó apenas quedaron solos.

Estaba ansioso por aclarar sus dudas.

A Brianna le costó asentir con la cabeza, se sentía avergonzada.

—Pero hay un problema —dijo ella.

—¿Otro más? —consultó Trevor con ironía.

Le parecía que el hecho de saber que su mejor amigo había sido el amante de su esposa en el pasado y que pretendía tenerla de vuelta, ya era un conflicto de altas proporciones.

—Connor no sabe que es padre.

Aquella confesión perforó el pecho de Trevor como si esas palabras fuesen una lanza de punta afilada y envenenada.

Como abogado sabía lo delicado que podía resultar aquel secreto.

Capítulo 7.

Por esa noche, Trevor no pudo soportar más complicaciones y se fue a la cama, aunque no durmió. Estuvo por largo rato pensando en sus desgracias.

Se sentía una burla, un tipo del que todos se reían y aprovechaban. A pesar de su evidente atractivo y de su excelente posición social y financiera, le costaba encontrar mujeres honestas que pudieran darle cariño y un respeto sincero.

Debía llegar al punto de pagar por una esposa porque era incapaz de conseguirla por su cuenta, y eso lo frustraba.

Todas las que había tenido antes, o se iban con otro que tuviese más poder o dinero que él o enloquecían volviéndose insoportables.

Pensó que con Brianna las cosas serían diferentes. Ella tenía un aura angelical y dulce que lo había conquistado, pero una vez más se equivocó.

«Dicen que esas son las peores», le había dicho su abuelo y él confirmaba esa teoría.

Pero ya estaba cansado de perder, de ser la causa de las risas de otros. Brianna había aceptado casarse con él porque Connor la había abandonado y la dejó en una situación crítica.

Su amigo se fue y estuvo en Nueva York viviendo una vida libre de ataduras como la que había tenido en Seattle. Nunca pensó en ella. Si volvió, fue por la noticia de su boda, no porque quisiera buscarla.

Tal vez sus intenciones cambiaron al verla, pero eso lo consideraba parte de la confusión y de la amarga sorpresa del momento.

«Nada de lo que sucedió entre nosotros está superado y olvidado», le había dicho su amigo, pero él iba a lograrlo.

Brianna lo olvidaría para quedarse con él porque no estaba dispuesto a perder bajo ningún concepto.

Al día siguiente estuvo rumiando en su despacho las tácticas que podía llevar a cabo para retenerla.

Lo que más le preocupaba era la situación de George, el niño. Estaba seguro que Connor, cuando se enterara de su existencia, iba a enloquecer. Lo usaría como medio para atraparla.

Un toqueteo en su puerta lo apartó de sus reflexiones. Dio autorización al visitante de pasar mientras volvía a llenar su vaso con más whiskey.

A pesar de ser apenas las nueve de la mañana, ya se había bebido dos vasos de licor e iba por el tercero.

Necesitaba algo que lo ayudara a digerir la amarga situación que vivía.

Al girarse hacia la puerta vio a Brianna entrar. Por instinto dejó el vaso sobre la mesita del minibar para acercarse a ella.

Aunque vestía de forma casual, con un sencillo vestido de diario sin mangas, este se ajustaba a su cuerpo en las zonas perfectas que hicieran resaltar sus atributos, haciéndola apetecible.

Pero la belleza de su cuerpo chocaba con la tristeza de su rostro. Ella había llorado toda la noche, y por más maquillaje que se pusiera le resultaba imposible esconder las ojeras y los ojos hinchados.

—¿A dónde vas? —quiso saber él al verla llevar consigo su cartera y su abrigo.

—Acompañaré a mi madre a su consulta. Recuerda que hoy toca su control semanal.

Él asintió, recordando que ella le había facilitado el calendario de consultas, exámenes médicos y las quimioterapias que debía recibir su madre para que él no la comprometiera con alguna actividad esos días.

—¿Y George?

—Se quedará aquí, con la niñera.

Ella mantuvo la cabeza gacha, aún avergonzada por lo sucedido la noche anterior.

—Es posible que Connor regrese hoy —dijo él.

Ella no supo qué contestar, desvió su atención a cualquier otro sitio de la habitación para no darle la cara. Se sentía aterrada por la repentina aparición del padre de su hijo.

—¿Vas a decirle la verdad? —quiso saber Trevor.

Brianna se incomodó por la pregunta.

—No tengo otra opción.

Él se aproximó mucho más a ella quedando a pocos centímetros de distancia. La bañaba con su aliento tibio y embriagante.

—Usará al niño para apartarte de mí.

—Trevor… nunca fue mi intención engañarte.

—Pero igual lo hiciste —reclamó con rabia—. Me dijiste que el padre de tu hijo había muerto.

—¡Porque eso pasó! —respondió con indignación, agobiada por la excitante cercanía de él —. Se marchó sin darme explicaciones, justo el día en que me avisaron que mi madre estaba muy enferma y mi padre enloquecía por esa noticia muriendo a las pocas horas. Por culpa de esas penas supe que estaba embarazada. Casi pierdo al niño por el dolor que experimenté.

Trevor apretó los puños buscando controlar la agitación que se producía en su pecho. Tomó la cabeza de la mujer entre sus manos para evitar que siguiera alejándose y le escondiera su mirada.

—Debiste decírmelo. Confié en ti.

—Connor murió para mí ese día —insistió, aumentando la rabia en Trevor. Odiaba que pronunciara su nombre—. Nunca más me llamó ni me envió un mensaje. Me dejó en el momento en que más lo necesité.

—¿Intentaste comunicarte con él?

—No —dijo inquieta.

—¿Por qué?

—Porque él me había engañado con otra, por eso se fue. Sentí mucha rabia y preferí no buscarlo y esforzarme por olvidarlo.

Trevor rugió, lleno de ira, y apoyó su frente en la de ella.

—Usará eso como una forma de retaliación en tu contra y te manipulará para que vuelvas con él.

—Trevor… yo…

Brianna no podía hablar, estaba muy asustada. No quería que le quitaran a su hijo.

Él se apartó un poco para verla a los ojos, con la rabia titilando en sus pupilas.

—Iniciaré el proceso de adopción de George.

Ella lo observó asombrada.

—¿Qué?

—Si George es mío, Connor no podrá reclamarlo ni usarlo para manipularte. Tengo contactos en el Tribunal de menores, conozco a una jueza que no se negará a ayudarme.

—Pero… eso no es fácil —expresó preocupada.

—Con dinero todo es fácil.

Trevor mostró una sonrisa torcida, esa que a ella tanto le gustaba, que le parecía sensual y atrevida, pero que ahora sentía como una fría amenaza.

—¿Por qué…? —preguntó en un hilo de voz.

—Porque hiciste un trato conmigo, firmaste un contrato.

—Eso no tiene nada que ver con George.

—Ahora tiene mucho que ver con él. Connor hará hasta lo imposible por tenerlo para castigarte por haberle ocultado su paternidad y obligarte a ir con él. Yo no permitiré que lo haga.

—Trevor… por favor…

—Hicimos un trato. Nos casamos para que yo pudiera aparentar una vida estable frente a mis clientes —le recordó con tono desafiante.

—Eso nunca lo olvidaré —respondió ella molesta.

—Entonces, así será. Adoptaré a George —dictó, y se apartó de ella.

A Brianna no le agradó esa lejanía.

—Trevor…

—Me engañaste, Brianna, faltaste a una de las cláusulas más importante de nuestro contrato. Ya no confío en ti. Para asegurarme de que seguirás cumpliendo con tu parte del trato me quedaré con el niño. Él será mi garantía.

—¡No puedes quitarme a mi hijo! —expresó con angustia.

—No te lo quitaré. Él seguirá siendo tuyo mientras tú te quedes a mi lado.

Para calmar el volcán de rabias que a Trevor lo dominaba, le dio la espalda a la chica para llegarse al minibar. Tomó el vaso de whiskey que se había servido y se lo bebió de un solo trago, llenándolo de nuevo.

—No puedes hacerme esto. No es necesario —dijo desesperada.

—Lo es. Me mentiste y nada me asegura que no volverás a hacerlo.

—¡Es que… no lo volveré a hacer! ¡Ya te expliqué mis motivos!

—Pero ahora están los motivos de Connor y yo a él lo conozco muy bien. Es rencoroso y vengativo y está lleno de furia y miedo. Peleará por ti hasta el final. Yo haré lo mismo.

Sin decirle nada más, Trevor salió del despacho llevando consigo el vaso de whiskey, para bebérselo de camino a la puerta de salida. Debía ir a la firma a ocuparse de sus asuntos de trabajo y comunicarse con su amiga la jueza de menores.

Ese mismo día debía comenzar los trámites legales para la adopción.

Brianna quedó sola en la habitación temblando por el miedo. Entendía que Trevor estaba enfadado y no solo por su mentira, sino por el hecho de que su conflicto estaba unido a Connor, su mejor amigo.

Era como si ella le hubiese arrancado una parte importante de su ser y lo dejaba vulnerable.

Actuaba solo movido por su dolor y rogaba porque se serenara pronto, porque él podía hacerle mucho daño si se lo proponía.

Trevor Harmon tenía los medios y la inteligencia para destrozarla, pero además, un punto a su favor: ella sentía un gran aprecio por él y un interés que sobrepasaba sus razonamientos. Lo que Trevor le pidiera, ella lo haría. No deseaba perderlo y no por su dinero.

Aunque debía reconocer que en su pecho seguían palpitando rastros del amor que un día sintió por Connor, sentimientos que podrían empujarla a cometer alguna locura.

Se sintió tan confundida que se sostuvo la cabeza con ambas manos para soportar la angustia y volvió a llorar con desconsuelo.

Capítulo 8.

Kendra, la madre de Brianna, no sabía nada de lo ocurrido la noche anterior. Ella se había acostado temprano para estar descansada ese día que le tocaba control médico y Brianna no quiso comentarle nada para que no se alterara.

Por suerte, las evaluaciones físicas salieron a la perfección, solo faltaba que la mujer se reuniera con el médico a discutir los resultados.

Brianna aprovechó la ocasión para salir hacia una terraza de la clínica y llamar a la niñera para saber de George, que ese día había amanecido con cierta molestia.

Tal vez, presintiendo el estado de ánimo decaído de ella por haber llorado toda la noche recordando su tórrido y accidentado pasado, así como su futuro incierto.

—Hola, solo quería saber si George pudo comer algo más esta mañana.

—Sí señora, no se terminó todo el alimento, pero comió un poco más.

—¿Y sigue llorón?

—Cuando usted se marchó estuvo de mal humor, pero luego vino el señor Harmon y jugó un rato con él. Después de eso ha estado más tranquilo.

—¿Trevor estuvo allí?

Brianna se extrañó por esa noticia, pensó que él se había marchado a la oficina luego de haber discutido con ella.

—Sí, señora. Estuvo media hora con el niño, luego se marchó dejando a George más tranquilo, jugando con sus bloques de construcción.

Cortó la llamada sintiéndose inquieta por esa noticia, que en parte la alegraba porque le gustaba que Trevor se relacionara con su hijo y que George se la llevara bien con él, pero por otro lado, la angustiaba.

Sintió miedo cuando Trevor la amenazó con adoptar a su hijo para retenerla. Sabía que él tenía los medios para hacerlo de forma rápida y discreta, aunque ella se negara.

Si lo hacía, tendría poder sobre el niño y podía disponer de él a su antojo, alejándolo de su lado.

No iba a permitir que eso sucediera. Aceptó aquel matrimonio solo por su hijo y por su

madre. No se lo quitarían de ninguna manera.

Debía hablar con Trevor y explicarle la situación. Él ahora estaba molesto por lo sucedido, por eso había reaccionado de esa manera. Tenía que abordarlo cuando estuviese más sereno.

Mientras pensaba en eso y guardaba su móvil, regresó al consultorio con su madre, pero la interceptaron antes de llegar a la sala de espera.

—Hola.

Brianna empalideció al encontrarse con Connor. Su corazón dio un vuelco en su pecho.

—¿Qué haces aquí?

—Me dijeron que estarías en esta clínica, así que vine para hablar contigo.

Ella se molestó por esa explicación y odió a Trevor por haberle revelado a su amigo su paradero. Supuso que él lo había hecho para acorralarla aún más y aumentar sus miedos.

—No puedo atenderte ahora.

Quiso esquivarlo, pero él se lo impidió.

—Dame solo unos minutos.

Ella lo observó con pena e irritación. Aún seguía dolida por su traición y por haberla abandonado cuando más lo necesitó desapareciendo por más de un año.

Ahora se presentaba siendo exigente, como si se creyera con algún derecho sobre ella.

—Déjame en paz.

—Solo escúchame —pidió con ansiedad—. No sabía lo que le pasaba a tu madre y nunca supe lo que le sucedió a tu padre el día en que me fui de la ciudad.

—Eso ya es pasado —masculló con la voz quebrada e intentó irse de nuevo, pero en esa ocasión Connor la tomó por el brazo y la obligó a verlo a la cara.

Brianna sintió a su corazón romperse en pedazos cuando se ahogó en el brillo de sus ojos verdes, tan claros y dulces como los de su hijo. Lo tenía tan cerca que podía sentir en su rostro el calor de su respiración. Eso erizó su piel.

Muchos de los sentimientos que había creído eliminados de su corazón volvieron a agitarse. Miró los labios del hombre con deseo, anhelando probarlos una vez más para saber si aún conservaban su sabor embriagante.

Él pareció sentir lo mismo, porque se inclinó hacia ella en busca de su boca, pero Brianna reaccionó rápido y se alejó un paso.

—No huyas de mí —rogó el hombre.

—Soy una mujer casada —recordó sin mirarlo a los ojos.

Connor apretó la mandíbula y los puños.

—¿Cómo pudo ser eso posible? ¿De dónde conoces a Trevor?

—Trabajé con él en su firma de abogados.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace mes y medio.

Él rugió por el enfado.

—Pero… ¡él iba a casarse con otra mujer! —exclamó ofuscado.

Brianna lo observó confusa.

—Tengo que irme.

—No. —Volvió a impedírselo y la tomó con fuerza del brazo para dedicarle una mirada llena de reproches—. ¿Es cierto que tienes un hijo de nueve meses?

La joven amplió los ojos en su máxima expresión y retrocedió un paso.

—Dime, ¿es cierto? —exigió él. Como la mujer no respondía, Connor se aproximó un poco más para hablarle con tono desafiante—. ¿Tienes un hijo? ¿Mi hijo? —preguntó eso último con firmeza.

El rostro de Brianna perdió todos sus colores.

—No es tu hijo.

—¿No lo es? —exigió enfadado—. No me mientas diciendo que es de Trevor, porque para que sea suyo tendrías que haberte acostado con él antes de que yo me fuera y sé que eso no sucedió. Acabas de decirme que lo conociste hace mes y medio, cuando entraste a trabajar en su firma, es decir, George ya había nacido.

El corazón de Brianna latió con energía por culpa del miedo. ¿Cómo pudo Connor enterarse de la existencia de su hijo? ¿Y hasta de su nombre?

¿De verdad Trevor había sido tan vil de revelar su secreto solo para asustarla más?

—No es tu hijo —repitió, procurando sonar serena, pero eso aumentó la rabia del hombre.

—Sí lo es. No es de nadie más porque tú no eres mujer de estar con varios hombres. Para que él no fuese mío tendrías que haberte acostado con otro estando conmigo.

—¿Y qué si lo hice? —preguntó altanera.

Connor negó con la cabeza y se acercó una vez más a ella para tomarla de los hombros y sacudirla.

—¡Es mi hijo, deja de negarlo!

Brianna se apartó de él con rudeza, mostrándose también enfadada.

—Me engañaste con otra mujer y me abandonaste, ni siquiera tuviste la delicadeza de despedirte o enviarme un mensaje luego para darme una explicación.

—Tú tampoco me llamaste ni me escribiste. Debiste hacerlo para informarme de la existencia de mi hijo.

—¡¿Y eso te hubiera hecho regresar?!

—Sí.

Aquel sí, él no lo dijo con firmeza, sino con cierta inseguridad, y hasta bajó el rostro para esconder la vergüenza que se acentuó en su semblante.

—No lo hubieses hecho —aseguró ella con amargura al ver su reacción—. Te fuiste como un cobarde, a escondidas, y sin dar la cara luego. Ese mismo día me enteré de la difícil enfermedad de mi madre y mi padre murió doblegado por la pena y la desesperación. Estuve sola enfrentando esos problemas, porque hasta Lynette desapareció por semanas por culpa de sus conflictos familiares. Esos dolores fueron los que me hicieron sentir débil y enterarme después que estaba embarazada. No tuve cabeza para pensar en ti. Así que no puedes reprocharme nada.

—Yo… hubiese regresado para estar a tu lado —dijo, no muy convencido de sus palabras.

—¡Mentira! Ni siquiera me hubieses atendido la llamada. Te fuiste justo para evitar mis reclamos por tu traición.

—Brianna… regresé por ti, con intención de buscarte y pedirte perdón. Te quiero —suplicó él, y se acercó de nuevo a ella para intentar convencerla, pero la mujer ya no le aguantaba más falsedades y volvió a alejarse.

—Déjame en paz. Ahora soy una mujer casada. Lo que una vez sentí por ti está muerto —mintió—. Regresa a Nueva York, a tu vida descomplicada y olvídate de mí.

Ella procuró salir de la terraza para regresar al consultorio, pero Connor de nuevo la tomó por el brazo para impedir que se marchara.

—Lucharé por mi hijo.

Lo observó espantada.

—No eres su…

—Iré a tribunales si es necesario, exigiré una prueba de ADN y te denunciaré por haberme ocultado su existencia.

Brianna no podía creerse lo que él decía.

—Tienes una vida en Nueva York, ¿para qué quieres complicar la mía?

—George es mío y no vas a seguir alejándolo de mi lado.

—No te atrevas, Connor —pidió ella con forzada firmeza, tratando de que su angustia no se reflejara en su tono.

—Tú te atreviste a ocultármelo, me negaste la posibilidad de estar junto a mi hijo en sus primeros meses de vida. Ahora yo te lo quitaré a ti.

—No puedes hacerlo —pronunció nerviosa.

—Claro que puedo. Lo sabes. Eres abogada.

Después de decir aquello se marchó. La dejó allí, temblando por el miedo y la desesperación, hecha un manojo de nervios.

Sabía que si él se lo proponía podía quitarle a su hijo, tenía los medios. Connor pertenecía a una familia de altos recursos económicos, nunca le faltó nada y siempre se codeó en los mejores grupos sociales de la ciudad.

Brianna lo había conocido en una gala benéfica organizada por varias productoras de televisión, entre ellas, la del padre del hombre.

En esa época ella era una simple estudiante universitaria que trabajaba de camarera para la empresa de cáterin que atendía el evento, con la finalidad de hacer dinero que la ayudara a pagarse sus gastos de estudios.

Él era un productor novato con una carrera en crecimiento gracias a sus logros laborales y a su legado familiar.

Se enamoraron de manera instantánea, con un amor intenso y estremecedor que ella pensó que duraría para toda la vida.

Pero Connor no le fue fiel, la engañó y abandonó dejándola destrozada. Y ahora volvía para romperle el corazón, de nuevo, además de la vida.

Capítulo 9.

Luego de dejar a su madre en su habitación, Brianna corrió al dormitorio donde estaba alojada Lynette. El miedo lo tenía atorado en la garganta y necesitaba sacarlo de allí para poder respirar.

—Amiga, tienes que ayu…

Había entrado al dormitorio sin anunciarse y las palabras murieron en su boca al ver lo que la mujer hacía.

—¿Te marchas?

—Vincenzo me llamó —respondió mencionando a su novio italiano—, hay un trabajo de fotografía del que quiere hablarme.

—No puedes irte ahora —suplicó Brianna—. Te necesito.

Lynette respiro hondo, al tiempo que doblaba sus prendas dejadas sobre la cama para guardarlas en su maleta.

—Lo siento mucho, amiga, pero este asunto es muy complicado y ahora estás casada. Yo no tengo mucho que decir.

—Por favor, Lynette. No puedes dejarme ahora. No otra vez.

Ambas compartieron una mirada cargada de pena y angustias.

—Es terrible lo que te está pasando, Brianna, pero no puedo intervenir. Habla con Trevor, cuéntale la verdad y acuerda con él una solución.

—Ya hablé con él, pero está enfadado.

—¿Por qué?

—Porque cuando acordamos nuestro matrimonio le dije que el padre de mi hijo había muerto, por eso él nunca lo consideró.

Lynette puso los ojos en blanco.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque era la verdad. Connor había muerto para mí el día en que me abandonó.

Brianna se sentó con abatimiento en la cama estando a punto de llorar. No lo hacía para que el rostro no se le hinchara aún más y su madre descubriera lo que le sucedía. No deseaba causarle preocupaciones, Kendra ya tenía suficientes con su enfermedad.

Lynette se arrodilló frente a su amiga y envolvió sus manos entre las suyas.

—No debiste hacerlo.

—Eso ya me lo dijo Trevor.

—¿Está molesto?

—Muy molesto. —Brianna guardó silencio un instante, recordando la conversación que había tenido con su esposo—. Quiere adoptar a George.

Lynette la observó con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque teme que Connor lo reclame con intención de manipularme para alejarme de él.

Lynette se puso de pie adoptando un semblante irritado.

—Él no puede hacer eso, no tiene derechos.

—Es mi esposo —respondió Brianna con obviedad.

—El hecho de que sea tu esposo no le da derechos sobre el niño.

—Yo dependo de Trevor y George depende de mí.

—Pero George tiene a su padre, uno que puede velar por él.

Ahora fue Brianna quien se puso de pie para encarar a su amiga.

—Connor se fue. Tiene una vida muy liberal en Nueva York, tú lo escuchaste ayer cuando saludó a su amigo Joey. Han sido muchas las mujeres que ha tenido y a las que les ha roto el corazón.

Lynette resopló, molesta.

—Es un decir entre amigos.

—¡¿Cómo sabes eso?!

Brianna comenzaba a alterarse por los nervios, mientras Lynette se mostraba saturada por aquella situación.

—Amiga, te guste o no, Connor es el padre de George. Tú le ocultaste su paternidad a pesar de que te advertí cientos de veces que lo llamaras. Él merecía saber de la existencia de su hijo.

—Yo la estaba pasando muy mal, Lynette. Lo sabes. No pude lidiar en ese momento con esa situación porque tuve que enterrar a mi padre, consolar y cuidar a mi madre y sobrellevar un embarazo.

Lynette apretó los labios reflexionando mejor las palabras que le diría.

—Brianna, sabes que nada de eso te servirá en un tribunal para justificar tu actuación.

La joven se llevó ambas manos a la cabeza demostrando su desesperación y empezó a caminar por la habitación de un lado a otro.

Lynette la detuvo sosteniéndola de los hombros. Al verla a la cara notó el enorme pesar que su amiga estaba represando en los ojos, se mostraba vencida.

—Habla con Connor, cuéntale la verdad y llega a un acuerdo con él en referencia al niño.

—Ya hablé con él. —Lynette apretó el entrecejo, desconcertada—. Fue a la clínica donde se controla mi madre.

—Imbécil —masculló la chica como para sí misma, irritada por la acción del hombre.

—Me reclamó por no haberle dicho nada y amenazó con denunciarme en tribunales y exigir una prueba de ADN. Quiere quitarme a George.

Lynette maldijo por lo bajo y se alejó de su amiga mientras reflexionaba sobre lo que le había dicho.

—Él es su padre, Brianna. Connor tiene derecho a estar con el niño y George tiene derecho a conocerlo y compartir con él. No puedes evitar que eso suceda.

—¿Y qué me recomiendas? ¿Le dejo a George y me olvido de mi hijo?

Lynette alzó los hombros, demostrando desconcierto.

—No sé. Vuelve a hablar con Connor.

—Trevor se enfadará.

—El acuerdo que hiciste con Trevor es entre ustedes. No pueden incluir a George en esto.

—George es una parte muy importante de mí. Connor no puede venir ahora a arrancármelo.

—Después de lo que hiciste puede hacerlo, amiga. Te lo advertí.

Brianna volvió a sentarse en la cama, esta vez, apoyó sus codos en las rodillas y se cubrió la cara con las manos para llorar. No podía retener por más tiempo su dolor.

Lynette suspiró agobiada y se arrodilló frente a ella para consolarla con caricias.

—Habla con Connor, es tu mejor posibilidad.

La chica respiró hondo y se secó las lágrimas irguiéndose. Buscaba de esa manera recuperar el control de sus emociones.

—Me dijo que había vuelto por mí. Que su intención fue buscarme y pedirme perdón, porque me quería.

Lynette se puso de pie, molesta por esa noticia.

—¿Eso te dijo?

—Y es por lo que teme Trevor. Él piensa que Connor intentará quitarme a George para manipularme y hacerme volver con él. Por eso quiere adoptarlo.

Lynette no supo que decir, se apartó hacia la ventana pensando en aquella situación.

—¡Estoy desesperada, amiga! —exclamó Brianna aproximándose a ella—. Connor tiene el motivo para quitarme a George y Trevor el dinero y los contactos para impedirlo.

—Entonces, habla con Trevor.

—¡Ya lo hice! Y lo que hicimos fue discutir.

—¿Y por qué no le dices a Connor la verdad sobre tu matrimonio, que es un acuerdo por conveniencia que solo durará un par de años? Es amigo de Trevor, quizás entre ellos lleguen a un acuerdo para que las cosas se calmen durante ese tiempo.

—¡¿Qué?! ¿Estás loca? Mira lo que sucedió anoche, fue doloroso para ambos. Son los mejores amigos y esto es como si se hubiesen traicionado. Es algo que no se perdona.

Lynette observó a Brianna con tristeza, luego avanzó hasta ella para abrazarla y así serenar su angustia. La mujer no dejaba de llorar.

—Debes calmarte, por ti, por tu hijo y por tu madre.

—Lo sé, pero esta situación me asusta. Me olvidé de Connor para poder superarlo y tener fuerzas para velar por mi hijo, y acepté el matrimonio con Trevor para asegurar el futuro de George. Todo lo hice por mi hijo, no tienen derecho a quitármelo.

Lynette la tomó por los hombros y la alejó para mirarla a la cara, Brianna había dejado de llorar pero su semblante estaba marcado por una profunda tristeza.

—¿Eso es verdad? ¿Olvidaste a Connor?

Brianna la observó confundida.

—No sé. Eso creo.

Lynette puso los ojos en blanco y tensó el rostro. Volvió a abrazarla para trasmitirle confianza.

—Debes sincerarte contigo misma y con ellos. Si Connor se entera que conservas aunque sea un mínimo sentimiento por él luchará hasta el cansancio. Y cuando se entere que tu matrimonio con Connor es solo un acuerdo…

—No —declaró enfática Brianna, y se apartó de su amiga para retomar una pose determinada—. Connor no puede enterarse de nada. No sé cómo hizo para saber de la enfermedad de mi madre, de la clínica donde se controlaba y de la existencia de George, pero no puede enterarse sobre la verdad de mi matrimonio.

—¿Connor no te dijo cómo se enteró? —preguntó curiosa.

—No, aunque creo que se lo dijo Trevor.

Lynette apretó el ceño.

—¿Por qué él?

—Son amigos —respondió la chica con obviedad—. A pesar del amargo momento que vivieron anoche, existe una fuerte unión entre ellos, como la que tenemos nosotras. No se ocultaran nada.

Lynette bajó el rostro un instante, rumiando esa información antes de encarar de nuevo a su amiga.

—Entonces, no te preocupes más, Brianna. Tal vez entre ellos resuelvan este asunto.

La mujer negó con la cabeza.

—No dejaré que ellos decidan mi vida, ni la de mi hijo. De alguna forma protegeré a George de ambos y de mis propios errores —finalizó decidida, antes de marcharse de la habitación.

Tenía el alma hecha pedazos, pero eso ninguno lo notaría. Debía pensar cómo iba a

asegurar la protección de su hijo ante esos dos hombres, y la suya propia.

Capítulo 10.

Brianna pasó el resto del día con su hijo, dedicada a mimarlo y consentirlo. Por él había cometido la locura de verse enredada en un conflicto entre dos hombres y por él saldría de esa situación.

Virginia, la empleada de la mansión a quien los Harmon trataban como a una más de la familia, la acompañaba en ese momento.

Brianna estableció una buena relación con la mujer porque era amorosa y alegre. George se reía con ella y cuando Virginia se ponía a cantar y bailar con él en brazos, el niño aplaudía feliz.

—Este chico es adorable —comentó la mujer comiéndoselo a besos mientras George balbuceaba—. Se robará el corazón de todos en esta casa.

—Esa es su especialidad —bromeó Brianna viendo con satisfacción el rostro gozoso del niño.

Virginia comenzó a cantar y bailar de nuevo, moviéndose por toda la habitación y dando vueltas con el niño en brazos. George intentaba imitar sus palabras balbuceando, ese comportamiento la tenía encantada.

Así pasaron un buen rato hasta que Kendra apareció. La mujer caminaba con lentitud apoyada en un bastón.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Brianna a su madre y se levantó para ayudarla a acomodarse en el sofá.

—Viva —respondió la mujer con abnegación.

Solía llegar de las consultas médicas muy cansada y adolorida. Cualquier viaje, por pequeño que fuera, le resultaba un tormento.

—Tengo una medicina muy buena para usted —dijo Virginia y le acercó a George para que le diera un beso a su abuela, que Kendra recibió con una gran sonrisa.

—¿No volvió a llorar? —preguntó a su hija.

—No, ha estado más tranquilo esta tarde. Creo que es parte de su adaptación.

—Esta casa es toda una novedad para él —justificó Virginia—. Diferentes colores, olores y sonidos. Es normal que estén resentidos los primeros días hasta que se acostumbren.

—Sí, todo será mientras se acostumbra —expuso Brianna preocupada, recordando que su tiempo en esa mansión era limitado.

No solo dependía de lo que sucediera con el abuelo de Trevor, sino además, de lo bien que ella supiera manejar el conflicto entre Trevor y Connor.

Odiaba poner a su hijo en esa situación.

—¿Puedo llevar a George a saludar al señor Albert? —quiso saber Virginia—. Es la hora de su té y le encantará ver al niño. Lo adora.

Brianna aceptó y preparó el cochecito para que Virginia lo llevara hasta la habitación del abuelo de Trevor.

Cuando la mujer se fue con el niño, Kendra emitió un resoplido de fastidio.

—Se están apegando mucho a George y él a esta gente —se quejó—. Cuando esta locura acabe, el niño quedará afectado. Sufre a la entrada y sufrirá a la salida.

Esa sentencia hizo llorar a Brianna.

Kendra se sorprendió por la reacción de su hija.

—Pero… ¿qué te pasa?

—Ay, mamá. Es horrible.

—Sí, mi amor, claro que es horrible. No me gusta ver sufrir a mi nieto, pero tampoco es para que te pongas a llorar.

—Es que… es que…

Brianna se sentó en el sofá junto a su madre y se recostó en sus piernas a seguir llorando. Tenía los nervios tan atados en el estómago que la volvían vulnerable.

—Deja el drama, Brianna. Así no se resuelven los problemas —apuntó molesta y le acarició a su hija los cabellos.

No comprendía su reacción.

—Es que tú no sabes lo que sucedió ayer —reveló incorporándose.

Brianna había decidido no decirle nada para no angustiarla, así no se resentía su salud, pero ella necesitaba del consejo de su madre. Este siempre fue el más prudente y acertado.

—Connor regresó de Nueva York.

Kendra la observó con amargura.

—¿Qué? ¿Cómo que regresó? ¿Te llamó? ¿Vino a la mansión?

—Es uno de los mejores amigos de Trevor —reveló esforzándose por calmarse—. La cena de anoche fue para recibirlo.

Kendra no se limitó y masculló maldiciones.

—¿Vino a la mansión? —volvió a preguntar la mujer, con frialdad.

Ella odiaba a Connor por el gran dolor que le había producido a su hija.

—Sí, vino a felicitar a Trevor por su matrimonio y a conocer a su esposa.

Kendra sonrió con perversidad.

—¿Y cómo reaccionó?

—¡Mamá! —la regañó Brianna al notar que su madre pretendía burlarse de Connor.

—¿Sufrió de alguna manera?

—Fue traumático. Y no solo para él, sino también para mí, para Trevor y para todos los presentes.

Ella alzó el mentón con altanería.

—¿Lynette estuvo contigo?

—Sí, no estuve sola.

Kendra volvió a mascullar maldiciones.

—¿Trevor sabe que él es el padre del niño?

—Se enteró luego de que Connor se marchara. —La joven bajó el rostro, avergonzada—. Antes de casarnos le dije que el padre de mi hijo había muerto.

—¡¿Por qué hiciste esa tontería?! —la regañó.

—Porque eso fue lo que sucedió con Connor. Él murió cuando me abandonó, y justo en el peor día de mi vida.

Los ojos de Kendra se empañaron al recordar a su marido y su trágica muerte.

—Debemos superar el pasado, Brianna. No vivir estancadas en él.

—Eso hice, a mi manera —pronunció la mujer, aunque con un toque de arrepentimiento en

la voz.

—¿Y cómo reaccionó Trevor a esa situación?

—Mal. Connor es su mejor amigo y yo su esposa por conveniencia.

—Su esposa en toda regla —aclaró—. El matrimonio fue legal.

Brianna la miró con tristeza.

—Sospecha de Connor, dice que él no se quedará de brazos cruzados, reclamará al niño y a mí.

—¿A ti?

Ella volvió a bajar el rostro con pesar.

—Connor me dijo que aún me quería y que había vuelto por mí, para pedirme perdón.

Kendra resopló con ironía.

—Mentiroso. ¿Y tú le crees?

—Le dije que me dejara en paz, que ahora era una mujer casada, pero se enteró de George y me amenazó con denunciarme por haberle ocultado su paternidad. ¡Me lo quiere quitar!

Kendra entrecerró los ojos, como si rumiara una idea.

—¿Quién le dijo de George?

—No sé, tal vez, Trevor.

—¿Trevor?

—¡Es su amigo, mamá! —exclamó como si aquello fuese la única razón válida que justificara ese hecho.

—Trevor es un hombre maduro y muy codicioso. Se casó contigo sin conocerte para asegurar el éxito de su empresa y la tranquilidad de su abuelo, no lo veo como un chismoso, y menos con este tema tan delicado. Si Connor hace algún escándalo, sus pretensiones de mostrar un matrimonio feliz frente a sus clientes y a su abuelo se irán por la borda. Él no jugará con eso.

—Entonces, no sé cómo pudo haberse enterado.

—Yo sí —dijo la mujer como para sí misma, desviando su atención mientras reflexionaba sus teorías.

Brianna pareció no escucharla, tenía la vista nerviosa perdida en la nada.

—Mamá, Trevor quiere adoptar a George.

—¿Para qué?

—Para evitar que Connor lo reclame y lo utilice para alejarme de él.

—Qué inteligente —mencionó con orgullo.

—¡Mamá! —volvió a regañarla Brianna—. Tiene mucho dinero y contactos en el Tribunal de menores. Si lo adopta tendrá el control de George, puede quitármelo.

—Trevor no quiere a George, sino a ti —dijo con fastidio—. Ustedes llegaron a un acuerdo.

—Pero se está encariñando con él.

—¡Todo el mundo se encariña con George! —Brianna resopló, molesta porque su madre le diera tan poca importancia al asunto—. Escucha, hija. Trevor es tu bote salvavidas.

—¿Qué dices?

—Que lamentablemente, Connor tiene posibilidades de quitarte al niño. Si de verdad sigue obsesionado contigo y ahora te sabe casada, George será el único medio para recuperarte. Lo va a utilizar. No solo las leyes están de su lado, sino que tiene el dinero suficiente como para mover cielo y tierra.

—¿Cómo puedes estar segura de eso?

—Porque te amenazó con quitártelo sin haberlo visto y luego de decirte que pretendía recuperarte recibiendo un rechazo de tu parte. George no es su primera opción, es su comodín, y lo usará si no le dejas otra opción.

Brianna desvió su mirada hacia la nada, angustiándose aún más por esa posibilidad.

—Debes apoyarte en tu esposo para evitar que eso pase —dictaminó la mujer, y se recostó con cansancio en el sofá—. Trevor tiene el dinero y los contactos. Es tu salvación.

La joven cerró los ojos para soportar el ramalazo de ansiedad que le produjo las recomendaciones de su madre.

Sabía que solo Trevor podría ayudarla, sola no llegaría muy lejos. Había cometido un grave error y Connor se sostendría de eso para quitarle a su hijo.

Ella iba a necesitar de abogados y de personas bien ubicadas en el Tribunal de menores para retenerlo, como esa jueza a la que su esposo por conveniencia conocía.

El problema era que esa estrategia la llenaba de temores. Conocía a Trevor muy poco, aunque durante el mes en que estuvo trabajando para él pudo descubrir la ferocidad con la que enfrentaba sus casos más difíciles.

Era un depredador, siempre vigilante e inclemente con su presa. No la soltaba hasta no verla doblegada, sin importar qué tuviese que hacer para lograrlo.

Gracias a eso él había alcanzado un gran éxito en su carrera profesional, posicionándose como uno de los abogados más respetados, solicitados y temidos de todo Seattle.

Ella era un negocio más para él, un acuerdo de convivencia que lo ayudaría a escalar más posiciones en su trabajo. No iba a perderla con facilidad, ni siquiera, por un capricho de su mejor amigo.

Capítulo 11.

Trevor recogía del escritorio los documentos que se llevaría a casa en medio de una tensión latente. Uno de sus clientes se había metido en un lío monumental y esperaba que él lo sacara de ese asunto.

Se encargaba de eso al tiempo que evaluaba con su socio Todd los acuerdos de la asociación con Nakamura, que pronto firmarían, pero el hombre seguía imponiendo cambios y nuevas condiciones que amenazaban con dar más largas.

Llevaba año y medio trabajando en esa sociedad, aceptando la representación de varias de las empresas pertenecientes a esa corporación japonesa para ganarse el crédito, pero nada parecía suficiente.

Trevor comenzaba a cansarse. Ese no era el único cliente que manejaba, tenía una cartera amplia y complicada que en parte tenía abandonada por dedicar toda su atención a esa sociedad. ¿Valía la pena?

Sumado a todos sus inconvenientes laborales se hallaba la situación de su esposa y su mejor amigo. Ese problema no solo le había robado el sueño la noche anterior, sino también, mucha de su concentración ese día.

Estaba preocupado e intrigado por lo que pudiera suceder en un futuro con respecto a la paternidad de George. Si ese conflicto se convertía en un escándalo, se destruirían cada uno de sus esfuerzos.

Por eso estaba ansioso por llegar a casa y hablar con Brianna. Necesitaba establecer con ella un acuerdo serio referente a ese tema.

Ya había conversado con su amiga, la jueza del Tribunal de menores, para que le diera una mano con la adopción, pero ella no podía hacer nada sin el permiso de la madre.

Si Brianna se negaba, los esfuerzos que estaba llevando a cabo por completar la negociación no valdrían de nada.

Procuraba que sus pensamientos no fastidiaran su estado de ánimo mientras estaba en el trabajo, pero era imposible. El mal humor lo acompañó durante toda la jornada volviéndolo insoportable.

Ninguno de sus empleados quiso mantenerse cerca.

—Espere, señor. ¡Espere!

Se sorprendió al escuchar los gritos de su nueva secretaria. Una mujer de unos cuarenta años que había sido secretaria de uno de sus colegas fallecido días atrás.

Tenía experiencia y paciencia, dos características fundamentales en su trabajo. Por eso se extrañó al escucharla agitada.

La puerta de su oficina se abrió de golpe sin que él diera autorización. Descubrió lo que sucedía al ver a Connor entrar como si fuese un vendaval, seguido muy de cerca por su nueva secretaria.

—Señora, Brown, no se preocupe, yo me encargo —la calmó, dejando lo que hacía para acercarse a ellos.

Connor quedó parado en medio de la habitación, con el cuerpo tenso. Miraba con desafío a su amigo al tiempo que ignoraba los ruegos de la mujer de marcharse.

—Disculpe, señor Harmon, le dije que usted no estaba disponible, que ya no recibiría a nadie por hoy, pero no quiso escucharme.

—Tranquila, puede marcharse a casa, yo me ocupo de él. Es un amigo —expresó eso último con ironía, afincando una mirada igual de desafiante en Connor.

Ambos hombres se retaron en silencio mientras la mujer los dejaba solo.

—¿A qué viniste?

—Quiero que hablemos de Brianna, y de mi hijo.

Trevor apretó los puños con disimulo al oír su petición. Sabía que eso sucedería en cualquier momento.

Se irguió con prepotencia y le dio la espalda para volver a su escritorio.

—Siéntate —ordenó, señalando con una mano una de las sillas dispuesta para los clientes.

Así dejaba en claro que aquello sería una negociación más, no una conversación amistosa.

Connor dudó un instante mientras buscaba controlar su enfado, luego hizo lo que le habían pedido.

Se sentó rígido en la silla mientras Trevor ocupaba su butaca con postura relajada, así demostraba que estaba acostumbrado a lidiar con problemas de ese calibre.

—Así que ya lo sabes —expuso Trevor en medio de un suspiro, refiriéndose a George.

—¿Tú lo sabías? ¿Sabías que mi hijo existía?

—Por supuesto que sabía que existía. Cuando contraté a Brianna como mi secretaria, ella me confesó que era madre soltera.

—Madre soltera —masculló Connor con rabia y para sí mismo—. Me ocultó que era padre.

—Te fuiste en el peor momento de su vida. Ella se enteró de su embarazo en medio de esas tragedias.

Connor se pasó ambas manos por su cabeza con preocupación.

—No sabía nada de eso, ni la enfermedad de su madre ni la muerte de su padre. De haberme enterado yo…

No continuó con su explicación, quedó en silencio con la mirada fija en la nada.

Trevor esperó unos segundos. Al ver que él no reaccionaba, intervino.

—¿Por qué te marchaste? Cuando te despediste de Joey y de mí dijiste que necesitabas darte un respiro, que querías crecer profesionalmente fuera del alcance de tu asfixiante padre.

Recordó, sabiendo que el padre de Connor era un hombre con un gran sentido de la responsabilidad y del compromiso, quien siempre chocó contra los liberalismos de su hijo. La relación entre ellos fue en todo momento un asunto incómodo.

—Y de verdad necesitaba eso.

—Entonces, ¿en ese tiempo no amabas lo suficiente a Brianna como para quedarte?

—¡Sí la amaba! —exclamó molesto y se puso de pie—. Solo que… pasaron cosas —reveló mostrándose nervioso.

—La engañaste con otra mujer.

Trevor no había hecho una pregunta, sino que estableció una conclusión y Connor no la rebatió. Eso le confirmaba que en verdad había existido una segunda mujer en esa relación.

—Pasaron cosas —fue la única respuesta de Connor y en un tono desgastado y melancólico.

—¿Qué cosas pudieron pasar para que abandonaras a la mujer que amabas de un día para otro, sin dejarle un mensaje y sin comunicarte con ella luego? La abandonaste por año y medio.

—Es… un asunto privado.

—Brianna es mi esposa ahora, ¿lo recuerdas? —Ambos hombres se miraron a los ojos con desprecio—. Ese asunto ya no es privado.

—Ella es mi mujer, la madre de mi hijo.

—Le partiste el corazón, la abandonaste y nunca más te comunicaste con ella. Tiene derecho a reiniciar su vida.

—¡Ella tampoco se comunicó conmigo! ¡Debió avisarme de la existencia de mi hijo!

—Su novio la engaña, pierde de forma trágica a su padre, confirma que su madre está afectada por una enfermedad mortal y se entera que está embaraza. ¡¿Cómo esperabas que pensara en tus derechos?!

—¡Robó mi posibilidad de disfrutar de mi hijo!

Trevor respiró hondo para llenarse de paciencia y continuar con aquella discusión.

—¿Qué le hiciste que la afectó tanto y a ti te obligó a irte de Seattle?

Connor rugió con enfado y se acercó al escritorio para apoyar sus manos en él e inclinarse hacia adelante quedando así más cerca de su amigo.

—Ibas a casarte con Naomi, ya lo tenías todo arreglado. Tú no eres hombre de suspender ningún compromiso a menos que exista un problema grave.

Trevor endureció la mandíbula. Su plan no era sacar a colación ese asunto.

—Ese tema no lo estamos discutiendo ahora.

—Cuando nos despedimos hace año y medio dijiste que te casarías con Naomi por conveniencia, para tener una imagen intachable de hombre comprometido con la que pudieras conquistar a un cliente asiático muy importante para la firma. Ahora llego y no estás casado con esa mujer sino con mi Brianna. ¿Qué sucedió allí?

—No es tu problema —respondió Trevor con frialdad.

—¿Tu matrimonio con Brianna es por conveniencia? ¡¿Una fachada para ganar una sociedad millonaria?!

—Cierra la puta boca —exigió con enfado para callar los gritos de su amigo. Se puso de pie para acentuar su advertencia.

Connor sonrió con perversidad.

—Ella me ama, ¿lo sabías? —Trevor apretó tanto la mandíbula que sus dientes estuvieron

a punto de romperse—. Y yo la amo. Por eso estoy dispuesto a pelear para recuperarla y para tener a mi hijo conmigo. Creo que esa situación no te ayudará a alcanzar tus planes, ¿no es así? Si cierto cliente venido de un país asiático se entera que fuiste capaz de llevar a cabo una boda por conveniencia solo para retenerlo, además de quitarte su apoyo se encargará de ridiculizarte en toda la ciudad. Perderás más que una sociedad millonaria.

—¿Me estás amenazando?

—Solo te advierto lo que puede ocurrir si decides meterte en mi camino. Brianna es mía, así como George. No te interpongas.

Trevor se irguió y se esforzó por mostrar una sonrisa siniestra.

—Como siempre, solo fanfarroneas. Si de verdad te crees muy capaz de pisotearme para llegar hasta ellos, hazlo. Luego no te quejes porque responda a tu ataque. Me conoces muy bien, Connor. Sabes de lo que soy capaz por proteger mi negocio, mi reputación y lo que me pertenece, y Brianna legalmente es mía, siendo George una parte muy importante de ella. Te recuerdo que ahora él duerme en mi casa, bajo mi techo y al lado de la habitación que comparto con mi esposa.

Connor golpeó con ambos puños el escritorio para revelar de esa forma su estado. Estaba colérico, porque en esa oportunidad Trevor le había ganado una, pero aquella pelea recién comenzaba, y en el boxeo, él siempre le ganaba. Ahora no sería diferente.

—Nos vemos luego, amigo —mascó con desprecio antes de dar media vuelta y salir de la oficina, envuelto en una llamarada de odio y frustraciones.

Al quedar solo, Trevor se sentó en la butaca y apretó los puños para controlar el ramalazo de ira que sintió por la amenaza de su mejor amigo.

Connor era un hombre rencoroso e impulsivo, pero además, tan implacable como él, no podía tomar sus advertencias a la ligera.

No iba a dejarse doblegar por su amigo. Aquella visita se había transformado en una declaración de guerra, y él aceptaba el reto.

Capítulo 12.

Trevor no fue primero a su casa, antes necesitaba despejarse la mente. No podía llegar con la rabia agitada en su pecho, eso lo llevaría a cometer imprudencias.

Decidió visitar uno de los restaurantes de su amigo Joey, le urgía hablar con alguien que lo entendiera.

Joey conocía los motivos de su insistencia en hacer crecer su negocio y su carrera profesional, que lo empujaban a cometer locuras como pactar un matrimonio por conveniencia o enfrentarse en el ámbito legal con su mejor amigo para robar su derecho a disfrutar de su hijo.

Él sabía que Trevor no iba a detener su plan, pero eso no significaba que la pasara bien, por eso lo apoyaba.

Pero también apreciaba a Connor, ellos habían compartido demasiadas experiencias juntos desde que eran unos adolescentes, aquella pelea le causaba un gran pesar.

Trevor entró al restaurante de ambiente español y se sentó en la barra. Joey manejaba dos restaurantes en Seattle y uno en Portland, y estudiaba la posibilidad de abrir uno más en esa última ciudad. Aunque era habitual encontrarlo allí, en el negocio ubicado en el barrio Pioneer Square, que había sido el primero de los que fundó.

—Toma, esto te ayudará.

Joey puso frente a su amigo una botella de tequila y los implementos necesarios para prepararse un buen trago.

—Quiero serenarme, no emborracharme —terció Trevor, pero igual tomó la botella y llenó un vasito.

—Algunas veces funciona una buena borrachera. Es como una bofetada que te dan para entrar en razón.

—Yo no quiero entrar en razón, porque sé que tengo la razón.

Joey sonrió con burla.

—¿Sabes qué vuelve épica esta pelea? El elevadísimo orgullo que tú y Connor poseen.

Trevor se bebió de un solo trago su tequila, sin mezclarlo con sal o limón.

—De verdad, lo siento mucho por él —dijo al recuperarse del trago amargo—, pero no voy

a dejarle el camino libre con Brianna y eso va a significar alejarlo de George.

Joey respiró hondo. Trevor le había explicado con detalle, al llegar, toda la terrible historia que los envolvía dejándolo sorprendido.

—Es su padre, amigo —terció con pesar.

—Lo sé, pero él solo quiere al niño para atraer a Brianna, está obsesionado con ella, y ella ahora tiene un trato conmigo.

—¿Y si de verdad la ama?

Trevor observó a Joey con odio.

—¿De parte de quién estás?

—De parte de mis dos amigos —dijo el hombre y sacó una cerveza de un refrigerador cercano para luego sentarse frente a Trevor—. Connor no está bien. Anoche se quedó conmigo en mi departamento y lo noté muy nervioso. Este asunto de Brianna lo tiene mal de la cabeza, pero creo que ya venía así de Nueva York y aquí explotó. Me confesó que antes de que lo llamara para contarle de tu boda, pensaba regresar.

—No dice nada, ni del motivo por el que se fue a esa ciudad ni del motivo por el que regresó, pero está tan enfadado que amenazó con delatarme con Nakamura para que mi firma perdiera la sociedad que gestionamos con ese hombre.

—¿Delatarte?

—Sospecha que mi matrimonio con Brianna es arreglado, así como iba a serlo mi matrimonio con Naomi. Me dijo que estaba dispuesto a hacer un escándalo para que Nakamura se entere de todo y cancele el acuerdo.

—No creo que vaya a ser tan hijo de puta.

Trevor resopló y volvió a llenar su vasito con tequila.

—Voy a adoptar a George para que él no pueda reclamarlo, ya tengo un contacto en el Tribunal de menores. Si me hunde, se lo quitaré.

—¿Ahora ustedes piensan competir por ver quién es el más hijo de puta del mundo?

A Joey le costaba asimilar esa situación. Sus amigos siempre fueron competitivos y vivían retándose entre ellos, pero ahora llevaban sus tontas rivalidades a un terreno más delicado, pudiéndole hacer daño a muchas personas inocentes.

No solo Brianna y George se encontraban en medio de esa disputa, sino además, todos los empleados de la firma de abogados de Trevor, quienes dependían del éxito de esa negociación para que sus salarios mejoraran, Así como el propio Nakamura, sus socios y la gente que trabajaba para él, que también esperaban esa sociedad para optimizar su trabajo en la región.

—Si él hubiese venido con calma, dispuesto a hablar para llegar a un acuerdo, sería diferente, pero apareció en mi oficina alterado y sin dar explicaciones me amenazó con derrumbar mis esfuerzos. No puedo quedarme de brazos cruzados.

—¿Y qué dice Brianna de todo esto? —quiso saber Joey luego de que su amigo se bebiera su segundo trago de tequila.

—Está muy dolida por lo que le hizo Connor en el pasado, que al parecer, tuvo que ver con la aparición de otra mujer, pero cometió el error de no haberle dicho nada de la existencia de su hijo. Ahora él se apoyará de ese hecho para manipularla —expresó eso último con rabia—. Ella dice que no quiere nada con él y respetará los acuerdos a los que llegó conmigo, pero he podido notar que todavía siente algo por Connor y sé que eso la empujará a actuar de maneras que a mí no me convienen.

Joey suspiró con teatralidad.

—Te dije que eso de establecer un matrimonio por conveniencia con una mujer desconocida no era una buena idea. Mira el lío en el que estás metido.

—Sí, tal vez debí hacerte caso cuando me advertiste que no le propusiera ese arreglo a mi nueva, dulce y atractiva secretaria, sino que lo hablara con Ivanova, que podía ser una candidata más calificada por la frialdad de su carácter —recordó, hablando de una de sus colegas más cercanas.

—Ivanova es fría y distante, nada complicada, pero debo reconocer que Brianna es un amor. Tiene un trato cálido del que es fácil apegarse, entiendo por qué la elegiste —comentó antes de beberse lo que quedaba de su cerveza.

Trevor estuvo pensativo recordando la calidez de la mirada y de la sonrisa de Brianna, cualidades que atraparon su atención desde el día que la vio por primera vez y que se fueron intensificando a medida que la conocía y descubría su carácter tierno, su gran inteligencia y su buen humor.

Mientras más compartía con ella a causa del trabajo, más detalles positivos le encontraba, hasta que comenzó a sentir un poderoso interés por su cuerpo y una inmensa curiosidad por el sabor de sus labios.

Por eso, cuando comenzó a pensar en candidatas ideales para su matrimonio por conveniencia y habló del tema con Joey por teléfono, Brianna no dejaba de aparecer en su mente. La mujer lo había hechizado.

Ahora ella era su esposa, pero aún no era su mujer. Por eso Connor llevaba un paso adelante en esa pelea.

Pensar en eso lo llevó a servirse un tercer vaso de tequila.

—¿Y qué piensas hacer? ¿De verdad vas a adoptar a George? —consultó Joey preocupado.

—Es la solución más factible que encuentro, pero para eso necesito la aprobación de Brianna y la vez en que se lo comenté estaba muy cabreado y lo que hice fue asustarla.

—Eres un idiota.

Joey golpeó el hombro de su amigo, aunque su gesto lo que produjo fueron risas.

—Intentaré convencerla de otra forma.

—¿Cómo?

—Seduciéndola.

—¡No me jodas! —exclamó Joey ofendido—. ¿Vas a pelear con Connor en ese terreno? ¡Son amigos, maldita sea! ¿Y si de verdad él la ama?

—¿Y si resulta que no es así? ¿Y si solo es un capricho y termina haciéndoles un gran daño, a ella y al niño?

—¡Vamos, Trevor! ¡Es el padre de George! ¡Tu amigo!

—¡Fue a mi oficina a amenazarme! —acentuó ofuscado—. No voy a quedar como un imbécil en esta pelea. Brianna hizo un trato conmigo y Connor se marchó y nunca se interesó en averiguar cómo ella la estaba llevando, ahora ninguno de los dos va a venir a joder mi vida y yo me quedaré inmóvil para no ser una mala persona. Voy a protegerme de ambos, no me importa si para eso deba jugar sucio o no.

Trevor estaba tan enfadado que de un solo trago se bebió el tequila que tenía en su vaso y luego lo dejó en la mesa con un golpe brusco.

Joey respiró hondo por su reacción, pero prefirió no decirle nada más para no seguir pinchando su paciencia. Sabía lo difícil que podía volverse su amigo cuando estaba al límite de sus emociones.

Le sirvió un último trago de tequila esperando que el licor tuviera un efecto sedante y calmara sus agitaciones.

Trevor necesitaba estar en paz antes de llegar a su casa y enfrentarse cara a cara con su esposa.

Capítulo 13.

Trevor llegó a la mansión cerca de la medianoche. Se sentía muy cansado, tanto física como mentalmente.

El tequila que Joey le había invitado en el restaurante aplacó los sentimientos de rabia y frustración que sentía, pero despertó en él un pesar que había creído superado.

Una soledad que le carcomía las entrañas desde muy niño y nunca había logrado borrar de su existencia.

Por la muerte de sus padres se volvió un chico tímido y cerrado, su abuelo asumió el cargo de su crianza, aunque él también había tenido grandes pérdidas. Enviudó poco antes.

Ambos eran dos almas heridas que trataban de darse consuelo mutuo, no siendo suficiente.

Trevor se enfocó en su formación como abogado y Albert en hacer crecer su firma. Para cuando Trevor se convirtió en un abogado exitoso y respetado, su abuelo enfermó, siendo necesario hablar de una sucesión.

Nunca tuvo oportunidad de pensar en su vida personal, de construir relaciones estables más allá de las que tenía con sus amigos y socios.

Las mujeres solo iban y venían, saciaban su placer pero ninguna se quedaba.

Él no les insistía y ellas nunca mostraron más interés que el sexual. Por eso siempre había estado solo y distante.

Naomi fue la única que compartió más tiempo con él, pero lo de ella fue producto de una obsesión enfermiza que a Trevor casi le costó la vida.

Pensó que con su matrimonio por conveniencia con Brianna, al menos, obtendría algo de compañía, pero la mujer resultó más complicada que el resto de sus amantes.

Por eso estaba siendo atormentado en ese instante por un vacío que nunca supo llenar en su corazón.

Mientras otros peleaban por lo que amaban, él seguía solo, cuidando lo único que sentía suyo: su éxito profesional.

Quedó paralizado en el pasillo que dirigía a su habitación al ver a Brianna esperándolo. La mujer estaba descalza, vestida con un ligero camisón de seda que colgaba de su cuerpo como si

fuese una suave bruma.

Sus cabellos largos y ligeramente rizados los tenía sueltos. Abrazaban sus hombros y su cintura con delicadeza.

Parecía preocupada, pero en sus ojos podía notarse además, un brillo de determinación que a él le produjo un estremecimiento.

—Hola —saludó ella con timidez cuando él se aproximó—. ¿Podemos hablar?

Trevor suspiró hondo frente a su propuesta.

—¿Puedo primero cambiarme de ropa? —preguntó, desanudando el nudo de la corbata. Se sentía asfixiado.

Brianna asintió y lo siguió hasta su habitación.

Él abrió la puerta y esperó a que ella entrara para luego pasar.

Había dicho que la seduciría para lograr que lo apoyara en su plan de adoptar a George, pero debía reconocer que ya tenía esa batalla perdida.

Esa mujer lo tenía seducido por completo, con su belleza y ternura.

Cerró la puerta con cerrojo y lanzó la chaqueta de su traje en un sillón cercano. Terminó de quitarse la corbata de camino al vestidor y abrió los botones de los puños de su camisa estando dentro, pero se detuvo cuando Brianna apareció frente a él y suplantó sus dedos afanosos con los de ella.

Uno a uno la mujer fue abriendo los botones de su camisa, avivando en Trevor un ardor que amenazaba con volverse incontrolable.

—¿Qué haces? —preguntó, con su mirada enfebrecida clavada en ella.

—Te ayudo a desvestirte. ¿Eso no es lo que hacen las esposas?

Él evaluó su semblante. Brianna estaba ansiosa, pero también asustada, parecía una joven virginal en su primera noche con un hombre.

Al recordar que ella no era nada de lo que aparentaba sintió amargura y se esforzó por no imaginar las manos de su amigo rodeando su cuerpo sensual o hundiendo su rostro en sus abundantes y sedosos cabellos.

La rabia amenazó con cegarlo, pero cuando ella logró abrir su camisa y miró con ojos fascinados su pecho desnudo, las imágenes anteriores se borraron de su cabeza como un soplido.

Todo él se tensó por culpa de una poderosa excitación. Soltó por instinto lo que tenía en las manos y las llevó a los brazos de ella.

Se erizó al tocar su piel suave y los mechones sedosos de su cabello. Tomó uno con delicadeza y lo frotó para degustarse con su textura ligera y sedosa.

—¿Esto lo haces solo por George?

No pudo evitar preguntar, experimentando una vez más un oleaje de rabia en el pecho.

—No. Lo hago por mí. —Lo miró a los ojos, para demostrarle el fuego del deseo que llameaba en su interior—. Desde que te conocí soñé con hacerlo algún día.

Esa confesión lo estremeció y por instinto llevó una de sus manos a la cara de ella, para acariciarle con dulzura una mejilla.

Al sentir el tacto cálido de su palma, Brianna se acurrucó como si fuese una gatita en busca de cariño. Cerró los ojos y hasta sonrió complacida, algo que aumentó las ganas de Trevor.

—Estoy llegando al punto de no retorno, pero no quiero seguir adelante con algo de lo que luego te arrepentirás.

Brianna lo observó con las emociones empapando sus pupilas. Era cierto que había ido allí para seducirlo y así lograr que él la ayudara a defenderse de Connor y conservar a su hijo. Estaba dispuesta a lo que sea por George.

Pero al verlo con su porte atractivo y seductor acercándose a ella, a la vez que mostraba un cansancio y una tristeza capaz de doblegar su corazón, no pudo evitarlo.

Todo el deseo y la necesidad que sentía por él brotó de su piel y aceleró el palpitar de su corazón.

Trevor poseía una belleza y una arrogancia que la tenía hechizada, por eso no dudó en aceptar su oferta de matrimonio a pesar de que aquello significaría una locura.

Odió que la aparición de Connor la hiciera sentir confundida, pero olvidó todas sus inseguridades al tener al alcance de su mano el cuerpo ardiente y perfecto de Trevor.

Estaba atrapada por su presencia, por la intensidad de su mirada y por su aroma cautivador. Lo deseaba, con intensidad, anhelaba que la envolviera en una red de la que sería difícil escapar, porque no quería hacerlo.

—Eres un pecado del que jamás me arrepentiría.

Él no pudo más y bajó el rostro en busca de su boca. Estaba hambriento por sus labios

sonrosados y húmedos.

Anhelaba enredar su lengua en la de ella y acariciarla hasta arrancarle alaridos de placer.

Y eso hizo.

Apenas probó sus besos, ardió en su interior un fuego devastador. Con ambas manos apresó su cabeza y lo profundizó para tomar todo de ella, hasta el más débil suspiro.

Brianna no quedó inmóvil, con torpeza llevó sus manos al pecho de él para acariciarlo y disfrutar de la textura de su piel, cubierta por un suave vello oscuro.

Terminó de sacarle la camisa del pantalón y rodeó su cintura con sus brazos buscando pegar su cuerpo al de él y quemarse con el calor que emitía.

Trevor gimió cuando ella le arañó la espalda, superado por las sensaciones que aquella mujer le provocaba. Estaba ansioso por tenerla desuda y conocer hasta el rincón más apartado de su piel.

El apetito voraz que sentía por ella le concedió el poder necesario para cargarla y llevarla en brazos a su cama. La depositó con suavidad sobre el colchón y miró satisfecho su rostro embriagado por el placer que él le había otorgado y sus labios hinchados por culpa de su boca.

Se desvistió con rapidez, viendo como ella hacía lo mismo.

—Ya no hay vuelta atrás, Brianna. No puedo retroceder en este punto —dijo, al observar su cuerpo desnudo y dispuesto. Ya listo para él.

—Hazme tu mujer, Trevor —pidió ella y alzó los brazos por sobre su cabeza ofreciéndose entera.

Él bajó enloquecido por su belleza y se perdió en el interior de ese cuerpo frágil y exquisito que latía a su mismo ritmo y ardía con su misma intensidad.

Se hicieron uno por lo que quedó de noche, disfrutando cada uno de los placeres que podía regalarse.

Trevor saboreó hasta la más pequeña porción de su piel, la mordió y paladeó con su lengua. Ella también aprovechó aquella cercanía para acariciar cada hendidura, cada cicatriz y cada lunar.

Lloró saturada de gozo, rogando porque nunca acabara. Porque él jamás se detuviera.

Ambos se entregaron a un sentimiento que para ellos era novedoso y que decidieron disfrutar en ese momento sin miedo a lo que podría venir luego.

Cuando la mañana llegara tendrían oportunidad de pensar en lo que debía suceder, ahora ninguno quería perder el tiempo.

Ya habían perdido demasiado afectados por los conflictos que los rodeaban. Aquel instante era un regalo de la vida, un momento de paz que no deseaban desechar.

Capítulo 14.

Brianna sonrió al sentir una dulce caricia en el rostro. Se acurrucó un poco más entre las suaves sábanas de seda y respiró hondo, así llenaba a sus pulmones con el delicioso aroma varonil que la envolvía.

Olía mucho a él. A su piel y a sus besos. Una fragancia que la tenía conquistada y no deseaba perder jamás.

Al abrir los ojos, quedó maravillada ante la mirada cálida y penetrante que Trevor le dedicó.

Estaban acostados de lado en la cama, frente a frente. Él tenía mechones de sus cabellos enredados entre sus dedos, disfrutaba de su sedosidad sin dejar de mirarla, de la misma forma apasionada que había utilizado mientras le hacía el amor.

—Buenos días, esposa.

Ella aumentó la sonrisa. Le fascinó ese saludo.

—Buenos días, esposo.

Pestañeó varias veces para quitarse de encima la pereza y se estiró percatándose que seguía desnuda. Si cuerpo aún palpitaba por la intensa noche que habían pasado juntos, amándose sin descanso.

—¿Qué hora es? —quiso saber ella al notar que por las gruesas cortinas de la ventana intentaban escurrirse los rayos del sol.

—Las diez de la mañana.

—¡¿Las diez?! —preguntó alarmada, y enseguida se encogió bajo las sábanas y miró la habitación con espanto, como si hubiese cometido una fechoría.

—¿Tenías algún compromiso? —quiso saber él, mosqueado.

Brianna negó con la cabeza.

—¿Tú no tienes que ir a trabajar?

—Soy el jefe.

—Ah —exclamó la mujer con entendimiento.

Había perdido de momento la noción del tiempo. La noche tórrida de amor que compartió con su esposo le pareció haber durado días.

Él era difícil de satisfacer, siempre quería más, tocar más, besar más, abrazar más, y ella estuvo fascinada de complacerlo.

Le encantó su curiosidad y la efervescencia de sus caricias.

Trevor la observaba con fijeza, aún impactado por el dulce sabor que ella le había dejado en los labios.

Brianna fue mucho más deliciosa de lo que pudo haber imaginado. Le encantó que en ocasiones fuese tímida, pero cuando él la provocaba, llevándola hasta sus límites, ella se volvía salvaje y exigente. Buscaba dominarlo para tomar también todo lo que pudiera.

Casi no durmieron esa noche. Lograron hacerlo cerca del amanecer. Por eso habían despertado a media mañana.

A pesar del increíble momento que pasó entre sus brazos, y anclado en sus piernas, el recelo lo atormentaba.

Ella estaba allí por miedo a perder a su hijo, no porque lo deseara en realidad. Esa certeza le robaba la paz.

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos? —consultó la mujer mirándolo con ojos enormes, empañados por la satisfacción.

—¿A qué te refieres? —indagó él, sin moverse. Estaba muy a gusto teniéndola en su cama, a pesar de que ella no estaba allí por él.

Quería disfrutarla todo lo que pudiera.

—Rompimos varias reglas de nuestro contrato matrimonial.

Él sonrió de medio lado, con cierta pereza. Brianna miró su gesto con tanta fascinación que casi gimió de gusto.

—Creo que merecemos un castigo.

Ella amplió los ojos en su máxima expresión. Temía que llegaran más situaciones incómodas que lo alejaran de su lado.

—¿Cuál?

—Tendremos que soportar esta noche unas tres o cuatro horas en una tediosa cena de

trabajo.

A Brianna le cayó de golpe sobre la memoria toda su realidad. Ella estaba en esa casa solo para cumplir un acuerdo comercial.

Trevor no se casó con ella porque le gustara o la amara, solo para simular un matrimonio feliz que le permitiera consolidar su empresa y así darle paz mental a su abuelo enfermo.

No podía hacerse a la idea de que aquella sesión de sexo había sido algo disfrutado a plenitud, solo una consecuencia de lo que sucedía entre ellos.

—¿Con Nakamura?

—No. Con Simón Levi, el dueño de LeviRobotics.

—Ah —volvió a exclamar, recordando al hombre bigotón de difícil carácter, que siempre iba a la oficina exigiendo que Trevor dejara de lado todo lo que hacía para atenderlo.

Odiaba esperar y cuando le tocaba hacerlo se volvía insoportable. Muchas veces ella tuvo que utilizar toda su paciencia para controlarlo hasta que su jefe se desocupara.

Una cena con él no sería un momento entretenido.

Vio como Trevor se levantó de la cama en medio de un suspiro. Le dolió su lejanía, perder su calor y la intensidad de su mirada puesta sobre ella.

Comenzaba a encantarle que él la observara con esa profundidad particular que poseía, como si quisiese desnudarla con los ojos.

—Recuerdo que tuviste un problema con él antes de nuestro acuerdo —dijo ella, rememorando la discusión telefónica que Trevor había tenido antes de soltarle su propuesta de matrimonio.

—Su hijo hizo unas inversiones fraudulentas con dinero de la empresa y él pretende que yo le cubra la espalda. Ya lo he hecho varias veces, es un tema que me cansa.

Brianna veía como él buscaba su ropa para vestirse, dejando en claro de que ya había pasado el momento romántico entre ellos. Era hora de volver a la realidad y que cada uno asumiera el papel que le correspondía.

—Por eso dices que la cena será tediosa, porque será para discutir ese problema —reflexionó ella mientras se levantaba de la cama y tomaba su camisón del suelo para ponérselo, de espaldas a él.

Se vestía mientras controlaba el oleaje de frustración que sentía en el cuerpo producto de

aquel rechazo.

No debía hacerse ilusiones con Trevor, idealizar una relación amorosa con él cuando aquel acto no fue más que un intercambio como parte del negocio que habían pactado.

Se inclinó para tomar sus bragas con los ojos empapados por lágrimas cuando él la abordó de forma sorpresiva por detrás.

La tomó por la cintura y pegó su cuerpo, aún caliente y duro por el deseo, en el de ella.

Brianna no pudo evitar ponerse rígida, embargada por la emoción y el miedo.

Con una mano él apartó sus cabellos para descubrir su cuello y así comenzar a besarlo mientras la envolvía con sus brazos.

Cerró los ojos para gemir por el placer cuando Trevor comenzó a acariciarle el estómago y subía con lentitud hacia sus senos apretándolos con sensualidad.

—Ahora eres mi mujer —susurró en su oído, logrando que toda la piel de ella se erizara.

Emitió un gemido sonoro cuando él le mordió el lóbulo de la oreja y lo chupó. Sus atenciones provocaron que un fuego devastador volviera a arder dentro de ella, despertando sus necesidades.

—Quiero que esta noche te pongas el vestido rojo que te regalé por nuestra boda y lleves el cabello suelto, sin ningún tipo de adorno. Nos veremos a las nueve, en el salón —ordenó, antes de morderle de nuevo el lóbulo de la oreja y aferrarla a su cuerpo en un abrazo apretado, que le permitió frotarse en ella y jadear de gusto.

Brianna también jadeó, ávida por el deseo, pero Trevor enseguida la soltó y se alejó hacia el baño.

La falta de un apoyo en el que pudiera sostenerse y el efecto narcótico que le dejó el placer que él le había regalado la hicieron tambalearse, aunque rápido recuperó el equilibrio.

Desconcertada y dolida por su partida se giró para enfrentarlo, viéndolo entrar al baño como si allí nunca hubiese pasado nada y ella no se encontrara dentro de la habitación.

Apretó los puños con fuerza y se mordió los labios para controlar la rabia y la frustración que ese actuar le dejó.

Trevor se burlaba de ella, la trataba como a una prostituta y eso no iba a permitirlo.

Respiró hondo para conservar la calma dirigiendo una mirada cargada de claros desafíos hacia la puerta cerrada del baño.

—Juguemos entonces, esposo —dijo para sí misma, saliendo enseguida de aquella habitación.

Trevor se apoyó en la pared de azulejos luego de entrar en el baño y cerrar la puerta. Separarse de esa forma tan violenta de Brianna, luego de sentir el ardor y la sedosidad de su cuerpo, fue una tortura.

La deseaba, tanto o más que antes de haber degustado toda su piel.

Ella lo llevaba a la locura, al delirio. Y lo peor era que disfrutaba del tormento porque nunca en su vida había tenido a una mujer tan fascinante entre sus manos.

Pero cada vez que la veía recordaba a Connor, a su mentira y su delicada situación.

«Esas son las peores», le había dicho su abuelo y él le daba la razón.

Brianna se metió en su cama solo para asegurar la seguridad de su hijo, no porque sentía algún tipo de interés en él, no podía evitarlo. Lo que sí era capaz de controlar eran los resultados.

Él no sería el único perdedor en esa batalla. Tomaría de ella todo lo que pudiera, la disfrutaría al máximo y al final, cuando la mujer decidiera irse y volver con su amigo, él podía sentirse satisfecho.

Pegó la cabeza de la pared mientras recordaba la intensa noche de pasión que habían tenido, la belleza de su cuerpo desnudo y la ferocidad que adquirían sus besos cuando estaba al borde del placer.

Rugió frustrado sabiendo que esos recuerdos y las sensaciones que dejaron jamás las olvidaría. Brianna lo había marcado a fuego.

Capítulo 15.

Trevor fue a su oficina en Harmon y Asociados y se reunió con su amigo y socio Todd. Necesitaba estar en un ambiente neutral que lo ayudara a aclarar sus ideas.

—Llegar a Nakamura es imposible —dijo el hombre, un sujeto alto y moreno que gustaba llevar una barba tipo perilla con bigote—. Ni siquiera nosotros tenemos ese permiso, a menos que él lo pida.

—Connor tiene sus tretas, ha logrado estar cerca de gente mucho más importante —reveló Trevor.

Recordó que su amigo, al ser productor televisivo, varias veces había trabajado para la productora de su padre entrevistando a importantes personalidades de la política y de la farándula mundial.

Incluso, se había reunido con ellos de forma privada para acordar servicios de publicidad y promoción, algo por lo que la gente con poder pagaba muy bien para asegurar su imagen, o mantener su estatus.

—Recuerda que hablamos de un asiático de la vieja escuela —mencionó Todd—, no de una estrella estadounidense que vive por y para las cámaras. Nakamura huye de la prensa y de los productores de televisión tanto como de los problemas, para él su privacidad es innegociable. Connor jamás logrará acercarse.

—Pero puede hacer un escándalo de gran magnitud que salga en las redes sociales y en los medios —reflexionó Trevor—. El personal de Nakamura lo verá y al descubrir que estoy implicado le informarán.

Todd sonrió con poca gracia.

—¿Y crees que llegue a esos extremos?

Trevor clavó su mirada dura en el vaso de whiskey que tenía en su mano. De Connor lo creía todo.

Cuando a su amigo se le metía una idea en la cabeza no había fuerza de la naturaleza que lo detuviera.

—Evitaré que llegue a esos extremos.

—¿Cómo?

—Encontrando su punto débil.

—¿Y su punto débil no es Brianna?

Trevor traspasó a su socio con el odio que expelían sus pupilas. El otro sonrió de medio lado y alzó las manos en señal de rendición.

—¿No te ha pasado por la mente que Connor piensa actuar así porque de verdad está loco por ella?

—No pongo en duda que sienta algo por Brianna, eso justifica su determinación —aceptó inconforme—. Aunque allí debe existir una historia inconclusa, un motivo de fuerza que lo haya obligado a estar lejos e incomunicado. Él tenía ganas de volver, pero estaba inseguro de hacerlo. Encontró el valor que necesitaba cuando Joey lo llamó para contarle de mi boda, uso esa excusa para convencerse a sí mismo de regresar.

—Y lo que pretendes es descubrir cuál fue ese motivo que lo obligó a irse.

Trevor se tomó de un solo trago el licor que quedaba en su vaso, luego estuvo pensativo.

—Connor estaba bien aquí, tenía serios problemas con su padre, pero sabía manejarlos. Cuando regresó de Nueva York y fue a mi casa me dijo que había tardado tanto porque estaba cerrando heridas.

—Eso es ambiguo, Trevor. Esas heridas pudo habérselas hecho aquí, antes de irse, o estando allá. Ese podría no ser un punto.

—Eso lo sé, pero no puedes negar que es un punto interesante. Si dice que ama tanto a Brianna, ¿por qué se fue y la dejó sin ningún tipo de explicación? ¿Por qué nunca la llamó? ¿Por qué al llegar a Seattle no fue primero a la casa de ella sino a la mía? ¿Por qué esquiva un interrogatorio prefiriendo lanzar amenazas? Él me conoce, sabe muy bien que desafiarme es firmar un pacto de guerra. ¿Por qué lo hizo?

—Por desesperación —alegó Todd y alzó los hombros con indiferencia.

—Bien, entonces, quiero saber qué motiva su desesperación.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Muy fácil, investigándolo.

Todd sonrió divertido.

—¿Hablarás con Comanche para eso? —preguntó.

Comanche era el alias de un antiguo policía de Seattle que había sido expulsado de la fuerza por comportamiento agresivo y por utilizar métodos poco ortodoxos en sus indagaciones. Ahora realizaba trabajos de investigación privada para clientes exclusivos.

Trevor siempre recurría a él porque el hombre nunca le había fallado con alguna encomienda. La resolvía en tiempo record y con resultados más completos de los solicitados.

Era discreto y silencioso, nadie lo veía venir ni irse, y conservaba excelentes contactos no solo en la policía de Seattle, sino en la de otros estados del país. También en organismos de inteligencia y hasta en el propio infierno.

Sus resultados eran tan positivos que nadie le preguntaba de dónde los sacaba por miedo a verse incluidos en algún problema.

—Anoche hablé con él.

Todd negó con la cabeza, sin poder dejar de sonreír.

—Entonces, la guerra entre ustedes va enserio.

—Cualquier guerra conmigo va enserio —dictó con severidad—. Y aún más si se meten con mis negocios.

—¿Seguimos hablando de Brianna?

La pregunta molestó a Trevor. Todd se carcajeó por su reacción y prefirió cambiar la conversación para no seguir pinchando su paciencia.

Él conocía a su amigo y notaba que allí había algo más que simple interés en proteger sus intereses empresariales. Trevor estaba sintiendo aquella contienda como algo muy personal e íntimo. Cuando eso pasaba, su amigo se volvía un ser despiadado e inclemente.

—Por cierto… Naomi me llamó ayer —expuso cabizbajo. Sabía que esa noticia resultaba para su amigo como un disparo al pecho.

El rostro de Trevor empalideció por unos segundos, aunque enseguida se coloró por la rabia.

—¿Qué quiere ahora?

—Se enteró de tu boda y no le gustó para nada la noticia.

—Maldición —rugió Trevor, dejando de mala gana el vaso vacío sobre su escritorio.

—Le dije que solo fue un asunto protocolar y que por eso no dejarías de velar por ella. Creo que logré calmarla.

—Eso no la calmará —expuso, con una mezcla de rabia y preocupación en el rostro.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Irás a hacerle una visita en persona?

Trevor masculló decenas de maldiciones mientras se recostaba en la butaca y se apretaba el puente de la nariz.

—Ahora no puedo moverme de Seattle.

—¿Tu nueva esposa sabe de ella?

—No, y no quiero que lo sepa.

—¿Y no se te ha ocurrido que Connor pueda enterarse de ese asunto y lo use en tu contra?

Trevor le dirigió a su amigo una mirada sanguinaria.

—¿Estás aquí para ayudarme a centrar las ideas o para aumentar mis ansiedades?

—Mi trabajo es ayudarte a descubrir todos los escenarios posibles de un problema, tanto los buenos como los malos.

Esa posibilidad lo que hizo fue empeorar las inquietudes de Trevor. Había límites que no podía dejar que sus enemigos descubrieran y atravesaran, y Connor, con sus amenazas, se había declarado su contrario.

—Si pide más dinero no dudes en dárselo —ordenó.

—Eso ya lo hice.

La aclaración de Todd lo hizo apretar más el ceño.

—Maldición, esa mujer no me dejará nunca en paz.

Todd se puso de pie en medio de un suspiro.

—Tampoco te dejará en paz Simón Levi —comentó dirigiéndose a la puerta, y refiriéndose al cliente con quien tendrían esa noche una cena importante—. Yo creo que ese tipo está enamorado de ti. Cuando se enteró de tu fijación con Nakamura armó todo un drama para que te fijaras en él, pero ahora que sabe de tu boda, va hacia la garganta de tu esposa —bromeó. Aunque su chanza no divirtió a Trevor, más bien lo hizo enfadar más—. Eres un tipo peligroso, Trevor Harmon. Despiertas pasiones muy extremas.

Eso último lo dijo mientras salía de la oficina y lo dejaba solo, con su rabia y sus recuerdos.

Trevor fijó su vista en la nada, aunque en realidad, estaba enfocado en rememorar la noche de pasión que había tenido con Brianna unas horas antes y aún lo tenía palpitando por las emociones.

Sí quería despertar pasiones extremas, pero en ella. Nunca imaginó que tenerla entre sus brazos fuese algo tan delicioso y placentero.

Ella era dulce y tímida, pero cuando lograba encenderla se volvía terca y autoritaria. Amaba ese tipo de reacciones, lo ponían duro como el granito.

Brianna parecía percibir sus gustos y se dedicaba a complacerlo de esa manera, lo llevaba a la locura y sin posibilidad de retorno.

—¿Por eso estás tan obsesionado con ella? —preguntó a un Connor imaginario, uno que se dibujó en su mente y peligrosamente, muy cerca de su Brianna, pretendiendo tocarla.

La simple idea lo llenó de cólera y se esforzó por borrarse la imagen de la mente mientras se ponía de pie y se servía otro trago de whiskey en el minibar.

Desde que se había casado se estaba volviendo muy asiduo a la bebida, eso debía controlarlo, pero ahora no quería hacerlo. Necesitaba ahogar sus rabias con algo fuerte y efectivo.

—Maldición, solo quería un matrimonio por conveniencia para lograr el convenio con Nakamura y darle paz a mi abuelo, pero Brianna no me va a dejar. No puedo permitir que esa mujer se me tatúe en el pecho o no tendré salvación.

Se dijo a sí mismo antes de beberse de un solo trago su whiskey y enseguida servirse otro más.

Capítulo 16.

Brianna terminaba de preparar el vestido que se pondría esa noche cuando recibió una llamada a su teléfono móvil.

Se apresuró por responderlo pensando que sería Lynette, estaba ansiosa por hablar con su amiga para contarle sobre lo sucedido con Trevor la noche anterior, que la había dejado con las emociones a flor de piel.

No había un solo momento del día en que no pudiera pensar en él, en la calidez y ternura de sus manos, así como de sus besos implacables y sedientos.

Al ver que se trataba de un número desconocido se extrañó, respondió la llamada con cierto recelo.

—¿Sí?

—Necesito verte ahora mismo.

El corazón de Brianna se detuvo un instante. Era la voz de Connor, oírla agitó un sinfín de emociones en su interior y erizó toda su piel.

—¿Quién te dio mi número?

—Eso no importa, necesito verte ya mismo. Estoy en el estacionamiento de una cervecería en la calle Pike, te pasaré por mensaje la dirección exacta.

—Connor, no voy a ir.

—Tienes que hacerlo.

—Déjame en paz.

—Tenemos que hablar de nuestro hijo, Brianna. —Escucharlo hablar de George como su hijo le hizo arrugar el corazón—. Tienes que venir, o te juro que la tomaré en contra de Trevor.

—¿De qué hablas? ¡Es tu amigo! —expuso indignada.

—Un amigo que me está quitando lo que amo, y no lo permitiré.

Oír de nuevo a Connor hablar de los sentimientos que sentía por ella la confundía. Desde que él la había abandonado siempre deseó escuchar de nuevo esas palabras, pero nunca llegaron, haciéndola sentir frustrada.

Ahora le daban miedo, porque no era una mujer libre para responder a ellas.

—Connor, por favor, tiene que existir una forma de que esto no afecte a nadie más.

—La habrá si vienes a verme —apuntó él con firmeza—. Sé que lo de ustedes es un matrimonio por conveniencia y si esa noticia llega a salir a la luz, los negocios de Trevor se vendrán abajo. Si deseas evitarlo, ven a verme.

El miedo la embargó, no podía permitir que Trevor perdiera todos los esfuerzos que había logrado con Nakamura, así que aceptó la propuesta y enseguida se alistó para ir a ese encuentro.

Connor la esperó en el estacionamiento como lo había prometido. Apenas ella bajó del taxi, quedó fascinada con su porte elegante y seductor.

Tenía la parte baja de su espalda apoyada en la carrocería de su lujoso Audi, con las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón de diseñador y los pies cruzados.

Él era un hombre atractivo y tan seguro de sí mismo que caminaba con un andar altivo y orgulloso.

Sus cabellos rubios brillaban con la luz del sol haciendo resaltar su belleza, pero lo que más la hipnotizaban, era la intensidad de sus ojos verdes. Esos que por un tiempo se habían convertido en el faro que iluminaban su camino.

Enseguida Connor se movió de su sitio para acercarse a ella al verla. Tuvo ganas de abrazarla y besarla como saludo, pero Brianna lo obligó a mantener las distancias.

—¿Cuánto tiempo durará esta pantomima? —preguntó molesto, dolido por el rechazo.

Como ella no le respondió, él se dirigió al interior de una cervecería, donde se sentaron en un rincón apartado.

Brianna lanzó una mirada inquieta al lugar. A pesar de que Connor había elegido una mesa alejada del bullicio, no era un sitio discreto para el tipo de conversación que mantendrían.

Pero esos lugares eran los preferidos del hombre. Llenos de gente, de alegría, excesos y derroche.

—Estás hermosa —dijo una vez que la camarera puso dos jarras de cerveza en su mesa.

La empleada intentó coquetear con él, Brianna lo notó, pero Connor parecía no tener ojos para nadie. Solo para ella.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que retomemos nuestra relación.

—Soy una mujer casada —dijo con molestia.

Él apretó la mandíbula con enfado.

—Ese matrimonio es una mentira.

—Es un matrimonio de verdad. Fue mi decisión y debes respetarla.

—No lo amas, nunca lo amarás —aseguró severo antes de darle un trago largo a su cerveza.

Brianna respiró hondo.

—Connor, lo que suceda o no con mi vida no te compete. Si me citaste aquí por George, bien, hablemos de él, pero deja de meterte con mi matrimonio.

—Quiero conocer a mi hijo y que él sepa que soy su padre.

—Tiene nueve meses. Lo que le digas ahora no lo recordará.

—Por eso lo quiero siempre a mi lado, para que nunca olvide quien soy. —Eso angustió a Brianna, le confirmaba su sospecha de que Connor deseaba quitarle a su hijo—, pero también te quiero a ti. ¡Eres la madre de mi hijo, mi mujer!

Aquello último él lo dijo con una intensidad que la abrumó y la puso nerviosa. Por instinto miró en todas direcciones para asegurarse que nadie los había escuchado.

—Hablaré con Trevor para que establecer fechas y un horario de visitas que…

—¡Él no tiene por qué meterse en este asunto!

—¡Es mi esposo y ahora yo vivo en su casa! —respondió al rozar los límites de su paciencia.

No solo le irritaba el tono en que Connor le hablaba, sino la forma en que la atropellaba interrumpiendo sus explicaciones.

El hombre se pasó ambas manos por los cabellos para calmar su ansiedad.

—¿Qué pasó, Brianna? ¿Cómo pudiste olvidarme tan pronto?

—Fuiste tú quien lo hizo. Me engañaste con otra mujer.

Su reproche le golpeó el alma.

—No te engañé, fue un maldito error que estaba resolviendo cuando te enteraste —dijo, al

recordar que ella se había enterado de todo al escucharlo discutir con esa otra mujer por teléfono móvil, en el departamento que compartían.

Aquella terrible equivocación le costó su relación.

—Te acostaste con ella y no una, sino varias veces. ¿Cómo puedes decir que me amas y compartir con otra?

—¡¿Por qué te amo solo a ti?! Con ella solo fue una maldita…

—Fueron varias ocasiones, Connor —siguió ella al ver que el hombre callaba—. Días en los que yo te esperaba en casa con la cena lista y preparada para consentirte. Muchas veces pensé que no volvías porque tenías problemas con tus padres, porque sé que ellos no aceptaban nuestra relación. Por eso nunca te presioné.

Él gruñó maldiciones al recordar ese asunto.

—Lo siento, Brianna. Yo… hacía lo que podía con toda la mierda que tenía encima.

Al ver los ojos de Connor inundado con lágrimas de dolor y rabia, ella se conmovió. El padre de Connor era un hombre con un gran poder de influencia en la ciudad y deseaba que su hijo lo secundara.

Había preparado un matrimonio para él con la hija de un poderoso banquero, enlace que elevaría el estatus de su hijo y el de él mismo si se daba. Por eso obligaba a Connor a mantener una relación con esa chica, a pesar de saber que su hijo estaba con ella.

El hombre nunca la aceptó por no tener dinero ni posición social que pudiera beneficiar a su familia.

—Ya es el pasado, Connor. Vamos a olvidarlo.

—No. No es el pasado. Es lo que marca nuestro presente —dijo soberbio—. Yo ya no estoy con ella, me fui para dejarle en claro a mi padre que no aceptaba ese enlace y que haría mi vida por mi cuenta. Tuve que esperar un tiempo prudente para que él olvidara el asunto y esa mujer pasara de mí.

—¿Y te fue imposible comunicarte conmigo en ese tiempo y decirme tus planes? —reprochó ella—. Pensé que la persona que debía olvidarse de todo y pasar de ti era yo, no ellos.

—Brianna, no lo hice para no hacerte sufrir más y para que mi padre viera que de verdad yo estaba decidido a no seguir sus planes, pero tampoco los míos. Si él te veía esperanzada, no confiaría en mis acciones.

Y aquello era cierto. El padre de Connor en dos oportunidades la buscó para interrogarla sobre su hijo, pero al ver el dolor que ella mostraba por la partida de él pronto decidió no acosarla más.

Por suerte nunca se percató de su embarazo.

—Sea lo que sea, Connor. Quedé sola y con la vida fragmentada, y no solo por tu partida. Tuve que salir adelante sola, cargando con mi hijo y con la terrible enfermedad de mi madre. Trevor apareció para darme una mano con eso, no me reproches por seguir adelante.

Él la observó en silencio un instante. Se notaba tenso, inconforme.

—¿Eso te ofreció Trevor? ¿Dinero a cambio de un matrimonio para asegurar el éxito de su firma de abogados?

Ella empalideció por la referencia.

—Déjalo en paz, es tu amigo. No tienes nada que reprocharle.

Connor emitió una risa de burla.

—Tiene a mi mujer y a mi hijo atados a un maldito contrato.

—Deja de decir que soy tu mujer, me dejaste hace mucho. Y en cuanto a George, ya te dije que podemos establecer una rutina discreta para que lo veas…

—¡¿Discreta?!

Esa nueva interrupción de Connor la enfadó.

—Si no me dejas completar las ideas, no podremos llegar a ningún acuerdo.

—No aceptaré ese tipo de acuerdo. Quiero que salgas de esa casa con George y te vengas a vivir conmigo.

—¡No puedo hacer eso!

—Pero lo harás —dictó, aunque pronto se relajó al verla tensa y con ganas de marcharse.

Tomó una de sus manos entre las suyas y la acarició con dulzura. Sonrió al ver que ella se lo permitía, aunque algo asustada, pero igual dejaba que él la agasajara con sus caricias.

—Lo siento mucho, Brianna. He pasado cada minuto de mi vida lamentando haberme alejado de ti. Me hiciste mucha falta.

Ella se conmovió tanto por sus palabras que estuvo a punto de llorar. Le costaba evitarlo.

—Connor, por favor…

Él se inclinó hacia ella, tan rápido que le fue difícil esquivarlo. La besó con tanta necesidad que brotó de su interior todos esos recuerdos maravillosos del pasado, cuando compartían la misma cama y respiraban el mismo aire.

Al ver que ella no se oponía, Connor profundizó el beso, haciéndolo más urgente.

El sonido de botellas y cristales que chocaban entre sí en las cercanías la hizo reaccionar.

Asustada, se apartó de él y miró el lugar donde se hallaba: un bar público, a la vista de cualquiera.

—No vuelvas a llamarme —exigió roja por el deseo y por la ira y se liberó de su agarre—. Soy una mujer casada.

Tomó su cartera y salió a las carreras de allí.

—¡Brianna! —la llamó Connor, pero ella no atendió su súplica.

Escapó de su lado sintiendo en su pecho el ardor del arrepentimiento y en sus ojos, cientos de lágrimas de amargura.

Capítulo 17.

Brianna llegó a la casa hecha un nudo de nervios. Frederick la recibió, pero no hizo ningún comentario sobre su rostro contrariado. Ella había llorado a mares en el taxi.

Se encerró en su habitación y se lanzó sobre la cama hasta que recuperara la cordura. El beso que Connor le dio despertó en su interior emociones que creyó superadas.

Le costaba no pensar en aquel tiempo maravilloso y sublime que pasó a su lado, compartiendo como dos adolescentes un amor prohibido, sentenciado por las diferencias sociales.

Una mujer como ella, sin nada en la vida, no podía aspirar a tener una relación con un hombre como él.

Connor lo tenía todo: dinero, estatus social, belleza, éxito e inteligencia. Podía estar con cualquiera, pero la había elegido entre muchas y eso la hizo sentirse especial.

Le entregó cada gramo de su ser, su corazón, sus sueños, sus esperanzas y su cuerpo, permitiendo que él depositara una nueva vida en su vientre.

Pero luego la realidad les cayó encima con una ferocidad aplastante. Por ilusa sufrió la más terrible de las decepciones, justo en el momento más fatídico de su existencia.

Siempre pensó que las tragedias que le tocó superar fueron su castigo por ser tan confiada, por creer que podía obtener más de lo que merecía. Por eso se esforzó por olvidarlo y aceptar su dura derrota.

Cuando Trevor llegó poniendo sobre la mesa acuerdos muy claros, entendió que eso era todo lo que ella podía optar en la vida: una relación por conveniencia, sin amor ni entrega, porque no tenía nada que dar.

Sin embargo, se atrevió a pensar en Trevor de una forma distinta. Creyó que alguien tan fascinante como él podía fijarse en un ser tan insignificante como ella, y lo dejó entrar, le dio cabida en su cuerpo y en su mente para que dejara su estela.

Imaginó que él sería distinto, una persona con menos complicaciones, pero entonces regresó Connor y, con un simple beso puso una vez más su mundo de cabeza.

Ahora Brianna sentía el pecho partido en dos, entre el enorme interés que le había nacido por su esposo y el amor que siempre tuvo por Connor, que parecía haber renacido de entre las

cenizas, como si fuese un Ave Fénix.

Con un simple toque de sus labios, él avivó las llamas que se habían dormido en su corazón. Le jugó sucio, ahora ella debía evaluar cómo librarse de ese influjo antes de que le hiciera más daño del que ya le había hecho.

Cansada de lamentarse por su suerte, se levantó de la cama y fue al baño a lavarse la cara. El show debía continuar, no podía caer rendida ante la primera batalla perdida.

Al salir, tocaron a su puerta. Abrió enseguida hallando del otro lado a Virginia con George en brazos.

El niño parecía algo incómodo.

—¿Qué sucedió? —preguntó, y lo acurrucó entre sus brazos llenándolo de besos.

—A estado un poco flojo del estómago —reveló la mujer pasando a la habitación detrás de ella.

—¿Tiene diarrea?

—Aún no me atrevería a llamarla así, pero su estómago está resentido, aunque dudo que sea alergia por algún alimento. Ha comido lo mismo y cuidamos de cocinarle bien todo.

—¿Lo llevo al médico? —preguntó, entre confundida y preocupada.

—Oh, no, todavía no. No ha tenido vómitos, ni fiebre ni ningún otro tipo de malestares. Vine a pedirte autorización para hacerle un puré de manzana, eso ayuda mucho a superar esos malestares.

—Gracias por el apoyo que me está dando hoy con el niño. La niñera me pidió el día libre para hacer unos trámites.

—Me encanta cuidar de George, es tranquilo y amoroso.

—Gracias, usted es muy especial. Ya entiendo por qué los Harmon la quieren tanto.

Ella resopló divertida.

—Esos hombres no pueden hacer nada solos. Sin mí son todo un caos.

—Y yo estoy a punto de entrar en esa lista —reveló sonriente.

Virginia también sonrió, aunque pudo notar el rostro hinchado de Brianna producto del llanto, así como su mirada afligida.

—¿Todo bien, señora? —Como Brianna la observó sorprendida, ella tuvo que aclarar su pregunta—. Perdone que me meta en sus asuntos, pero… puedo darme cuenta que estuvo llorando.

Brianna se sintió inquieta por el interrogatorio, pensó que podía ocultar mejor su dolor.

—Es… el pasado, que de vez en cuando viene a atormentarme —argumentó.

No estaba dispuesta a confesarle nada de Connor, ni de lo sucedido minutos antes. Se moriría de vergüenza.

—Esta mañana estuve hablando con su madre y me contó la terrible tragedia que le ocurrió a su padre hace más de un año. Lo lamento mucho —expuso con pesar.

Eso brotó de la memoria de Brianna los recuerdos sobre su padre, un hombre amoroso y dedicado, pero atormentado por su precaria condición económica.

Nunca llegaron a ser pobres, aunque siempre tuvieron deudas y carencias que él nunca pudo solucionar, por más que se esforzaba.

Esa realidad lo atormentaba día y noche, llevándolo a la depresión. El enterarse de la delicada condición de salud de su esposa y de lo costoso que podría resultar su tratamiento se sintió derrumbado.

Temió no dar la talla con ese problema, por eso abusó ese día del alcohol y, de regreso a casa, perdió el control de su auto dejando aquel fatídico resultado. Uno que marcó a Brianna y a su madre para siempre.

—Fue muy duro, aún lo sigue siendo, pero intentamos recuperarnos —confesó con tristeza.

—Su madre me dijo que su hijo se llama George por su abuelo.

Brianna sonrió, besando con ternura a su hijo.

—Sí, a mi papá le hubiese encantado conocerlo y George habría disfrutado un montón de su abuelo. De esa forma quise mantenerlos unidos.

Virginia respiró hondo.

—Las tragedias son difíciles de sobrellevar y, aunque pase mucho tiempo, ellas seguirán marcándonos. ¿No ve lo que han hecho con la vida del señor Trevor?

Brianna la observó con interés.

—¿Trevor también sufrió terribles tragedias familiares? —preguntó con inocencia, para

propiciar la conversación sin ser tan indiscreta.

—Perdió a sus dos padres siendo muy chico, con apenas cinco años. Aunque recuerda poco, ese vacío ha definido su personalidad. Por eso él es tan callado y serio. Nunca tuvo una infancia como la de los otros chicos, de salir a jugar, a fiestas o a eventos escolares. Su abuelo, el señor Albert, siempre lo crio como si fuese un hombre.

—¿Lo trató con rudeza?

—No, nunca fue violento con él, pero sí autoritario y severo. Por eso el señor Trevor es tan seco y distante. Aunque yo intenté darle todo el cariño, los besos y los abrazos que necesitó, él era esquivo. Es urgente que lo mimen mucho para que sonría más. Es un hombre bueno, merece ser feliz.

Brianna no pudo evitar sentirse una miserable al escuchar esas palabras.

Aunque Trevor se inclinaba por la codicia, era un hombre solidario, paciente, detallista y respetuoso.

A pesar de haberle hecho llegar una propuesta absurda cumplió con cada una de sus promesas: pagó sus hipotecas, se encargaba del costoso tratamiento de su madre y le había brindado a su hijo y a ella misma más de lo que necesitaban para vivir.

Nunca se sobrepasó en sus límites, fue ella quien lo esperó en la puerta de su habitación la noche anterior y se metió en su cama. Lo sedujo hasta obtener de él todo lo que quería y luego se marchó para verse a escondidas con su expareja, que resultó ser el mejor amigo de su marido, para besarse con él en una cervecería repleta de gente.

¿Podía ser más traicionera?

—Si quiere puedo llevarme a Trevor a la cocina, puedo distraerlo con canciones mientras le preparo el puré de manzana. Así usted se pone linda para esa cena que tiene con el señor Trevor esta noche.

Virginia le sonrió con dulzura, devolviéndole a Brianna algo de confianza.

Ella dejó que se marchara de la habitación con el niño, luego de despedirse de él con besos y abrazos.

Al quedar sola, repensó su actitud anterior.

—Cometiste un nuevo error, tonta. No puedes seguir haciendo eso. No debes fallarle otra vez a Trevor.

Se sentó en la cama abatida, rememorando en su cabeza el beso con Connor, tan dulce y estremecedor como los muchos que le había dado en el pasado, que le hicieron perder la noción del tiempo y el espacio.

Luego se lanzó boca arriba en la cama para recordar la noche apasionada que pasó con Trevor, envuelta en sus brazos. Disfrutó por horas del delicioso sabor de su boca insaciable, así como del toque profundo de sus manos.

—¿Qué estás haciendo con tu vida, Brianna? —se preguntó a sí misma.

No podía pensar en dos hombres al mismo tiempo, era imposible que su corazón abrigara a ambos.

Para ella, Connor era una tentación, el deseo prohibido que volvía para invitarla a pecar. Él representaba su pasado, sus sueños rotos, el dolor de la traición, pero también, el vínculo que la ataba a su hijo, lo que una vez fueron sus esperanzas.

Trevor, en cambio, era su seguridad. Su consuelo y paz. Él representaba esa estabilidad que ella siempre deseó y la posibilidad de vivir experiencias novedosas, ardientes y muy placenteras. Era el soporte que evitaba que siguiera cayendo, pero podía significar una dependencia en muchos sentidos.

Debía ser cuidadosa con esos dos hombres y con lo que ellos despertaban en su corazón. No podía amarlos a ambos, tenía que serle fiel solo a uno, pero… ¿a cuál?

El conflicto mental que aquella situación le generaba la agotaba y amenazaba con volverse insoportable, debía manejar con sabiduría la situación y no seguir cometiendo más errores.

Connor se aprovechaba de sus debilidades y Trevor podía sostenerse de ellas para hacerle daño.

Debía ser más cuidadosa, o perdería todo, una vez más.

Capítulo 18.

Luego de arreglarse con dedicación, Brianna salió de su habitación como si fuese una reina de camino a su trono.

El vestido rojo Louis Vuitton que Trevor le había comprado, con escote tipo strapless y falda fluida semitransparente, quedaba perfecto en su cuerpo. Parecía haber sido confeccionado para ella.

Se maquilló con dedicación, buscando resaltar sus labios y la profundidad de su mirada castaña, y dejó sus cabellos sueltos como su esposo le había pedido, acentuando sus risos en la parte baja.

Al aparecer en el salón principal, a las nueve, como habían acordado, él hablaba por teléfono móvil. Caminó en su dirección como si lo hiciese sobre una pasarela de moda.

Brianna disimuló una sonrisa triunfal cuando Trevor perdió el habla al verla aparecer. Por unos segundos, él la miró inmóvil, tan fascinado que ni siquiera pudo respirar.

Aquel efecto era el que ella quería crear. Trevor le había jugado sucio en la mañana al seducirla y dejarla con la piel encendida cuando se despidieron en la habitación de él.

Ahora ella le regresaba el golpe al mostrarse radiante y seductora antes de que se marcharan a la cena. Así lo dejaba con la piel encendida y frustrado, estando de camino al encuentro con su cliente.

—Nos vemos en unos minutos. Estoy por salir.

Trevor se despidió de la persona con la que había hablado, que Brianna supuso, sería su socio Todd.

Ella sabía que Todd también tendría que asistir a esa cena.

—Estás hermosa —reconoció cuando la mujer llegó a su lado.

—Tú también te ves fenomenal —confesó ella y lo repasó de pies a cabeza.

Trevor usaba trajes elegantes hechos a la medida, que se amoldaban con precisión en su cuerpo atlético haciéndolo ver apetecible. Nunca pasaba desapercibido.

Por un momento, él no supo qué hacer. Como un colegial estuvo admirando la figura de su esposa mientras controlaba sus ganas por cargarla sobre su hombro y llevarla a su habitación,

donde le arrancaría toda esa ropa para volver a hacerla suya durante toda la noche.

—Creo que es hora de irnos —dijo al reaccionar.

—Vamos a hacerlo —respondió ella para llenarse de valor.

A pesar del pequeño triunfo que había ganado esa noche debía reconocer que se sentía nerviosa. Aquel era su primer evento como la «señora Harmon». Allí empezaban las responsabilidades que había adquirido al firmar el contrato prenupcial.

Trevor le había propuesto matrimonio para cumplir funciones específicas y esa cena sería la primera de muchas. No podía evitar sentirse inquieta.

Mientras él la escoltaba al auto, ella no pudo evitar recordar la ocasión en que Connor la llevó a su casa, a cenar con sus padres y tíos.

Aunque había sido una cena familiar, el ambiente fue elegante, porque el hijo único del matrimonio Fitzpatrick, quienes eran dueños de una pujante productora de televisión en el estado y socios del tercer conglomerado de medios de comunicación más importante del país, presentaría a su novia.

La cena fue el momento más tenso y desastroso de la vida de Brianna.

Cuando los padres de Connor se enteraron que ella no poseía una condición social ni económica considerable, enseguida se negaron a la relación y la trataron de forma fría y distante.

El desplante fue doloroso para ella. Se había preparado por días conociendo códigos de etiqueta y comportamiento para dar la talla y no avergonzar a su novio, pero el esfuerzo no fue suficiente.

Ahora temía recibir un trato similar a pesar de que contaba con el respaldo del apellido Harmon.

Cuando se pusieron en marcha, su esposo le dedicó una sonrisa de satisfacción que a ella le encendió el pecho y le concedió más confianza. Eso la ayudó a desenvolverse con soltura y naturalidad delante de los anfitriones e invitados, convirtiéndose en una sensación.

En la cena estuvieron presentes los socios de Simón Levi, quienes a su vez, eran sus familiares, tíos y primos. Su emprendimiento era una empresa que trabajaba siguiendo arraigadas tradiciones judías. La familia era lo primero, y hasta lo segundo.

También asistió Todd y su novia de turno, Julinka, una modelo húngara de ojos azules, carácter alegre y apariencia de hada, con quien Brianna logró gran afinidad.

—Esto, más que una cena de agradecimiento por todas las veces que le hemos salvado el culo a estos tipos, me parece una encerrona. Nos están acorralando para aceptar sus condiciones —comentó Todd con discreción cuando los cuatro se reunieron en la terraza, antes de la comida.

La actitud relajada que había asumido Trevor desde que llegó pronto la fue perdiendo, siendo suplantada por una tensión que hasta a Brianna la tenía inquieta.

El hijo de Simón Levi había adquirido compromisos financieros con un proveedor de mala reputación. Una empresa que estaba envuelta en negocios fraudulentos y enfrentaba varios juicios.

El problema residía en que el chico no había pagado todo el dinero que había negociado, por eso el proveedor ahora amenazaba con demandarlos por incumplimiento.

Para evitar que su hijo perdiera dinero con ellos, o se viera envuelto en difíciles asuntos legales, Levi tuvo que aceptar una asociación de trabajo con esa gente para cerrarles la boca.

Trevor no estaba de acuerdo con ese actuar y le insistía en que dejara que su hijo asumiera las consecuencias de sus actos para no empañar a su empresa, y en consecuencia, la de él.

Harmon y Asociados, al ser sus asesores comerciales, quedarían salpicados por ese mal actuar.

Levi se negaba a permitir que su hijo cediera, y sus socios también. Proteger a la familia era lo primero.

—Maldición —soltó molesto—. Esta negociación ensuciará la reputación de la firma. Es nuestro deber evaluar cada acuerdo que haga la empresa y evitar los peligrosos. Si dejo que Levi firme esa asociación, pensarán que no cumplimos con nuestro trabajo.

Trevor se sentía entre la espada y la pared, eso volvió su mirada dura e implacable. Odiaba encontrarse en esa posición.

Para cubrirse las espaldas y proteger a su firma debía renunciar a la representación de la empresa de Levi y no quería hacer eso.

Eso significaba un fracaso y él evitaba fracasar. Antes luchaba hasta las últimas consecuencias.

—No le digas a Levi que permita un castigo para su hijo a cambio de proteger la reputación de su empresa —le aconsejó Brianna al oído—. Ese chico es su único hijo varón, para él es sagrado. Háblale de los cambios que se vienen en las regulaciones internacionales en los próximos meses, eres experto en ese tema por tu trabajo con Nakamura. Levi siempre ha tenido

intención de exportar sus productos a países europeos para hacer crecer su empresa, pero con las nuevas regulaciones es posible que eso no pueda darse si se asocia con ese proveedor, su historial quedará manchado. Eso lo obligará a elegir entre proteger a su hijo ahora y evitar que aprenda lecciones de vida, o consolidar a su empresa para ser más rico y darle mayor seguridad económica a toda su familia en el futuro. Recuérdale que la familia es más importante.

Trevor la observó sorprendido. Simón Levi era un hombre dedicado por completo a su familia y fundó su empresa con el fin de darles una buena estabilidad económica y estatus social. Ese era su fin primordial.

La idea que le aportaba Brianna le mostraría al hombre los errores a futuros que podrían afectar a toda su gente, a cambio de evitarle una incomodidad a su hijo. Eso lo ayudaría a presionarlo por el lado que más le dolía.

Siguió su consejo y abordó al hombre con argumentos que él muy bien conocía, dándole una charla nutrida sobre las próximas regulaciones internacionales. Así logró hacerlo cambiar de parecer y firmar esa misma noche una negativa de sociedad.

Eso generó irritaciones en la familia Levi, porque no asimilaban bien las consecuencias a futuro, pero Trevor sabía que con el tiempo entenderían que sería lo más beneficioso para todos.

—Sí que te has vuelto un hombre muy sagaz —le dijo Simón luego de la cena, mientras bebían licor y fumaban puros en la terraza, sentados en cómodos sofás.

Levi estaba rodeado por toda su gente y frente a él se encontraba Trevor y Todd, acompañados por sus mujeres.

—Lo que me gusta de ti es esa capacidad que tienes para ver más allá de las cosas.

Trevor sonrió de medio lado.

—Eso pasa porque tengo más de un par de ojos —replicó, y lanzó una ojeada cómplice hacia Todd y posó su mano de forma protectora sobre la rodilla de Brianna, que dejaba a la vista la abertura de su vestido.

Compartió una mirada cálida con su esposa, de admiración y deseo.

—Sí, esos muchos ojos te permiten ver en muchas direcciones —porfió uno de los tíos de Levi con amargura. El hombre seguía molesto por lo sucedido minutos antes—. Como en dirección a tu secretaria, una madre soltera —soltó de forma despectiva y señaló a Brianna.

Ella se inquietó por esa referencia y bajó la vista avergonzada. Aquella gente sabía que no era nadie y que había cometido el error de dejarse embarazar por alguien que no había asumido

su responsabilidad.

Para ellos, tal vez, era una simple secretaria que se había aprovechado de la necesidad de su jefe para obtener un beneficio. No aprobaban ese tipo de matrimonios.

Brianna una vez más se sintió en una posición incómoda frente a personas de alto estatus social, que la juzgaban y condenaban sin conocerla.

Trevor, en cambio, hirvió por la rabia. La actitud condescendiente que había tenido con esa gente, pronto se convirtió en un rechazo rotundo.

—Siempre busco lo mejor para mí, sin importar hacia dónde deba ver. No pienso perder una buena oportunidad por mantener principios que ya no se adaptan con la realidad.

Aquello fue un ataque directo. De esa forma criticaba el pensamiento cerrado que ellos mantenían y podía llevarlos a la quiebra, al tiempo que defendía a su esposa.

Para él también la familia era sagrada y, aunque con Brianna había establecido un matrimonio por conveniencia, la sentía tan suya que no le importaba generar incomodidades con uno de sus clientes más importantes.

A pesar del momento tenso, la reunión terminó de buenas maneras. Pero Trevor no era un hombre de fácil olvidar.

—¿Qué haremos con el hijo de Levi? —consultó Todd cuando estaban los cuatro en el estacionamiento, antes de subirse a los autos—. Por tu impase con su tío, Simón nos obliga a asesorar a ese mocoso para que no salga tan derrotado con la absurda negociación que hizo.

—Yo me encargo de ese idiota —expresó con una media sonrisa perversa—. Tanto ese chico como esta familia recibirán un buen escarmiento. Eso los enseñará a no morder la mano que los apoya.

—¿Vas a dejar que la demanda en su contra siga su curso? —quiso saber Todd, divertido.

—Eso les enseñará a no meterse con mi familia.

Después de decir aquello se dirigió con Brianna hacia el auto. Ella estuvo callada todo el camino, mirando impactada el perfil de él.

Trevor era un hombre de cuidado, que no se venía con juegos.

Esa actitud creaba en su pecho emociones contradictorias. Por un lado admiración, al verlo capaz de enfrentarse a lo que fuera por hacerse respetar y por proteger a los suyos, pero también, miedo.

Él resultaba cruel y despiadado cuando lo provocaban. No tenía compasión con sus enemigos.

Capítulo 19.

Al llegar a la mansión, Brianna tenía pensado despedirse de Trevor en el pasillo de las habitaciones y seguir hasta su dormitorio.

Ya la función había terminado, debían volver a sus vidas, y ella tenía muchas cosas en qué pensar con respecto a su futuro y el de su familia.

Pero Trevor no la dejó ir. La tomó de la mano y le dedicó una mirada llena de promesas antes de llevarla hasta su habitación.

Ella se lo permitió porque, en parte, también había anhelado que eso sucediera. El corazón le palpitaba de manera rabiosa amenazando con salírsele del pecho por culpa de la ansiedad.

Una vez que la tuvo adentro y pasó el cerrojo de la puerta, comenzó a quitarse la chaqueta y la corbata mientras se la comía con la mirada.

Brianna lo encaró, pero, al verlo aproximarse, como si estuviera acechándola, fue retrocediendo hacia la cama sin quitarle la vista de encima, intimidada por su postura determinada.

—¿Quieres que me quite el vestido?

—No. Lo haré yo.

Trevor fue dejando regado en el suelo las prendas que se quitada, al tiempo que la acorralaba. Se quitó la camisa y los zapatos antes de alcanzarla, cuando lo hizo, la giró y se pegó a su espalda.

Apartó su cabellera larga para descubrir su cuello. Al hacerlo, lo besó con ternura, logrando que a la mujer se le erizara toda la piel.

—Quiero tocarte —exigió ella.

—Aún no.

Trevor le desabrochó el vestido y abrió toda la cremallera, fascinado con la imagen de su espalda desnuda.

La acarició con tanta sutileza con el dorso de uno de sus dedos que ella no pudo evitar estremecerse de gusto.

Le bajó el vestido para dejarlo caer a sus pies, sorprendiéndose por lo que había hallado.

—¿No llevabas puesta ropa interior?

Ella sonrió perversa.

—Mi plan era atormentarte durante la cena con eso, pero la reunión estuvo tan tensa que no quise fastidiarla más.

—¿Fastidiarla? Maldición, si me lo hubieras dicho me habría ido enseguida de ese lugar —se quejó, mientras una de sus manos masajeaba sus senos y la otra se hundía en el interior de su zona íntima.

Brianna no pudo hablar más, el goce que él le estaba prodigando en su sexo la volvía loca. Sus párpados temblaban por el dulce placer que recibía.

—Déjame tocarte —gimió, casi sin aliento.

—Aún no. Tengo que desquitarme por lo que me hiciste hoy.

—No te hice nada… —exclamó antes de emitir un jadeo que indicaba que estaba a punto de estallar en miles de pedazos.

—Me tuviste toda la maldita noche duro como una barra de acero —dijo, y frotó su miembro hinchado en su culo—. Ahora es mi turno —le susurró al oído, antes de chupar y morder el lóbulo de su oreja.

Brianna soportó las implacables embestidas de sus dedos hasta que el mundo se le cayó a los pies. Ahogó un grito de placer cuando él la hizo tocar el cielo y cayó exhausta entre sus brazos.

Trevor la acostó en el colchón y enseguida se quitó los pantalones y subió a ella.

La giró de nuevo para ponerla boca abajo, pudiendo así degustarse con la piel de su espalda y de sus nalgas.

La excitó de nuevo con la ayuda de su lengua y sus caricias, hasta encenderla como fogata de San Juan.

Al tenerla lista le abrió las piernas y levantó su cola.

—Eres hermosa, ¿ya te lo he dicho?

Ella sonrió, pero al recibirlo dentro de su ser ahogó un grito extasiado y aferró con fuerza las manos en las sábanas.

Trevor no le dio paz. Se había vuelto un adicto a ella, a su cuerpo y a su presencia. La

poseyó con intensidad, sintiendo como su piel se transformaba en lava líquida que se fundía con la de ella hasta crear un infierno de calor y lujuria.

La acarició en cada rincón de su cuerpo sin dejar de penetrarla, mirando enfebrecido como ella se retorcía de gusto por el placer que le daba.

Al escucharla gemir su nombre casi perdió la razón. Había deseado eso con todas sus fuerzas. Quiso, que en medio de su delirio, que ella pensara en él. Solo en él.

Cayeron exhaustos en la cama luego de haber estallado juntos, con el corazón golpeando con fiereza en sus costillas y boqueando en busca de oxígeno.

Él siguió sobre ella, aunque rebajó su peso al ubicarse un poco hacia un lado, y la abrazó, dispuesto a no dejarla ir.

La quería allí, en su cama, por toda la noche.

La acariciaba y besaba con ternura hasta lograr que recuperara el aliento y la cadencia de sus palpitaciones. Luego se acostó boca arriba y la arrimó para que ella quedara sobre su pecho. Así podía mimarla mejor.

La cabellera de Brianna lo cubrió como si fuese una sábana. Así hizo realidad una de las fantasías que tenía con ella.

Miró fascinado como la mujer dormitaba sobre él, relajada y satisfecha.

Con un dedo acarició las suaves facciones de su cara, maravillándose una vez más con su belleza.

«Estoy perdido», se dijo internamente. Le estaba gustando demasiado esa mujer, más de lo que se había podido permitir, sin eliminar aún la sombra de su amigo Connor de sus vidas.

«Es un matrimonio por conveniencia», se recordó.

«Cuando termine el tiempo estipulado, ella se irá», siguió atormentándose.

«Quizás, volverá con él», se dijo.

«Quédate con todo lo que puedas antes de que eso pase».

Eso último fue una especie de juramento que se hizo a sí mismo antes de abrazarla de forma protectora y dejarse vencer por el sueño.

Solo lograron descansar un poco más de una hora porque tocaron a su puerta.

—¡Señor Trevor!

Le costó reconocer la voz de Virginia.

Lanzó una ojeada hacia el reloj que tenía en la mesita de noche y se fijó que eran las casi las tres de la mañana. Eso lo alertó y lo obligó a levantarse enseguida.

Pensó que se trataba de su abuelo.

Cubrió a Brianna con una sábana y tomó su bata de noche para vestirse con ella, así abrió la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó urgido a la mujer.

—Disculpe, pero… ¿la señora Brianna está con usted? —quiso saber Virginia, apenada.

—Sí.

—Es que George está malito. Ha tenido diarrea y ahora llora mucho. No he podido calmarlo.

—¿Dónde está el niño? —preguntó preocupado.

—En su habitación, con la señora Kendra. Y con el señor Albert —dijo eso último con un rastro de enfado.

—¿Mi abuelo está despierto a esta hora? —indagó molesto.

—No he podido obligarlo a ir a la cama por estar pendiente del niño y él no se ha querido apartar de su lado preocupado por su salud.

Trevor masculló una maldición.

—Disculpe, señor. Yo estaba esperando a la señora Brianna, pero no sabía que ella se quedaría con usted esta noche —explicó de nuevo, apenada.

Virginia sabía que aquel matrimonio entre ellos era solo un acuerdo comercial que nunca aprobó. Sin embargo, ella no estaba allí para negarse a una acción de los Harmon. Aunque ellos la quisieran mucho, la mujer nunca olvidaba su posición en esa casa.

Siempre rogó porque aquel hecho no le ocasionara a Trevor una herida más, por eso se alegró al descubrir que ellos comenzaban a pasar tiempo juntos, como verdaderos marido y mujer.

No hubiese querido molestarlos, pero la condición del niño empeoraba y ella no sabía qué hacer.

—Despertaré a Brianna. En unos minutos estaremos en la habitación de George. Llama al

doctor White y dile que venga. Pagaré su traslado y el doble de sus honorarios si se apresura.

—Así le diré, señor —expresó la mujer aliviada y enseguida fue a la habitación del niño para hacer lo que le habían indicado.

Trevor regresó a la cama y con delicadeza despertó a Brianna para informarle de lo ocurrido. Ella enseguida se levantó y se vistió para ir con su hijo, presa de la angustia.

Minutos después, se había cambiado de ropa y se encontraba en la habitación de George intentando dormirlo. El doctor White, médico de cabecera de los Harmon, le había realizado un chequeo.

Trevor siempre se mantuvo a su lado. No los abandonó ni siquiera, cuando obligó a su abuelo a ir a la cama luego de lograr calmar el llanto del niño.

Dejó que Virginia se encargara de él mientras hablaban con el doctor White.

—No es nada de gravedad, me parece una reacción ocasionada por esa nueva leche que le están dando.

—Su pediatra se la cambió hace unos días —explicó Brianna.

—Es habitual que ocurran estas cosas. El niño está comenzando a abrirse a nuevos alimentos, poco a poco irán evaluando qué puede caerle bien y qué no. Lo que recomiendo es que le den mucho líquido y le hagan mañana los exámenes para descartar cualquier virus. Su pediatra le indicará luego los cambios que deban hacer en cuanto a la leche.

—¿Opinas que no le demos más esa leche? —consultó Trevor, mostrando gran interés en el tema.

Brianna estaba agradecida con todo el apoyo que él le estaba dando con respecto a George. Se aterraba cada vez que el niño se ponía mal, sin tener a quien recurrir por ayuda. Evitaba hacerlo con su madre para no generarle más angustias de las que ya tenía.

—Al menos, por unos días. Hasta que mejore de las molestias estomacales.

Trevor se despidió del doctor prometiéndole que a primera hora de la mañana le haría la transferencia por los gastos ocasionados.

Kendra lo acompañó a la puerta de la mansión.

Al quedar solos, él abrazó a Brianna por la espalda abarcando también a George, que dormía con placidez en los brazos de ella.

—Esto es mi culpa. Lo he sometido a muchos cambios estos días, ha estado muy nervioso

—se quejó la mujer.

—No te culpes, haces lo mejor para él. Es inevitable que muestre alguna debilidad, es parte de su proceso de adaptación.

Ella acurrucó más al niño, obligando a Trevor a apretar más el abrazo en que los tenía a ambos. Ella sonrió fascinada por el gesto.

—Gracias por no dejarme sola —dijo y se recostó en el pecho de él.

Trevor besó con ternura su frente.

—Eres mi esposa. Tú y George ahora son mi familia, jamás los dejaría solos frente a ninguna emergencia.

Brianna sintió gran placer por esas palabras, que le aportaban la seguridad que siempre anheló, pero no pudo evitar pensar en Connor mientras se encontraba arropada entre los brazos de Trevor.

Era a él a quien le correspondía estar allí, velando por su hijo.

Capítulo 20.

Trevor movió cielo y tierra para lograr que al día siguiente los atendiera un pediatra y les explicara los resultados de los exámenes.

Había acordado reunirse con Todd en la oficina para tratar el tema de Simón Levi y de su hijo imprudente, pero suspendió todos sus compromisos para acompañar a Brianna.

Mientras la mujer terminaba de hablar con el doctor sobre la situación de su hijo, él se lo llevó a caminar por la terraza de la clínica.

A George los centros de salud lo ponían inquieto, más aún, luego de haber pasado por el laboratorio a que le sacaran sangre.

Para evitar que siguiera llorando, Trevor lo paseó por los jardines mientras le contaba sus travesuras de cuando era chico y se escapaba del control de su abuelo para escalar árboles y agrandar su colección de insectos y gusanos.

Le hablaba de todas las maravillas que podía encontrar entre la vegetación y de lo feliz que él era con una lupa en mano estudiando el comportamiento de las hormigas o de cualquier bicho minúsculo.

George parecía entenderlo. El niño miraba con ojos fascinados los lugares que él le señalaba y sonreía divertido cuando descubría que algo se movía sobre el tronco de un árbol o encima de una hoja.

Balbuceaba alegre queriendo atrapar con sus manitos el animal que veía.

Ambos parecían disfrutar de aquel imprevisto paseo y de las aventuras que estaban viviendo.

Cuando Brianna salió del consultorio y vio lo que hacían, quedó tan conmovida que sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad.

Entendió que no solo su hijo necesitaba de un padre, sino que Trevor parecía necesitar de un hijo. Tenía mucho para compartir.

Respiró hondo y represó sus emociones antes de acercarse y romper el momento mágico que se había creado entre ellos dos.

—Ya podemos irnos. —George balbuceó palabras inentendibles mientras le señalaba una

pequeña mariposa—. ¿Te gusta, amor?

Lo cargó y abrazó dejando cientos de besitos en su rostro.

Trevor los observó fascinado.

—¿Quedó todo claro con el doctor?

—Sí, no es un virus, solo una simple alergia alimentaria. Me pidió reducirle ciertos alimentos mientras se recupera y luego comenzaremos a probar otro tipo de leche. Del resto está muy bien. Este chico es muy fuerte —dijo eso último orgullosa y siguió dándole más besos.

Trevor apartó un mechón de cabello que pretendía tapar su cara. Luego de ponerlo detrás de su oreja, no pudo evitar acariciarle la mandíbula.

—Y tú, ¿estás bien? —quiso saber, preocupado por el poco descanso que ella había tenido la noche anterior y por la enorme angustia que vivió por la enfermedad del niño.

A Brianna le agradó su caricia y sonrió complacida.

—Ahora estoy más tranquila.

—Entonces, volvamos a casa para que puedas descansar.

Ella se erizó por sus palabras. Ese «volvamos a casa» sonó tan íntimo que agitó las emociones en su interior. Comenzaba a sentirse parte de él, como una familia de verdad.

Trevor la tomó por la cintura y la dirigió a su auto. En minutos llegaron a la mansión.

Después de dar razones a todos de lo sucedido con el pediatra, calmando ansiedades, la acompañó a la habitación del niño y la ayudó a cambiarlo de ropa y darle su alimento.

—Nada de esto está en el contrato que firmamos —expuso ella con cierto rastro de tristeza. No podía olvidar que aquello era una mentira que solo duraría un tiempo definido.

—Es parte de la convivencia —justificó él, y se sentó en una mecedora con George en los brazos.

El niño se recostó en su pecho mientras jugueteaba con un dinosaurio de peluche y emitía un gran bostezo.

Brianna se sentó cerca de ellos y los observó maravillada. Ambos se comportaban como si se conociesen de toda la vida, ya estaban acostumbrados uno del otro.

Ella quería que aquella relación fuese duradera. George lo necesitaba, pero también Trevor. Lo veía tan feliz y tan cómodo con el niño que la hizo pensar por qué él nunca había

intentado tener a su propio hijo.

Parecía un buen padre, muy atento y preocupado.

No pudo evitar pensar en Connor e imaginar cómo sería él con su hijo. Ella nunca le había dado la oportunidad de probarse como padre, le negó esa opción.

Tal vez Connor fuese tan dedicado, o más, que Trevor. Quizás a su hijo nunca lo traicionaría ni abandonaría como hizo con ella, porque entre ellos podría existir una unión mucho más poderosa e indestructible.

Esa idea la hizo sentirse una miserable. Nunca debió robarle la posibilidad de estar juntos. George necesitaba de su padre y Connor podría también necesitar de él.

Trevor se percató de su semblante triste y, sin descuidar a George, estiró una mano para acariciar las de ella y le dedicó una mirada profunda. Ese gesto dulce desdobló las emociones en Brianna y la hicieron sentir dichosa.

Nunca había recibido tanto apoyo de nadie diferente a su madre, eso la conmovió.

Pero su teléfono móvil comenzó a repicar con insistencia rompiendo el momento íntimo que se había creado entre los tres. En medio de un suspiro ella se puso de pie y buscó el aparato para atender la llamada.

Se asustó al ver que de nuevo se trataba de un número desconocido. Podía ser Connor.

Trevor no apartó su atención de ella mientras la mujer se llevaba el móvil a la oreja.

—¿Sí?

—Soy yo, ¿cuándo podré ver a mi hijo?

Brianna perdió todos los colores del rostro al confirmar sus sospechas.

—¿Qué…? —preguntó nerviosa, sin saber cómo actuar.

Trevor no dejaba de mirarla, ahora con el ceño fruncido. Ella no quería que se enterara que Connor la llamaba para no molestarlo.

—Te fuiste tan rápido de la cervecería que no llegamos a establecer el día de la visita. Quiero saber cuándo podré ver por primera vez a mi hijo.

Brianna comenzó a comportarse como un ratón encerrado en un laberinto, sin saber qué camino tomar.

Con nerviosismo salió al jardín para escapar de la mirada recelosa de Trevor.

—¡Deja de llamarme! —reclamó, furiosa.

—¿Cuándo volveremos a vernos para acordar las visitas? —consultó él ignorando su queja.

Ella se mordió los labios para controlar el enfado.

—Te dije que eso debo hablarlo con Trevor.

—¡No quiero que lo incluyas en nuestros asuntos!

—¡Es mi esposo! —masculló alejándose un poco más. No quería que Trevor la escuchara.

—Ese matrimonio es una mentira. Quiero verte, necesitamos hablar de George. Si no aceptas reunirte a solas conmigo, iré al Tribunal de menores esta semana.

Brianna se asustó por esa amenaza, no podía permitir que él le quitara a su hijo.

—¿Estás llamando de tu móvil?

—Sí.

—Entonces, luego te enviaré un mensaje para acordar la cita.

Por un momento hubo silencio al otro lado de la línea. Connor parecía reflexionar su propuesta.

—Brianna, ese beso que nos dimos…

—Luego me comunico contigo —lo interrumpió y enseguida cortó la llamada apagando el teléfono para evitar recibir mensajes de él.

El corazón se le apretó en un puño al recordar el beso que ellos habían compartido en el bar el día anterior, uno que brotó de su mente los recuerdos del hermoso tiempo que compartieron juntos.

Desde su abandono había añorado volver a vivir esa experiencia, ahora las dudas la agobiaban.

Su corazón no sabía si seguir suspirando por el padre de su hijo o por ese esposo por conveniencia que la esperaba dentro de la habitación de su hijo.

El futuro con Connor era incierto. Él no dejaría de ser un traidor, ni siquiera sabía si era un hombre libre, y su familia jamás la aceptaría.

Y el futuro con Trevor estaba condicionado a ese contrato prematrimonial que habían

firmado antes de la boda, y tenía fecha de vencimiento.

Con ninguno de los dos parecía tener esperanzas.

Agobiada por la pena y la resignación entró a la habitación. Trevor seguía en la mecedora, con George, que se había dormitado en su pecho, pero ahora su semblante era duro y severo.

—Era él, ¿cierto? —preguntó.

Brianna sabía que se refería a Connor, pero los nervios no le permitieron hablar. Solo bajó la cabeza, avergonzada.

—¿Ahora te llama?

Ella alzó la vista, rogándole con la mirada.

Trevor suspiró hondo antes de ponerse de pie, teniendo mucho cuidado de no despertar a George.

Con delicadeza, lo puso en su cunita y lo arropó, dándole un beso en la cabeza antes de irse.

—Trevor… —lo llamó Brianna, pero él no la atendió.

Salió de la habitación en medio de un silencio gélido que a ella le partió el corazón.

—¿Por qué me pasan siempre estas cosas? —se preguntó dolida y se sentó en una silla para soportar la intensa amargura que le invadió el pecho.

Necesitaba encontrarle pronto una solución al problema con Connor, no podía aceptar que él siguiera afectando su vida y robando cada pequeño logro que alcanzaba.

Tenía que poner en orden su existencia y sus sentimientos. Si seguía dejándose tambalear por esos dos hombres terminaría hecha pedazos, mucho peor de cómo había quedado en el pasado.

Por ella, por su hijo y por su madre, necesitaba detener alguna de esas locuras. Jugar para dos bandos era peligroso.

Capítulo 21.

Brianna aprovechó que Kendra se quedaría un rato con George para ir a la habitación de Trevor. Él se preparaba para salir.

Apenas recibió la autorización para entrar, pasó disimulando los nervios que la invadían.

—Hola.

—¿Necesitas algo? ¿Todo está bien con George?

Ella suspiró hondo y se aproximó más a él. Trevor se ponía su reloj de muñeca de espaldas a la mujer.

Se veía muy atractivo con el traje sin corbata que llevaba puesto.

—Quiero que sepas que nunca le di mi número de teléfono a Connor. No sé cómo lo consiguió.

Él estuvo en silencio un instante, hasta que terminó lo que hacía y la enfrentó.

Ya no era el mismo hombre atento y preocupado que la había acompañado esa mañana al pediatra, sino un tipo serio, calculador y despiadado que sabía que tenía el mundo a sus pies, por eso no pensaba perder el tiempo con asuntos banales.

—No tienes que esconderte de mí cuando hables con él —informó con sequedad—. Lo único que te pedí desde antes de casarnos es sinceridad. Odio que me oculten cosas.

—No quería que te molestaras.

—Pero eso fue lo que sucedió.

Trevor se aproximó tanto a ella que Brianna tenía que alzar la cabeza para observarlo y la mirada que le dedicaba estaba tan impregnada de desprecios que sus emociones se encogieron. Se sentía como un pequeño insecto frente a él.

—La llamada me tomó desprevenida, no supe cómo reaccionar.

—Esconderte no fue una buena idea.

—¡No quería que pasara esto! —insistió ella, refiriéndose a su creciente enfado.

Trevor tensó la mandíbula y se alejó de la mujer para tomar sus lentes de sol y la chaqueta de su traje.

—¿Qué acordaste con él?

—Nada.

—¡¿Y qué maldita cosa quería?! —preguntó casi dominado por la ira y volvió a encararla.

Brianna dudó un instante, no iba a retroceder frente a él, pero no quería verlo tan afectado. Sus reacciones le dolían.

—Quiere ver a George.

Trevor no fue capaz de responder durante casi un minuto. La rabia que le invadía el pecho lo tenía al borde de un colapso.

Él sabía que aquello iba a suceder, que Connor tarde o temprano exigiría ver a su hijo.

—¿Han hablado de algún encuentro?

—No. Él me pide que fije una fecha y un lugar.

—Tiene que ser aquí. Esta es ahora tu casa y la de George.

Ella se conmovió por esa aseveración, pero el semblante irritado del hombre le impidió mostrar sus emociones.

—Hablaré con él.

—Aquí, Brianna —exigió él—. No se verán en otro lado, sino aquí.

—Eso haré.

Trevor apretó los puños para controlar la rabia que lo consumía, se sentía derrotado. Connor estaba usando con sabiduría sus cartas y arrinconaba a Brianna a un encuentro que él no deseaba que se diera.

Pero tenía que darse. Si le prohibía a Connor ver a su hijo, eso lo obsesionaría más con él y, por consiguiente, con Brianna. Conocía muy bien a su amigo, era un amante de los retos. Los temas difíciles eran sus favoritos.

Aunque aquel asunto lo llenara de amargura debía permitirlo. No le gustaba que rondara lo que le pertenecía y Brianna era ahora suya, así como el niño.

—Me voy. Nos vemos luego —se despidió, antes de dirigirse a la puerta buscando evitar que se reflejara en su rostro un semblante derrotado.

—¿Vendrás a almorzar? —quiso saber Brianna, angustiada.

El miedo a perderlo comenzó a palpitar en su pecho.

—Posiblemente, no.

Trevor salió de la habitación después de decir aquello, dejándola sola, ahogada en preocupaciones y arrepentimientos.

Brianna tuvo que respirar hondo para que las lágrimas no escaparan de sus ojos. Se sentía tan mal que tenía ganas de gritar y romper algo. No entendía por qué la vida seguía ensañándose con ella.

Luego de unos segundos de angustia, regresó a la habitación de su hijo, pero antes de llegar recibió un mensaje de texto en su móvil.

Al revisarlo, el miedo volvió a invadirla.

«¿Qué decidiste?», el mensaje de Connor la ponía entre la espada y la pared.

«Dije que me comunicaría contigo», le respondió.

«Debo ocuparme de otros asuntos esta semana, necesito que establezcamos hoy mismo una fecha».

Ella respiró hondo. Odiaba que la apresurara a tomar decisiones que consideraba trascendentales.

«Lo discutiré con Trevor esta noche».

No recibió más mensajes de Connor, pensó que se había enfadado y al fin la dejaría en paz, pero segundos después la llamó.

Brianna comprimió el rostro en una mueca de disgusto y por instinto repasó el pasillo para asegurarse que Trevor no estaba cerca.

—¿Qué quieres?

—En dos horas estaré cerca del barrio Reina Anne, te pasaré la dirección de un bar donde podemos vernos.

—Connor, eso no es necesario.

—Sí lo es, Brianna. No voy a tratar temas referentes a mi hijo por teléfono. Necesito que nos veamos.

—Ayer nos vimos y no hablamos nada.

—Porque saliste huyendo como un conejo asustado. No sé por qué me tienes tanto miedo.

—¡No te tengo miedo! Es solo…

No supo qué contestar. Él beso que Connor le dio sacudió por completo sus emociones y la hizo tambalear.

Ella había aceptado el acuerdo matrimonial con Trevor porque le urgía estabilidad, necesitaba calma para volver a ser ella misma, para pensar en sus necesidades y enfocarse en lo que quería alcanzar en la vida.

Pero una vez más aparecía Connor y revolvía todo su pasado, y su presente, enturbiándole el futuro. Si él tan solo hubiese regresado unos días antes de la conversación que ella había mantenido con Trevor, tal vez la historia fuese distinta, pero no lo hizo.

—Brianna, solo ven, por favor. Te prometo que no me excederé de nuevo. Solo quiero que hablemos de nuestro hijo.

Esta vez Connor le habló de manera suplicante, fragmentando el corazón de la mujer.

Recordó el momento de intimidad que Trevor había podido tener con George esa mañana, que a ambos los fortaleció. Connor merecía vivir ese tipo de situaciones con el niño, porque era su hijo.

Negarse sería una crueldad, que posiblemente su hijo le reclamaría en el futuro.

—Bien, pásame la dirección y allí nos veremos en dos horas.

Brianna no pudo evitar sentirse una traidora al finalizar aquella conversación. Minutos antes le había prometido a Trevor que si debía verse con Connor lo haría dentro de la mansión, pero ella se negaba a llevar ese problema a esa casa.

Allí se encontraba el señor Albert, enfermo, y su madre, que también poseía sus dolencias y no soportaba a Connor. Si se producía una discusión, alguno de ellos podía alterarse y eso complicaría sus estados de salud. Eso no se lo perdonaría.

Al entrar en la habitación de George, Kendra pudo percibir su rostro atribulado.

—¿Qué sucedió ahora? —preguntó la mujer, dejando a George en su corral rodeado de juguetes y peluches, con los que enseguida se distrajo.

Brianna se sentó en una silla con actitud abatida.

—Acabo de hablar con Connor.

—¿Hablar? —preguntó, indignada.

—Consiguió mi número de teléfono. No sé cómo. —Kendra masculló maldiciones—. Quiere que nos reunamos para establecer encuentros donde pueda conocer a George.

—¿Cuándo será esa reunión?

—Hoy.

—¿Y le dijiste que sí?

—Tengo que hacerlo, mamá. Connor es el padre de George, tiene derechos.

Kendra resopló con disgusto.

—Derechos que reclama ahora porque se siente traicionado, pero que luego se le olvidarán.

—Eso no lo sabemos.

—Te abandonó por otra mujer y nunca más se comunicó contigo. ¿Crees que no hará lo mismo con George? —inquirió con reproche.

—La relación que pudo haber tenido conmigo es diferente a la que tenga con George. Él es su hijo.

Kendra volvió a resoplar.

—Y justo llama ahora, cuando el niño no está bien y necesita reposo, no agitarse conociendo a otras personas.

—Es su padre —repitió, para reafirmar la importancia del asunto—. Además, ayer también quiso que habláramos, pero… no pudimos entrar en detalles sobre el tema.

—¿Ayer se vieron? —preguntó la mujer, mosqueada.

—Sí, Trevor no lo sabe. Nos vimos en una cervecería en la calle Pike.

—¿Una cervecería? —apunto con desagrado.

—Hoy nos reuniremos en un bar en el barrio Reina Anne.

—Ese tipo, a pesar de todo el dinero que tiene, te lleva a bares y cervecerías. Es un miserable.

—¡Mamá! —la regañó.

—¿No ves lo que está haciendo, Brianna? —Ella observó confundida a su madre—. Te lleva a lugares de poca monta, donde nadie lo conozca. Para evitar que la gente que forma parte

de su exclusivo círculo social los vea.

Brianna se amargó por esas palabras, que la hicieron recordar el tiempo de rechazos y desprecios que vivió por causa de los padres de Connor.

Para evitar que ellos siguieran molestándola, Connor y ella se reunían a escondidas en lugares no habituales por la familia y amigos de él.

—¿Pretendes repetir una vez más tu propia historia?

—Claro que no, mamá —dijo enfadada—. Solo hablaremos de George.

—Hija, no vuelvas a caer en sus trampas. Recuerda todo lo que sufriste por ese hombre.

—Claro que lo recuerdo, mamá. Eso es algo que nunca olvidaré —confesó con los ojos inundados de lágrimas.

—Connor lo único que busca es un oportunidad contigo. Si de verdad le interesara George ya habría tumbado la puerta de esta mansión para verlo.

—Eso no lo hará porque Trevor, a pesar de esta situación, es su amigo.

Kendra emitió una risa de burla.

—Como si eso le importara. —Brianna observó a su madre con reproche, pero casi enseguida retomó su rostro afligido—. Y si ya se reunieron ayer, ¿para qué hablaran otra vez hoy?

—Porque ayer no hablamos de George.

—¿Y de qué hablaron?

La joven respiró hondo antes de responder.

—De nosotros y de lo que había sucedido en el pasado.

—¡¿Te das cuenta?! Eso es lo único que él busca. ¿En ningún momento hablaron de George?

—No, porque…

Al ver que su hija calló y se mostró aún más abatida, Kendra insistió.

—Dime qué sucedió entre ustedes, hija.

Brianna perdió los colores de su rostro por la vergüenza.

—Me besó y eso me puso muy mal. Salí de allí sin que termináramos de hablar.

Kendra se enfadó por esa noticia. Sabía que lo único que buscaba Connor era envolverla de nuevo para seguir aprovechándose de ella.

Nunca le daría el amor ni el puesto que se merecía, solo quería saciarse de ella, sin asumir más compromisos porque no estaba dispuesto a enfrentarse a su familia.

—No puedo decirte que no vayas a esa reunión porque ya no puedo negarte nada. Solo te pido prudencia —dijo poniéndose de pie con ayuda de su bastón—. Ahora eres una mujer casada, Brianna. Aunque este sea un matrimonio por conveniencia, es una responsabilidad que asumiste.

Se marchó luego de decir aquello, dejando a su hija con más pesos sobre sus hombros y preocupaciones rondándole la cabeza.

Capítulo 22.

Trevor entró en el restaurante de Joey y se sentó en la barra. Recién habían abierto. Joey ofrecía almuerzos con menú ejecutivo que eran muy solicitados, pero apenas su personal se preparaba para recibir a los clientes.

Su amigo le dio la bienvenida con palmadas en los hombros y puso frente a él una botella de whiskey.

—Tu favorito —dijo sonriente y le sirvió un vaso.

—Tu intención siempre es la de emborracharme —rebatió Trevor dando un trago a la bebida.

—¿Cómo lo supiste? —bromeó Joey— Si comparto un video tuyo en las redes sociales, haciendo alguna payasada en mi restaurante por culpa del alcohol, mi negocio se volverá el lugar más chic de todo Seattle.

Trevor sonrió con poca gracia.

—Idiota.

—¿Qué haces por aquí un día de semana y a media mañana? El Trevor que conozco se encierra a primera hora del día en su oficina a trabajar como un poseso.

—Negocios.

Joey sonrió y negó con la cabeza.

—¿Has vuelto a ver a Connor? —quiso saber Trevor, interesado.

—No, aunque sé que sigue en la ciudad. Anoche hablamos y lo noté bastante afligido.

La mandíbula de Trevor casi se parte por lo mucho que la tensó y se tomó de un solo trago el licor que quedaba en su vaso.

—¿No te ha dicho qué está haciendo aquí?

—Da una respuesta igual a la tuya: negocios —ironizó el hombre y se alejó un momento para atender una consulta que le hacía una empleada.

Trevor aprovechó la ocasión para servirse otro whiskey mientras pensaba en su amigo y en Brianna. La sangre se le agitaba en el cuerpo cuando los imaginaba juntos, con el hijo de ambos

en brazos.

Ellos eran una familia, una que por misteriosas circunstancias tuvo que fragmentarse, pero que la vida había reunido de nuevo.

Él era quien estaba en medio, entorpeciendo esa relación. Debería dar un paso atrás y dejarlos, pero ese no había sido el trato que había establecido con Brianna antes de que ellos volvieran a verse.

Ahora tenían que adaptarse a sus normas. No dejaría que lo trataran como un simple estorbo.

—Hola, guapo.

Una mujer alta, rubia y esbelta apareció y se inclinó hacia él para darle un beso en la mejilla, junto a sus labios.

Él se lo permitió sin decir nada, viendo de reojo como Ivanova Neville se sentaba en la banqueta ubicada a su lado y sacaba del interior de su bolso de diseñador un estuche elegante para cigarrillos.

Sus dedos largos, adornados con anillos de oro y piedras preciosas, se movían con suavidad mientras encendía un cigarrillo.

Ella era la prometida de un acaudalado banquero que en Inglaterra gozaba de un título nobiliario. El dinero y el poder la rodeaba, pero igual había asistido a un restaurante de estatus medio para reunirse con el hombre que en una ocasión había sido su amante.

Aunque para ella, Trevor Harmon seguía perteneciéndole.

—¿Me invitarás un trago?

—Aún no es mediodía.

—Pero tú estás bebiendo —dijo ella y señaló el vaso y la botella de whiskey.

Trevor le hizo una seña a Joey para que le facilitara otro vaso. Su amigo cumplió con el pedido dedicándole una mirada que mezclaba burlas con claras advertencias.

—¿Qué tal, Joey? —saludó la mujer.

—Hola, Ivanova. Bienvenida a mi restaurante. Pide lo que quieras, la casa paga.

Ella sonrió complacida.

—Gracias, pero me gustaría que pagara Trevor. Me debe unos cuantos favores y, por lo

visto, me deberá más —dijo la mujer con una sonrisa cínica dirigida a su examante.

Joey los dejó solos en medio de un suspiro sonoro. Quería que Trevor lo escuchara para que supiese su posición en aquella disputa.

Aunque siempre lo había apoyado en todo, en esta ocasión le costaba seguirle el paso.

Él sabía que Ivanova se desempeñaba como jueza en el Tribunal de menores de la ciudad y si estaba allí, reiniciando el contacto luego de meses sin verse, era porque hablarían de George y de la posibilidad de adoptarlo.

Con eso, Trevor declararía una guerra a muerte con Connor, su mejor amigo.

—Gracias por haber venido —expresó el hombre al quedar solos.

—Sabes que por ti haría cualquier sacrificio —reveló ella, antes de darle un trago al whiskey que él le había servido.

—Quería pedirte que abrieras un espacio esta semana en tu agenda, para ir a tu oficina a hablarte del caso que te comenté.

—¿El del niño que quieres adoptar?

—Ese mismo.

El asombro y la diversión se reflejaron en el rostro de la mujer.

—Trevor Harmon siendo un padre adoptivo. Una frase llena de contradicciones.

—¿Piensas que no podré ser un buen padre?

—De tus hijos, sí. De los hijos de otros es lo que me asombra.

—¿Por qué?

—Porque eres de los que construye su propio imperio, por más difícil que sea el camino. Nunca has vivido sobre el imperio de otro.

—Acabas de demostrar lo poco que me conoces —expuso orgulloso—. El tema de las bienes raíces me atrae, sé que existen lugares abandonados que poseen un gran potencial y del que es posible sacarle una buena ganancia.

Ella lo observó con los ojos entrecerrados. Nunca había conocido esa parte cínica e irónica de él, era evidente que algo lo estaba cambiando.

—¿Acaso descubriste que eres estéril?

Él emitió una risa divertida.

—No, ese no es el caso.

—¿Entonces?

—Mi esposa es madre y mi responsabilidad con ella se extiende a su hijo.

—¿Tu esposa? ¿Hablas de la mujer con la que hiciste un matrimonio por conveniencia?

Trevor la miró con severidad, pero a Ivanova no le afectó su reacción. Ella era más fría y desafiante que él.

La mujer se había enterado de su boda y le resultó fácil suponer los motivos que lo llevaron a tomar esa decisión. Lo conocía casi a la perfección. Habían estado mucho tiempo juntos.

—Hablo de mi esposa, la mujer con la que me casé hace unos días de una forma muy legal.

Ivanova aumentó la sonrisa.

—Así que, pronto la conoceré.

Él suspiró hondo.

—Sí, pronto la conocerás.

—Ya quiero saber quién calienta tu cama ahora.

Con una sonrisa pedante, Trevor intentó disimular la incomodidad que esas palabras le dejaron. No quería que Ivanova siquiera sintiéndose con derechos sobre él, mucho menos, frente a Brianna.

Pero aquella mujer era su mejor oportunidad para asegurar a George y evitar que Connor le jugara sucio.

—Necesito que entiendas que este asunto es muy importante para mí, por eso te cité.

Ivanova dio una calada a su cigarrillo mientras lo observaba con suma atención.

—Me gustaría saber por qué este tema es tan importante para ti. No eres hombre de encapricharte por nada, a menos que sea un negocio que te genere gran rentabilidad.

—Digamos que es algo por el estilo.

—¿La mujer acaso heredará una fortuna incalculable?

Él sonrió de medio lado.

—No.

—¿Tiene título nobiliario, influencias con la realeza de algún país o acciones de gran valor en la bolsa de Nueva York?

—No.

—¿Es una belleza exuberante capaz de calentarte la sangre hasta el punto de llevarte a la locura? —Trevor no respondió, solo le dedicó una mirada dura—. ¿Te das cuenta que sí te conozco lo suficiente, Trevor Harmon?

—¿Cuento contigo, Ivanova Neville? —consultó molesto.

Ella volvió a evaluarlo con los ojos entrecerrados.

—No eres un hombre de caprichos, Trevor. No es por eso que haces todo esto.

—¿Puedes dejar de analizarme y centrarte en nuestra negociación?

—Tus motivos me intrigan y sabes que cuando yo tengo dudas no paro hasta resolverlas.

—Eres obsesiva.

Ivanova apagó el resto de su cigarrillo en un cenicero y luego se centró en Trevor. Se acercó más a él y le acarició el pecho.

—Sí, reconozco que soy obsesiva y tú eres una de mis tantas obsesiones.

—Me dejaste por un hombre mucho más rico y poderoso que yo.

—Eso no quiere decir que ya no te desee —reveló, e introdujo su mano dentro de la camisa, para acariciar la piel de su pecho cubierta por una fina capa de vello.

—Creo que ahora ambos tenemos límites que no podemos cruzar —dijo y apartó con delicadeza la mano de la mujer.

Lanzó una ojeada a los alrededores para asegurarse que nadie los había visto, descubriendo que solo Joey había notado lo que sucedía y negaba con la cabeza mientras sonreía divertido.

—Vaya, esto parece serio —comentó Ivanova en referencia a la reacción del hombre—. Y aumenta mi curiosidad —finalizó juguetona.

—¿Cuento o no contigo? —insistió él, ya cansado de esa situación.

—Claro que lo haces, Trevor, pero esto no te saldrá nada barato.

—Pagaré lo que sea necesario.

Ella negó con la cabeza y tomó su bolso poniéndose de pie.

—Pero yo a ti no te pediré dinero, porque no lo necesito.

Ivanova se inclinó hacia él y, sin decir nada más, tomó su boca por asalto con un beso profundo y salvaje. De esos que siempre ella solía darle.

Luego de saborearlo por completo y morder sus labios lo observó con arrogancia.

—Te enviaré por mensaje la fecha de la reunión. Tienes que ir con ella, recuerda que te dije que sin su autorización esto será imposible.

Antes de marcharse, le dio un apretón en los testículos.

Trevor soportó el arrebato sin decir nada. Al quedar solo, se ocupó el limpiar de sus labios con una servilleta los restos de labial que ella le había dejado.

—Uf, vaya negociación la que tuviste hoy —se burló Joey, llenando el vaso de su amigo con más licor.

—Te dije que haré lo que sea necesario para proteger lo que me pertenece, aunque sé cuidar mis límites.

—¿Podrás controlar a esa diabla?

—Lo he hecho otras veces —aseguró con irritación.

Joey continuó con su trabajo sin disimular las risas, sabiendo que aquello iba a resultar un trabajo muy difícil para su amigo.

Ivanova era una mujer de cuidado, meterse con ella no era una buena decisión.

Si Trevor pretendía asumir ese riesgo era porque comenzaba a desesperarse y eso no le gustaba.

Connor se hallaba en una situación similar y eso solo podía deparar tragedias.

Capítulo 23.

Brianna logró asistir a la cita en el bar que Connor le había indicado, aunque llegó media hora tarde.

No solo estaba insegura si presentarse o no. Le dio largas al asunto esperando que Trevor llegara y así conversarlo con él antes, pero, en vista de que se tardaba y parecía dispuesto a almorzar fuera de casa, ella se aventuró a ir a ese encuentro.

Además, Kendra volvió a abordarla antes de salir, exigiéndole que le diera la dirección exacta de donde se verían para estar atenta ante cualquier novedad. Ella no confiaba en Connor y temía que a su hija le sucediera algo malo por su culpa.

El lugar era un sitio oscuro y discreto, que a esa hora solo contaba con un par de clientes distraídos en su conversación.

Connor la esperaba sentado en una mesa al fondo del establecimiento.

Apenas la vio, alzó la vista y clavó sus hipnóticos ojos verdes en ella, estremeciéndola.

Brianna se odió por sus reacciones y se irguió para caminar hacia él con actitud decidida. Necesitaba enfrentar aquella situación con temple, así el hombre no volvía a tomarla por sorpresa.

—Hola —lo saludó al llegar a su lado.

Connor se puso de pie y la repasó de pies a cabeza, con deseo.

Aunque ella se había vestido sencilla, con una blusa básica y un pantalón vaquero, la notó radiante. Su larga cabellera la había atado en una cola de caballo, tan recia y sensual como su profunda mirada.

—Hola, ¿cómo estás?

Brianna se sentó en la mesa, erguida como una reina.

—Hablemos.

Quería entrar desde ya en el tema para no extender ese encuentro. Necesitaba marcharse de allí pronto, así regresaba a la mansión antes de que Trevor lo hiciera y así no notara su falta.

Connor respiró hondo y tomó su asiento frente a la mujer.

—¿Quieres algo?

—No lo necesito.

—Pero igual debemos pedir —dijo y llamó al mesero solicitando dos cócteles de frutas.

—No voy a quedarme mucho.

—Te quedarás lo que sea necesario.

—Connor…

—Ya encontré un laboratorio confiable en la ciudad para pedir la prueba de ADN y contraté a un abogado que me guiará con el proceso de reconocimiento de mi paternidad.

Ella cerró los ojos un instante, buscando controlar sus temores.

—No hace falta que gastes dinero en la prueba. Eres su padre.

Él la observó con fijeza.

—Lo sé, pero igual la necesito. Será mi único escudo para protegerme.

—¿De quién?

—De Trevor.

Brianna se incomodó por la referencia.

—Esto no es una competencia con tu mejor amigo, se trata del futuro de nuestro hijo.

—Estás atada a un compromiso con Trevor por obligación, eso incluye a mi hijo.

—Lo que suceda entre Trevor y yo no tiene nada que ver…

—Tiene mucho que ver —la interrumpió, procurando controlar el enfado—. Brianna, perdí nueve meses en la vida de mi hijo, no me diste la oportunidad de saber que existía, de formar parte de su día a día y de su crecimiento. —Ella se inquietó por su acusación, sintiéndose culpable—. Quiero recuperar ese tiempo, quiero compartir con él, tenerlo a mi lado y eso requiere que tú también estés allí.

—Connor, podemos establecer días de visita…

—¡No! —negó con firmeza.

Ella lo observó indignada, odiaba que la interrumpiera cada vez que pretendía expresar una idea u opinión. Eso la hacía sentirse agredida.

—Tengo una empresa en Nueva York, proyectos importantes que supervisar, no puedo estar viajando cada semana a Seattle para ver a mi hijo. Necesito que tú y George estén allá, cerca de mí.

—¿Solo piensas en tus necesidades? —le reclamó—. Yo también tengo una vida. Mi madre está muy enferma y su médico de cabecera se encuentra en esta ciudad, así como todo su programa para el tratamiento contra el cáncer. No puedo irme y dejarla sola, ni llevarla conmigo a Nueva York sin consultarle.

Él apretó con fuerza la mandíbula para dominar su rabia. Sabía que ese sería un problema difícil de superar. Sabía que Kendra lo odiaba por el dolor que él le había provocado a su hija.

Tuvieron que detener unos segundos la discusión para recibir las bebidas. Al marcharse el mesonero, él continuó.

—Puedo cubrir el tratamiento de Kendra en Nueva York, allá hay muy buenos oncólogos.

—Esa no es mi decisión, Connor, sino de mi madre. Además, su tratamiento ya está cubierto —reveló cabizbaja.

Ese había sido uno de los acuerdos de su matrimonio por conveniencia.

—Entonces, sí te casaste con Trevor por dinero —dijo decepcionado.

Ella lo observó dolida, aunque se esforzó por mantener una mirada dura.

—No tienes derecho a juzgarme, solo entender que tengo una vida en Seattle. No puedo mudarme a Nueva York en estos momentos. Tendremos que establecer fechas para las visitas de paternidad.

Connor negó con la cabeza.

—Si no te vas conmigo, me llevaré al niño.

Brianna se alarmó por la amenaza.

—No puedes quitármelo. George depende de mí.

—No será el primer niño que pierde a su madre siendo tan pequeño, puede adaptarse a vivir solo con su padre.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas de angustia, le costaba no mostrarse tan vulnerable.

—George no va a perderme.

—Entonces, vente conmigo, Brianna. Puedo cuidar de ustedes y de Kendra —aseguró, relajando las facciones de su rostro—. Quizás durante los primeros meses el cambio sea difícil, pero con el tiempo se adaptarán. Yo puedo velar por cada una de sus necesidades.

—Connor, soy una mujer casada —le recordó.

Él volvió a tensar su rostro.

—Si demuestro que George es mi hijo y exijo en una corte el reconocimiento de mi paternidad, Trevor se verá obligado a darte el divorcio y dejarte ir.

—El hecho de que tú seas el padre de George no tiene nada que ver con mi matrimonio.

Connor se inclinó hacia ella, para asegurarse que escuchara y entendiera su postura.

—Te casaste con él por dinero, Brianna, eso puedo demostrarlo. De esa manera podré exponer en un Tribunal que no posees los recursos para cuidar de nuestro hijo y pediré su custodia legal.

La mujer se horrorizó por esa acusación.

—¡¿Por qué harías eso?!

—Porque quiero a mi hijo conmigo y eso te incluye. Trevor no querrá que su imagen se manche con esta situación. Te dará enseguida el divorcio y nosotros podremos marcharnos a Nueva York para reiniciar nuestras vidas.

Brianna apoyó un codo en la mesa para sostener a su cabeza saturada de emociones.

—¿No entiendes que no puedo ni quiero irme de Seattle? —Lo observó con aflicción, dominada por el miedo—. No puedes quitarme a mi hijo, él es todo para mí. Por él superé las peores tragedias de mi vida, como la muerte repentina de mi padre y tu traición y abandono.

Connor perdió todo rastro de soberbia al recordar su más terrible error. Uno que le había marcado la vida para siempre.

Su corazón se desplomó al ver una lágrima correr por la mejilla de Brianna, la mujer que seguía amando.

Estiró una de sus manos sobre la mesa para tomar la de ella. La apretó para trasmitirle calor y acarició su dorso.

Brianna no podía negar que ese gesto calmó un poco sus ansiedades. No quería despertar más la furia de Connor porque sabía que si él se lo proponía, podía hacerle un daño irreparable.

—Sé que cometí un error, pero te juro que te compensaré por el dolor ocasionado. Quiero que tú y mi hijo estén a mi lado y estoy dispuesto a lo que sea por lograrlo.

—¿Hasta pasar por encima de lo que yo desee? —preguntó, y alejó la mano para evitar su contacto.

Él no se rindió. Arrimó la silla para estar sentado más cerca de ella.

Brianna se inquietó por su cercanía.

—Escúchame. Lo que sucedió en el pasado, dejémoslo atrás. Miremos hacia el futuro, hacia nuestro hijo. George necesita de sus dos padres. Tenernos juntos será para él fortalecedor.

—No será el primer niño que viva con sus padres separados —rebatió ella, usando la misma treta de él.

—¿Vas a causarle esa pena? ¿Yo no merezco darle a mi hijo todo el amor y la estabilidad que necesita?

Brianna no podía contradecir esas palabras.

—Sí lo mereces, Connor, pero no puedes obtenerlo pisoteando mi voluntad. —Fijo su atención en él para dejarle en claro lo que le diría a continuación—. Yo ya no confío en ti. Me fallaste una vez, me engañaste y permitiste que por mucho tiempo otros me humillaran y despreciaran.

—Brianna, por favor, dejemos eso en el pasado.

—¡Eso marca nuestro presente, Connor! Define tu personalidad y tus intenciones.

—¡Mis intenciones son estar contigo y con mi hijo! ¡Con nadie más!

—¿Y no entiendes que eso no depende solo de ti?

Brianna y Connor quedaron petrificados ante esa última intervención, que no fue dicha por ninguno de ellos dos.

Al girarse, Connor encontró a su amigo Trevor parado con firmeza tras su espalda. Lo traspasaba con una mirada gélida, cargada de claras advertencias.

—¿Quieres ponerte de pie y alejarte de mi esposa?

Quien obedeció la orden fue Brianna, que enseguida se levantó para mirar a su esposo con espanto. No entendía cómo Trevor podía estar allí.

Connor se puso de pie mientras estiraba su traje, hasta quedar cara a cara con él.

Ambos se debatieron con posturas rígidas y tensas, unas capaces de declarar que estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de defender lo que les pertenecía.

Capítulo 24.

El momento fue tan tenso que el mesero encargado de atender esa mesa enseguida corrió a las oficinas para avisar a su jefe lo que sucedía.

—Trevor… —exclamó Brianna con un hilo de voz, asustada por lo que pudiera suceder.

Ambos hombres se mostraban tan enfadados que parecían estar a punto de enredarse en una pelea sangrienta.

—Brianna, ve al auto y espérame allí —ordenó, sin apartar su atención de Connor, que lo veía con desafío.

—Pero…

—Ve al auto y espérame allí —repitió, esta vez, dedicándole una mirada cargada de decepción.

Ella se sintió tan terrible que lo único que pudo hacer fue obedecerlo. Le había fallado una vez más, a pesar de haberle asegurado que no lo haría.

Tomó su cartera y se marchó del lugar en silencio.

Al quedar solos, los hombres volvieron a enfrentarse.

—Eres un cobarde —soltó Trevor con la mandíbula prieta.

—¿Por qué? ¿Por proteger lo que me pertenece?

—Ni ella ni el niño son tuyos.

—George es mi hijo.

—¿Sí? ¿Según quién?

Connor se tensó por la acusación. Se aproximó más a su amigo para asentar su desafío.

—Voy a recuperarlos.

—Explícame cómo —lo provocó—. Acosas a mi esposa, la llamas por móvil cuando ella no te facilitó su número y la abordas en el centro de salud donde atienden a su madre sin que jamás te haya citado en ese lugar. ¿Sabes que puedo usar esa información para llevarte a prisión y pedir una orden de restricción?

Por un momento, Connor se quedó en silencio, inquieto por esa amenaza.

—Tengo derecho a hablar con ella y aclarar nuestros problemas.

—¿Dónde? ¿En bares de mala muerte? —rebatió Trevor y señaló el lugar con una mano.

Vio que el dueño del establecimiento se acercaba casi a las carreras, pero decidió ignorarlo para centrarse en Connor y parar sus intenciones.

El hombre no llegó a hacer nada, solo se mantuvo cerca vigilando que aquella situación no llegara a más y calmando a su personal.

Los otros dos clientes ni cuenta se habían dado de lo que sucedía. Hablaban con ánimo al otro lado del establecimiento.

—Donde me reúna con ella no es tu problema —soltó Connor.

—Sí que lo es. Es mi esposa, te guste o no.

—La obligas a un matrimonio solo para aprovecharte de ella.

—Un matrimonio es una negociación, imbécil. Las partes llegan a acuerdos de convivencia por el bien de todos y eso fue lo que Brianna y yo hicimos.

Connor sonrió con burla.

—No me vengas con tu jerga corporativa. Tú todo lo ves como una negociación. Entre Brianna y yo hay amor, eso es un motivo de mayor fuerza.

—¿De qué amor me hablas? ¿De ese que te sacó de Seattle hace año y medio y te mantuvo lejos sin pasar siquiera un mensaje de texto? ¿Ese es el nivel de amor que sientes por ella?

La diversión se perdió del rostro de Connor para ser suplantada por la furia.

—No eres nadie para poner en tela de juicio mis acciones.

—¡Soy el esposo de Brianna! —aclaró enfadado—. Te exijo que te alejes de ella o tomaré acciones legales en tu contra.

—No puedes hacerlo. Ella es mi mujer.

—Lo fue, imbécil —recalcó con arrogancia—, hace año y medio. Ahora ella es mía.

Aquello fue como un disparo al pecho para Connor. A pesar de imaginar que eso podría suceder, no quiso pensar en esa posibilidad.

Pensar en Brianna siendo tocada por las manos de Trevor lo llenó de amargura y aumentó

su sed de venganza.

—Tú eres un peligro para ella —rebatió—. La retienes sosteniéndote de su vulnerabilidad, la extorsionas con dinero y la manipulas para alcanzar tus fines, pero al final la desecharás de forma violenta, como hiciste con Naomi.

La mención de aquel nombre bajó los aires soberbios de Trevor, aunque no rebajó su tensión. Sabía que la pelea con Connor no sería fácil, él buscaría su lado más débil para atacarlo con saña.

—¿De qué hablas?

—Me enteré de la condición actual de Naomi. Un estado en que tú la dejaste. —Trevor retrocedió un paso, disimulando su impacto—. Está en silla de ruedas, quedó inválida por tu culpa y vive aislada en un pueblo apartado para evitar que lo sucedido entre ustedes se conozca. Pagas cada uno de sus gastos y caprichos para esconder ese error. La silencias con dinero, de la misma manera en que lo haces con Brianna. Y supongo que esa, a la que llamas tu esposa, no conoce tu secreto, ¿cierto?

Trevor apretó los puños para soportar la furia que le produjo aquella confesión. Su enemigo tenía en sus manos su más terrible fracaso.

—Aléjate de Brianna y no vuelvas a acosarla, o te juro que iniciaré acciones legales en tu contra —dictó antes de dar media vuelta y salir de aquel lugar, invadido por la cólera y los temores.

—¡La quiero conmigo, Trevor, a ella y a mi hijo! —exclamó Connor mientras su amigo se marchaba, sin importarle si no le daba la cara—. ¡Me los llevaré a Nueva York!

Dijo aquello como forma de desahogo. La discusión con Trevor lo llenó de más incertidumbres y rabias.

No quería perder esa batalla contra él, necesitó decir la última palabra para sentirse un poco mejor. Aunque lo cierto fue que al final, quedó como el único derrotado en esa discusión.

Trevor se marchó con Brianna. Una vez más la alejaba de su lado.

Su amigo se ponía a un paso por delante de él. Al tener a Brianna y hacerla su mujer, se le adelantaba en aquella disputa. Pero no pensaba rendirse tan fácil, iba a recuperarla, sin importar las consecuencias.

Trevor entró en el auto y enseguida lo puso en marcha. Brianna estaba sentada en el asiento a su lado, lo veía con aflicción y vergüenza.

—Trevor…

—Lo volviste a hacer, Brianna. Otra vez —le reprochó, decepcionado.

Ella se mordió los labios sintiéndose arrepentida.

—Tuve mis razones —reveló, procurando calmar sus nervios.

Lanzó una mirada hacia él detallando su perfil endurecido por la rabia.

—¿Cómo supiste donde estaba? —necesitó saber.

—Te llamé para invitarte a almorzar afuera, así hablábamos en privacidad de toda la maldita mierda que nos rodea —dijo enfadado—. No me atendías al móvil, por eso me comuniqué con Kendra. Ella me contó todo: donde estabas ahora y donde estuviste ayer, de la visita repentina de Connor en la clínica de salud, del acoso telefónico y de sus amenazas.

Brianna cerró los ojos un instante, molesta con su madre por su acción.

—Lo que más lamento fue haberme enterado por su boca y no por la tuya —reprochó.

La mujer respiró hondo, buscando calmarse.

—Me amenazó con quitarme a mi hijo, tiene el motivo para hacerlo. Yo le oculté la existencia de George.

—No puede quitártelo con facilidad, antes tendrá que levantar denuncias e iniciar un juicio, y ese no es un proceso rápido ni sencillo. Tú lo sabes muy bien.

—Pero no quiero que lleguemos a eso. Él es su padre, tiene derechos, no pienso quitárselos.

Trevor apretó las manos en el volante controlando su rabia. Debió suponer que ella lo defendería, era evidente que aún lo amaba.

—No vuelvas a hacerlo, Brianna. Hay formas diferentes de llegar a un acuerdo con él que reunirse en bares de mala muerte donde puedes manchar tu reputación.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas.

—No quiero perder a mi hijo, pero tampoco puedo negarle a Connor la posibilidad de conocerlo y estar en su vida. —Él se tensó aún más por la reflexión de ella, que demostraba lo convencida que estaba con esa idea—. Además, él sospecha que nuestro matrimonio es un arreglo que realizamos solo para que alcances la asociación con Nakamura. Me dijo que si no aceptaba reunirme con él, haría pública esa información para que Nakamura se decepcionara de

ti y cancelara la negociación.

—Maldita sea —mascó Trevor con enfado—. No vuelvas a permitir que te manipule con el tema de Nakamura. Él no puede hacer nada contra esa negociación.

—Su familia está ligada a gente que suele rodear a ese hombre.

—Llegar a Nakamura no es tan fácil como piensas, eso no es algo que Connor puede lograr de la noche a la mañana.

—¡No quiero que haga algo que te afecte!

Trevor la observó un instante, sintiendo hervir su sangre al verla con el rostro empapado de lágrimas.

El hecho de que ella actuara no solo para proteger a su hijo, sino también, para evitar represalias en su contra, fue algo que no llegó a prever. La idea lo tomó desprevenido y lo confundía.

¿Ella hacía todo eso por defender los derechos de Connor o por protegerlo a él?

—No quiero que vuelvas a verte con él a solas, ¿me entendiste? —dictó irritado—. Si Connor quiere negociar la paternidad de George será en nuestra casa y en compañía de nuestros abogados, no en un maldito bar.

Ella no rebatió su orden, en esa segunda reunión con Connor entendió que ese tipo de encuentros con él lo que hacían era empeorar su situación, porque el hombre las aprovechaba para llenarle la cabeza, y el corazón, de posibilidades que ella no podía ni quería considerar.

—No vuelvas a fallarme, Brianna. No te pasaré un error más.

—Solo quise solventar el problema que ocasioné.

—¡Yo me encargaré de eso, ya lo estoy haciendo! —impugnó enfadado—. Si te ves a escondidas con él, una vez más, me obligarás a romper también algunos de los acuerdos que establecimos en el contrato prematrimonial.

—¿A qué te refieres? —preguntó preocupada.

—Si me sigues fallando, yo también te fallaré —amenazó con frialdad. De alguna forma debía inclinar la balanza a su favor—. No me pongas en esa situación, porque no dudaré en actuar.

Brianna se angustió por su advertencia, porque sabía que aquello no era un juego.

Trevor tenía el poder de detener los costosos pagos de la clínica en la que se atendía su madre o ejercer algún tipo de control sobre George como represalia por los errores que cometía.

Él tenía su vida en sus manos.

Capítulo 25.

Al día siguiente, Trevor desayunó con su abuelo en la habitación del hombre, antes de irse a la oficina.

Albert había amanecido un poco indispuesto, aquejado por infinidad de dolencias.

—¿Has visto a George hoy en la mañana? —preguntó el anciano.

—Lo saludé antes de venir. Brianna le daba de comer en el jardín que está junto a su habitación.

—¿Y cómo se ha sentido? —quiso saber antes de que la tos lo molestara un poco.

—Con más ánimo. No se ha quejado de ningún dolor.

—Tienen que cuidarlo mucho, para que no termine como yo —clamó y tomó un bocado pequeño de su comida.

Trevor pensó que si George fuese su hijo, velaría por él día y noche. Lo llevaría a dar largas caminatas por parajes naturales, para que el niño aprendiera con sus propias experiencias.

Le contaría cientos de historias y le leería cuentos cada noche antes de dormir, para que su mente nunca dejara de soñar con mundos llenos de magia. Eso lo haría un hombre creativo y esperanzado, no agobiado por traumas y soledades, como él.

Pero George no era su hijo, sino que pertenecía a otro, a alguien que hasta ese momento no se había interesado en ir a conocerlo.

—¿Y cómo marcha tu matrimonio?

—Bien —respondió con sequedad, y recordó la terrible discusión que había tenido con Brianna el día anterior por culpa de Connor.

—Virginia los escuchó discutir ayer. Sé que no es asunto nuestro, pero se preocupó por lo sucedido. Me dijo que Brianna se pasó el resto del día encerrada en su habitación y cuando fue a llevarle la cena, notó que había llorado. Y sé que tú te mantuviste en tu despacho al llegar de la oficina, ni siquiera quisiste comer.

Trevor recordó con pesar la rabia que sintió al regresar en la noche a la casa y escuchar las insistencias de Brianna de negociar con Connor sus visitas a la mansión.

Ella no comprendía que si él de verdad hubiese estado interesado en conocer a George,

desde el principio habría tocado a su puerta pidiendo verlo y dispuesto a llegar a un acuerdo razonable.

Connor decidió tomar el camino del enfrentamiento desde que la vio a su lado, siendo su esposa.

Usaba amenazas e intimidaciones con intensión de sacarla a ella de la mansión y así manipularla.

Discutieron de manera aireada por esa situación. Trevor intentaba hacerla entrar en razón, pero ella sentía miedo de que él la delatara en un Tribunal de menores y lograra quitarle al niño.

Entendía su miedo, pero no podía ceder.

Si Connor decidía bajar las armas y llegaba con calma a su casa en busca de una solución razonable para obtener la paternidad del niño, él no tendría problemas de iniciar una negociación.

Pero el hombre lo que hacía era lanzar más y más amenazas, investigar sobre su vida privada y sus errores pasados en busca de un punto débil para doblegarlo, sin saber que con eso lo que hacía era llenarlo de determinación.

«¡La quiero conmigo, Trevor, a ella y a mi hijo!», «¡Me los llevaré a Nueva York!».

De esa forma le declaraba la guerra, cerrando cualquier posibilidad de acuerdo.

No podía ceder. No iba a perder a su esposa de ninguna manera. Ellos habían firmado un contrato y él se encargaría de que lo cumpliera al pie de la letra.

—Todos los matrimonios tienen problemas, abuelo. Incluso, los que son por conveniencia.

Albert gruñó inconforme.

—Mientras no tomen niveles alarmantes y lleguen al punto de agredirse mutuamente, todo está bien.

Trevor respiró hondo y terminó su café. Sabía que su abuelo se refería a la difícil relación que había tenido con Naomi. Una que, como se predijo en su tiempo, finalizó con una tragedia y a él lo dejó con una carga difícil de soportar.

—Naomi se enteró de mi boda —comentó como si hablara del tiempo.

Albert dejó de atender su comida y hasta apoyó los cubiertos sobre el plato para mirarlo atónito.

—¿Cómo?

—No sé cómo pasó. Supongo que ella aún conserva algunas amistades en Seattle y sé que su hermana sigue viviendo aquí.

—Thamara cortó comunicación con ella desde antes del accidente —rebatió Albert, molesto, y en referencia a la hermana de Naomi.

—Pero son familia, pudieron retomar el contacto.

—No. Naomi le hizo mucho daño en el pasado y algo que comparten las dos, es su enorme capacidad para guardar rencor. Dudo que Thamara le haya dicho algo.

—La verdad, es que no me importa quién se lo haya dicho, solo las consecuencias.

—Pues, deberías preocuparte por eso —lo regañó el anciano—. Naomi es una mujer desequilibrada mentalmente, que posee una extraña obsesión contigo. Si mantiene a un informante dándole razón de cada paso que das, es porque no quiere perderte de vista a pesar de la lejanía. Y si algo llegara a molestarla, sería capaz de cometer alguna otra locura.

—Ella no está en condiciones para cometer otra locura —recordó Trevor con la mandíbula apretada, haciendo referencia al hecho de que la mujer se encontraba en silla de ruedas.

—Tener una discapacidad no es impedimento para hacer tonterías —rebatió el hombre—. Ten cuidado con ella, recuerda que esa mujer está mal de la cabeza.

Trevor dejó la taza de café en la mesa y se irguió buscando hacer sonar las vértebras de su cuello. Hablar de Naomi lo tensaba más de la cuenta.

—Todd le envió más dinero para calmarla.

Albert bufó, eso le produjo un poco de tos, pero pronto se recuperó. Tomó un trago de su jugo antes de hablar.

—El dinero solo calma los arranques de ansiedad de esa mujer, no los celos. Nunca olvides que tú eres su obsesión. Si te sabe con otra, arderá como las paredes del infierno y hasta será capaz de levantarse de esa silla para venir por ti.

—No seas exagerado, abuelo.

—¿Exagerado? —apuntó dando un golpe a la mesa que incomodó a Trevor y lo hizo mirar al anciano con expresión gélida—. Esa mujer será capaz de venir a Seattle, aunque sea, rodando desde Tacoma, para averiguar si lo que le dijeron es cierto o no y encargarse en persona de la mujer que se atrevió a meterse en su camino.

Trevor se tensó por esa posibilidad, una en la que no quería pensar. Ya tenía demasiados

problemas encima como para ocuparse una vez más de las locuras que hacía aquella mujer.

—Eso no sucederá.

—Nunca subestimes a un contrario. Eso te lo dicho siempre.

Ambos hombres compartieron una mirada dura. La de Albert estaba impregnada, además, de preocupación. No podía dejar de sentir temor por esa mujer. Conocía muy bien hasta dónde era capaz de llegar por calmar sus ansiedades.

Trevor, en cambio, quería demostrar el dominio que tenía sobre esa situación. No cometería el error de descuidarse con Naomi, pero tenía muchos otros asuntos delicados en los que debía pensar.

Las locuras de esa mujer, por el momento, no eran su prioridad.

Pero sí lo era la posibilidad de que Connor se comunicara con ella. Eso sí podía convertirse en una peligrosa complicación.

Debía averiguar de qué manera su amigo se había enterado de lo sucedido con Naomi y su primera sospecha recaía en Thamara, su hermana, quien, a pesar de no estar en comunicación con la mujer desde hacía años, conocía lo ocurrido.

Connor la conoció solo en una ocasión, una vez que Thamara fue a su oficina en Harmon y Asociados a hablar de Naomi y Connor llegó para invitarlo al gimnasio, y así practicar boxeo.

En esa oportunidad, ellos habían hablado por menos de una hora mientras él se desocupaba de un asunto con un cliente para así tener una reunión con ella.

A pesar de no haber compartido un gran tiempo, fue suficiente para que se conocieran y justificara el hecho de que Connor quisiera contactarla para preguntarle por su hermana.

Debía hablar con Thamara y verificar sus sospechas. Esa relación sí le preocupaba. Porque esa mujer y Todd eran los únicos de su círculo privado que sabían la ubicación exacta de Naomi y la forma de contactarla.

Trevor no quería que su expareja y su examigo se pusieran en contacto. Entre los dos podían hacer de su vida un infierno.

—Me ocuparé de ese asunto, abuelo. No te preocupes.

Se puso de pie con intención de irse, pero se detuvo porque a su abuelo volvió a atacarlo un acceso de tos.

Se aproximó a él para ayudarlo, en el preciso instante en que Virginia llegaba a la

habitación y se apresuraba a socorrerlo.

—Hijo, no descuides el tema del que hablamos —pidió Albert cuando al fin pudo respirar en paz.

—No te preocupes por eso, abuelo. Desde ahora atenderé ese asunto.

El anciano suspiró con pesar mientras lo ayudaban a recostarse en la cama.

—Ya estoy en mis últimos días —se quejó, sobándose el pecho adolorido.

—Llevamos años en los últimos días —rebatió Virginia—. Mejor descansa, viejo, que la señora Brianna me dijo que en un rato vendrá con George a visitarte. Así te diviertes con sus balbuceos y sus carcajadas.

El anciano cerró los ojos manteniendo una sonrisa complacida en el rostro. Trevor lo observó con cierta inquietud.

Su abuelo se estaba apegando mucho a George, de la misma forma en que él lo hacía. Ese niño se estaba convirtiendo en un rayo de esperanza para todos ellos, así como Brianna.

Aquel matrimonio por conveniencia se transformaba en algo muy importante para esa familia, pero así como aumentaban los beneficios, también lo hacían los peligros.

Él no se iba a dejar vencer en esta ocasión.

Usaría todas las armas que tuviesen a su alcance para defenderlos, sin importar las consecuencias.

Capítulo 26.

A Trevor el trabajo se le había triplicado. Su oficina parecía una zona de guerra, con gente que entraba y salía trayendo y llevando documentos, o se pasaban los teléfonos móviles de mano en mano mientras discutían estrategias de acción.

Ese día debía cerrar con su equipo de abogados algunos casos y dar continuidad a otros que llevaban algo de atraso. Simón Levi había enviado a dos representantes para garantizar que sus asuntos se estuviesen tratando, así como otros clientes de gran peso.

Trevor los atendió a todos con el apoyo de Todd. No podían descuidar ninguna responsabilidad, aquella firma había ganado un gran status en la ciudad gracias a sus buenas gestiones y a la atención personalizada que ofrecían a sus clientes.

—Señor Harmon, recuerde que tiene un almuerzo en el restaurante del Four Seasons a la una con los socios de Rosend & Krantz, para tocar el tema de la fusión transfronteriza.

—Confirme el encuentro, señora Brown, y cuando pueda tráigame la información que reunió sobre BAHRT, la compañía noruega que quiere asentarse en Seattle. Hoy me reúno con los abogados que tratarán ese caso —pidió sin dejar de revisar los documentos que tenía sobre su escritorio.

La mesa estaba llena de papeles que debía firmar, revisar y enviar a archivos.

—Eso haré señor, y también recuerde que esta tarde vendrán los accionistas de Seth & Hamilton, para discutir el tema de la compra de la división de clasificados de eThernet. Ellos llamaron a primera hora para confirmar la cita.

—Comunícate con los abogados de la firma que se encargarán de ese asunto. Quiero ver sus informes antes de ese encuentro y revisar los acuerdos.

La mujer asintió con la cabeza apuntando esa orden en su libreta.

—Vaya, tendremos un día muy movido hoy —comentó Todd mientras firmaba unos documentos que luego le entregó a la secretaria para que fueran enviados por correo postal.

—Y eso que rechazamos varios casos antes de mi boda para evitar el caos —comentó Trevor con una sonrisa resignada.

—Disculpe, señor Harmon, pero también quería informarle que llamaron de la oficina del señor Nakamura. Piden una cita para la próxima semana.

Tanto Todd como Trevor dejaron lo que hacían para observar asombrados a la mujer.

—¿La próxima semana? Pero si faltan dos para discutir los acuerdos de asociación con ellos.

—Sí, pero no pidieron una cita formal aquí en la oficina, sino algo más privado, en su casa.

Todd se recostó en su butaca emitiendo un silbido de sorpresa.

—Confirme la petición y dígales que pongan ellos el día y la hora, que aceptaré cualquier propuesta.

La secretaria salió enseguida a cumplir con todo lo que le habían pedido, dejando a los hombres solos.

—¿Nakamura ya pide citas privadas en tu casa?

—Ahora es nuestro cliente más rentable y pronto será quien nos haga millonarios —justificó Trevor en medio de un suspiro.

—¿Lo estará haciendo para confirmar que eres un hombre felizmente casado, antes de atreverse a firmar la sociedad?

Trevor apretó los puños un instante antes de responder.

—Es posible. También pudiese ser que quiera visitar en persona a mi abuelo. Sabe que está muy enfermo.

—Sí, es probable, pero yo me inclino más por el hecho de que desee conocer a tu esposa. Tendrás que preparar a Brianna para ese encuentro.

Cierta preocupación se asentó en el pecho de Trevor a causa de esa visita. Temía que el hombre llegase en un mal momento y se percatara de las grietas que se hacían visibles en su relación.

—Hablaré con ella.

No supo qué otra cosa decir, la incertidumbre por lo que sucediese antes y durante esa reunión comenzaba a inquietarlo.

—¿Qué tal van las cosas con Brianna y Connor?

El resoplido de hastío que Trevor emitió, pareció revelarle a Todd la realidad de lo que sucedía.

—Connor la está acosando para que salga de la casa y se reúnan en bares oscuros. Quiere

que cancele el compromiso conmigo y se vaya con él a Nueva York para recuperar su relación y a su familia.

—¿Y qué dice ella?

Trevor dudó antes de responder. No quería decirle a su amigo que su esposa seguía amando al padre de su hijo, por eso estaba más inclinada a ceder ante las pretensiones de él que en ayudarlo a lograr su sociedad con Nakamura, como habían acordado antes de casarse.

—Está asustada —fue su justificación, que en parte, era cierto—. Él la amenaza con denunciarla por no haberle informado de la existencia de su hijo y pedir la custodia plena. Como ella no cede, la intimida advirtiéndole que hará público nuestro convenio matrimonial para hacer que yo pierda la negociación con Nakamura. Por eso ella le ha seguido la corriente estos días.

—Imbécil —se burló Todd—, supongo que lo harás pedazos.

La mirada de Trevor se endureció.

—Se enteró de la condición de Naomi y supongo que utilizará ese asunto para obligarme a dejar a Brianna.

Todd amplió los ojos en su máxima expresión.

—¡¿Cómo se enteró de eso?! ¡¿Quién carajos se lo dijo?!

—No sé. Buscaré algún momento de esta semana para visitar a Thamara. Solo ella, mi abuelo y nosotros dos sabemos los pormenores de ese asunto. Connor la conocía, tal vez logró entrevistarse con ella de alguna manera. Si es así, debo evitar que esa relación vaya a más. No me conviene que Naomi y Connor hagan algún tipo de alianza.

—Dudo que Thamara haya dicho algo, sabe que es un asunto delicado y prometió ser discreta.

—Lo sé, pero… no sé qué otra persona pudo ser. Debo investigar dónde está la fuga de información para evitar amargas sorpresas en el futuro.

Todd volvió a silbar con sorpresa.

—Por ahí sí que la tendrás complicada. Si Connor llega a aliarse con Naomi, el mundo se te vendrá encima.

Trevor apretó la mandíbula.

—Por eso debo estar atento. No puedo descuidarme. Él está decidido a llevarse a Brianna y a Connor de la mansión y usará cualquier excusa para manipularla.

—Veo que Connor es mucho más peligroso de lo que creí, y eso que ambos fueron muy amigos.

Trevor recordó pequeñas escenas de los mejores momentos que pasaron juntos. Desde la preparatoria habían sido muy unidos, aunque los últimos años habían estado distantes por culpa de las responsabilidades laborales de cada uno y de los problemas personales.

Lamentó haber permitido que se distanciaran tanto. Tal vez, si hubiesen conservado la camaradería entre ellos, aunque fuese desde la distancia, no estuviesen atravesando en ese momento esa situación tan tensa.

Quizás, habrían encontrado solución a su conflicto de una manera discreta y amigable.

—Cuando tu amigo pretende algo que te pertenece, ahí se acaba la confianza —dictó decepcionado.

Él no se metió en medio de la relación de Brianna con Connor, porque nunca supo que esta había sucedido, por tanto, no tenía la culpa de nada. Si su amigo no le hubiese ocultado sus problemas o ella no le hubiese mentido, jamás habría sucedido algo similar.

Tal vez, la propuesta de matrimonio jamás se hubiese formalizado, más bien, habría obligado a Connor a que diera la cara por su hijo y hubiese ayudado a Brianna a salir de sus conflictos económicos como a una amiga más.

Ahora ninguno podía reclamarle nada, ni siquiera su insistencia de cuidar de sus intereses.

—¿Y has sabido algo de Comanche? —preguntó Todd, en referencia al investigador privado que Trevor había contratado para averiguar de Connor.

—Aún no. Ese es otro asunto que debo atender esta semana.

Todd sonrió divertido.

—Los clientes y tu conflictiva vida de casado te harán enloquecer. —Trevor torció el rostro en una mueca de desagrado—. Por eso yo estoy soltero y sin compromiso, así no me complico la vida.

—Así quise estar yo, pero por la firma y por la tranquilidad de mi abuelo hice un sacrificio.

—Y por ti, porque este asunto te beneficia muchísimo. Si logramos el convenio con Nakamura quedarás como uno de los abogados más poderosos y rentables de Seattle.

Trevor sonrió con poca gracia. Aquel había sido su norte semanas atrás, cuando había realizado su «sacrificio matrimonial», pero ahora pensaba que su mayor beneficio en aquel

convenio no eran sus logros profesionales, sino el éxito de encontrar una familia en la que pudiese depositar su confianza, así como sus emociones.

Brianna estaba significando para él mucho más de lo que había ideado y lamentaba que ella no sintiera lo mismo por él.

—Como sea. Yo me subí a este barco así que lo llevaré a buen puerto. Con tormenta o con marea brava, haré lo que sea necesario para que llegue a su destino.

—¿Cómo el hecho de pactar con el diablo? ¿O con la diabla? —dijo Todd a modo de chanza, refiriéndose a Ivanova.

Trevor resopló con fastidio.

—¿Ya Joey te vino con el chisme? —preguntó molesto, suponiendo que Todd hablaba de la mujer porque su amigo le había comentado del encuentro que tuvieron en su restaurante.

Todd se carcajeó.

—Anoche fui a cenar con Julinka a su negocio y hablamos un rato. Me contó de la difícil negociación que tuviste con esa mujer y de la forma en que firmaron el acuerdo.

Trevor intentó sonreír para contagiarse de la diversión de su socio, pero al recordar la escena del beso con Ivanova y su advertencia de cobrarse con sexo sus favores, se amargó.

Aquella mujer era capaz de complicarle la existencia, pero la necesitaba para controlar a Connor.

—Ya te dije, haré lo que sea por proteger lo que me pertenece, pero sé marcar mis límites. Ivanova lo sabe. Hay líneas que ella no puede traspasar conmigo.

—Tienes que ir con cuidado. Te estás metiendo dentro de la boca de un lobo. No solo por el lado de Ivanova, sino también, por el de Naomi. Alguna de esas dos, o ambas, podrían fastidiarte tu matrimonio por conveniencia, justo en el momento en que Nakamura pide reuniones más… privadas —dijo eso último con chanza, pero a Trevor no le causó diversión.

Reconoció que el asunto era preocupante desde la perspectiva en que lo viera. No podía tomar ningún asunto a la ligera, o su vida se le iría de las manos.

Capítulo 27.

Trevor logró llegar a la mansión para antes de la cena. Se esforzó por culminar a tiempo con todas sus responsabilidades y así reunirse esa noche con Brianna e intentar hacer las paces.

El día anterior terminaron tan enfadados que ni siquiera se reunieron para cenar. Si pretendía salvar ese matrimonio y evitar que la mujer lo abandonara para irse con el padre de su hijo, debía propiciar una relación amable.

Asustarla no era una opción, ya que esa estrategia también la aplicaba Connor y al final, Brianna se dejaría llevar por su corazón.

Y en ese asunto tenía la batalla perdida, porque era evidente que ella aún amaba a su amigo.

Luego de dejar su maletín, la chaqueta de su traje y la corbata en su habitación, se dirigió al dormitorio del niño. Sabía que Brianna estaría allí, preparándolo para dormirlo.

Al entrar, vio que ella había terminado de darle un baño y lo llevaba enrollado en su toalla a su cuna, para vestirlo. El niño, al verlo, sonrió alegre y estiró sus manitas hacia él.

Enseguida Trevor se apresuró por cargarlo y besar su cabeza.

—Hola —le dijo a Brianna manteniendo a George abrazado de forma protectora contra su pecho. Se balanceaba de un lado a otro como si lo estuviese acunando.

—Hola —respondió ella con una sonrisa en el rostro, viendo maravillada lo bien que su hijo se llevaba con su esposo.

Trevor terminó de secarle la humedad de la piel y ayudó a Brianna a vestirlo, al tiempo que ambos jugueteaban con el niño y le arrancaban algunas sonrisas y bostezos.

Al tenerlo listo, Trevor lo recostó en su pecho y comenzó a balancearse por toda la habitación mientras le cantaba una canción de cuna.

Brianna ordenaba la cunita sin dejar de ver, conmovida, aquella escena. Apagó la luz y encendió una lamparita que proyectaba pequeñas estrellas en el techo y en las paredes para propiciar más la calma.

George se durmió casi enseguida. El niño se sentía muy cómodo en los brazos de Trevor, y él se sentía muy a gusto cuidando del chico.

Internamente reconocía que aquello no lo había hecho solo por agradar a Brianna, le gustaba compartir con el bebé. Relacionarse con George lo ayudó a percatarse de lo mucho que quería ser padre y tener una familia a la que pudiese cuidar y lo esperara al salir del trabajo.

Nunca se había detenido a pensar en esa posibilidad porque el trabajo siempre lo había consumido y las mujeres que pasaron por su vida solo querían saborear los placeres que él les daba sin aspirar un compromiso.

Ahora se sentía atrapado en esa idea, inclinado en la posibilidad de tener a su propia familia a su lado, aunque ya sentía a Brianna y a George como suyos.

Imaginar que en algún momento tendría que prescindir de ellos, una vez que se cumplieran los plazos del contrato matrimonial, o si Connor lograba ganarle aquella contienda, lo deprimía.

No sabría cómo hacer para buscar a otra esposa, una que fuese similar a Brianna, tan hermosa, dulce y complaciente. Y un hijo similar a George, tan dulce y simpático.

Nunca hallaría en el mundo a quienes pudieran reemplazarlos. Ellos ya se habían adherido a su memoria y ocupaban un puesto en su corazón.

Cuando el niño estuvo bien dormido, lo dejó en su cunita y permitió que Brianna lo abrigara y le diera un beso de buenas noches. Cerraron la tela mosquitera a su alrededor, encendieron el *baby call* y se dirigieron a la habitación de ella, ubicada al lado.

—¿Cómo se ha sentido del estómago? —quiso saber Trevor.

—Bien. Hoy comió un poco más y no se quejó de ninguna dolencia.

Brianna se acercó a la cómoda y desató la cola en la que había atado a sus cabellos, dejando que estos cayeran sobre su espalda y hombros. La imagen tensó cada centímetro del cuerpo de Trevor y avivó el fuego que crepitaba en su interior.

Se acercó a ella por la espalda, hasta quedar muy cerca y aspirar el aroma de su pelo.

—Y tú, ¿cómo has estado? —preguntó al tiempo que la sostenía por la cintura.

Ella lo veía por el espejo, excitada por la cercanía y por el toque de él.

Tenerlo cerca la hacía arder. No quería que apartara sus manos de ella.

—He estado un poco tensa.

Trevor introdujo su mano dentro de la blusa para acariciar la piel de su vientre. Brianna cerró los ojos y alzó la cabeza al techo, su respiración se volvió pesada. Se recostó del hombro de él dándole posibilidad al hombre de deleitarse con su cuello expuesto.

—Te ayudaré a relajarte —le susurró en el oído mientras una de sus manos subía hasta sus senos para masajearlos con firmeza y pellizcar sus duros pezones.

Ella gimió por el placer, pero este aumentó cuando la otra mano de Trevor se dirigió a sus partes íntimas y las acarició por encima de la ropa.

A pesar de las capas de tela, ella sintió ese toque como si lo hubiese hecho en carne viva. Se estremeció de pies a cabeza multiplicando sus gemidos.

Movió sus propias manos buscando acariciarle los cabellos y los brazos, y se abría para él, así le daba más acceso a su intimidad.

Trevor metió la mano dentro de la falda y apartó la tanga, así pudo tocar con sus dedos su sexo húmedo y cálido, jugueteando con él hasta arrancarle gritos ahogados de placer.

La torturó por varios minutos hasta que ella comenzó a exigirle más y buscaba frotarse contra su miembro duro.

Él la soltó y la giró para besarla de una forma salvaje y urgente, como si quisiese arrancarle la lengua y guardarla en su interior. Mordió su mandíbula antes de devorarse de nuevo su cuello, al tiempo que la empujaba hacia la cama.

Brianna se dejó llevar erizada por el deseo, hambrienta por el cuerpo de él. Con manos ansiosas intentaba desabrocharle el cinto del pantalón. Necesitaba tenerlo desnudo.

Al estar junto a la cama, él la ayudó. Se desvistió enseguida y quiso hacerlo con ella, pero Brianna tomó el control y se sentó en el borde del colchón tomando entre sus manos su miembro erguido.

Sin que Trevor pudiese hacer nada por detenerla, ella se lo devoró a gusto. Le produjo tanto placer que casi lo lleva a la locura.

Él tuvo que rogarle que se detuviera y le permitiera penetrarla. Le urgía estar dentro de ella deleitándose con su cuerpo adictivo.

Brianna se lo permitió logrando consumar aquel inclemente deseo, que los quemaba de una forma tan arrebatada e intensa que a ambos les costaba mantener la cordura.

Hicieron arder las sábanas con la pasión que escapaba de sus pieles y los ponía a merced de sus sensaciones.

Sucumbieron ante un goce que no podían, ni querían, detener. Lo buscaban, para así no enloquecer por la ansiedad.

Él se apoderó de ella con una firmeza apremiante. La hacía suya, dejaba su marca no solo en su piel, sino en la mente de la mujer. Se encargaba de volverse inolvidable.

Luego de ser víctimas de una poderosa descarga se quedaron por varios minutos en la cama, aún unidos, para darse todos los besos y las caricias que anhelaban. Se miraban a los ojos, arrobados por los fuertes sentimientos y las intensas emociones que los embargaron.

Cuando los estómagos de ambos comenzaron a rugir por el hambre, Trevor llamó a Frederick y le pidió que les llevaran la cena a la habitación de ella. El mayordomo cumplió trasportando una mesa con todos los alimentos.

—¿Qué es esto? —preguntó Trevor al alzar las tapas de los platos y descubrir lo que había dentro.

Era pollo asado con salsa de mostaza, papas horneadas y ensalada de aguacate y tomate. No solo quedó fascinado por la presentación, sino por los aromas que desprendía.

Brianna se sonrojó.

—Yo te preparé la cena.

Una súbita emoción invadió al hombre e hizo brillar sus ojos oscuros.

—¿Cocinas?

—A veces —confesó apenada.

No era la mejor cocinera del mundo, pero en ocasiones se inspiraba y preparaba recetas que encontraba en internet.

—Huele fenomenal —reconoció antes de tomar los cubiertos y cortar una porción de la carne.

Gimió de gusto al probarla, gesto que hizo sonreír a la mujer, y despertó dentro de ella una emoción jamás experimentada. Un triunfo que la llenó de alegrías.

Quería conquistarlo en todos los sentidos.

Su intención era prepararle una cena especial para hacer las paces por el nuevo error cometido el día anterior. No quería que él pensara que ella estaba allí para dañarlo.

No solo se sentía agradecida por todo el apoyo y la ayuda que Trevor le había ofrecido en su momento de mayor necesidad, sino que en realidad, deseaba complacerlo.

Se sentía dichosa al ver sonrisas de satisfacción en su cara y semblantes relajados y felices.

Deseaba verlo así siempre.

—La verdad es que está genial. Te felicito. Deberías considerar dedicarte a esto.

—Nooo —expuso en medio de risas—. Son arrebatos que me dan en ocasiones.

—Lo haces muy bien —aseguró, manteniendo en su rostro una sonrisa chispeante y sin dejar de atender los alimentos.

El pecho de Brianna se hinchó al verlo tan feliz y cómodo, sus ojos se impregnaron con lágrimas que pudo retener mientras se ocupaba de su comida.

Quería estar siempre así con él, juntos y relajados. Por primera vez se sintió dichosa y completa.

Mientras cenaban, hablaron de los platillos que ella había preparado antes, logrando que le prometiera que algún día cocinaría alguno de esos para él. Brianna además, se interesó por su día en la oficina. Escuchó atenta todos los conflictos que Trevor tuvo que enfrentar por culpa del trabajo atrasado.

—Nakamura vendrá el lunes a la casa a cenar —reveló él cuando terminaron de comer, y antes de darle un trago al vino que tenía en su copa.

—¿El lunes? —preguntó Brianna angustiada.

—Sí, creo que viene… a conocerte.

Ella se inquietó por esa noticia. Habían pactado aquel matrimonio por conveniencia para convencer a ese hombre que Trevor era un sujeto leal y comprometido y ahora que se acercaba la fecha de cumplir con el acuerdo se sentía nerviosa.

No quería volver a fallarle y cometer un error que le hiciera perder esa sociedad. Debía poner todo de sí para que aquella cena resultara perfecta.

Capítulo 28.

Esa noche durmieron juntos. Una vez más se amaron antes de caer rendidos y abrazados entre sí como si no quisieran perderse nunca.

Pasaron la noche arrullados como si viviesen en un solo cuerpo, con sus corazones latiendo a un mismo ritmo.

En la mañana se prepararon cada uno en su habitación antes de reunirse de nuevo en el comedor para desayunar.

Sus ánimos parecían renovados al sentarse uno frente al otro. Compartieron miradas cálidas mientras comían, siguiéndose en todo momento.

Dibujaron tímidas y sensuales sonrisas en sus labios y en ocasiones buscaban provocar roces entre sus dedos al tomar algo de la mesa.

Parecían dos adolescentes que recién descubrían el significado de la fascinación.

Hasta que la realidad los arropó con sus exigencias y tuvieron que enfrentarla con seriedad.

—Hace un momento recibí la confirmación de la jueza de menores, mi amiga, para reunirnos a cenar con ella y hablar del tema de George.

Brianna se inquietó por esa información.

—¿Hoy?

—Solo nos explicará los pasos que podemos dar para proteger al niño en caso de que a Connor se le ocurra denunciarte y pedir su custodia.

La mujer estuvo pensativa un instante antes de hablar.

—Trevor, está bien que nos preparemos en caso de algún problema, pero… me gustaría que Connor reconociera a George. —Él la observó con fijeza—. Es su padre y no puedo negarle ese derecho a pesar de todo el dolor que me causó.

Ella expresó aquella decisión con pesar. Sentía que de esa manera lo lastimaba y no quería hacerlo, solo deseaba dejar en claro que su hijo no estaba incluido en el convenio matrimonial.

Aunque nunca pensó que Connor regresaría, lo hizo, y ahora el hombre deseaba reconocer a su hijo y estar cerca de él. Brianna iba a permitírselo, aunque con ciertas condiciones.

Quería hacerle entender a Trevor que eso no la incluiría a ella, sino únicamente a su hijo. Luego tendría que discutir ese asunto con Connor, pero pensaría en ello después.

—Eres la madre y sabes que es lo mejor para el niño —expuso tenso, haciendo un gran esfuerzo por no demostrar su enfado.

El problema de Trevor no era que Connor asumiera su paternidad o no, lo que quería evitar era que la utilizara para manipular a Brianna y apartarla de su lado cuando más la necesitaba.

—Yo agradezco todo lo que estás haciendo por nosotros, por ayudarme con este problema contactándote con tu amiga en el Tribunal de menores, pero entiende que es algo que no puedo evitar, ni deseo hacerlo. No quiero que George me reproche en el futuro por haberlo apartado de su verdadero padre.

—Claro que entiendo tu postura, Brianna —aclaró severo—. Yo lo único que busco es proteger el acuerdo al que llegamos. Connor no está iniciando toda esta pelea solo por el niño, te quiere a ti, pero ahora tú estás conmigo. Te necesito a mi lado en este momento, lo sabes.

—Lo sé y quiero que tengas la seguridad de que no te fallaré en eso. No solo porque firmé un contrato, sino porque estoy dispuesta a darte todo mi apoyo para que alcances la sociedad con Nakamura. Sé lo mucho que eso beneficiará a los empleados de la firma, a los abogados y a sus familias, incluso, a los empleados de Nakamura. No eres el único que saldrás ganando con este acuerdo.

Él respiró hondo y se apretó el puente de la nariz. Ese tema lo estresaba, aunque agradecía poder tocarlo con Brianna sin que se gritaran o se amenazaran. Necesitaba dejar en claro su postura.

—Lo único que te pido es que me seas siempre sincera, que mantengamos la comunicación. No aceptaré más reuniones clandestinas con Connor y no acordarás nada con él sin la presencia de un abogado. Si de verdad quiere ver a George, que venga a la casa, no me opondré a que esté con el niño. Lo único que no toleraré es que pretenda llevarte o que te seduzca. No ahora, Brianna. Eres mi esposa, hicimos un trato.

—Y lo respetaré, eso te lo aseguro, confía en mí —pidió, aunque enseguida se envaró al recordar que las ocasiones en que tuvo que ceder ante Connor habían sido por culpa de él, no por algo que ella buscó—. Pero tú también tienes que ayudarme.

—¿Y no es lo que hago? —preguntó confundido.

—En ocasiones, no. —Trevor la observó con el ceño fruncido—. Fuiste tú quien le informó a Connor de la clínica donde se trata mi madre para que fuera a buscarme, quien le habló

de la existencia de George y quien le dio mi número de teléfono para que me contactara.

—¡Yo no le di nada! —exclamó ofendido.

Ella lo observó con los ojos abiertos en su máxima expresión.

—Si no fuiste tú, entonces, ¿quién pudo haber sido? ¡Eres su amigo! —dedujo con obviedad.

—Aunque sea mi amigo, jamás le daría esa información para que te acose. Eres mi esposa, nunca enviaría a ningún hombre tras de ti —dijo eso último con enfado.

La mujer se mostró confundida.

—¿Entonces…?

—¿No fuiste tú quien le reveló a Connor sobre la existencia de George?

—¡No! Nunca le dije nada. Cuando él me abordó en la clínica, ya lo sabía. Por eso me amenazó con denunciarme y quitarme al niño, porque le oculté esa información.

Trevor se impactó por esa confesión. Había jurado que ella le había contado de la existencia del niño cuando se vieron a solas en la clínica, pero si no fue así, entonces, ¿quién le pasaba toda esa información a Connor?

—Brianna, ¿quién de tu círculo de familiares y amigos sabe que Connor es el padre del niño y que estás casada conmigo?

—Solo mi madre y Lynette —expuso preocupada.

—¿Y ellas tienen forma de comunicarse con él?

—No. Mi madre lo odia por lo que me hizo y Lynette jamás me traicionaría de esa manera.

—¿Estás segura? —consultó con recelo.

—¡Sí! —aseguró indignada—. Lynette jamás me haría algo como eso. Ella sabía que yo no le había confesado nada a Connor y que al enterarse, él de seguro se enfadaría y reclamaría. Nunca me pondría en esa situación.

Trevor se mantuvo pensativo, rumiaba en su cabeza todo lo que Brianna le contaba. Tenía otra fuga de información que debía atender y complicaba aquel conflicto. No podía permitir que aquello siguiera dándose, o las consecuencias serían devastadoras.

Connor estaba un paso adelante porque, al parecer, tenía buenos contactos. Si él no hacía lo mismo, perdería todo por lo que había luchado.

Su amigo no venía solo por George, eso se lo había dejado muy en claro en el bar: «¡La quiero conmigo, Trevor, a ella y a mi hijo!», «¡Me los llevaré a Nueva York!».

Connor no tenía pensado darle descanso. Él iría directo a su yugular, para desangrarlo.

—Brianna, necesito que estemos muy unidos en esta situación —pidió, serio—. No pienso imponerte nada, dejaré que tomes las decisiones que consideres correctas para ti y para tu hijo, pero entiende que no voy descuidar mis intereses. Si veo que algo se sale del carril voy a actuar. Connor no es una persona que fácil se rinde a un reto, deberías conocerlo bien. Él ya asume esta situación como una competencia entre nosotros y eso lo hace capaz de cualquier cosa.

Ella dirigió su mirada a la mesa para perderla en sus recuerdos. Rememoró las últimas reuniones con él, donde siempre intentó seducirla y hasta logró besarla.

Connor quería más que su hijo, él aspiraba a todo: a George, a ella y a la posibilidad de que vivieran juntos como una familia.

Apretó los puños con suavidad al recordar que aquel había sido su sueño desde que su hijo había nacido. Imaginó que él volvería algún día para envolverlos a ella y a su niño entre sus brazos y no soltarlos jamás.

Lo esperó con el corazón hecho pedazos, al tiempo que procuraba sacar adelante su vida, su carrera, su hijo, la enfermedad de su madre, el pago de sus deudas y la superación del duelo por la pérdida de su padre.

Luchó sola, ansiosa porque él apareciera de nuevo y tocara a la puerta que un día cerró con un golpazo.

Cuando ella se cansó y pensó en pasar página y buscar soluciones más afectivas a todos sus problemas, él hizo acto de presencia, imponiendo sus condiciones y lanzando sus amenazas.

—Quiero que confíes en mí, Trevor. No voy a fallarte. Si cometí errores fue por una confusión, pero te prometo que ahora seré más precavida.

Él la observó con cierto alivio, le gustaba que ella se dispusiera a ponerse de su parte, eso le facilitaba las cosas. El problema era que aquella conversación, lo que le demostraba, era que Brianna seguía sintiendo un interés especial por Connor, al menos, una esperanza.

Esa realidad lo ponía enfermo. Ella siempre se inclinaría en la balanza del lado de él, por ese amor que la hizo suspirar en el pasado hasta el punto de darle un hijo.

Comenzaba a sentirse el tercero de la discordia, no podía evitarlo a pesar de saber que nada de lo que sucedía era su culpa.

Pero sus emociones se mezclaban con peligrosidad en su pecho y él debía detener esa situación para no salir herido.

Como siempre, debía conformarse con las migajas.

Capítulo 29.

Brianna se comunicó durante la tarde con Lynette, necesitaba hablar con ella. Tenía atorada en la garganta demasiadas angustias y preocupaciones.

Su amiga la invitó a una de sus sesiones fotográficas, quería que conociera a Vincenzo, su pareja. Luego se irían juntas a un café ubicado en las cercanías.

Brianna aceptó la oferta, quería despejarse la mente con alguna distracción. Los problemas la saturaban. Así que se preparó lo mejor que pudo y fue a la dirección que Lynette le había facilitado en pleno downtown de la ciudad.

El lugar era un edificio inmenso, de estilo moderno lleno de ventanales. Adentro hacían vida infinidad de empresas.

En el piso veintitrés se encontraba uno de los estudios para el que trabajaba Vincenzo, un espacio abierto donde se distribuían diferentes sets para fotografía.

Lynette se hallaba en uno de ellos, hacía tomas para un perfume.

La rubia portaba un largo vestido negro de cuerpo ajustado con falda de gran volumen. Se veía preciosa y llamativa. Posaba con postura arrogante, como si fuese toda una *socialite*.

Brianna se sentía orgullosa por los logros de su amiga. Lynette no la había pasado bien en su infancia, su padre la abandonó y su madre era una drogadicta. Desde muy joven aprendió a defenderse sola trabajando para estudiar.

Inició con ella la carrera de abogacía, pero no la terminó. El modelaje fue mucho más fuerte y le otorgaba posibilidades que Lynette sabía que no conseguiría por su cuenta con trabajo duro y gran dedicación.

Como viajes a lugares de ensueño, rodearse con personas de gran posición social y tener un novio millonario y liberal que odiaba los compromisos, como ella, y le facilitaba joyas y ropa de diseñador que la hacían ver como la reina de un cuento de hadas.

Brianna se sentó en una silla a una distancia prudencial de donde se producía la sesión de fotos. No quería resultar un estorbo.

Miraba maravillada el trabajo de producción que incluía a muchas personas. Nunca pensó que detrás de la fotografía que veía en una revista o en internet hubiese tantos responsables.

—¿Brianna? ¿Eres Brianna Harmon?

Se sobresaltó al escuchar ese nombre. En ocasiones olvidaba que Griffin ya no era su apellido, ahora era la esposa de Trevor Harmon, el abogado más poderoso y sagaz de todo Seattle.

—Hola, ¿Julinka?

Se emocionó al encontrar a la novia de Todd, el socio de su esposo, en aquel lugar. Recordó que la mujer le había contado en la cena ofrecida por Simón Levi, que ella era modelo.

—Sí, que alegría verte. ¿Cómo has estado?

Las mujeres se abrazaron y se saludaron con un beso.

—Bien, vengo a visitar una amiga.

—¿Quién es tu amiga aquí? —quiso saber, interesada.

Julinka era una mujer muy delgada, pero con una figura preciosa, de suaves curvas y senos ligeramente abultados.

Llevaba puesto un vestido de tela ligera y ajustado que parecía haber sido tallado en su piel, con un corte muy sensual en la falda que dejaba a la vista sus largas y estilizadas piernas.

Brianna entendió que la chica también participaba en la misma sesión de fotos del perfume.

—Lynette Berry, a quien están fotografiando ahora.

—¿Lynette es tu amiga? —consultó con un semblante entre sorprendido y divertido, que a Brianna le hizo apretar el ceño, aunque prefirió dejar pasar su confusión.

—Sí, estudiamos juntas en la universidad.

Julinka amplió la sonrisa y dirigió su atención hacia la rubia.

—Interesante, ¿y viniste a reunirte con ella?

—Sí, iremos a tomar un café apenas termine.

La mujer asintió con la cabeza, como si rumiara una idea, luego volvió a centrarse en Brianna.

—Me alegra verte. ¿Y tú hijo? Todd me dijo que había enfermado.

—Oh, está muy bien, solo fue un asunto estomacal que superamos rápido.

—Me alegro. Bueno, te dejo. Debo prepararme porque luego me toca a mí —dijo y señaló la sesión fotográfica que ya estaba terminando.

—Claro, ve tranquila. Me encantó verte y saludarte.

Se despidieron con un beso y enseguida Julinka se acercó al grupo de producción.

Brianna notó que la mujer, al pasar junto a Lynette, quien ya había terminado su jornada y se dirigía hacia ella, le dedicó una mirada dura de tan solo unos segundos.

Lynette le respondió con una igual, pero enseguida recuperó su alegría al estar junto a Brianna.

Lo único que supuso fue que aquello se debía a competencias profesionales. Era común que sucedieran cosas así en ese mundo tan competitivo.

—¡Estás aquí! —dijo la rubia con emoción a su amiga y ambas se fundieron en un abrazo apretado como saludo.

—Estás hermosa —reconoció Brianna viéndola de pies a cabeza.

Lynette hizo poses elegantes a modo de broma.

—Tú también estás genial —dijo, y admiró la apariencia sencilla, aunque elegante, de Brianna, realzada por su vestido sin mangas con silueta de sirena hasta la rodilla—. Debo reconocer que el matrimonio te sienta de maravilla, ahora eres toda una mujer elegante —comentó pícara, sonrojando a su amiga—. Voy a cambiarme de ropa y vamos al café. ¿Te parece?

—Seguro, aquí te espero.

Lynette enseguida desapareció de su vista, así que Brianna se enfocó en mirar la sesión de fotos de Julinka hasta que su amiga regresó y salieron del edificio.

A unos cuantos metros había un café de ambiente chic donde se acomodaron para conversar.

—No la he pasado bien por culpa de Connor —reconoció Brianna luego de contarle a su amiga las discusiones que había tenido con él esos días y su acoso.

—Es un imbécil. La verdad es que no entiendo sus reacciones. Se fue y estuvo callado por más de un año y ahora vuelve como si hubiese estado desesperado por verte.

—Eso dice que pasa, pero yo no le creo.

Lynette detalló con atención el semblante de su amiga, que parecía hablar muchos más que sus palabras.

—Él revolvió algo dentro de ti, ¿cierto? Pareces confundida.

Brianna la observó con los ojos muy abiertos, empapados de emociones.

—Es… difícil de explicar.

—¿Qué sucedió entre Connor y tú en esos encuentros? —Brianna se mostró avergonzada — ¿Y qué ha pasado entre Trevor y tú este tiempo que llevan casados?

La aludida respiró hondo haciendo que sus ojos se llenaran con más lágrimas de angustia.

—Tengo un lío armado en mi cabeza y en mi corazón, que en parte, se agita aún más por el miedo. Ambos me amenazan con quitarme a George cada vez que están enfadados, pero me ofrecen el cielo cuando están tranquilos.

—Te manipulan, amiga. Los dos actúan solo buscando ganarle al otro, no por ti o por George.

Aquellas palabras taladraron la seguridad de Brianna y la hicieron sentir deprimida.

—Esta situación me sobrepasa. No sé qué hacer.

Lynette comenzó a juguetear con la cucharita de su café para calmar sus inquietudes.

—Tienes que ponerte firme y ser clara con ambos. Decidiste no contarle a Connor sobre su paternidad por una razón y te casaste con Trevor por un motivo en específico. Aférrate a eso.

—El problema es que sé que Connor tiene derechos, unos que yo le negué. Estoy dispuesta a reparar ese error y que lleguemos a un acuerdo por el bien de George, pero él desea más. ¡Connor no está detrás de mí solo por el niño! —exclamó angustiada.

—Su reacción es parte de esa competencia de egos que tiene con Trevor. ¡Es todo!

Brianna resopló, algo contrariada por esa aseveración de su amiga. No sabía si sentir alivio o no por su teoría de que el padre de su hijo solo actuaba movido por una rivalidad con su esposo, o porque de verdad la amaba, como le había confesado.

¿Quería que Connor la amara? ¿O prefería que todo ese escándalo lo hiciera solo por el calor del reto?

—Creo que me volveré loca —confesó con cansancio.

Lynette respiró hondo antes de hablar, ella también se mostraba saturada por esa situación.

—¿Y qué dice Trevor de la actitud de Connor?

—Está furioso. Busca las forma de protegernos.

—¿Protegerlos?

—No quiere que Connor use a George como excusa para obligarme a alejarme de él.

La rabia empañó el semblante de la rubia un instante, pero casi enseguida recuperó su actitud relajada.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Dejarás que adopte a George?

—¡No! Le dije que no podía hacerlo porque eso significaría volver a negarle a Connor su paternidad y no quiero llegar de nuevo a ese punto, pero igual hoy nos reuniremos con una jueza del Tribunal de menores que es su amiga. Solo quiere saber cómo actuar en caso de que Connor me denuncie y pretenda quitarme la custodia legal de mi hijo.

—No creo que Connor llegue a esos límites.

—Está furioso, amiga. Eso me advirtió cuando nos reunimos. Quiere a George a su lado, en Nueva York, y para eso necesita que yo deje a mi esposo y me vaya con él. Si no lo hago, me quitará al niño, y Trevor no está dispuesto a que nada de eso pase.

Brianna se sobresaltó cuando Lynette dejó caer la cucharillita a la mesa. La rubia parecía estar a punto de estallar por la rabia.

Quiso continuar con la charla, pero un hombre alto, de tez morena, nariz afilada y ojos ávidos se acercó a la mesa devorándosela con la mirada.

—Vaya, ¿y este magnífico ejemplar quién es? —preguntó con un marcado acento italiano.

Brianna lo observó con recelo, sintiéndose inquieta por su presencia.

—Es Brianna, mi amiga. Recuerda que te avisé que ella vendría hoy.

El hombre trazó una sonrisa lobuna en sus labios.

—Ah, sí. Es divina —habló, y tomó la mano de Brianna con caballerosidad para besar el dorso—. Soy Vincenzo, *bella signora, sei uno splendore*.

La mujer se sonrojó por su cumplido y lanzó una mirada hacia Lynette. Se extrañó al verla disimulando una expresión furiosa mientras veía por la ventana hacia el exterior.

No pudo evitar sentirse incómoda, pero se esforzó por mostrar su mejor sonrisa mientras Vincenzo tomaba una silla y se sentaba a su lado, dispuesto a pasar con ellas el resto de la velada.

Como Brianna lo supuso, el hombre protagonizó la tarde en el café. No las dejó sola ni un solo momento mientras hablaba de sus proyectos fotográficos, de los lugares del mundo que quería visitar y de sus comidas predilectas.

Todo era ÉL. El centro de su mundo giraba en torno a lo que hacía y quería hacer. Eso le hizo sentir un profundo pesar por Lynette. Su amiga era para aquel hombre tan solo un adorno.

Le hubiese gustado conversar con ella a solas para conocer sus sentimientos. La había visto en la velada con una expresión incómoda en el rostro y su mirada se perdía la mayoría de las veces, demostrando que prefería estar en otro lugar que allí.

Eso evidenciaba que Vincenzo no era hombre para ella. Si se mantenía a su lado, era por dinero. Allí no había amor, ni siquiera, una bonita amistad.

Cuando Brianna anunció que se marchaba porque tenía un compromiso con su esposo, Vincenzo la agobió para que aceptara una sesión de fotos. El hombre estaba fascinado con su cara de facciones delicadas e inocentes y quería inmortalizarla.

Ella se negaba, apenada, pero aquel terco italiano no la dejó ir hasta que no le diera un sí y establecieran una fecha para el próximo encuentro.

Capítulo 30.

Al llegar a la mansión, Brianna se preparó para la cena que esa noche tendría con la jueza del Tribunal de menores sintiendo una presión angustiante en el pecho, que procuró ocultar bajo varias capaz de maquillaje.

Eligió un vestido rosa de falda ajustada que le llegaba un poco más abajo de la rodilla, sin mangas y de cuello alto, aunque con una abertura en el pecho que daba un vistazo de sus pechos generosos. Y se dejó el cabello suelto como a Trevor le gustaba.

Al encontrarse con él en el salón su mirada llena de admiración le ayudó a sentirse mejor, más segura de sí misma.

—¿Estás dispuesta a llevarme a la tumba? —preguntó él con una sonrisa torcida.

Ella se degustó con su imagen atractiva y elegante antes de hablar.

—Espero lo digas porque te di una muy buena impresión.

—Hiciste que se me parara el corazón por varios segundos.

Brianna sonrió complacida y aceptó el tierno beso que él le dio en los labios. Gesto que la erizó de pies a cabeza y acentuó la intimidad entre ellos.

—Vamos.

Él la guio hasta el auto sosteniéndola con una mano por la cintura y enseguida se pusieron en marcha al restaurante donde los esperaba Ivanova Neville.

En el camino, Brianna le comentó a Trevor de su encuentro con Julinka en el estudio fotográfico y del increíble trabajo que realizaban detrás de cada foto. Había quedado impresionada con la hermosa labor que llevaban a cabo.

También le habló de Vincenzo y de la terrible relación que mantenía con Lynette, tema que le preocupó sobremanera.

Al llegar a su destino, el ambiente entre ellos era tan relajado que parecían haber olvidado el motivo que los había llevado allí, hasta compartían intensas miradas y sonrisas satisfechas.

Solo el lujo que mostró el interior del restaurante pudo romper la burbuja de encanto que se había creado entre ellos.

Brianna miró maravillada el lugar, aunque no pudo evitar que el miedo se le anudara en el

estómago al recordar las críticas despiadadas que recibió de parte de la familia de Connor, quienes la consideraron una mujer ordinaria y carente de estilo cuando la invitaban a sitios como esos.

Trevor pareció presentir sus inquietudes, así que la tomó de la mano y entrelazó sus dedos acariciándole el dorso con el pulgar mientras seguían al maitre que los dirigía a la mesa que habían reservado.

Ivanova ya estaba allí, bebía con postura arrogante una copa de vino.

Cuando Brianna la vio, sintió un dolor en su estómago, como si se lo retorcieran. La mirada fría y desafiante que esa mujer le dirigió, acompañada por una apenas visible sonrisa de burla, la hizo sentirse enferma.

Trevor saludó a Ivanova con un beso y luego hizo las presentaciones correspondientes. La jueza extendió una mano hacia Brianna ofreciendo solo la punta de sus dedos, que fue lo único que se estrecharon.

—Así que tú eres la esposa —preguntó Ivanova achicando los ojos hacia ella, como si la evaluara con atención.

Una vez más el estómago de Brianna se retorció. Mientras se sentaba le pareció entender toda la situación.

Aquella mujer debió ser una amante de su esposo. Las miradas arrobadas que le dedicaba a Trevor y la forma en la que ella había asistido a esa cita, ataviada con un vestido ceñido a su cuerpo que poseía un escote que le llegaba casi al ombligo y peinada y maquillada como para asistir a la alfombra roja de una premier de cine, lo confirmaban.

Una humareda de celos comenzó a atormentar a Brianna y aumentó su incomodidad.

—Sí, soy la esposa —garantizó, y se irguió en la silla para mostrarse igual de arrogante que la otra.

Ivanova ensanchó la sonrisa, como si aceptara el reto, y se sacudió los mechones de su largo cabello rubio para dejar más al descubierto el escote de su vestido.

—Trevor, me tomé el atrevimiento de pedir la comida. Sé muy bien lo que a ti te gusta —reveló, haciendo hacia él un movimiento coqueto de pestañas— y pedí lo mismo para tu esposa. Espero no se moleste.

Eso último lo mencionó dirigiéndole a Brianna una mirada llena de desafíos.

Ella no pudo evitar responderle con un semblante de odio, pero sintió la mano de Trevor posarse sobre su rodilla y eso desvió por completo su atención.

—¿No te molesta? Puedo pedir un menú para que evaluemos los platillos que ofrecen —dijo con voz dulce y aun manteniendo la calidez del trato que le había dedicado antes de entrar en el restaurante.

—No, estoy bien —aseguró y luego se enfocó en Ivanova con seriedad—. Veamos que tan buenos son tus gustos gastronómicos.

—Los míos son los mejores, cariño. Trevor lo sabe muy bien.

Eso último lo dijo en dirección a él y haciendo gala de una voz y de una postura seductora.

Brianna casi se encendió en llamas por culpa del enfado.

Al compartir una mirada con Trevor lo notó incómodo, aunque le pareció divisar cierto rastro de diversión en su rostro. Tal vez él había organizado aquel encuentro solo para molestarla.

Le había dicho que si seguía fallándole, él también lo haría. Quizás de esa forma le dejaba en claro sus intenciones.

Esa idea le cuarteó el corazón. Tuvo que desviar su atención a cualquier otro punto del restaurante para disimular la decepción. El recuerdo de la traición de Connor despertó en su memoria.

Él la había dejado por alguien superior a ella, tanto en estatus social y financiero como en belleza, y Trevor parecía pagarle con la misma moneda.

No pudo evitar que la amargura atormentara su pecho y robara toda la seguridad que había reunido esa noche.

Al sentir que Trevor le apretaba la rodilla volvió su mirada hacia él, se estremeció con el fuego que se desprendió de sus ojos oscuros. Con ellos le trasmitió apoyo y confianza, pero, sobre todas las cosas, la hizo sentirse preferida.

A pesar de que Ivanova mantenía un monólogo sobre los tipos de platos que había encargado para la cena, él no estuvo pendiente de ella, sino de Brianna.

Todo su interés se enfocaba en su esposa, no tenía ojos para nadie más.

A pesar de su incomodidad, Brianna tuvo que reconocer que la comida había estado exquisita. El menú elegido fue sofisticado y contó con una selección de martinis, pasta y ostras

que le resultó delicioso.

El único problema fue la constante coquetería que aquella mujer tenía sobre Trevor y su insistencia en monopolizar la conversación llevándola a temas que solo ellos dos conocían. Como comentarios sobre personas con quienes habían compartido en el pasado.

Su descaro fue tan evidente que en varias ocasiones acercó su mano a la de él para acariciarla, gesto que realizaba con evidente provocación.

—El caso es delicado, porque hubo ocultación de información por más de un año —explicó Ivanova entrando en materia luego de que Trevor se pusiera firme y la obligara a centrarse en el tema de George—. Si el padre del niño exige establecer su paternidad y la prueba de ADN da positivo, el próximo paso sería proponer una mediación entre las partes para establecer un acuerdo de custodia y las responsabilidades que cada uno tendrá con el niño. Pero si él se vuelve agresivo y presenta una petición de custodia única, el tribunal sin dudarlo iniciará todos los procedimientos legales para aclarar la situación, considerando siempre el bienestar del niño.

—¿Y hay forma de lograr que esos procedimientos se detengan? —quiso saber Trevor.

Brianna lo observó con preocupación. Si Connor estaba decidido a reclamar la paternidad del niño nadie podría detenerlo. Ese era su derecho.

—Detenerlos no, pero sí impedir que avancen en favor del padre.

El aporte de Ivanova aumentó las angustias de Brianna. Eso significaría atacar directamente a Connor.

—¿Cómo? —insistió Trevor.

—Demostrando que el padre es la persona menos calificada para cuidar del niño, ya sea revelando un comportamiento perjudicial de él o un historial de abusos.

—¿Y si yo lo adopto antes?

Ivanova sonrió con picardía.

—Eso lo que hará será retrasar el proceso, no detenerlo. Para tener la custodia plena, el padre del niño lo que tendrá que hacer, luego de demostrar su paternidad, es demostrar que él es mejor que ustedes para cuidar del chico y que la madre no está calificada para llevar adelante la tarea de velar por él mientras siga contigo. Ese hombre sacará a la luz cada uno de sus errores y fracasos para hundirlos y, si quieren ganarle, tendrían que hacer lo mismo con él. No existe otro camino.

Ambos quedaron paralizados por aquella sentencia, que, aunque ya la suponían, escucharla en la boca de un especialista les alteraba los nervios.

Connor buscaba eso: la confrontación. Él exigía que si las cosas no se resolvían a su manera, llegaría hasta las últimas consecuencias para lograr quedarse con el niño y quitárselo de las manos a Brianna.

El problema era que esa manera que él demandaba implicaba que Brianna se marchara de la casa de Trevor y él le diera el divorcio, algo que Trevor no pensaba hacer. Al menos, hasta que no se cumpliera el tiempo del convenio matrimonial.

—Si tramito la adopción formal del niño, ¿cuánto tiempo tardará el proceso?

—Tengo amigos en el Tribunal Superior del Condado de King, que es el encargado de los casos de derecho de familia. Podría intervenir para que lo consigas en una semana. Como están legalmente casados, eso acelera el proceso, pero para eso necesitamos la aprobación de la madre.

Ivanova clavó una mirada cargada de burla en Brianna y Trevor respiró hondo antes de observarla también.

La solución a ese problema solo recaía en ella.

—Si el padre del niño me denuncia por haberle ocultado la información de su existencia, ¿cuánto tiempo tardaría el proceso para llegar a juicio? ¿Y de qué forma podría evitar que él ganara? —quiso saber Brianna.

—Si el sujeto es un hombre con muchísimo dinero y contactos, y tiene información que te afecte, te quitará a tu bebé en semanas. —Esa noticia aceleró las pulsaciones de Brianna y empañó sus ojos de angustias—. Para ganarle tendrías que contar con información mucho más fuerte en su contra, y, por supuesto, con más dinero y contactos que él.

Esa era la parte que Brianna desconocía del mundo de la abogacía, el nivel de corrupción que podía manejarse a puertas cerradas en los Tribunales. Solo el dinero y la astucia de los implicados los ayudaría a salir de aprietos.

—Me gustaría saber algo, Trevor —pidió Ivanova hacia el hombre sonriendo con la picardía de una niña traviesa—. El padre del niño que quieres adoptar, ¿es Connor Fitzpatrick?

Tanto Brianna como Trevor se mostraron amargamente asombrados, confirmando las sospechas de la mujer.

Ivanova conoció a Connor años atrás, cuando comenzó su romance con Trevor. Durante un tiempo se hicieron muy amigos, aunque luego dejaron de contactarse.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque él me llamó mientras me preparaba para esta cena y me ofreció una suma de dinero muy alta para evitar que te ayudara a adoptar a su hijo.

Esa revelación empalideció a Brianna y a Trevor lo hizo arder por la furia.

Capítulo 31.

Terminaron la cena en una gran tensión. No solo por lo que le había contado Ivanova, sino por la descarada coquetería que la mujer había tenido con Trevor. Brianna ardía por la rabia y la frustración.

Entraron en el auto y lo pusieron en marcha en el más absoluto silencio. Los dos parecían reflexionar lo sucedido en esas últimas horas.

—¿Qué piensas? —preguntó Trevor luego de unos minutos de viaje.

El hombre miraba la carretera con la mandíbula apretada y los ojos encendidos por la cólera. Una vez más confirmaba que tenía una fuga de información que cada vez se volvía más preocupante.

—La verdad, es que no sé qué pensar. Todo esto es…

Él respiró hondo al ver que ella se callaba.

—Tenemos un problema grave, Brianna, muy grave. Connor no tiene intención de negociar. En vez de ir a la mansión para que hablemos de George y de su paternidad, busca nuestros puntos débiles para atacarnos y averigua lo que pretendemos hacer para ponerse un paso adelante.

Ella se retorció en el asiento, le costaba sentirse cómoda.

—¿Cómo pudo enterarse de que hablaríamos con Ivanova?

—¿Le comentaste a alguien sobre esta reunión?

—¡¿Por qué siempre tengo que ser yo la que comete un error?!

—¡Nunca he dicho eso! —impugnó con enfado.

Brianna se enderezó para mirar el camino con los ojos empañados con lágrimas de rabia y pena.

—No estoy contigo las veinticuatro horas, Brianna. No sé con quién hablas cuando no estás conmigo. Por eso te pregunto. Yo solo lo hablé con Todd, con Joey y con mi abuelo, y mañana mismo los abordaré a los tres para saber si alguno de ellos le dijo algo a Connor o a alguien más. Solo quería saber con quién lo hablaste tú.

Ella pestañeó varias veces, procuraba controlar la furia que palpitaba en su pecho.

—Solo con Lynette, pero estoy segura que ella no le dijo nada a Connor. Nunca me delataría.

Trevor buscó serenar su enfado mientras entraba en el estacionamiento de la mansión. Apenas apagó el vehículo, Brianna salió y caminó apresurada a su habitación. Necesitaba drenar sus emociones.

Él la observó marcharse con la furia ardiendo bajo su piel. Odiaba la situación en la que se encontraba. Nunca pensó que lo que una vez había sido un grandiosa amistad, de pronto se convirtiera en su peor pesadilla. Connor lo estaba acorralando.

Si no comenzaba a atender con seriedad aquel conflicto, se le iría de las manos y lo perdería todo en segundos.

No solo perdería su posibilidad de asociarse con Nakamura y su meta de alcanzar el máximo éxito profesional, sino también a su esposa.

Se bajó del auto en medio de un suspiro y la siguió. No iba a dejar la discusión hasta allí por esa noche. Era importante terminarla o ese problema seguiría agrandándose.

Brianna se había encerrado en su habitación, así que él tuvo que tocar la puerta al llegar. Ella tardó en darle autorización, era evidente que ansiaba estar sola, pero eso no podía concedérselo. No esa noche… y tal vez, ninguna otra.

Al entrar, la vio sentada con abatimiento en el sofá. Secaba las lágrimas que le habían empapado las mejillas.

Se ubicó a su lado y tomó una de sus manos para aferrarla entre las suyas, acariciándola con dulzura.

—Perdóname si de alguna manera te ofendí.

Ella se llenó los pulmones de aire antes de hablar, intentaba represar su dolor y retomar la calma.

—No me ofendiste, solo… ¡La vida nunca me dará un descanso! —exclamó con voz derrotada.

—Quiero darte ese descanso, Brianna. No solo para ti, sino también para mí, para George, para mi abuelo y para tu madre. Todos nosotros merecemos dejar de sufrir y de luchar por un tiempo.

Lo observó conmovida, recordando lo que le había comentado Virginia, sobre la infancia

solitaria y la juventud estricta que él había tenido.

Trevor nunca había dejado de batallar con la vida, parecía no encontrar los caminos fáciles. Incluso, tuvo que pagar a una mujer para que lo ayudara a superar los obstáculos que le impedían alcanzar su meta.

Su existencia era tan complicada y exigente que no lograba encontrar el amor por sus propios medios. Él tampoco tenía descanso.

—Debo hablar con Connor —expuso con desánimo.

Trevor gruñó y desvió su mirada furiosa al suelo. No quería darle otra oportunidad a Connor para manipularla.

Su amigo estaba jugando bien sus cartas, no solo le ponía infinidad de baches en el camino, sino que envolvía el corazón de la mujer empujándolo hacia él.

Brianna no hacía otra cosa que defenderlo y velar por sus derechos, a pesar de todas las amenazas que le dirigía.

—Él no quiere negociar. Ya lo ha demostrado.

—Déjame intentarlo una sola vez —pidió, casi en un ruego, aproximándose para atrapar toda su atención—. Siempre ha sido Connor quien me busca y monopoliza la conversación. Esta vez quiero ser yo la que se acerque a él, pero con propuestas concretas.

—¿Y si no las acepta? —quiso saber Trevor.

Más angustiado por la posibilidad de que ella estuviese cerca de él, a merced de su seducción, que por el hecho de que su amigo no quisiera negociar un acuerdo razonable.

—Intentaremos otra estrategia.

—¿Te das cuenta que él ya contactó al Tribunal de menores, que tiene un abogado y piensa pedir pronto la prueba de ADN?

Brianna apretó los labios para no dejarse llevar por la angustia al recordar lo que les había confesado Ivanova.

—Lo llamaré mañana mismo. Lo citaré en un café en el centro…

—No —respondió con firmeza.

—Aquí se sentirá incómodo y acorralado. Necesito un sitio neutral.

—¡Esta es tu casa! —recordó enfadado.

—Lo sé, pero Connor lo ve como tu territorio y eso lo pone en alerta.

—Eso sucede porque él no hace todo este escándalo por su hijo, sino por competir conmigo y por llevarte a ti de mi lado. ¿No te das cuenta?

—Trevor, por favor —suplicó la mujer, pero el hombre se puso de pie y se frotó el cabello con ambas manos demostrando su creciente inquietud.

—Hablaré con Ivanova y comenzaré el trámite de adopción. Es lo único que puede darnos más tiempo.

—No, Trevor. No quiero llegar a esos extremos —reveló ella levantándose para acercarse al hombre—. Además, no me gustaría hacerlo con esa mujer —expuso con desconfianza.

Él la encaró.

—Con su ayuda ese trámite podría tardar solo una semana.

—Pero… le estaríamos debiendo algo a ella —expuso y se cruzó de brazos asumiendo un semblante decidido—. Esa mujer no hará nada de gratis y hoy demostró que no quiere tu dinero.

Trevor se quedó inmóvil, la miró con atención. En el semblante enfadado de Brianna le pareció divisar algo que lo dejó perturbado. ¿Serían celos?

—Conozco a Ivanova desde hace mucho. Sé cómo manejarla.

—Y yo conozco a Connor desde hace mucho, también sé cómo manejarlo.

Él apretó la mandíbula y guardó las manos en los bolsillos de su pantalón. Entendía su punto. Ni Connor ni Ivanova eran honestos. Aunque pusieran todo de su parte para controlar el problema, ellos de alguna manera torcerían el rumbo a su favor.

Se irguió mostrando una actitud más firme, similar a la que ella poseía.

—Brianna, yo no estoy en el lugar donde me encuentro ahora porque me he dejado manipular. Ivanova podrá tener sus propios intereses, pero ella me conoce muy bien. Sabe a qué atenerse conmigo.

Ella se inquietó por sus palabras, que confirmaban sus teorías.

—Ustedes fueron amantes, ¿cierto?

—Sí —respondió sin dudarlo.

A Brianna el corazón se le estrujó con esa confirmación.

—Pero ella quiere más de ti, lo demostró hoy.

Trevor alzó los hombros con indiferencia.

—Y sabe que lo único que yo busco es proteger nuestro matrimonio, por tanto, jamás conseguirá lo que desea.

Ella desdobló los brazos, mostrándose ahora abatida.

—Tiene armas suficientes para convencerte.

Él respiró hondo, furioso por el camino que comenzaba a tomar esa conversación.

—Eso no es lo que importa aquí…

—¡Connor me dejó por otra mujer! —recordó, interrumpiéndolo—. Una más hermosa, más rica y con mayor posición social que yo. Es exactamente el mismo escenario que tenemos ahora. ¿Qué impedirá que ella te seduzca mientras te ayuda en el proceso de adopción? Caerás en su trampa y te olvidarás de nuestro acuerdo. Me echarás a la calle y me dejarás abandonada.

—No es el mismo escenario.

—¡Lo es! Esa mujer tiene…

Trevor se aproximó enseguida a ella y tomó su rostro con ambas manos deteniendo sus quejas.

—No es el mismo escenario —repitió, e inclinó su cabeza para acercar su cara a la de ella y bañarla con la calidez de su aliento—. Yo no soy Connor y aunque Ivanova tiene más dinero que tú, en belleza jamás te superará, ni en dulzura, mucho menos, en inteligencia.

Le acarició el rostro con la punta de su nariz, con delicadeza, haciéndola estremecer.

—Es muy seductora, te convencerá.

—Eres tú quien me tiene seducido —susurró sobre sus labios, antes de probarlos con su lengua—. Pactaré con ella solo porque puede resolver mi problema en poco tiempo, pero sé cómo manejarla. Haré lo que sea necesario para retenerte a mi lado.

La besó con urgencia, hundiendo su lengua dentro de su boca para beberse todo su dulce sabor.

Brianna alzó sus manos y comenzó a acariciarle el pecho y el cuello buscando profundizar el beso. Estaba hambrienta por él.

—No quiero que ella te toque —exigió la mujer entre jadeos—. Ninguna otra mujer tiene

que tocarte, solo yo.

Mientras ella le quitaba la chaqueta del traje, Trevor la observó enfebrecido. Una sonrisa temblorosa se divisó en sus labios, afectada por el deseo que lo embargaba.

No podía creerse que Brianna sintiera por él la misma necesidad que él sentía por ella. Una urgencia que estaba llevándolo a la locura, que comenzaba a desesperarlo. Que empezaba a cambiar sus intenciones.

Debía reconocer que ya no estaba tomando riesgos para salvar los acuerdos de ese matrimonio por sus ganas de ser más exitoso y millonario, sino porque la quería a ella. En su vida, en su cama y en su futuro.

No se la dejaría arrancar por nada del mundo.

—Yo tampoco quiero que otro te toque. Solo yo, Brianna, ¿entiendes? Solo yo —dijo al límite de sus fuerzas.

La tomó con fiereza entre sus brazos y la llevó a la cama quitándole la ropa como si el mundo se les fuese a terminar en unas horas.

La hizo suya, la marcó con toda la efervescencia que brotaba de su piel. La llevó a la locura haciendo que gritara su nombre decenas de veces entre gemidos, para que le quedara grabado en la mente y en cada rincón de su cuerpo.

De la misma forma en que ella quedaba grabada a fuego en la mente de él.

Capítulo 32.

A Trevor le estaba gustando cada vez más despertarse y encontrar a su lado a Brianna, desnuda y envuelta entre sus brazos.

Aquello se volvía una exquisita adicción. Una que no estaba dispuesto a terminar.

Se levantó antes de que ella se despertara porque ese día lo tenía copado de actividades. A pesar de que era sábado, debía atender algunos asuntos.

Antes de pasar por su oficina visitó el departamento de Todd, un hogar amplio y elegante ubicado en una de las zonas más costosas de Seattle. A su amigo le encantaban lo lujos, vivir bien y rodearse de gente con buena posición social.

Lo recibió en su enorme y moderna cocina y le invitó una copa de vino mientras preparaba el desayuno. El hombre amaba cocinar para sus invitados.

—Me importa muy poco que ya hayas desayunado. Nunca has probado la tarta de espinacas que aprendí a hacer en Santorini la pasada Navidad. Así que te toca comer un trozo —dijo mientras sacaba una bandeja del horno con la tarta.

—Joey insiste en emborracharme y tú en engordarme.

—Vamos, no seas llorón. Necesito que me des tu opinión.

Todd cortó dos trozos de tarta y las puso en unos platos cuadrados. Le entregó una a su amigo antes de rellenar su copa con más vino.

—¿Hablaste con Joey? —quiso saber Todd.

—Sí, lo llamé de camino a tu casa. Me jura que no le dijo nada a Connor sobre nuestra reunión con Ivanova, porque sabía que eso sería la chispa que lo haría estallar. Que no habla con él desde inicios de la semana, cuando Connor le dijo que viajaría a Nueva York porque tenía una situación importante que resolver por allá.

—Entonces, Joey, tu abuelo y yo estamos descartados como chismosos, y Connor, al parecer, te está jodiendo la vida desde Nueva York —dijo Todd a modo de burla, aunque aquello no hizo reír a Trevor.

—Ivanova me confesó que Connor la había llamado por móvil. Ellos tenían más de un año sin verse y le sorprendió que la contactara. Nunca imaginó que le hablaría del hijo que yo quiero

adoptar. Eso le pareció divertido.

—¿Divertido? No te ofendas, amigo, pero para mí este asunto se parece más al argumento de una novela de terror que a una comedia. Aunque, con lo retorcida que es Ivanova, no dudo que tus problemas la hagan reír.

Trevor apretó la mandíbula con enfado, sin dejar de pensar en la mala suerte que le cayó encima al enredarse con la anterior mujer de su mejor amigo.

Hubiese deseado que George fuese hijo de otra persona, tal vez, del presidente de la nación o de un peligroso terrorista. De cualquiera menos de Connor.

Para no dejarse dominar por su amargura le dio una probada a la tarta.

—Umm, esto está muy bueno. Me gusta —confesó, y le dio otra probada.

—¿Sí? Esa era la idea —exclamó Todd, orgulloso de sí mismo.

Se sentó en la banqueta de la isla de la cocina frente a Trevor y probó también su creación antes hablar de nuevo.

—Entonces, si ya confirmaste que ninguno de nosotros te delatamos con Connor, ¿quién queda para dirigir todas las sospechas?

Trevor respiró hondo antes de hablar, apurando el bocado de tarta que tenía en la boca.

—Sospecho de una amiga de Brianna, a quien ella le cuenta todo. Si no es ella entonces, pensaré que Connor invadió mi casa en algún momento y puso cámaras ocultas.

—¿Una amiga de Brianna? ¿Hablas de una tal Lynette?

—¿La conoces? —preguntó Trevor, extrañado.

—No, pero Julinka me contó algo muy interesante anoche. Resulta que se encontró con Brianna en su trabajo, porque es amiga de una mujer que trabaja con ella en una campaña.

—Brianna me contó que había visto a Julinka en la misma sesión de fotos donde participó Lynette.

—Entonces, sí es la misma. Espera aquí.

Todd fue en busca de su novia, quien se encontraba en la habitación alistándose para salir. Trevor se mostró interesado en lo que Julinka podía decirle.

Lo único que sabía de Lynette era lo que Brianna le contaba y todo eran alabanzas y buenas opiniones. Ambas se conocieron en la universidad y se ayudaron mutuamente a conseguir

dinero para cubrir sus estudios y superar las adversidades.

Cuando Lynette encontraba algún trabajo interesante, no dudaba en incluir a Brianna, y Brianna siempre fue un soporte para la mujer. Cada vez que Lynette tenía problemas con sus padres y la echaban de casa, su amiga la socorría. De esa forma se hicieron inseparables.

Minutos después Julinka apareció en la cocina vestida como para una sesión de fotos. Ella siempre iba ataviada con gran elegancia y distinción, vivía de su imagen.

—Trevor, ¿cómo estás? —Lo saludó con un beso en la mejilla—. Disculpa que no salí antes, pasarán por mí en menos de media hora.

—No te preocupes, te entiendo, yo también suelo tener los minutos contados.

—A menos que una tarta de espinacas esté saliendo del horno —aseguró Todd con sorna —. ¿Quieres un trozo, amor?

—No, gracias, bebé. Solo tomaré café.

—¿Bebé? —se burló Trevor, viendo como su amigo servía café para su novia.

—Cállate o no comes más tarta.

Todos sonrieron divertidos.

—Todd me dijo que querías saber de Lynette —dijo Julinka a Trevor mientras se colocaba unos aretes.

—Solo quería saber tu opinión. La conozco poco, estuvo en la mansión por unos días luego de mi boda.

La mujer sonrió con pedantería mientras recibía el café que le había preparado su novio.

—Es una perra, disculpa que te lo diga porque Brianna parece quererla mucho, pero eso no cambia esa realidad.

—Brianna tiene sus razones para quererla, aunque yo desconfío de Lynette.

—Y haces bien en hacerlo, y vigílala de cerca cuando esté en tu casa. Tiene malas mañas —aseguró dando un trago a su bebida.

—¿Qué malas mañas? —preguntó interesado.

—Tiene dos denuncias por robo —reveló Julinka dejando la taza sobre el mesón para sacar de su bolso parte de su maquillaje—. Y según he escuchado, no es la primera vez que eso pasa. Le gusta tomar objetos que no le pertenecen.

—¿Es cleptómana?

—Yo no diría que es una enfermedad, sino parte de su esencia —respondió la mujer con desagrado mientras se retocaba el rímel—. Es envidiosa. Cuando trabajamos con ella tenemos que esconder nuestras pertenencias, como maquillaje, joyas, teléfonos móviles ¡y hasta dulces! Una de nuestras compañeras la acusó una vez de robarle una cajita de chocolates suizos que le regaló su novio.

Trevor y Todd compartieron una mirada, aquel tema parecía escabroso.

—Pero no solo te quita cosas, sino que también, se mete con los novios de sus compañeras y hasta con sus amistades más íntimas. Fue así como ella terminó con Vincenzo y como ha ido creando su círculo social, pero también, el odio de quienes la rodean.

—¿Es por eso que no quieres que yo vaya a tus sesiones de fotos? —preguntó Todd con chanza.

Ella puso los ojos en blanco.

—Reconozco que ella no es la única envidiosa ahí, aunque es la peor. Por eso no quiero que vayas nunca. Te caerían encima como halcones.

Una vez más, Trevor y Todd compartieron una mirada, pero esta vez, una divertida. Ya habían estado muchas veces en ambientes de ese tipo, saliendo ilesos por pura suerte.

—Y esas denuncias de robo de las que hablas, ¿son de alguna de tus compañeras?

—Nooo, esas son más serias —expuso la mujer dedicándole toda su atención—. La hacen amigos íntimos de Vincenzo. Uno de ellos asegura que ella se llevó de su casa una alta cantidad de dinero que tomó de su despacho el día en que invitó a su amigo a cenar y Lynette lo acompañó. Otro la acusa de haberse robado unas joyas de gran valor de su esposa, cierto día en que estuvieron en su casa durante una fiesta y hallaron a Lynette en la habitación de ellos con la excusa de que buscaba un baño libre.

—Pero esas denuncias, ¿ya fueron llevadas a algún Tribunal?

—Vincenzo no ha permitido que lleguen a tanto, pero la manipula con eso. La obliga a trabajar de más para él a cambio de que esas denuncias no se hagan realidad. La explota con descaro.

El teléfono de Julinka comenzó a sonar, así que la mujer tuvo que alejarse un poco de los hombres para responder la llamada.

Trevor y Todd se miraron con angustia al quedar solos.

—¿Qué opinas? —preguntó Todd.

—Aún no quiero opinar nada, necesito investigar más para determinar si es ella quien está filtrando información de lo que Brianna y yo hacemos y no —explicó en medio de un suspiro de cansancio.

Julinka volvió a acercarse a ellos.

—Tengo que irme, me esperan afuera —notificó, recogiendo a toda prisa sus pertenencias —. Si quieres luego te cuento más —dijo hacia Trevor—, aunque no es mucho. Yo intento mantenerme alejada de Lynette para evitar ser víctima de sus malas mañas, por eso ella y yo no nos llevamos bien. Espero Brianna no sufra por estar a su lado, te recomiendo que estés muy pendiente —aconsejó.

—Eso haré —aseguró Trevor antes de que se despidieran.

Todd acompañó a su novia hasta la puerta, luego regresó con su amigo.

—Insisto, este asunto tuyo es ideal para crear el argumento de un libro de terror —expuso con burla.

Trevor mostró una media sonrisa, sin gracia.

—Tendré que averiguar más de esa mujer —reconoció, con postura agotada.

—Pero no es el único caso que tienes pendiente, tienes el asunto de Simón Levi respirándote en la nuca. Anoche me llamó el abogado de la empresa fraudulenta a la que el hijo de Levi se asoció. Ellos insisten en recibir el dinero completo del acuerdo para no llevar más lejos la denuncia. El chico, al parecer, se bailó la mitad del pago. Me pasó copia de los registros y las facturas.

—Ese idiota usó como excusa esa sociedad para quitarle dinero a su padre y quién sabe en qué lo gastó. El problema es que hizo negocios con una empresa de muy mala reputación. Lo que hará será empañar la imagen de Levi.

—Ladrón que roba a ladrón, tiene cien años de perdón —bromeó Todd.

—Ese proveedor es muy bueno quitándole dinero a otros, pero cuando tocas el de él se vuelve como un león.

—El abogado me dijo que esta semana tramitarán la demanda ante un juzgado. ¿De verdad dejarás que ese caso avance? ¿No piensas negociar con ellos por Levi?

—No. Ese chico tiene que responder por lo que hace. Ahora desaparece unos pocos miles de dólares, pero más adelante se meterá con millones. Una vez que se sienten intocables, nada los detendrá. Simón tiene que entender eso y si piensa poner en el futuro su empresa familiar en las manos de ese chico, tiene que darle lecciones desde ya.

—Pero esta no será la lección de un padre hacia un hijo, sino la tuya hacia Levi y su familia por haber ofendido a Brianna, ¿no es así?

Trevor recordó con enfado la noche en que se reunió con los Levi y ellos molestaron a su esposa al menospreciarla por haber sido antes su secretaria.

Él no pasaba de largo ninguna afrenta, mucho menos, hacia las personas que le interesaban.

Capítulo 33.

Al salir del departamento de Todd, Trevor se dirigió con su amigo y socio a la oficina, donde estuvieron varias horas atendiendo tareas pendientes.

Casi al final de la tarde, Todd lo dejó para reunirse con el abogado que iniciará la demanda contra el hijo de Simón Levi. Ellos aseguraban que harían efectiva la denuncia el lunes a primera hora.

A Trevor ese problema no le interesaba, no podía quitarse de la mente lo que Julinka le había contado. La confesión de la chica le resultó trascendental.

«…Se mete con los novios de sus compañeras y hasta con sus amistades más íntimas…».

Él no era partidario de juzgar a nadie sin conocer a fondo la verdad, pero al recordar el rostro impactado y entristecido de Lynette cuando Connor apareció en su casa y se reencontró con ellas, así como su repentina marcha al día siguiente de su mansión a pesar de que Brianna la necesitaba al sentirse perturbada por el regreso del padre de su hijo, le hacía dudar.

Connor era un hombre que se movía por círculos sociales de gran estatus. Además, al ser productor de televisión era capaz de brindarle oportunidades interesantes a Lynette. A ella le convenía estar cerca de él. ¿Habrán tenido algún tipo de relación cercana que llegue al punto de convertirse en confidentes?

No comprendía bien lo que sucedía entre ellos. Lynette se vio tan afectada como Brianna cuando él apareció, pero Brianna nunca mencionó nada sobre una relación entre ellos dos, aunque eso no rebajaba sus sospechas.

Con ayuda de Julinka consiguió la dirección de la mujer y decidió hacerle una visita al salir de la oficina. No podía descuidarse con se asunto.

Tenía que detener la filtración de información para que Connor no siquiera entrometiéndose en su matrimonio.

Lynette se impactó al recibir a Trevor en su pequeño aunque lujoso apartamento. Allí era donde ella se refugiaba cuando no quería estar con Vincenzo, o cuando él se iba de viaje por meses y la dejaba sola. Eso se lo había confesado Julinka.

—Hola.

—Vaya, ¿qué te trae por aquí? ¿Brianna está bien? —preguntó preocupada.

—Sí, está perfecta. Vine por otro motivo. ¿Podemos hablar?

Lynette lo hizo pasar a su sala y le ofreció algo de beber, pero él se negó.

—Solo quiero hacerte unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre Connor.

Ella se sobresaltó, aunque se esforzó por disimular su inquietud sentándose a su lado en el sofá.

—¿Qué sucede con él? ¿Sigue molestando a Brianna?

—Está dispuesto a llevársela consigo a Nueva York. —La mujer lo observó con amargura y rabia—. Me lo ha dicho en varias ocasiones. Usará a su hijo para obligarla a dejarme y marcharse con él.

—Eso es imposible. Connor solo quiere a George, está ansioso por asegurar su paternidad.

—¿Has hablado con él?

Lynette desvió la mirada para esconder su estupor.

—Hace unos días, por móvil. Me llamó para saber de George.

—Es raro. Te llama a ti, pero nunca ha ido a la mansión para conocerlo.

—No va porque piensa que tú lo sacarás a patadas de allí —aseguró ella, encarándolo.

—Connor y yo nos conocemos desde hace más de quince años. Él sabe que yo, desde pequeño, siempre he perseguido la justicia. No tengo nada en su contra, voy a respetar sus derechos sobre el niño. Lo único que quiero evitar es que siga molestando a mi esposa y pretenda seducirla para llevársela consigo.

Lynette no podía ocultar lo mucho que la afectaba esa revelación, que iba en contra de todo lo que había supuesto.

—Le he dicho en varias ocasiones que tiene abiertas las puertas de mi casa si quiere conocer a George y pasar tiempo con él —siguió Trevor, muy serio—, pero jamás lo ha hecho. Solo insiste en citar a Brianna en bares de mala muerte donde pueda acorralarla.

—Él quiere conocer a George —alegó dolida, con los ojos brillantes por lágrimas de amargura.

—¿Y por qué no ha ido a la mansión si sabe que jamás le cerraré las puertas en las narices?

Ella no supo qué responder, de nuevo esquivó la mirada.

—Tú quieres adoptar al niño para impedir que él reconozca su paternidad —alegó Lynette, y se puso de pie para acercarse a un minibar y servirse un trago—. Ya hasta has contactado a una jueza para que te apoye. Brianna me lo contó

—¿Y tú le pasaste esa información a Connor? —quiso saber él, levantándose para encararla.

Lynette lo observó con los ojos muy abiertos.

—No.

—Connor lo sabía y tú eras la única persona fuera de Brianna y de mí que conocía ese plan —mintió, para hostigarla y obligarla a ser sincera.

La mujer se mostró nerviosa.

—Él tiene derechos sobre George, es su hijo. Tú no puedes quitárselo.

—No se lo pienso quitar. No puedo. Con una prueba de ADN y una demanda, Connor obtiene la paternidad sin importar si adopto o no a George.

—Entonces, ¿por qué quieres hacer ese trámite?

—Para dificultarle el proceso y evitar que me quite a Brianna.

—¡Él no quiere a Brianna! —reclamó ella, y lanzó el vaso de licor al suelo. La discusión la había llevado a su límite.

Trevor la observó con fiereza y guardó las manos en los bolsillos de sus pantalones para lograr que ella confiara en él. La mujer estaba a punto de llorar y tenía las verdades en la punta de la lengua.

—La quiere. Me lo advirtió —reconoció, con la mandíbula apretada—. No se detendrá hasta lograr que ella me deje y lo siga a Nueva York con George.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Lynette y propiciaron sus nervios. La mujer comenzó a caminar de un lado a otro como si buscara por los rincones la calma que le faltaba.

Su reacción le permitió a Trevor comprender lo que sucedía. Al menos, en el corazón de ella.

Era evidente que Connor también la había conquistado.

—¿Tú y Connor tuvieron algo? —preguntó curioso.

—Ese no es tu asunto.

—Es mi asunto —expuso con tanta firmeza que detuvo la caminata de la mujer y llamó su atención—. Alguien le está diciendo a Connor todo lo que Brianna y yo planeamos para defendernos de su ataque. De esa forma afecta mi matrimonio y no permitiré que eso siga pasando.

Lynette se secó las lágrimas y se irguió como si fuera una reina orgullosa.

—¿Te envió Kendra?

Trevor la observó contrariado.

—Sí —mintió, para saber a dónde lo llevaría esa información.

—Pues, dile que yo estoy cumpliendo con mi parte del trato. Quiero a Brianna como si fuera mi hermana, porque en realidad ella es mi única familia —confesó afectada, y reinició su llanto—. Jamás la dañaría, porque ella es lo único bueno que me queda. Lo único que la muerte no me ha arrancado de las manos.

Lynette le dio la espalda para desatar su llanto sin que él la viera, aquello modificó las intenciones del hombre.

Entendió que lo que sucedía allí era una situación con heridas muy profundas, unas que la propia Brianna se ocupaba de cuidar ya que debía conocerlas a la perfección.

Respiro hondo para llenarse de valor y cambiar su estrategia.

—Puedo ayudarte con el tema de las demandas por robo. —El llanto de Lynette se detuvo, aunque ella no le dio la cara—. Conozco a buenos abogados que podrían liberarte de esas culpas y de la presión que Vincenzo ejerce sobre ti.

Lynette se giró enseguida y lo observó con interés.

—Yo no robé nada.

—No me importa lo que hayas hecho, solo lo que harás de ahora en adelante. Por Brianna.

La mujer bajó el rostro, inquieta. Sin saber bien cómo actuar.

Por un minuto fue incapaz de decir algo, hasta que el pesar pareció ahogar su garganta obligándola a explicar sus acciones.

—Él me dijo que necesitaba de George —confesó entre lágrimas—. Connor ya ha perdido

mucho por mi culpa, no quería que perdiera más.

Trevor apretó de nuevo el ceño por esas últimas palabras, sin entender nada de lo que decían.

—Tú le diste el número de teléfono de Brianna, le informaste de la existencia de George y de la ubicación de la clínica donde se trata Kendra, y hasta le dijiste sobre mis planes de adoptar al niño.

Él no hizo una pregunta, sino una aseveración, que Lynette no negó.

—Me dijo que necesitaba de George —repitió ella con voz baja y dolida, como si terribles recuerdos se la estuviesen devorando por dentro.

Trevor odió aquella situación, que cada vez se volvía más compleja.

—El lunes me comunicaré con un amigo que maneja casos de robos y fraudes. Es muy buen litigante y un negociante sagaz. Te librará de cualquier demanda y si hay que pagar algo en algún juzgado, yo correré con ese gasto.

Los ojos Lynette se encendieron por la ansiedad.

—No tienes que hacerlo.

—Lo hago por mi esposa. Entiendo que Brianna te aprecia muchísimo, a pesar del daño involuntario que le estás haciendo. Nunca ha dudado de ti, de tu lealtad, por eso no pienso decirle una sola palabra de lo que hablamos aquí. Si de verdad la quieres como una hermana, no sigas poniéndola a merced de Connor. Él le hizo mucho daño y sigue lastimándola.

Al terminar su pequeño discurso, Trevor se dirigió hacia la puerta, para marcharse. Ya había confirmado sus sospechas, ahora debía trabajar para evitar que aquella situación siguiera dándose.

—Trevor. —Se detuvo cuando ella lo llamó y se giró con lentitud para darle la cara—. Yo no robé nada.

—Eso se lo tendrás que decir a tu abogado. Vendrá el lunes a visitarte. Y no te preocupes por sus honorarios, yo me encargaré de todo.

Él mismo abrió la puerta para salir, dejando allí a la mujer, sumida en una profunda tristeza.

Capítulo 34.

Cuando al fin llegó a casa, caía la noche. Estaba cansado, aunque su agotamiento era en realidad, mental.

Ese día había tenido que revisar muchos casos pendientes, leer informes y apuntar observaciones y sugerencias para que los equipos de abogados que trabajaban en Harmon y Asociados se ocuparan de esas tareas en la semana.

Además, tuvo que encargarse del asunto de Lynette comunicándose con el abogado que podría manejar su situación. Ese era el tema que más le preocupaba.

Quería ganársela, para impedir que ella siguiera revelándole a Connor sus intenciones. No iba a lograr que Brianna desconfiara en su amiga y dejara de contarle sus intimidades, para eso tendría que revelarle lo que había hablado con Lynette ese día y ya prometió no hacerlo. Era un hombre de palabra.

Pero debía asegurarse de que Lynette conservara esos secretos.

Pudo percatarse que entre Connor y ella había existido algo, quizás, antes de que Brianna y su amigo tuviesen una relación, o durante. Era obvio que Lynette continuaba queriéndolo y se sentía culpable por algo que le hizo.

«Connor ya ha perdido mucho por mi culpa, no quería que perdiera más».

¿Se estaría refiriendo a Brianna? ¿O existía algún secreto entre ellos?

Trevor suponía que por esa culpa Lynette lo ayudaba, aunque sin percatarse que con eso lo empujaba hacia Brianna perdiéndolo de nuevo.

«Necesité cerrar algunas heridas antes», le había dicho Connor al reencontrarse. ¿Formaría Lynette parte de esas heridas que él debió cerrar antes de regresar a Seattle?

Agotado por el trabajo y por sus reflexiones, dejó su maletín y la chaqueta del traje en su dormitorio, así como la corbata, y se dirigió a la habitación de George en busca de su esposa. Sabía que ella se ocupaba de dormir al niño.

El dormitorio estaba en penumbras, solo se hallaba encendida la lamparita que dibujaba estrellas de luz en el techo y las paredes.

Ella se encontraba cerca de la cuna. Mecía entre sus brazos al niño mientras le cantaba

canciones para dormir.

Un sentimiento poderoso de protección se asentó en el pecho de él al verlos, como una especie de oleaje de alegría que se extendió por su interior y lo calentaba.

Se aproximó y la abrazó por la espalda. No solo la envolvió a ella entre sus brazos, sino también, al niño, y se acompasó a sus pasos.

Ambos se mecían con suavidad como si fuesen una misma persona.

Brianna, por instinto, alzó la cabeza y buscó los labios de él. Interrumpió por un instante su canto para besarlo.

Trevor la apretó más contra sí y besó la cabecita de George con ternura.

Se sentía bien allí, completo. Como si hubiese hallado las piezas faltantes del rompecabezas de su vida.

Al dejar al niño dormido en su cuna y cubierto con la tela mosquitera, se fueron a la habitación de ella donde se desnudaron sin prisas e hicieron el amor como si degustaran un postre exquisito y muy valioso. Uno capaz de conmoverle cada uno de los sentidos, haciéndolos explotar por el placer.

Trevor se la devoró a gusto y una vez que quedaron saciados, compartieron una noche diferente. Cenaron en la cama, desnudos, y envueltos entre sus brazos miraron una película.

Una elegida por ella, cargada de drama, atuendos victorianos y sexo desinhibido. Uno que alborotó en varias ocasiones las hormonas de él, siendo necesario parar varias veces la película para hallar satisfacción.

A la mañana siguiente, cuando Brianna despertó, Trevor ya estaba vestido y cargaba con una maleta.

Al mirar el reloj de su móvil se fijó que era muy temprano. Apenas el alba despuntaba en el horizonte.

—¿A dónde vas?

—Vamos —aclaró él con una sonrisa—. Levántate y vístete, ponte ropa cómoda. Y prepara una maleta con un cambio de ropa y mete el traje de baño. Nos escapamos.

Ella se sentó en la cama, animada por la noticia, aunque sin poderse creer lo que escuchaba.

—¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa. Apúrate y prepara a George. Lo llevaremos con nosotros.

Brianna salió de la cama de un salto y corrió hacia él para encerrar su cuello en un abrazo y darle un beso profundo.

Él tomó sus nalgas desnudas y las apretó con delicia, pegándola más a sí, fascinado por aquel saludo matinal.

—Mejor ve a prepararte o terminaremos de nuevo en la cama —advirtió cuando detuvo el beso para recobrar el aliento—. Quiero seguir haciéndote el amor, pero también, me gustaría darte una sorpresa.

—Estaré lista en cinco segundos —aseguró ella con una sonrisa y volvió a besarlo con arrebato, degustándose con su boca adictiva y embriagante.

—Ya han pasado diez segundos y aún no estás lista —bromeó cuando ella detuvo el beso para respirar.

En medio de risas, Brianna lo liberó para correr al baño y prepararse para ese repentino y misterioso viaje.

Trevor se sintió vacío al perder el contacto con la mujer y descubrió que tenía una erección bastante visible.

—Maldición —se quejó reacomodándosela en los pantalones, aunque manteniendo una sonrisa de satisfacción en los labios.

Con Brianna reaccionaba como un quinceañero.

Los tres se fueron al puerto de Bell Harbor y desayunaron en un restaurante lujoso.

Aunque se sentaron en una mesa apartada de la muchedumbre, en ocasiones se acercaban personas a saludarlos.

Algunos eran clientes de la firma de abogados, otros amigos que formaban parte del círculo social de los Harmon.

A todos la presentó como su esposa, sin sentirse avergonzado ni incómodo por la referencia. Brianna podía notarlo feliz, hasta se había adueñado de George teniéndolo siempre en brazos.

Sin vergüenza, Trevor le explicaba a sus amigos que el niño era hijo de ella, no suyo, a pesar de que no era capaz de soltarlo y lo trataba con evidente amor de padre.

Brianna se sintió conmovida por su actitud y en ese momento deseó que George de verdad le perteneciera, solo a él.

Una vez que pudieron cargar con provisiones como para una semana, él la llevó al puerto. Se detuvieron frente a un hermoso y enorme bote de vela llamado BeeBee.

—Mi padre lo compró cuando nací —reveló, sorprendiéndola—. Estuvo en la marina y allí aprendió a navegar enamorándose del mar. Su intención fue enseñarme el oficio para inculcarme el mismo amor, pero murió muy rápido. Todo lo que aprendí lo hice por mi cuenta.

Eso último lo dijo con tristeza mientras sus ojos oscuros repasaban con melancolía cada tramo de aquel barco.

Ella lo abrazó para infundirle su calor, recordando a su propio padre, quien también había tenido muchas intenciones buenas, pero poca vida para alcanzarlas.

—De sus intenciones también podemos tener experiencias.

—Me gustaría recordar más de él —dijo con desánimo—. Y de mi madre. Ellos murieron cuando yo era muy pequeño y no tuve oportunidad de disfrutarlos. Por eso conservo con dedicación este barco. Creo que si hago lo que él pretendió hacer, podría tenerlo siempre en la memoria.

Ella se conmovió por lo que decía y buscó su boca para besarlo con dulzura.

La intimidad que estaban compartiendo los unía cada vez más, volviendo aquel matrimonio por conveniencia algo mucho más sólido y real.

Subieron al bote y enseguida Trevor le presentó a Brianna al capitán que los acompañaría en esa travesía y al chico que trabajaba como su ayudante.

Los ubicó en un lugar seguro y se puso manos a la obra para poner el barco en marcha.

Brianna lo miraba fascinada, capturando infinidad de fotografías con su móvil. Nunca imaginó ver a Trevor Harmon, el implacable abogado que presidía la firma de abogados más solicitada de todo Seattle, vistiendo ropas playeras, izando velas, atando fuertes nudos y gritando órdenes como si fuese un sucio pirata.

Se veía mucho más sensual que en su oficina, sentado tras su escritorio, firmando documentos y atendiendo infinidad de llamadas.

Era otra persona y ella estaba encantada de conocer esa otra parte de él. Una más relajada y divertida.

No solo ella estaba feliz con el paseo. George no paraba de saltar cuando el barco salió del puerto. Aplaudía con emoción y gritaba cuando escuchaba que Trevor o el capitán lo hacían. Aquello era un juego para el niño.

Al iniciar el paseo por la bahía, Brianna veía que la ciudad se alejaba cada vez más. Sentía como si atrás quedaran los problemas mientras ellos se dirigían hacia lo profundo del mar, donde se hallaba la paz que tanto anhelaba.

—¿Por qué el barco se llama BeeBee? —preguntó ella cuando Trevor se sentó a su lado, ya de camino a alta mar.

—Ese era un apodo que mi padre le había puesto a mi madre. Ella era defensora número uno de las abejas, por hobbie cultivaba flores y en su huerto era frecuente conseguir abejas. Mi abuelo siempre me contaba que mi padre les temía y cuando veía una quería matarla para evitar que lo picara, pero mi madre terminaba golpeándolo con algún paño para alejarlo de esos insectos. No permitía que los dañara porque decía que sin ellos la humanidad perecería.

—Y tiene mucha razón —garantizó Brianna—. Sin las abejas no existiría la polinización, y sin polinización perderíamos la capacidad de cultivar frutas y verduras, tan esenciales para la alimentación del ser humano.

—Me hubiese gustado compartir más tiempo con ellos —expuso él con melancolía, dejando que la mirada se perdiera en el mar.

—Parecían muy divertidos —dijo ella, e imaginó a la madre de Trevor persiguiendo a su esposo con un paño para defender a una abeja. Le hubiese encantado conocerlos.

Pasaron todo el día en alta mar. Miraron la ciudad desde la lejanía y navegaron cerca de la montaña Rainier y del Parque Nacional Olimpic. En ocasiones se dieron chapuzones en el mar. Trevor enseñó a Brianna a flotar y a George a nadar.

Almorzaron y merendaron en medio de la nada, rodeados de un mar pacífico que los obligó a estar más tiempo abrazados y juntos. Compartiendo cientos de besos y caricias.

Cuando comenzó a caer el atardecer, ellos disfrutaron de aquel espectáculo como si estuviesen en la primera fila de un teatro.

El cielo se tiñó de naranja con la brisa corriendo serena.

Trevor se había sentado en el suelo, con Brianna entre sus piernas, recostada de su pecho. George dormía en los brazos de su madre y envuelto en una frazada mientras Trevor los abrigaba a ambos con un abrazo apretado.

No decían nada, solo se quedaron allí, disfrutando del placer de estar juntos.

Hasta que el teléfono móvil de ella comenzó a repicar y Brianna lo revisó pensando que podría ser su madre.

Al darse cuenta del número que la llamaba, apagó enseguida el aparato y lo lanzó a un lado. La tensión la embargó y despertaron todas sus angustias.

—Era él, ¿cierto? —quiso saber Trevor, pero Brianna no le respondió.

Se acurrucó más en el pecho de él y cerró los ojos para volver a sumergirse en el placer de su cercanía.

Trevor no insistió, solo apretó su abrazo y besó la cabeza de la mujer con ternura.

Ella era su mujer, una que no compartiría con nadie.

Capítulo 35.

El viaje familiar los acercó mucho más. Aunque, al día siguiente, Trevor no podía disimular la ansiedad que sentía por la visita de Nakamura a su casa.

Brianna resultó como su cable a tierra, impidiendo que él enloqueciera.

Esa mañana había ido a la oficina para ocuparse de varios asuntos, entre ellos, del caso del hijo de Simón Levi, que comenzaba a darles problemas, ya que el chico no aceptaba la solución que la firma de abogados exigía. No quería pagar lo adeudado, lo sentía como una humillación.

Trevor se ocupaba de aquel asunto al tiempo que llamaba a Brianna a cada hora. No solo para asegurarse de que todo marchara a la perfección en su casa, en referencia a la cena que ofrecerían esa noche, sino porque hablar con ella lograba sosegar sus ánimos.

Comenzaba a sentir una necesidad apremiante por su esposa.

Brianna, haciendo uso de su rango de señora Harmon, se ocupó de cada detalle del evento y de velar por la atención de su madre y de Albert Harmon, quien ese día no se sentía bien de salud por los nervios de la visita.

Tuvieron que llamar a un enfermero particular para que cuidara de ambos y pedirle a la niñera de George que se quedara en la mansión desde muy temprano hasta la mañana siguiente. De esa forma el niño estaba bien cuidado mientras ella garantizaba que todo funcionara sin inconvenientes.

En la noche el ambiente dentro del hogar se sentía más calmado. La cena estaba casi lista, el personal de seguridad y para la atención se encontraba en sus puestos. El niño y los enfermos descansaban en sus habitaciones y Brianna y Trevor terminaban de alistarse en el dormitorio de él.

Ella había trasladado todas sus cosas a esa habitación para estar cerca de su esposo y así ayudarlo a vestirse.

—¿Y? ¿Qué opinas? —quiso saber él en referencia a su atuendo mientras ella le acomodaba el nudo de la corbata.

—Estás tan atractivo que tengo ganas de morderte.

Trevor sonrió con picardía.

—Llegas a hacerlo y te arranco el vestido ya mismo. No imaginas lo mucho que estoy aguantando las ganas.

Repasó con deseo su figura esbelta, enfundada en un hermoso vestido color bordó de falda larga silueta de sirena, con escote en forma de corazón y encaje floral en las mangas.

La tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo con intención de besarla, pero ella se alejó en medio de risas.

—¡Trevor! Vas a arrugar tu ropa y a dañar mi maquillaje.

—Puedes volver a maquillarte —se quejó e intentó atraparla de nuevo, pero ella volvió a escapar.

Corrió a la otra punta de la habitación para guardar los productos que había utilizado durante su maquillaje.

—¿No quedaste satisfecho con el sexo que tuvimos mientras nos bañábamos?

—Fue muy corto —alegó, y siguió aproximándose hacia la mujer.

Brianna sonrió divertida y corrió de nuevo hacia el lado contrario donde simuló ordenar la ropa que él había dejado olvidada en el suelo al llegar.

Apenas la encontró en su habitación, se desnudó para reclamarla. Hicieron el amor en la cama antes de entrar al baño.

—Pórtate bien, Trevor. Ya va a llegar Nakamura.

Él no dejó de insistir y fue otra vez por ella, pero un toqueteo en la puerta lo detuvo.

—¿Quién? —preguntó torciendo el rostro en una mueca de fastidio.

—Señor, sus invitados ya están aquí —anunció Frederik al otro lado, logrando que Brianna empalideciera y se mostrara como un cervatillo acorralado por un depredador.

Él se apresuró para llegar a su lado y tomar sus manos. Buscaba infundirle calma.

—Ey, mírame —pidió al notarla nerviosa.

Ella parecía buscar algo dentro de la habitación, quizás, su cordura. Obedeció la orden de él quedando paralizada ante su mirada oscura y avasallante, que era capaz de moverle varios centímetros su centro de gravedad.

—Todo estará bien.

—¿Y si no soy capaz de estar a la altura? Este no es el círculo social que yo…

—Shhh —la silenció, posando un dedo en sus labios para evitar que ella expresara sus inseguridades.

Brianna le había contado en el viaje en barco del mal trato y de las opiniones despectivas que siempre recibió de parte de los padres de Connor. Eso la marcó e impedía que ella se sintiera cómoda frente a personas de elevado status social.

—Eres mi esposa, la señora de esta casa. Nadie te despreciará nunca más y si se atreven a hacerlo, los echaré a patadas sin importar quienes sean.

Ella se enterneció por sus palabras y permitió que él le acariciara el rostro y besara con suavidad sus labios. Sus besos encendían una hoguera en su interior y la hacían sentirse más segura de sí misma.

—No quiero echarlo a perder —dijo ella y no solo en referencia al acuerdo que habían establecido antes de casarse, sino a todo lo que tuviera que ver con esa relación.

—Eso no pasará —aseguró Trevor y le dio un último beso—. Lo estamos haciendo bien —se incluyó y apoyó su frente en la de ella unos segundos para empaparse con el calor de su aliento y llenarse con su aroma, antes de prepararse para salir de la habitación y dar inicio a la tarea que los había unido.

En la sala se reunieron con Nakamura, un sujeto bajo y elegante que observaba todo con un interés genuino, incluso, a las personas que lo rodeaban.

Con sonrisa formal saludó a Trevor y a Brianna, y presentó a su esposa y a su hijo mayor, quienes lo acompañaban.

El hombre iba además, custodiado por cuatro guardaespaldas. Tipos enormes e intimidantes que se ubicaron a una distancia prudencial.

También llevó a un pequeño equipo de seguridad, adicional al que Trevor había contratado. Ellos se quedaron vigilando el perímetro externo de la mansión.

Ya habían intentado secuestrarlo en varias ocasiones, a él y a miembros de su familia, por eso vivía rodeado de guardaespaldas.

No solo era uno de los hombres más ricos y poderosos de Japón, sino que tenía vínculos de sangre con la realeza de ese país, así como su esposa. Estaba involucrado en asuntos tecnológicos y políticos.

Su influencia era tal, que en EEUU le tenían un gran respeto y había llegado a reunirse con el presidente de la nación en varias oportunidades, solo como agasajo.

Por eso Trevor se había esmerado en darle una atención de primera. Asociarse con él lo pondría en un nivel inalcanzable en la ciudad, y hasta en el país.

Brianna comprendía sus preocupaciones, por esa razón ella también se había afanado en hacer lo mejor posible.

Estaba dispuesta a ayudar a su esposo a alcanzar su éxito profesional.

La esposa de Nakamura era una mujer mucho más pequeña que él y muy sonriente, de trato dulce. No hablaba una palabra de inglés, pero siempre tenía a su lado a su eficiente traductora.

La cena transcurrió en una calma satisfactoria. Nakamura siempre estuvo interesado en saber de la salud de Albert y en los avances de la negociación, al tiempo que evaluaba a Brianna con la mirada, deleitándose con su buen trato, su elegancia y el cuidado que le prestaba a su esposa.

Las mujeres parecían conocerse de antes, reían y conversaban con ánimo como si fuesen grandes amigas. Eso le gustó. Él siempre estaba muy pendiente de las necesidades y de la tranquilidad de su esposa. Por eso agradecía la fina atención que ella recibía allí.

Luego de cenar y cuando se retiraron al salón para charlar y tomar vino, Frederick se acercó a Trevor para darle una noticia.

—Señor, su amigo Connor Fitzpatrick está en la entrada del estacionamiento de la mansión. Exige entrar, dice que usted lo invitó.

Trevor se impactó por la noticia y compartió con Brianna una mirada alarmada y cargada de furia.

Ella se inquietó. Su rostro perdió todos los colores.

—Señor Harmon, mis guardias me informan que tiene un invitado afuera —dijo Nakamura, preocupado.

Había recibido esa notificación de parte de sus guardaespaldas, que fueron informados por el equipo de seguridad que se hallaba en el exterior.

—Sí, es… un amigo —dijo poniéndose de pie—. Con quien debí reunirme más temprano. Él estaba de viaje por eso llegó tarde a la cita. Ya le pido que se marche a su hotel para vernos

mañana.

Brianna siguió sus movimientos con mirada angustiada. Su reacción mosqueó a la esposa de Nakamura, quien se mostró interesada por lo que sucedía.

—No, por favor, señor Harmon —pidió Nakamura—. Déjelo entrar. Me encantará conocer a su amigo —pidió con una sonrisa.

Trevor casi se encendió por la rabia, pero se esforzó por sonreírle también y caminó tenso hacia la puerta.

Brianna se disculpó con los invitados y se apresuró por alcanzarlo.

—Trevor, ¿qué harás? —quiso saber, andando casi a las carreras tras él.

Él caminaba con pasos largos, los puños cerrados y el rostro irritado.

—¿No escuchaste? Voy a recibir a mi amigo —expuso con sarcasmo y con la mandíbula apretada. Estaba furioso.

Habló en la puerta de la mansión con los hombres encargados de la seguridad y les indicó que dejaran entrar a Connor.

—Si quieres me reúno con él afuera, así…

—¡No! —dictó furioso y la encaró posando sus ojos irascibles en ella—. No hablarás con él a solas. Se reunirá con nosotros en la sala mientras Nakamura esté aquí.

—Pero, Trevor, y si él dice algo que…

Brianna no pudo culminar la frase, el miedo la embargo. Temía que Connor mencionara algo imprudente o protagonizara una escena comprometedora que destruyera los esfuerzos que su esposo había hecho esa noche.

—No le daré oportunidad para acorralarte. Tú eres lo único que me importa aquí. Te quedarás conmigo, a mi lado.

Brianna asintió, intimidada por su pose decidida y desafiante.

Trevor se paró en la puerta viendo como el auto de Connor se estacionaba en el frente de la casa y él salía acomodando su traje de etiqueta.

El muy miserable venía preparado para enfrentarse a una visita importante de la talla de Nakamura. Él debió saber con anticipación lo que allí estaba ocurriendo y había ido con intención de molestarlo. No le daría oportunidad para destruirlo.

Brianna se quedó junto a su esposo, inquieta, viendo como el padre de su hijo avanzaba con paso firme en dirección a la casa sin quitarle la mirada de encima a ella. Fascinado con su belleza.

Capítulo 36.

Connor fue revisado por el personal de seguridad como medida preventiva antes de entrar en la casa. Un gesto que no le molestó. Él sabía que aquello era común cuando había invitados de la clase del señor Nakamura.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó Trevor con la mandíbula apretada.

Amos hombres se enfrentaron cara a cara, mostrando la misma determinación.

—Vengo a ver a mi hijo. Dijiste que podía hacerlo cuando quisiera.

—Es casi media noche.

—No me importa, quiero verlo.

Brianna miraba atónita la escena, sin saber qué hacer para evitar que se generara una escena vergonzosa que complicara la visita de Nakamura.

—Connor, George está dormido.

Él apartó su atención de Trevor para fijarla en la mujer, relajando un poco sus facciones.

—Llegué hace una hora de Nueva York y mañana debo regresar durante la mañana. No puedo verlo en otra oportunidad.

—Ahora estamos ocupados con una visita, no puedo ir a despertarlo para que te reúnas con él.

—¿Por qué no? —Ahora dirigió toda su atención a Trevor. Lo traspasó con las advertencias que emitía a través de su mirada—. Supongo que a Nakamura le encantará conocer al hijo de tu esposa.

Brianna pensó que Trevor golpearía a Connor y lo echaría a patadas de la mansión, sin importarle si con el escándalo molestaría a Nakamura y a su familia.

Le sorprendió ver la manera en que su esposo mantenía la calma, a pesar de que su postura revelaba el odio que lo calcinaba por dentro.

—¿Cómo supiste que Nakamura estaba aquí?

—Es muy fácil, amigo —expuso con ironía—, preguntando se llega a Roma. Aunque te dediques a eliminar mis fuentes de información, siempre hallaré una manera de enterarme de lo

que haces o piensas hacer.

Trevor apretó con disimulo los puños. Se sentía al borde de su paciencia. Connor le revelaba que sabía de su encuentro con Lynette. Era evidente que la chica cumplió con su palabra y no le comentó nada sobre esa visita en la mansión, por eso él tuvo que informarse por otros medios.

En la oficina todos sabían de su cena con Nakamura. No debió ser muy difícil para su amigo enterarse de esa noticia.

Lo que le molestaba, era comprobar que lo tendría por siempre husmeando tras sus pasos. No le gustaba que lo vigilaran, algo tenía que hacer para quitárselo de encima.

—Brianna, ve por George —pidió procurando mostrarse relajado. Ella lo observó con los ojos muy abiertos—. Llévalo al salón para que Connor lo conozca.

—Pero…

La mujer se contrarió por esa solicitud. Trevor tuvo que desviar la vigilancia que tenía sobre Connor para enfocarse en ella.

—Hazlo, a la esposa de Nakamura le encantará conocerlo también —le dijo con suavidad para tranquilizarla.

Ella dudó un instante, tenía miedo de dejarlos solos.

Pero vio a su esposo muy decidido con la resolución que había tomado y a Connor igual de seguro con su intención de no marcharse de allí sin ver a su hijo.

De ninguna manera ella lograría hacer cambiar de opinión a alguno de ellos, así que se marchó hacia la habitación de su hijo controlando su enfado.

Al quedar solo, Trevor y Connor se enfrentaron.

—Estarás solo unos minutos y después te marcharás.

—Me quedaré todo lo que sea necesario.

—Te irás cuando yo lo decida. Esta es mi casa, mi familia y mis invitados.

—Pero George es mi hijo y no evitarás que comparta con él, o usaré eso en tu contra en un Tribunal.

Trevor se irguió, prepotente.

—Te lo advierto, *amigo* —afincó el calificativo con desprecio—. No me desafíes en ese

terreno, porque te aseguró que vas a perder. Por algo me consideran el abogado más implacable de Seattle.

Le dio la espalda para caminar hacia la sala y volver a reunirse con su invitado. Connor observó su partida unos instantes con la cólera hirviendo en sus venas, antes de seguirlo.

Él mejor que nadie conocía lo despiadado que resultaba su amigo para ganar un litigio, pero Trevor era consciente de la terquedad que Connor había heredado de su familia. Nada lo detendría hasta no lograr sus propósitos.

Se reunieron con Nakamura presentándolo con formalismo. El hijo del japonés lo reconoció al relacionar su apellido con el de un famoso productor de televisión.

—Sí, es mi padre —reconoció Connor sin poder disimular su incomodidad. Detestaba hablar de su familia. No tenía buena relación con ellos.

—Ah, es hijo de una persona importante y con gran influencia en el país. Muy buenas amistades, señor Harmor —lo felicitó Nakamura.

Trevor se esforzó por mostrarle una sonrisa, que perdió al compartir una mirada dura con Connor.

Cuando Brianna apareció con un adormilado George, el ambiente cambió por completo.

La esposa de Nakamura quedó fascinada con el niño, que la veía con curiosidad. A pesar del evidente sueño que aún tenía, le regaló una sonrisa cuando ella le hizo carantoñas y le habló en japonés.

Trevor se mantuvo inmóvil, miraba como Connor veía con gran asombro al niño, aunque sin atreverse acercarse. Parecía tenerle miedo.

Brianna esperó a que la esposa de Nakamura terminara de jugar con el niño para llevarlo con Connor. Estaba nerviosa, con su corazón palpitando con intensidad en su pecho.

Cuando el hombre estuvo frente a su hijo, por un momento quedó paralizado. George lo observó con sus grandes ojos verdes, tan parecidos a los suyos.

Con manos inseguras comenzó a tocarlo para sentir su piel y la tersura de sus cabellos.

—¿Quieres cargarlo? —le preguntó Brianna, aumentando sus inquietudes.

—¿Y si llora?

—Yo lo calmaré —aseguró la mujer, logrando que él se animara a intentarlo.

Al tenerlo entre sus brazos se mostró inquieto, como si, en vez de un niño, le hubiesen entregado una bomba a punto de estallar.

—Es precioso su hijo, señor Harmon. No sabía que ya era papá —comentó Nakamura sonriente.

Brianna se inquietó por esas palabras y compartió con su esposo una mirada impregnada de desesperación.

Él le guiñó un ojo, buscando serenar sus temores.

—No es mi hijo, señor Nakamura —reveló con semblante divertido—. Es de mi esposa y de Connor.

Su revelación hizo desaparecer la sonrisa del japonés y dibujó un semblante de asombro en el rostro de la esposa del hombre, una vez que la traductora le explicó la situación.

—¿No es suyo? —preguntó Nakamura con recelo.

—No. Me casé con Brianna siendo ella madre. No me importó su situación.

Por un instante hubo una calma tensa. El silencio fluyó entre todos hasta que George comenzó a retorcerse por el sueño que tenía. Bostezaba y pegaba gritos mientras se estrujaba los ojos.

Connor se asustó, no sabía qué hacer. El niño de pronto se volvió tan inquieto que él pensó que comenzaría a golpearlo exigiendo a su madre.

Estuvo a punto de entregárselo a Brianna cuando George estiró sus bracitos hacia Trevor, exigiendo estar con él mientras comenzaba a llorar.

Trevor enseguida reaccionó a esa petición. En segundos estuvo junto a Connor y tomó a George entre sus brazos para acurrucarlo en su pecho. El niño emitió un sonoro bostezo antes de dormirse. Brianna observó asombrada la escena.

La esposa de Nakamura comenzó a decir frases emotivas en japonés.

—La señora dice que su hijo es adorable —expresó la traductora hacia Brianna.

Nakamura recuperó la sonrisa y habló unas cuantas cosas con su esposa en su idioma.

Mientras ellos conversaban, Trevor le entregó el niño a su madre.

—Llévalo a su habitación, para él es suficiente por hoy.

Brianna cargó a su hijo y lo regresó a su dormitorio mientras le cantaba canciones de cuna.

Al perderse por el pasillo de las habitaciones, Trevor miró a Connor, descubriendo la forma irritada en que él lo veía.

Se debatieron en silencio por algunos segundos, hasta que decidió centrar su atención en Nakamura.

Llenó de nuevo sus copas de vino mientras hacían comentarios cargados de emoción sobre el niño.

Connor se quedó allí, tan enfadado por lo que había sucedido que le costaba disimular su estado.

Al ver que Brianna regresaba al salón decidió abordarla. Se aproximó enseguida a ella aprovechando que el resto estaba muy entretenido con charlas sobre hijos, pañales y escuelas.

—¿Qué maldita cosa pasó aquí? —preguntó entre dientes a la mujer y en tono bajo para que solo ella lo escuchara.

Brianna lanzó una mirada angustiada hacia Trevor, descubriendo la forma en que él los vigilaba, como si fuese un halcón en espera de su presa.

El hijo de Nakamura también veía con curiosidad su conversación, así como la traductora. Por eso decidió apartarse un poco llevando a Connor hacia el salón contiguo para evitar que hiciera una escena frente a los invitados.

Capítulo 37.

—¿Qué esperabas? Es primera vez que George te ve en su vida y tiene mucho sueño. No fue buen momento para conocerlo —expuso Brianna al estar solos.

—Prefirió a Trevor —reconoció Connor con la mandíbula apretada.

—Trevor está con él desde que nos casamos. Han compartido tiempo juntos y el trato ha sido amable. George confía en él. Cuando un bebé tiene una necesidad busca comunicarse con las personas que conoce. Es una reacción instintiva.

—¡Es mi hijo!

—Eso lo sabemos todos, Connor. No tienes que repetirlo siempre.

—Pues, parece que lo olvidas. Hasta apoyas a Trevor para que lo adopte —le reprochó.

—¿Qué lo olvido? No he hecho otra cosa que defender tus derechos. La reunión que tuvimos con la jueza fue solo para recibir una asesoría de su parte, porque no quiero que me quites a mi hijo.

—Me ocultaste su existencia y ahora me quitas su amor al tenerlo aquí viviendo con Trevor.

—¿De qué hablas? Nadie te está robando su amor.

—Él prefiere a Trevor porque lo ve día y noche y es a mí a quien tiene que ver siempre, por eso debes venirte conmigo a Nueva York. Es mi derecho, Brianna.

Ella se angustió por esa insistencia.

—Connor, no puedo irme contigo porque soy una mujer casada…

Él se acercó más a ella interrumpiendo su explicación. El calor de su postura decidida, de su mirada clara y llena de promesas y de su intenso aroma a sándalo la confundió, enredando las ideas en su cabeza.

—Vente conmigo, Brianna. Sé que aún me amas, podemos recuperar nuestra relación —expuso acariciándole la mejilla.

Su toque la estremeció, pero logró apartarse un poco para evitar que continuara tocándola. Sin darse cuenta, quedó contra la pared. Connor pudo acorralarla.

Se inclinó hacia ella buscando sus labios, pero Brianna lo impedía.

—Ven conmigo, amor —insistió, con voz susurrante y seductora, y mirando con hambre el escote que su vestido dejaba a la vista—. Nuestro hijo merece tener a sus dos padres juntos, amándose, y amándolo.

—Connor…

Ella quería apartarlo, pero él se lo impedía. El hombre sacó unas fotografías del bolsillo de su chaqueta y se las entregó.

—Toma, esto lo guardé como si fuesen mis objetos más preciados. Esas fotos me ayudaron a mantener la esperanza durante la lejanía. Sabía que pronto te recuperaría y te tendría conmigo.

Ellas las tomó y dio un vistazo a la primera imagen, donde salían ambos en la playa. Él la abrazaba de forma posesiva y ella se notaba alegre.

Brianna recordó que minutos antes de tomarse esa foto habían hecho el amor escondidos en el baño de un restaurante familiar, estando a punto de ser descubiertos.

La adrenalina que Connor le hacía experimentar era uno de los motivos por lo que había estado con él. Odiaba ser siempre la niña buena, la que debía trabajar día y noche para pagarse la universidad, la que tenía que ser siempre correcta para así ganarse la aprobación de todos, la buena estudiante y la buena hija.

Ella tenía sangre en las venas y le gustaba sentir en ocasiones su agitado fluir. El amor prohibido que compartió con Connor le permitió romper con su triste y rutinaria existencia, pero le dejó muchas heridas que aún no podían cicatrizar.

Lo miró a los ojos, dejándose embargar por la transparencia de sus iris claros y pícaros, esos que en el pasado le arrancaron suspiros de placer y que aún seguían aumentando las palpitaciones de su corazón.

Se sobresaltó al escuchar unos pasos apresurados que se acercaban.

Asustada, lo empujó para alejarlo, viendo como Trevor se acercaba a ellos acompañado por Frederick y por uno de los hombres de la seguridad.

Por instinto, escondió las fotografías tras su espalda mientras su esposo encaraba a Connor con actitud iracunda.

—Te vas ya de mi casa.

—Te dije que…

—Ya viste a George y ahora él duerme. Vendrás otro día, a una hora prudencial y acordada por un Tribunal de menores. ¿Entendiste?

Connor se enfadó por sus palabras, pero se quedó muy quieto.

—Entonces, así jugaremos —dijo con una media sonrisa en el rostro.

—Así jugaremos —garantizó Trevor, fijando sus ojos negros en él como si fuesen cuchillos—. Ahora vete de mi casa. Frederick te acompañará a la puerta.

Por unos segundos se debatieron, antes de que Connor aceptara su derrota y siquiera al mayordomo a la puerta en medio de un silencio sepulcral. El guardia los acompañó muy de cerca.

—Vamos a terminar esta maldita reunión —soltó Trevor hacia Brianna al quedar solos y dio media vuelta para regresar al salón, sin esperarla.

Ella sintió a su corazón estrujarse de pena, dolida por el resultado final de aquella fatídica visita.

Se apresuró por alcanzarlo guardando las fotografías en el interior de su vestido, entre sus senos.

Puso su mejor cara para los invitados, retomando la confianza con la esposa de Nakamura que estaba interesada en George y en sus costumbres.

Horas después, ella se hallaba en su habitación. Los invitados se habían marchado.

Por la sonrisa satisfecha de Nakamura pudo deducir que la cena había sido todo un éxito, pero el semblante irritado de Trevor revelaba otra cosa y eso la tenía sumida en la angustia.

Sacó las fotografías que había guardado bajo su ropa y las miró con melancolía. Eran tres imágenes de ella con Connor demostrando el amor que sentían el uno por el otro.

Además de la foto que ya había detallado de ellos en la playa, había una que se habían sacado cuando vivían juntos, en su departamento, tumbados en la cama en ropa interior, jugando a las cosquillas.

No pudo evitar sonreír por la nostalgia mientras pasaba a la tercera imagen. Era un retrato de ellos en la universidad, cuando Connor fue a apoyarla el día en que presentó su tesis de grado.

Ella había estado muy nerviosa, olvidando la mitad de su defensa por culpa de los temores. Él la ayudó a calmarse haciéndola reír con sus comentarios graciosos, que le permitían despejar a su mente y así enfocarse en lo que necesitaba.

¿Qué había pasado con ese Connor al que ella había amado con locura? ¿Cuándo perdieron toda esa intimidad? ¿Por qué no fue suficiente para él siendo necesario buscarse a otra?

Esas dudas empañaron sus ojos con lágrimas. De nuevo el dolor por las pérdidas renacía en su pecho resultando insoportable.

La puerta de su habitación se abrió de forma súbita, sorprendiéndola. Trevor entró sin anunciarse, con rostro de pocos amigos.

Se detuvo frente a ella y miró con desprecio las fotografías que tenía en sus manos.

Brianna se inquietó, pero no se esforzó por esconderlas. Él ya las había visto.

—Así que vino para eso.

—Trevor…

—Y tú lo permitiste.

Ella negó con la cabeza.

—Solo quería evitar que hiciera una escena frente a Nakamura y su familia, estaba furioso porque George te buscó cuando tenía sueño.

—Y decidiste consolarlo.

La mujer se molestó por la acusación, mostrándose ahora seria y erguida.

—Solo quería ayudarte.

—Pero no lo hiciste. —Se aproximó a ella como si fuese un animal en acecho, intimidándola—. Lancé a la mierda el convenio con Nakamura al confesarle que el niño no era mío, porque lo único que quería era protegerte, pero igual te apartaste de mi lado para irte con él.

—Yo también me arriesgué hoy por ti, para protegerte —aseguró furiosa—. No fuiste el único que hizo sacrificios esta noche.

Él sonrió de lado, con perversidad, afincando la angustia en ella.

—Ya veo el gran sacrificio que llevaste a cabo —dijo y lanzó una mirada hacia las fotografías—. Espero que los dulces recuerdos de tu relación con él te dejen dormir esta noche —soltó con rencor, antes de dar media vuelta y salir de la habitación dejándola sola.

Aquel desplante ahogó los ojos de Brianna con lágrimas de amargura. Para descargar la rabia lanzó las fotografías al suelo y se tumbó en la cama boca arriba para llorar sus desgracias.

Esa noche ella había sido la gran perdedora. El mundo que había estado construyéndose se fragmentó quedando los trozos regados en la habitación.

Volvió a quedar vacía, como al inicio, aunque con un doble dolor en el corazón por culpa de los dos hombres que dominaban su vida, y sus emociones.

Capítulo 38.

Trevor se levantó temprano la mañana siguiente y se reunió con su abuelo antes de marcharse a la oficina, compartiendo con él un café.

Tuvo que sincerarse con el hombre por lo sucedido la noche anterior, ya que él estaba muy inquieto y de alguna manera lo sabría.

Albert tenía buena relación con Nakamura y con la gente que trabajaba para el japonés. Con una simple llamada telefónica a alguno de ellos tendría toda la información disponible.

—Fue lo mejor —dijo Albert aunque con cierto rastro de tristeza—. Nakamura busca gente honesta, responsable y comprometida, mentirle sobre la paternidad de George no hubiese ayudado en nada. Más bien, habría enfadado a Connor llevándolo a hacer un escándalo frente a los invitados.

—Por eso lo hice. Connor vino dispuesto a desbaratarme la negociación. Ivanova me advirtió que uno de los posibles argumentos que él podía usar en una corte para quitarnos al niño, era demostrar que lo retenemos con mentiras. Eso nos hace incapaces de cuidar de George.

—Pero fue demasiado desleal al presentarse aquí casi a media noche y durante una cena de negocios —dijo el hombre con enfado—. Me resulta un completo desconocido. El Connor Fitzpatrick que conocí de niño no era así.

—Algo debió sucederle para cambiar de esa manera, el Connor que yo conocí jamás habría abandonado a una mujer sin explicaciones. Sé que él era un donjuán y en ocasiones, un caradura, pero jamás fue un tipo sin corazón.

—Eso quiere decir, que ya estaba presentando cambios desde antes de irse y nunca lo notaste.

—Comenzamos a distanciarnos meses antes de su partida. Yo debí asumir la presidencia de la firma cuando caíste enfermo y preparar un matrimonio con mi prometida de la época —dijo, recordando su incómoda relación con Naomi.

Albert gruñó para controlar la rabia.

—Supongo que no tuviste tiempo ni ganas para fijarte en él, pero ahora es diferente. Tienes que hacer algo para entender qué le sucedió y así ver cómo detenerlo.

—En eso estoy —aseguró dando el últimos sorbo a su café—. Hoy me reuniré con

Comanche, esta mañana hablé con él y ya me tiene algo de información.

—Vigila todos los flancos, hijo. No puedes descuidarte con nada. ¿Qué supiste de la niña amiga de Brianna?

—También hablé esta mañana con Lynette y me confesó que Connor la llamó ayer al llegar a Seattle. Quería saber dónde se hallaba Brianna y si le había comentado algún plan con respecto al niño, pero ella le dijo que no había logrado hablar con ella porque está resolviendo su problema con la justicia.

—Miserable. Solo busca su beneficio sin interesarse en los demás —se quejó Albert recostándose en su mecedora. Se mostraba agotado—. Te encargaste de su asunto, ¿cierto?

—Sí, ayer ella se reunió con el abogado que le envié y ya están trabajando en su caso. Estaré muy atento de esos avances.

—Bien, muchacho, estoy muy orgulloso de ti. Has aprendido muy bien a estar atento hasta del más mínimo detalle.

Trevor sonrió con poca gracia y se apretó el puente de la nariz.

—Sí, pero te confieso que es agotador.

—No es el trabajo lo que te agota, sino el lío emocional que tienes.

—No tengo ningún lío emocional —rebatió ceñudo.

—Claro que lo tienes, puedo darme cuenta de eso. Te conozco a la perfección —aseveró el anciano y lo señaló con un dedo—. Y hasta puedo decirte que ese conflicto tiene nombre y apellido, y no es otro que Brianna Griffin, tu esposa. No Nakamura ni nadie más.

Trevor apretó aún más su entrecejo posando una mirada irascible en su abuelo, pero este no se intimidaba con sus desafíos silencios. Se los respondía con uno igual.

—Me voy, tengo cosas que hacer en la oficina —respondió poniéndose de pie.

—No niegas mi acusación porque sabes que es cierta.

—Nos vemos esta noche, abuelo.

—Dile lo que sientes, eso te ayudará a retenerla —se apresuró por expresar antes de que su nieto se marchara.

—Descansa, te ves muy agotado —finalizó sin darle la cara y salió enseguida de la habitación ignorando los gruñidos de su abuelo.

Para Albert era evidente que Trevor se estaba apegando tanto a Brianna y a George que ya no luchaba por retenerlos a su lado solo para cuidar del contrato que habían establecido.

Él comenzaba a sentir emociones fuertes por ella, pero lo negaba, porque no estaba habituado a depender otros, mucho menos, en lo sentimental.

El problema era que si no aceptaba sus sentimientos y los expresaba podría perderlos. Otro hombre se encontraba al acecho, dispuesto a ganarle esa partida.

Trevor pudo distraerse un poco de sus inquietudes al llegar a la firma. Enseguida fue engullido por el ajetreo del trabajo, liderando reuniones con sus equipos de abogados, atendiendo llamadas y videollamadas con clientes de gran peso, firmando documentos y revisando largos informes. Hasta que llegó la tarde y recibió en su oficina la visita de Conrad Hopper, a quien todos conocían como Comanche.

—Al fin tengo noticias tuyas —fue el saludo de Trevor mientras estrechaba su mano y le indicaba que tomara asiento frente a su escritorio.

Comanche era un tipo alto, robusto y bigotón, que parecía tener tallado en el rostro un semblante amargado.

El hombre se sentó mostrándose algo tenso, odiaba los ambientes elegantes, como esa oficina.

Prefería sentarse a negociar en tabernas de mala muerte, atestada de borrachos molestos, pero Trevor necesitaba privacidad y quietud para asimilar la información que él pudiera darle. Y como era quien pagaba, tenía derecho a elegir.

—¿Qué me tienes?

—El tipo ese tiene la vida echa cuadritos aquí en Seattle, por eso no piensa quedarse en esta ciudad.

—¿Por qué aseguras eso?

—Porque tiene varios asuntos delicados por los que debe responder y no piensa hacerlo. Eso se lo aseguró a su prima, Natalia Fitzpatrick, la única de su familia con la que tiene contacto. Aunque hasta ahora, solo ha sido telefónico.

Trevor recordó a Natalia, una joven tranquila y algo tímida que trabajaba como asistente para su tío, el padre de Connor, en la productora que el hombre dirigía.

Una chica dulce y silenciosa, a quien Connor solía molestar al atormentarla por su

personalidad retraída. Hasta donde sabía, ellos tenían una gran amistad. Connor la quería como una hermana.

—¿Y cómo sabes que él le aseguró eso a su prima?

—Bueno, porque…

Comanche dudó en responder a esa pregunta. Su inseguridad ayudó a Trevor a entender la situación.

Natalia era enamoradiza, solía ilusionarse con casi todos los hombres que conocía. Tuvo un tiempo enamorada de él, otro de Joey y hasta de su abuelo. Al ver que ninguno le correspondía sufría un tiempo y luego se enfocaba en otro.

Era evidente que Comanche se había aprovechado de esa debilidad para sacarle información. Por eso había tenido infinidad de problemas en la policía cuando trabajaba para esa fuerza. Sus estrategias de trabajo podían resultar abusivas.

—¿Y averiguaste sobre esos asuntos delicados que tiene pendiente Connor en la ciudad? —consultó llevando de nuevo el tema hacia el punto que le urgía.

—Sí. El más importante es con la señorita Margaret Holland, su prometida, quien espera que él se presente en la ciudad para casarse con ella.

—¿El compromiso sigue vigente? —consultó Trevor, contrariado. En el pasado se había enterado de ese asunto, pero pensó que Connor lo había finalizado antes de enredarse con Brianna.

—Sí. Según Natalia, Connor lo ha estado alargando porque necesitaba independizarse de su padre para evitar más problemas con él y formar su propia empresa. Una que fuera capaz de darle suficientes dividendos para mantener el exigente status social que Margaret requiere. Por eso se fue a Nueva York, porque ella eligió esa ciudad para que vivieran juntos, al ser más cosmopolita que Seattle.

Trevor se recostó en su butaca, impactado por lo que oía.

—¿Él está allá porque Margaret lo envió a esa ciudad?

—A Connor, su padre lo desheredó días antes de irse. No tiene más dinero que el que ha reunido por su cuenta. Eso lo ayudó a mudarse, pero no a fundar una productora, que al parecer, ha logrado grandes avances en tan solo un año. Según Natalia, Margaret invirtió casi todo su dinero en él, y sigue encontrándole más financiación con sus padres, familiares y conocidos. Por eso él ha avanzado tanto en tan poco tiempo.

Esa trama resultaba muy beneficiosa para Trevor. El hombre recostó un codo del reposabrazos de su butaca, para así frutarse la mandíbula mientras elucubraba como utilizar esa información a su favor.

—¿Por qué el padre de Connor lo desheredó?

—Por un error imperdonable que cometió, que el hombre no pudo soportar. Connor vivía imponiéndose y llevándole la contraria en muchas cosas, pero él tenía un límite.

—¿Cuál? —exigió Trevor, ansioso por llegar al fondo de ese asunto. Todo lo que le contaba Comanche le parecía interesante.

—Connor le fue infiel muchas veces a su prometida, poniendo en riesgo la relación comercial que tenían los Holland con los Fitzpatrick, pero su familia supo ocultar cada una de sus faltas. Los Holland están metidos de lleno en la política y suelen conseguirle al padre de Connor contratos jugosos, por eso ellos protegían esa relación. Pero resulta que el chico embarazó a una mujer y la obligó a abortar, ese asunto estuvo a punto de salir a la luz. Esa fue la gota que rebasó el vaso de los Fitzpatrick.

Trevor de nuevo se inclinó en la butaca para recostarse del escritorio y así escuchar con mayor atención a Comanche.

Por un momento pensó que la mujer a la que se refería era Brianna, pero hasta donde sabía, ni Connor ni su familia supieron de la existencia de George. Por tanto, se trataba de otra persona.

—¿Quién es esa mujer?

—Aquí la tiene —dijo el expolicía y alzó el sobre que tenía en sus manos—. Me tardé en venir porque tuve que invertir tiempo y esfuerzo en conseguir estos datos. Los Fitzpatrick ocultaron con gran cuidado todas las huellas. No solo esa gente pagó mucho dinero para que nada de esto saliera a la luz, sino también, los Holland. Margaret está obsesionada con Connor y sus padres hacen lo que sea por ella. Es la única hija que les queda. A la menor la perdieron hace cinco años por culpa de una enfermedad.

Comanche estiró su brazo para que Trevor pudiese tomar el sobre. Al tenerlo en sus manos enseguida lo abrió, impaciente por lo que allí pudiese encontrar.

Al ver los registros quedó paralizado.

La mujer que Connor había embarazado y había obligado a abortar, era Lynette Berry, la amiga de Brianna.

Capítulo 39.

Al llegar a la mansión, Trevor se sentía cansado y enfurecido. No sabía qué pensar ni sentir en relación a Connor.

Quien una vez había sido su amigo, ahora se convertía en un tipo desconocido y cruel.

Recordaba que en el pasado el hombre solía ser algo atrevido, enamoradizo e imprudente. Tenía novias a montón y casi siempre era él quien las dejaba. Se aburría rápido.

Le gustaba hacer locuras, romper esquemas y reglas, había vivido mucho tiempo bajo las estrictas directrices de sus padres. Por eso, apenas tuvo oportunidad de hacer lo que quisiera, lo hizo para divertirse. Ellas debían aceptar sus términos.

Aquello parecía egoísta, pero eso lo ayudó a ser claro desde el principio y nunca recibir reclamos.

Las mujeres que le seguían el juego solían ser desinhibidas y alocadas. Nada apegadas. Cuando él las dejaba ellas se iban con otro, sin que nadie saliera herido en el proceso.

Lo que Comanche le había revelado en la oficina, sobre la forma en que su amigo se aprovechaba de Margaret Holland y lo que obligó a hacer a Lynette, mostraba una cara de Connor que él no conocía y le parecía aterradora.

Si no fuese porque aquello había sido confesado por Natalia Fitzpatrick, su prima, quien desde siempre fue la mejor confidente de Connor, no lo habría creído.

Ese no era el amigo con el que había crecido.

Mientras iba a su habitación pensó en Brianna. ¿Dónde quedaba ella en toda esa historia? ¿Por qué Connor la había enamorado? ¿Cuáles serían sus verdaderas intenciones con su esposa?

No imaginaba a Brianna como el tipo de mujer que solía buscar Connor, aunque no podía descartar ninguna posibilidad. Aún la conocía.

Estaba seguro que ella sentía algo por él. Connor era el padre de su hijo, algo profundo debió existir entre ellos, pero su amigo no podía ofrecerle un hogar tradicional, ni siquiera, una relación estable y sincera.

Él estaba atado a Margaret Holland y Brianna debió suponerlo desde el principio. Él era un hombre conocido en los medios de comunicación, su compromiso fue público.

Uno que nunca rompió y ahora la mujer era su «socia comercial» al ser la financista de la productora que había fundado en Nueva York.

A pesar de esa realidad, Connor insistía en llevarse a Brianna y a George a esa ciudad. ¿Para qué? ¿Para compartir una relación secreta con ella y tenerla por siempre como su amante?

Suponía que Brianna no aceptaría ese tipo de convivencia. Aunque… ¿la aceptaría a cambio de dinero? ¿De la misma manera en que aceptó un matrimonio por conveniencia con él?

Se sacudió la cabeza para quitarse esa idea de la mente. No quería imaginar que fuese capaz de algo así.

El acuerdo con él había sido algo puntual, surgido en un momento de gran necesidad. La salud de su madre y la seguridad de su hijo estaban en juego. Ahora ella no tenía ese problema.

Se quitó la chaqueta del traje y la corbata y se sentó abatido en la cama. Ya no sabía qué pensar ni de su amigo ni de la mujer con la que se había casado, quien estaba atada a él por un contrato legal y quien comenzaba a conquistar su corazón.

Furioso, se levantó de la cama y salió al pasillo. Recordó que esa mañana Kendra había tenido una de sus quimioterapias y decidió pasar por su habitación para saber de su salud. Luego, hablaría con Brianna.

Necesitaba aclarar sus dudas o se volvería loco.

La enfermera que cuidaba de Kendra le informó que la mujer se encontraba mejor. Los malestares dejados por la quimio pasaban con lentitud.

El tipo de cáncer que ella tenía no era muy agresivo, por tanto, el tratamiento no resultaba tan devastador como en otros casos. Aunque no debía descuidarse ni tomárselo a la ligera porque esa enfermedad era implacable.

Cuando Kendra se enteró de su visita pidió hablar con él. Se encontraba recostada en la cama, sobre varios almohadones. A pesar de su rostro un poco pálido y cansado, mantenía una sonrisa dulce en los labios.

—No quise molestarte, solo saber cómo te había ido hoy —se disculpó Trevor al sentarse a su lado.

—No te preocupes, hoy no fue tan terrible. Creo que todas las medicinas que me obligan a tomar a diario hacen buen efecto.

—Me alegro. Quedan pocas quimioterapias para terminar el tratamiento, el resto será más

fácil.

La mujer aumentó la sonrisa.

—Sí, cuento los días para que terminen.

Trevor se atrevió a tomar una de las manos de Kendra y la apretó con suavidad para infundirle confianza.

—Estarás bien pronto, me encargaré de eso —dijo con sinceridad.

Había logrado gran afinidad con la mujer. Ella era alegre y optimista a pesar de su condición, y muy buena conversadora. Su abuelo también estaba encantado con ella. Todas las tardes los dos se entretenían charlando sobre sus felices vidas pasadas mientras merendaban y tomaban el sol en el jardín.

Kendra apoyó su otra mano sobre la mano de Trevor como gesto de agradecimiento.

—Eres un bue hombre, Trevor Harmon. Más de lo que pude haber imaginado.

—Gracias, aunque creo que exageras.

—La vida debió tratarte mucho mejor —dijo en referencia al duro pasado que él había tenido, que le dejaba un presente vacío y exigente—. Aunque espero que se retracte contigo y comience a darte lo que mereces.

Él pensó en Brianna, no pudo evitar hacerlo, pero sus dudas por lo que ella pretendiera hacer en un futuro con Connor le esfumaron esa imagen de la mente y lo llenaron de frustraciones.

Odiaba sentirse de esa manera. Siempre fue un hombre que luchaba hasta el último aliento por lo que deseaba. La confusión en la que ahora vivía lo volvió inseguro, pero eso no iba a derrotarlo. Debía recuperar el control sobre su futuro.

—Kendra, sé que no es buen momento, pero… ¿puedo hacerte una pregunta?

—Seguro. ¿Qué sucede?

Él dudó un instante. Respiró hondo para llenarse de valor.

—Ayer fui a hablar con Lynette y lo primero que ella me preguntó, fue si tú me habías enviado a reunirme con ella.

Kendra amplió los ojos con sorpresa.

—¿Por qué fuiste a verla?

—Porque descubrí que era ella quien le pasaba información a Connor de Brianna, para que él pudiera acosarla.

Kendra masculló maldiciones.

—Lo sabía.

—¿Lo sabías?

—Esa tonta nunca ha dejado de suspirar por ese mal hombre —se quejó.

—¿Por qué le dices así?

—Porque es un mal hombre, un mentiroso.

Ella se mostró molesta.

A pesar de que él no quería fastidiarla, decidió seguir con el interrogatorio. Necesitaba llegar al fondo de ese asunto.

—¿Es cierto que Lynette estuvo embarazada de él?

Los ojos de la mujer se ampliaron ahora en su máxima expresión.

—¿Cómo sabes eso?

—Él me amenaza con sabotear mi asociación con Nakamura para obligarme a liberar a Brianna del matrimonio y permitir que ella y George regresen con él. Tuve que investigarlo para protegerme.

Kendra volvió a maldecir, pero esta vez, con voz clara y audible.

—Es un caprichoso. Él no quiere a Brianna ni al niño, solo saciar sus ansiedades.

—Entonces, ¿es cierto lo de Lynette?

—Sí. Me sorprende que hayas llegado a esa información porque su padre pagó para que se desconociera, incluso, a ella le dieron una gran suma de dinero para que se mantuviera callada —mencionó la mujer con desagrado.

—¿La obligó a abortar?

Kendra respiró hondo antes de hablar, evidenciando su molestia por ese tema.

—Al inicio, eso quiso. Él no deseaba que ese hijo complicara aún más su relación con Brianna, sabía que eso ella no se lo perdonaría. Mi hija tenía conocimiento del compromiso que tenía Connor con otra mujer, obligado por sus padres. Estaba tan enamorada que aceptó

continuar con él porque Connor le juró, con lágrimas en los ojos, que no se casaría nunca y que escaparía con ella apenas tuviera los recursos para darle una vida digna. Brianna esperó paciente a que eso pasara, pero si se enteraba que Lynette también había sido amante del amor de su vida y que estaba embarazada, lo dejaría enseguida. Brianna algunas veces es un poco tonta, pero ella tiene límites.

Trevor la observó con mayor agudeza, inquieto por lo que escuchaba. Eso cambiaba la imagen que se estuvo dibujando en su cabeza de Brianna.

Ella no aceptó esa segunda relación de Connor solo por amor o por dinero, Connor la había engañado con promesas falsas, aprovechándose de la devoción que ella sentía por él.

—Connor no quería perderla, estaba obsesionado —siguió Kendra—. Le ofreció dinero a Lynette para abordar y ella estuvo a punto de aceptar, pero a último momento decidió tenerlo y decir que era de otro. Se encariñó con la idea de ser madre. ¡Hasta le propuso a Connor que él fuese su padrino para que estuvieran siempre cerca! —exclamó eso último con rabia y negó con la cabeza.

Así evidenciaba que ella nunca estuvo de acuerdo con esa locura.

—Pero Lynette tuvo un accidente y perdió a niño con cinco meses de embarazo —agregó la mujer—. Cuando la llevaron a un hospital, ella llamó a Connor para que la ayudara, fue así como el padre de ese hombre se enteró de lo que sucedía. Como le habían limitado el dinero de sus tarjetas de crédito por su imprudencia de estar con Brianna, complicando la relación son su prometida, Connor robó la tarjeta de su padre para trasladar a Lynette a una clínica y cubrir los gastos de la operación. Al llegar las notificaciones de esos pagos, su padre se dio cuenta de todo.

Kendra volvió a respirar hondo antes de seguir. Ahora su semblante cambió a uno entristecido. Trevor entendió que estaba a punto de entrar en temar más turbios.

—Se armó un lío terrible con los Fitzpatrick. El padre de Connor creyó que quien había abortado había sido mi hija, así que fue a mi casa a reclamar. Por suerte, yo era la única que estaba allí ese día. Cuando el hombre se enteró que se trataba de otra, ardió en llamas. Podía soportar una debilidad de su hijo, pero no dos, así que lo echaron de casa y lo desheredaron. Como él no supo qué hacer, recurrió a su prometida. La familia de esa mujer lo protegió y lo ayudó a que se fuera a Nueva York para evitar denuncias por parte de Lynette, o que el problema trascendiera en un escándalo.

—¿Su prometida se enteró de todo?

—De todo —aclaró Kendra, de nuevo con enfado—. Esa mujer buscó a Lynette luego de

que él se fuera y la amenazó con la hoguera si decía algo, le dio dinero para callarla. Yo estaba presente cuando eso pasó, porque fui a visitarla al hospital. Lynette quedó devastada, no solo por perder a su hijo, sino también a Connor. No te niego que sentí algo de alivio, porque vi con mis propios ojos el mal que estuvo a punto de sufrir mi Brianna. Estaba dispuesta a contárselo para que olvidara definitivamente a ese mal hombre, pero justo esa tarde, cuando llegué a casa, mi hija había leído la carta del hospital donde se explicaba mi enfermedad y lloraba angustiada porque mi esposo, luego de enterarse, había bebido de más angustiado por esa situación.

En ese punto de la narración, Kendra tuvo que callar. Horribles recuerdos del sufrimiento experimentado ese día volvieron a su mente, sombreando su rostro.

—Es decir, ¿Brianna nunca se enteró de lo sucedido con Lynette? —necesitó preguntar Trevor.

Kendrá negó con la cabeza.

—El mundo se nos vino abajo ese día. No podía abrirle otra herida a mi hija y Lynette tampoco tuvo corazón. Ella desapareció por meses para superar sus propias pérdidas, mintiendo a mi hija de que había tenido terribles problemas familiares. Al enterarme del embarazo de Brianna, hice hasta lo imposible por esconder ese hecho. Tenía miedo de que los Fitzpatrick o los Holland le hicieran algo. —Se acercó un poco a Trevor para hablarle de forma confidencial—. Lynette nunca me lo confirmó, porque luego yo no tuve cabeza para meterme en ese asunto, pero siempre sospeché que su accidente no fue tan «accidente». Estoy segura que la prometida de Connor tuvo algo que ver en eso, por eso ahora no quiero que es hombre vuelva a acercarse a mi Brianna. No quiero perder a mi hija ni a mi nieto, son lo único que me queda en la vida.

Trevor se irguió, perturbado por lo que ella le decía. Aquello cambiaba por completo la visión que tenía sobre ese problema.

Capítulo 40.

Luego de dejar a su madre recostada en su cama y después de haber pasado todo el día con ella, acompañándola en su sesión de quimioterapia, Brianna regresó a su habitación para darse un largo baño.

No solo se sentía agotada físicamente, sino también, a nivel emocional.

No sabía nada de Trevor desde la discusión que habían tenido en su habitación la noche anterior, cuando él se marchó furioso y decepcionado al verla suspirar por Connor admirando una fotos viejas donde ambos aparecían.

Le había fallado de nuevo, parecía no cansarse de hacerlo. Sintió tanta vergüenza y odio hacia sí misma que rompió y botó las fotos a la basura y prefirió no molestarlo con llamadas o mensajes a pesar de haberlo añorado todo el día.

Era una tonta, por más que se esforzara por ser alguien distinto, siempre caía en el mismo bache.

El amor que sentía por Connor había sido el causante de muchas de sus desgracias, ¿cuándo se dispondría a superarlo? Él jamás sería alguien para ella. De él solo recibiría migajas.

Así fue en el pasado y así seguía siendo ahora.

Y con Trevor, ¿lograría obtener algo más de él en el futuro?

La relación entre ellos seguía limitada por ciertas condiciones. Después de que se alcanzaran no sabía lo que sucedería luego.

No tenía estabilidad de ninguna manera, ni con uno, ni con el otro. Eso la afectaba en todos los sentidos.

Debía comenzar a pensar en sí misma, a fortalecer su carrera profesional y asegurar un buen futuro para su madre y para su hijo.

Cuando terminara su convenio con Trevor y a Connor le pasara su capricho por ella, regresando a Nueva York, quedaría sola y sin nada. No podía seguir esperando algo de ellos, sino de sí misma.

Un toqueteo en la puerta la sacó de reflexiones. Enseguida se ató la bata de baño y fue a abrir creyendo que sería la enfermera para notificarle de alguna situación de su madre.

Aún llevaba los cabellos húmedos y estaba descalza por haber salido recién del baño.

Al abrir, quedó paralizada. Las emociones estallaron en su pecho dibujando una sonrisa tímida en sus labios.

—Hola —saludó a Trevor, aunque perdió rápido la sonrisa al ver el semblante cansado que tenía. Uno que a él le cambió en segundos al verla en bata de baño, sabiendo que bajo esa tela, ella estaba desnuda.

Su mirad se volvió salvaje y su actitud determinada. Pasó a la habitación y cerró la puerta detrás de sí, con cerrojo.

Brianna se lo permitió. Retrocedió un paso ante su avance, con la piel erizada por completo, ansiosa por él.

—¿Vas a algún lado? —preguntó él, aproximándose.

Ella siguió retrocediendo.

—A la cama.

—¿Puedo acompañarte?

La petición de Trevor la dejó sin aliento y encendió un fuego en su interior que la conmovió de pies a cabeza.

Claro que quería su compañía, la había anhelado todo ese día. No había hecho otra cosa que pensar en él, arrepentida por haberle fallado.

Se abrió la bata y se la quitó con lentitud quedando completamente desnuda frente al hombre.

La mirada de Trevor se volvió fuego mientras repasaba con hambre cada tramo de ella, degustándose con su figura.

—Claro que puedes acompañarme —aseguró Brianna sin dejar de retroceder de camino a la cama, viendo como él la perseguía y vigilaba cada uno de sus movimientos para evitar que escapara.

Cuando ella al fin se detuvo, con sus piernas rozando el colchón, Trevor se paró firme a escasos centímetros de distancia. Bajó el rostro para rozar el de la mujer con su nariz y así respirar su dulce aroma.

—Vine a pedirte disculpas por la forma en que traté anoche.

Ella se estremeció por sus palabras y por su tierno contacto.

—Soy yo quien debe pedirte disculpas. Cometí un nuevo error.

Trevor quería evitar tocarla, necesitaba aclarar antes algunas cosas con ella, pero la provocación de su cuerpo desnudo era demasiado para su fuerza de voluntad.

Llevó sus manos a las caderas de la mujer y rozó con suavidad su piel con el dorso de los dedos mientras se dirigía a sus senos, que apretó y amasó con gusto.

Brianna cerró los ojos, gimiendo por el exquisito placer que experimentaba.

—No podemos seguir así. Nos estamos haciendo mucho daño —susurró él sobre su oreja, al tiempo que pellizcaba y acariciaba con la punta de sus dedos sus pezones endurecidos.

—Yo no planifiqué nada de esto. No llamé a Connor ni…

Calló al sentir que él tomaba su cabeza con ambas manos y la obligaba a mirarlo a los ojos.

El rostro de ambos estaba encendido por el deseo. Ninguno podía ocultar lo mucho que anhelaban fundirse en el cuerpo del otro.

—No lo menciones. No aquí, en nuestra intimidad.

La besó con arrebato, bebiéndose todo el aliento y la cordura de ella, que con manos temblorosas comenzó a desabotonarle la camisa exigiendo tocar su piel.

—Perdóname, Trevor. Yo…

Brianna no pudo seguir con sus ruegos, porque él se había apoderado de forma despiadada de su cuello. Lo mordió y besó dominado por la pasión que lo consumía.

—No imaginas los celos que sentí al verlo cerca de ti —exclamó con voz ronca sobre su oreja, volviendo a estremecerla—. Te lo dije, Brianna, no quiero que él te toque. Ni él ni nadie —exigió, antes de tumbarla en la cama y desnudarse con ansiedad.

Brianna se arrastró de espaldas sobre el colchón como si huyera de él, aunque lo que pretendía era provocarlo. Estaba a punto de asfixiarse por el deseo y anhelaba que él sintiera lo mismo.

No se percataba que Trevor no necesita ningún aliciente. Se encontraba en el punto de no retorno. Temblaba por las ganas que sentía por ella, por eso, al estar por completo desnudo, subió sobre la mujer y la poseyó de una forma intensa y desesperada. Como ambos lo habían pedido.

Por un buen tiempo no hablaron, se dedicaron a darse un placer arrollador que les hiciera

perder la cabeza.

No quería perder el tiempo con recuerdos vagos y sin importancia. Se necesitaban el uno al otro. Solo quería sentir por esa noche, gritar por el goce, llorar por las exquisitas sensaciones que se prodigaban.

Enredados entre sus brazos y piernas y con sus pieles ardiendo por el placer se mantuvieron por horas.

Sus miradas parecían no querer separarse, porque de esa forma aseguraban que aquel momento no se acabaría nunca. No querían terminarlo.

Cuando el cansancio los venció decidieron no moverse de la cama. Siguieron unidos, abrigados por las emociones que ese día habían quemado sobre las sábanas y que seguían palpitando dentro de sus pechos.

—No le daré una nueva oportunidad para que nos acorrale de esa manera —dijo Trevor al oído de la mujer.

Estaban acostados de lado. Él la abrazaba por la espalda, apretándola contra su cuerpo. Ella no dejaba de acariciarle les brazos y frotarse contra él, buscando su calor y propiciando sus sensuales gemidos.

—No permitiré que vuelva a meterse entre nosotros.

—Trevor… —suspiró ella, y giró la cabeza en busca de sus labios.

Al encontrarlos, se fundió con ellos acariciándolos con su lengua.

—Esta será la última vez, Brianna. Tú eres mía. Me perteneces.

La aferró contra sí, apretando uno de sus senos con una mano. Ella se acurrucó en su pecho, buscando girarse más para quedar frente a frente.

Sintió que él se excitaba otra vez y anhelaba que se hundiera de nuevo en su cuerpo.

Pero Trevor tuvo una idea mejor. La acostó boca abajo sobre el colchón y apretó de forma posesiva una de sus nalgas. Alzó un poco su cola y se ubicó entre sus piernas, poseyéndola de esa manera.

Brianna exhaló un jadeo de placer cuando él se apoderó de su cuerpo. Se sumió en la delicia de sus atenciones entregándose por entero.

No solo se ofrecía a él físicamente, sino que le entregaba todas sus emociones y alegrías.

Le estaba dando todo, sin arrepentimientos, y consiente de lo que hacía.

Ambos se hallaban tan sumidos en el arrebato que experimentaban que ninguno notaba que a pocos centímetros el teléfono móvil de Brianna repicaba con insistencia anunciando llamadas entrantes.

Ella lo había puesto en silencio durante el día para evitar que Connor siquiera atormentándola con llamadas y mensajes.

Él le exigía verse, hablar de lo sucedido la noche anterior, pero ella lo evitaba todo lo que podía.

Continuaba con su insistencia, llamando sin descanso. Sin saber que a poca distancia, ella gemía por el placer que le daba su esposo sobre su cama, entregándose entera a él.

Su recuerdo empezaba a ser suplantado en la mente y en el corazón de la chica, sin tener oportunidad de evitarlo.

Trevor ya no pensaba cederle más terreno. Se apoderaba con fuerza de aquel territorio dejando clavada su propia bandera.

Capítulo 41.

Al día siguiente, Trevor asistió a la oficina más relajado. Haber pasado la noche con Brianna y lograr hacer las paces con ella quitó muchos pesos que agobiaban sus hombros.

A pesar de que Connor no se la estaba poniendo fácil al conseguir formas de meterse en la relación con su esposa, estar mal con ella era lo único que en realidad podía afectarlo.

No le importaba enfrentarse al mundo entero por esa mujer, solo necesitaba saber que Brianna confiaba en él y de alguna manera le correspondía.

Tenerla a su lado el concedía la fuerza necesaria para soportar cualquier tormenta, por muy peligrosa que esta fuera. Entender eso lo hacía actuar de manera más tranquila y pensar con mayor frialdad.

Luego de atender varios asuntos de importancia con los socios minoritarios y de conversar con parte de la plantilla de abogados que conformaban su firma, para asesorarlos en los proyectos que llevaban a cabo, se encerró en su oficina a revisar la montaña de documentos que la señora Brown había dejado sobre su escritorio.

Muchos de ellos solo requerían de su firma, otros, de su aprobación, solo unos pocos de sus observaciones, pero a él le gustaba ser meticuloso con cada uno. Por eso procuraba dedicarles la atención necesaria aunque eso lo retrasara.

Había decidido no salir a almorzar ese día para así adelantar la mayor cantidad posible de tareas pendientes, pero el mundo parecía aliado en su contra.

Todd, su socio, entró cargado con varias carpetas repletas de papeles.

—¿Qué es eso? —le preguntó al verlo dejar con cansancio los documentos sobre su escritorio, junto a la pila en la que comenzaba a trabajar.

—El caso Nakamura. Debemos echarle un ojo antes de solicitar que impriman la documentación definitiva.

Trevor suspiró con agotamiento.

—Olvídate de eso por ahora. Es posible que con lo sucedido en la cena en mi casa Nakamura ya no quiera asociarse con nosotros.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás loco?! ¿No te enteraste de las últimas novedades?

—¿Qué novedades? —exigió confuso.

—Ayer hablé con el hijo de Nakamura, vino a reunirse conmigo. Me confesó que su padre se enamoró de ti. Bueno, no usó esas mismas palabras y no fue de ti exactamente de quien me habló, pero me dijo que su mamá quedó fascinada con Brianna y con George y no paró de hablar de ustedes como familia desde que salió de tu casa. Nakamura no hizo ningún comentario, pero asintió con una sonrisa a todo lo que decía su señora.

Trevor torció el rostro en una mueca de desagrado.

—Ya te conté lo que sucedió ese día. Es cierto que esa mujer estuvo muy emocionada con el niño y con Brianna, pero Connor se presentó obligándome a confesarle a Nakamura que George no era mío, sino de él. Descubrió mi trampa.

—¡No descubrió nada! —exclamó con fastidio—. La presencia de Connor lo que hizo fue ayudarte a impactar aún más a la pareja asiática —comentó dirigiéndose al minibar para servir dos vasos de whiskey ante la mirada desconcertada de Trevor—. Nakamura y su esposa ahora te consideran una especie de… hombre piadoso y de gran corazón.

—¿Qué? —consultó más contrariado.

—Piénsalo, amigo. Te casaste con una madre soltera. Pocos se animan a hacer eso —comenzó a decir sin dejar de atender su tarea—. Ellos quedaron encantados con la forma en que trataste a Brianna ese día. Les revelaste con tus acciones el aprecio que sientes por esa mujer, a pesar de que ella hace poco estuvo con otro y debes cargar con la presencia de ese hombre por ser el verdadero padre de su hijo. Sacrificas tu exclusividad para cuidar y proteger de una mujer y de un niño que siempre tendrán a otro detrás, porque esa figura jamás la borrarás de sus vidas. Connor será por siempre el padre de George y el primer amor de Brianna.

Esa última certeza le apretó el corazón a Trevor y lo hizo comprender esa realidad. Nada de lo que hiciera lograría hacer desaparecer a Connor.

Brianna no quería que eso sucediera. En varias ocasiones se lo había dicho.

—Tu sacrificio y entrega ha sido tan evidente —siguió Todd, entregándole un vaso con licor a su amigo—, que el bebé te prefirió a ti antes que a su padre.

—Eso pasó porque conoció a Connor ese día, conmigo lleva semanas.

—No importa, hombre —se quejó Todd antes de darle un trago a su bebida—. El asunto es que la aparición de Connor y tu confesión lo que hicieron fue maravillar aún más a Nakamura. El hombre quedó tan satisfecho con la visita a tu casa que ayer envió a su hijo para solicitar una

reunión aquí en la oficina para el próximo jueves, con sus abogados. Quieren hacer una última revisión a los acuerdos de la sociedad antes de firmarlos.

Trevor no podía creer lo que su amigo le decía. Pensó que la cena en su casa había sido un desastre por culpa de la aparición de Connor, quien supo jugarle sucio con intención de desbaratar sus planes y ponerlo entre la espada y la pared.

—¿Por qué no me dijiste antes lo de esa reunión?

—Ayer le pedí a la señora Brown que dejara un mensaje en tu escritorio —dijo mostrándole la pila de documentos que debía revisar—. No pude llamarte ni pasarte un mensaje porque apenas se fue el hijo de Nakamura vinieron los familiares de Simón Levi. Están histéricos porque no impedimos que la empresa estafadora a la que su hijo estafó abandone la demanda contra el chico. Me atormentaron por horas y luego tuve que atender otros asuntos, sabía que no lograría avisarte de nada.

Trevor gruñó al recordar el caso de Levi.

—Simón sabe que iba a ser imposible evitar esa sanción a menos de que el chico pagara lo que les debía. ¿Por qué envía a sus familiares?

—Me parece que ellos vinieron por su cuenta, motivados por el chico. El joven considera una humillación pagar a ese proveedor, y aún más, ir a juicio con ellos. Su padre no lo escucha, pero sus tíos se amparan en el hecho de que esa empresa ha estafado a otros clientes y no quieren que su chico termine relacionado con ellos.

—Eso debieron pensarlo antes —rebatió Trevor controlando su rabia—. El hijo de Levi no solo sabía que esa empresa no era confiable cuando negoció con ellos, sino que no podía establecer ningún acuerdo con otra gente sin hablarlo primero con nosotros, para eso nos paga su padre, pero igual decidió ignorarnos solo para sacarle dinero a su familia. Un dinero, que de paso, no sabemos en qué se gastó y los Levi nos obligan a justificarlo con mentiras para salvarle el culo a ese imbécil.

—Sea como sea, ellos dicen estar indignados con nuestras gestiones, amenazaron con volver para hablar en persona contigo. Insisten en que uses tus poderes sobrenaturales para impedir que el idiota de su sobrino termine humillado por sus propios errores.

—No pienso hacer nada para impedirlo —aseguró con firmeza—. Ese chico necesita una lección y si su padre no pretende dársela, se la daré yo —reflexionó con enfado antes de beberse su whiskey de un solo trago.

Recordó la forma en que la familia de Levi humilló a Brianna durante la cena ofrecida por

Simón en su casa, acción que nunca iba a perdonar.

Así como para los Levi la familia era lo principal y se esforzaban por protegerla, él haría lo mismo por la suya. Sin importarle las consecuencias que eso pudiera dejarle.

Simón Levi era uno de los clientes de mayor peso en su firma, luego de Nakamura, su aporte era significativo, pero él podía encontrar rápido un reemplazo. Tenía a varios grandes empresarios pidiendo sus servicios por años y él los rechazaba para no saturarse.

Deshacerse de Levi no le causaría inconvenientes, aunque no quería hacerlo, porque eso significaría tener que ceder ante un problema. Algo a lo que Trevor no estaba acostumbrado.

—Pero olvidemos por hoy a los Levi y vamos a centrarnos en lo importante —recordó Todd y dio unas palmaditas a las carpetas del caso Nakamura.

Trevor respiró hondo y se apretó el puente de la nariz. Seguía sintiéndose incómodo con ese asunto, su amigo lo notó.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Todd.

—No he sido sincero con Nakamura. Así como sucedió el encuentro con Connor en mi casa, que reveló parte de mi treta, en cualquier momento se enterará de que mi matrimonio es un acuerdo comercial hecho para convencerlo de que soy un tipo *intachable*.

La última palabra la pronunció con rabia. No se sentía con el derecho de poseer ese calificativo.

—¡Pero, si no hiciste nada malo, Trevor! —alegó Todd mostrando cansancio por el tema —. El noventa por ciento de los matrimonios hoy en día son arreglos entre las partes, ya nadie se casa por amor. O lo hacen por embarazos repentinos, o para escapar del control de sus familias, o para conseguir visa permanente, o para apoderarse de propiedades del otro… Si me pongo a enumerarte los motivos de los matrimonios de mis conocidos perderemos toda la mañana.

—Eso no es cierto —porfió Trevor al recordar el matrimonio de sus padres y el de sus abuelos, quienes sí se casaron por amor. Así como el de muchos otros—. Estoy seguro que más del diez por ciento se ha casado por amor —pronunció eso último con pesar, sabiendo que él no estaba incluido en esa estadística, y no tenía seguridad si algún día lo estuviera.

—No te amargues por ese tema —exigió Todd cambiando la postura. Creía conocer la razón del rostro atribulado de su amigo—. Vayamos por la cabeza de esta serpiente cuanto antes para salir de este problema —pidió en referencia a Nakamura—. Llevamos más de un año con este asunto y la verdad, es que ya estoy un poco cansado.

—Iniciar esta asociación en base a mentiras no es saludable.

—¡No le has mentido a nadie! —expuso Todd con evidente irritación.

—¡Le pagué a Brianna para que se casara conmigo y me ayudara a fingir un matrimonio perfecto frente a ese hombre y su familia! ¡¿Eso no es una mentira?!

Todd respiró hondo antes de hablar.

—Amigo, yo no estuve presente en la cena del lunes, pero, por lo que me contó ayer el hijo de Nakamura, lo que revelaron Brianna y tú fue cualquier cosa menos una mentira. Ellos están totalmente convencidos de que entre ustedes existen sentimientos fuertes, algo que para mí es cierto. Porque yo también lo he notado.

Todd se levantó de la silla para regresar al minibar y rellenar su vaso con whiskey dejando a Trevor hundido en sus pensamientos.

¿Amor? ¿Era posible que eso pudiera existir entre Brianna y él?

De su parte había sentimientos intensos que comenzaban a desestabilizarlo, pero temía etiquetarlos con esa palabra. Más aún, si no eran del todo correspondidos.

Mientras existiese la sombra de Connor, para él sería difícil aceptarlo.

Capítulo 42.

Durante la tarde, Trevor se reunió con varios de sus abogados para evaluar la importante negociación que estaban llevando a cabo para uno de sus clientes más populares.

Se trataba de la compra millonaria de una compañía de ciberseguridad que una de las empresas tecnológicas que representaban estaba a punto de realizar, con miras a reforzar la seguridad de los equipos que ofrecían y así protegerlos del uso indiscriminado de la IA.

Él estaba interesado en que aquella transacción se realizara bajo las condiciones más factibles, ya que la noticia resonaba con gran fuerza en los medios de comunicación despertando el interés de muchos.

La firma no dejaba de recibir invitaciones a programas de televisión, de radio y de streaming para entrevistarlos por aquel suceso, que podría marcar un hito en el desarrollo de software y hardware en el futuro.

Toda esa publicidad gratuita extendía la imagen de la firma no solo en el país, sino también, a nivel internacional. Algo que lo beneficiaba muchísimo.

Por eso él procuraba dedicarle gran atención a ese asunto y pasó horas encerrado en la oficina con los abogados que dirigían el trabajo para asegurarse que nada quedara fuera de lugar.

Al salir, estaba bastante agotado, sobre todo, a nivel mental, pero muy satisfecho al confirmar que la negociación se realizaba de forma efectiva.

Aunque perdió la alegría al descubrir a la persona que lo esperaba desde hacía una hora en la puerta de su oficina.

—¿Thamara?

No pudo evitar amargarse al ver a la hermana de Naomi en la sala de espera, y no por ella, sino por todo lo que su presencia le recordaba.

La mujer, de estatura baja, tez trigueña y porte arrogante, enseguida se puso de pie para saludarlo.

—Disculpa que venga a molestarte a tu trabajo, pero es importante que hablemos y no puede ser por teléfono.

El asintió y le indicó que entrara en su oficina. Luego le dio instrucciones a su secretaria de

que no lo interrumpieran antes de seguirla.

—¿Todo bien? —preguntó al estar junto a ella.

Su visita lo inquietaba. Suponía que no le traería buenas noticias.

—No, por eso estoy aquí.

En medio de un suspiro de resignación, Trevor le indicó que se sentara y caminó hacia el minibar.

Estaba seguro que necesitaría de algo fuerte que lo ayudara a digerir lo que esa mujer estaba a punto de decirle.

—¿Quieres que te pida un café o deseas algo más intenso?

—Si tienes whiskey, será mejor.

Torció el rostro en una mueca de incomodidad mientras preparaba dos vasos. Con esas palabras ella le confirmó que esa visita vaticinaba problemas.

—¿Qué sucede? —exigió al acercarse a ella y entregarle una de las bebidas.

Thamara dio un trago antes de hablar.

—Creo que Naomi está a punto de sufrir otra crisis nerviosa.

Trevor se sentó en la butaca con expresión frustrada.

—¿Crees?

—Es necesario internarla en un psiquiátrico.

—Sabes que eso no depende de mí.

—Mi madre se niega porque piensa que allí le harán más daño, pero si no lo hacemos ahora, ella perderá de nuevo la razón y no solo volverá a lastimarse a sí misma, sino que podría lastimar a alguien más.

—Si tu madre no aprueba su internación nosotros no podemos hacer nada.

—Sí podemos —insistió la mujer con firmeza—. Si demostramos ante un juez que ella puede representar un peligro, ningún psiquiátrico se negará a recibirla.

—Para eso necesitamos de una denuncia y no la tenemos.

—Ella te hizo mucho daño en el pasado. Eso servirá.

Trevor apretó la mandíbula para controlar la rabia.

—No pienso sacar a relucir lo sucedido antes del accidente. Ese fue el acuerdo que hice con tu madre a cambio de que mantuviera a Naomi lejos de mí.

—Ella no está bien, Trevor. Tenerla lejos no es la solución, lo sabes, ya comenzó a acosarte desde la distancia. Si la descuidamos, se convertirá una vez más en un peligro muy serio. Creo que alguien le está llenando la cabeza de ideas y podría empujarla a cometer locuras.

—¿Quién? —preguntó, preocupado.

—No sé con exactitud, pero estoy segura que es una persona externa al círculo de la familia. Hace unos días, cuando me llamaste para preguntarme si sabía algo de mi hermana porque ella se había comunicado con Todd para saber de tu boda, hablé con mi madre. Luego de mucho insistirle, mamá me confesó que Naomi se notaba mejor, porque estaba haciendo nuevos amigos. Le aconsejé que tuviera cuidado, porque ella no está bien de la cabeza y no puede relacionarse con cualquiera, pero mi mamá lo que hizo fue enfadarse conmigo y me cortó la llamada. Luego de eso, le escribí preguntándole por Naomi, pero nunca me respondió, hasta que mi hermana me llamó ayer en la noche por voluntad propia, para preguntarme por ti y por tu nueva esposa.

—¿Por mi nueva esposa? —consultó mosqueado.

No le gustaba el camino que estaba tomando aquella situación.

—Sí. Naomi lleva años sin hablarme, desde antes del accidente, pero de pronto me llama y conversa conmigo como si nada hubiese pasado entre nosotras y por un tema del que no tengo la más mínima idea. Lo extraño es que no se molestó por mi falta de información, como suele hacer, sino que me pidió que averiguara sobre Brianna Griffin y sobre su bebé, George, y le pasara cuanto antes todos los datos que pudiese conseguir de ellos. Incluso fotografías.

Eso último aumentó las preocupaciones de Trevor. Que Naomi tuviese en su poder el nombre de su esposa y del niño no deparaba algo bueno. Superaba todas sus expectativas.

—¿Eso te pidió?

—Le pregunté de dónde había sacado esos nombres, pero solo me dijo que «los escuchó por ahí». Tú sabes que ella no es de las que escucha cosas por ahí, alguien tuvo que hablarle de ellos y relacionarlos contigo para que se interesara. Quizás, fue uno de esos nuevos amigos de los que mi mamá no me quiere hablar, pero que ya comienzan a alterarla.

—¿La alteran de qué manera?

La mujer tomó otro trago de whiskey antes de continuar, se mostraba ansiosa.

—Mi mamá me llamó esta mañana, pidiendo que fuera hoy mismo a Tacoma para ayudarla con Naomi. Mi hermana pasó toda la noche despierta, gritaba y rompía cosas. Discutía con una persona imaginaria, a quien le reclamaba por haberle quitado algo y la amenazaba con matarla. No llegó a decir nombres, pero tengo mis sospechas, porque justo anoche me había preguntado por una tal Brianna y por George.

A Trevor los temores le palpitaron con fuerza en el pecho y despertaron su desesperación.

—Tú sabes muy bien cómo terminan estos episodios de histeria de Naomi —siguió Thamara—. Aunque mi mamá diga lo contrario, yo creo que lo mejor es internar cuanto antes a mi hermana en una clínica psiquiátrica y limitar sus relaciones con personas extrañas. Ella necesita ayuda médica especializada.

Trevor dejó el vaso en el escritorio y apoyó en él los codos para hundió su cara entre sus manos. Un ramalazo de ira y angustia lo azotó.

Conocía muy bien a Naomi, sabía hasta dónde podían llegar sus episodios de locura y no quería que eso trascendiera. Mucho menos, que su familia estuviese amenazada por ella.

Se irguió para volver a hablar con la mujer.

—Thamara, tienes que convencer a tu madre que acepte el hecho de que su hija está mal y podría ser peligrosa para ella misma más que para los demás. Eso será lo único que la persuadirá de llevarla a un psiquiátrico. Usa lo que sucedió anoche como justificación.

—Será muy difícil, lo sabes. Para ella esos episodios no son suficientes, ni siquiera lo fue aquel accidente en el que ustedes casi mueren.

—Pero, ¡tienes que hacerlo! —exigió, dirigiéndole una mirada llena de advertencias—. He pagado cada uno de sus gastos en Tacoma porque tu madre me aseguró que Naomi no saldría de ese poblado, pero si ahora tiene amigos que la ayuden a trasladarse a Seattle, a pesar de su condición, la denunciaré a la policía. Haz que tu madre decida dónde quiere tener a su hija, si en una clínica psiquiátrica, donde puedan cuidarla, o en la cárcel.

Thamara se irguió, incómoda por esa amenaza, aunque intimidada por la fiereza que trasmitía la postura de Trevor.

—Si acudimos ante un juez…

—No voy a tomar ese camino porque ese proceso no es rápido —la detuvo—. Puede durar semanas o meses hasta que acepten que Naomi no está bien y requiere de ayuda psiquiátrica.

Mientras tanto, mi esposa y su hijo estarán en peligro. No voy a tomar ese riesgo. Si tu madre no actúa ya, denunciaré a Naomi en la policía para que la encierren en una celda hasta que un juez determine su desequilibrio mental.

A la mujer no le gustó esa propuesta, porque entendía que esa táctica sí pudiese resultar peor para su hermana.

A pesar de no tener buena relación con Naomi desde hacía varios años, no podía dejar de preocuparse por ella.

—Hablaré con mi madre, pero no te garantizo nada. La conoces muy bien —dijo y se puso de pie dejando el vaso de licor en el escritorio antes de caminar hacia la puerta con actitud derrotada.

—Thamara. —Ella se detuvo y lo encaró al escuchar su llamado—. Necesito que me mantengas al tanto de este asunto y averigües quién es ese nuevo amigo de Naomi. Eso podría ayudarnos a controlarla.

—Lo intentaré —alegó frustrada antes de marcharse.

Había esperado que él se arrepintiera y le asegurara que actuaría para lograr la internación de su hermana, algo que debió realizarse desde hacía mucho tiempo para evitar nuevos episodios de locura como el que estaba por suceder.

Al quedar solo, Trevor se recostó en la silla y se frotó la mandíbula pensando en todo lo que la mujer le había confesado.

Esperaba que en aquella situación no estuviesen metidas las manos de Connor, porque si era así, él tendría que actuar en contra de su amigo para detenerlo.

Utilizar a Naomi para molestarlo era un gran peligro.

Rogaba porque su antiguo amigo no fuese capaz de llegar tan lejos por sus ansias de destruirlo, porque con esa acción no solo lograría acabar con él, sino que pondría en riesgo a Brianna y a su propio hijo.

Capítulo 43.

Al llegar la noche, Trevor no podía con su vida. El cansancio y las preocupaciones lo abrumaban y lo tenían actuando en modo automático.

Llegó a la casa cargado con trabajo pendiente, no había podido adelantar mucho en la oficina porque siempre tenía que dejar lo que hacía para atender a alguien o reunirse con sus abogados.

La firma se había convertido en un hervidero de actividad y mientras más logros alcanzaban, el trabajo se triplicaba. Todd ya le había lanzado la posibilidad de considerar contratar a más abogados, una idea que comenzaba a considerar.

Al entrar en la mansión pasó directamente a su despacho y pidió a Frederick que le llevara algún refrigerio. Al no almorzar, estaba muerto de hambre.

Se quitó la chaqueta del traje y la corbata arremangándose las mangas de la camisa hasta los codos y enseguida se puso a trabajar.

A los pocos minutos tocaron a su puerta.

—Adelante.

Siguió hundido en la revisión del documento que tenía entre las manos mientras alguien pasaba a la habitación portando una bandeja. El sonido de unos pasos ligeros llamó su atención, era evidente que ese no era Frederik.

—Hola —lo saludó Brianna mientras dejaba la bandeja en una esquina del escritorio.

Él enseguida dejó lo que hacía para dedicarle toda su atención.

La mujer caminó hacia él y se sentó sobre sus piernas. Trevor la envolvió entre sus brazos y se degustó por unos minutos con su boca.

La apretó contra su cuerpo para embargarse con su calor sintiendo en su rostro y en su cabeza las dulces caricias de ella.

—¿Cómo has estado? —quiso saber al recuperar el aliento, aunque no dejó de besarla.

Repartió cientos de besos sobre los labios de la mujer, en su rostro y cuello, viéndola sonreír complacida.

—Ahora, muy bien. Te extrañé.

Trevor apartó la blusa cruzada que ella llevaba puesta, que poseía un gran escote, para descubrir uno de sus senos, que apretó y chupó con avaricia.

Brianna gimió por el exquisito placer.

—Yo también te extrañé —aseguró él y llevó una de sus manos hasta sus piernas indicándole que las abriera.

Ella enseguida lo obedeció, dejando que él introdujera una mano bajo su falda y apartara la tela de la tanga para que sus dedos traviesos tocaran su cálido y húmedo centro.

Trevor la penetró mirando complacido como ella se hacía agua en sus manos. Brianna se arqueaba, azotada por el placer que él le generaba, con la piel erizada y enrojecida por el volcán de emociones que se gestaba en su interior.

Chupó de nuevo su seno expuesto al tiempo que aumentaba sus embestidas. Ella tenía que ahogar sus gritos de goce para no alertar a todos en la casa de lo que estaba sucediendo.

Él veía maravillado como ella suplicaba por más y gemía su nombre mientras era consumida por el fuego de la lujuria. No se detuvo hasta que le arrancó lágrimas y la hizo estallar en mil pedazos.

—Eres hermosa —confesó cuando ella se acurrucó en su pecho debilitada por el éxtasis.

—Y tú eres malvado, no me diste tiempo a nada —declaró con sonrisa embriagada, antes de tomar por asalto su boca y recargar energías con sus besos.

Cuando pudo recuperar fuerzas, bajó de él y se ubicó entre sus piernas, arrodillándose en el suelo. Luego comenzó a desabrocharle el cinto del pantalón.

—¿Qué haces? —preguntó Trevor, saturado por el deseo.

Miraba maravillado el dulce rostro de su esposa ubicado a pocos centímetros de su miembro, duro como el granito.

—Me toca —dijo traviesa y amplió los ojos al lograr liberar a su pene del pantalón.

El anhelo se reflejó en sus ojos castaños mientras lo veía y acariciaba, llevando a Trevor al borde de la locura.

—Deja de hacer eso, o…

No pudo continuar.

Su intención hubiese sido tomarla por los brazos y lanzarla sobre el escritorio para

arrancarle la ropa y penetrarla enseguida, pero ella lo tomó con arrebato con su boca y comenzó a devorarlo como si aquel fuese el único alimento que había probado en días.

No le tuvo piedad. Lo chupó con la misma avaricia que él había aplicado con sus senos y con su sexo, ahogándolo en el placer.

Trevor alzó el rostro al techo en busca de oxígeno y apretó entre sus puños los cabellos de ella.

Buscaba hundirse más dentro de la mujer mientras temblaba por el exquisito goce y se retorcía de gusto ante la locura que experimentaba.

Tal vez, llegó a emitir un grito de satisfacción que alertó a quien estuviese cerca del despacho, pero eso no le importó.

Se concentró en no morir por el abrumador gozo que recibía, hasta que se quebró en partes tan pequeñas que, cuando lograra recomponerlas, sabía que no lograría ser la misma persona.

Jamás sería el mismo. Brianna lo estaba transformando por completo.

Al terminar, ella tomó unas servilletas de la bandeja y limpió los restos del amor que se entregaron, ayudándolo a que se recompusiera de nuevo los pantalones.

—Ven —dijo Trevor al estar de nuevo vestido.

La tomó por el brazo y la sentó una vez más sobre sus piernas.

Por un buen rato se quedaron allí, abrazados y besándose con ternura.

—¿Cómo te sientes ahora? —quiso saber Brianna.

Cuando entró, había notado el rostro agotado y angustiado que él tenía y quiso ayudarlo a relajarse. Sabía que así no podría avanzar en sus tareas.

—Mucho mejor.

La mujer tomó un sándwich de la bandeja y comenzó a cortarlo en pedazos para darle de comer en la boca.

Él aceptó con gusto el aperitivo, comiéndolo con ánimo.

—Veo que trajiste bastante trabajo.

Trevor suspiró.

—No pude hacer mucho en la oficina, hoy fue un día de muchas reuniones.

—Y yo vengo a molestarte en casa.

—Claro que no —aseguró, y apretó su abrazo para impedir que bajara de sus piernas—. Tú me ayudas a despejarme.

—Y a no morir de hambre —completó ella con una sonrisa metiendo dentro de la boca del hombre el último trozo de sándwich y besó la frente de él mientras se aseguraba que lo comiera completo.

Luego le acercó el café.

—No había probado nada desde esta mañana —reconoció el hombre al sostener la taza.

Al quedar libre, ella pudo bajar de sus piernas para revisar las carpetas que él había llevado consigo.

—¿Qué son?

—Trabajo de ahora y de hace una semana —dijo con pesar antes de darle un sorbo al café.

—La señora Brow puso indicaciones en cada carpeta —expuso la mujer descubriendo las notas pegadas en post it.

—Me explicó todo, pero no recuerdo nada de lo que dijo.

Trevor se enfocó en tomarse el café mientras Brianna comenzaba a organizar las carpetas en el escritorio.

—¿Qué haces?

—Te los ubico por prioridad y no por su fecha. Hay documentos que tienen marcado un gran «Urgente».

—¿De verdad? —preguntó confuso y lanzó una mirada curiosa a los documentos.

Ella sonrió divertida.

—Sin una secretaria eres un desastre, Trevor Harmon.

Él la observó con renovado deseo.

—Sin ti soy un desastre.

Brianna se conmovió por sus palabras, compartiendo con él una mirada cálida y afectuosa.

Ella también se consideraba un desastre sin su compañía, solo Trevor era capaz de ayudarla a centrarse y mirar el futuro con mayor optimismo.

Se acercó para darle un beso, pero escapó rápido de su lado para evitar que volviera a apresarla.

—¿Por qué huyes? —preguntó él molesto.

—Porque tiene mucho trabajo, señor Harmon, y ahora soy su secretaria, tenemos que comportarnos —dijo ella muy seria y asumió la misma pose erguida que había usado cuando trabajaba para él en la firma.

A Trevor le encantó su reacción. El pecho se le hinchó de alegría al tenerla allí, apoyándolo.

—¿No tienes que cuidar de George?

—Ya está dormido y mi madre se quedó en su habitación leyendo. Además, Virginia pasa cada media hora por su habitación, lo cuida como un halcón.

Él sonrió, agradecido por el enorme cariño que Virginia había depositado en el niño. La mujer lo adoraba. Lo cuidaba de la misma forma dulce y protectora en que lo había hecho con él de joven.

En esa casa a George no le faltaba nada, ni atenciones ni alegría. Había muchas manos para abrazarlo, muchos labios que lo besaban a diario y le repitieran cientos de «te amo». Eso lo convertiría en un hombre fuerte.

Le gustó pensar en el futuro de niño, pero enseguida buscó sacarse esa idea de la mente para enfocarse en el trabajo que tenía pendiente esa noche.

George no le pertenecía, otro tenía que velar por su porvenir. Eso no podía olvidarlo.

«Esa figura jamás la borrarás de sus vidas», le había dicho Todd en referencia a Connor y era cierto. Él no podía aspirar a suplir un trabajo que por derecho le correspondía a otro.

Respiró hondo para no dejarse embargar por la frustración atendiendo las indicaciones de Brianna de los documentos que debía atender con mayor prontitud.

Estaba ya sumergido en el trabajo cuando recibió un mensaje de texto a su móvil.

«Ya te preparé un encuentro con Natalia Fitzpatrick en mi restaurante. Nos vemos mañana a las diez», le escribió Joey, regresándolo a la realidad y a sus tragedias. Unas que no podía descuidar para evitar que se lo llevaran por delante.

Respondió con disimulo un agradecimiento antes de seguir con su tarea sin que Brianna se percatara de lo que estaba sucediendo.

Capítulo 44.

Al día siguiente, cerca del mediodía, Trevor se reunió con Natalia Fitzpatrick en el restaurante de Joey. Su amigo había arreglado la reunión porque él continuaba en contacto con la mujer. En ocasiones ella asistía a su restaurante y conversaban por horas.

—Hola, Natalia —saludó Trevor al llegar a la barra, donde ella tomaba un Martini.

Era una rubia pequeña y de personalidad tímida, que siempre llevaba puestos unos anteojos de pasta negra con forma de ojos de gato.

—Hola, Trevor. Un gusto verte de nuevo —dijo con una sonrisa antes de que él le diera un beso en la mejilla y se ubicara a su lado.

—¿Tequila o whiskey? —bromeó Joey mientras estrechaba su mano.

—Un whiskey, pero solo un vaso, no me traigas una botella entera.

Su amigo se carcajeó divertido al tiempo que buscaba su pedido. Natalia los observó con los ojos muy abiertos.

—Es una tonta broma que tenemos él y yo, no te asustes. No voy a emborracharme —explicó, al notar el rostro inquieto de la mujer.

—Desde hace como diez años no te veo borracho.

Él respiró hondo al recordar las fiestas que Connor ofrecía en la casa de la playa de sus padres en Dash Point, una zona turística ubicada en el estrecho de Puget, donde solían ir cada verano para practicar senderismo y skimboard.

Había ocasiones en que su amigo invitaba a muchas personas y llevaba a cabo fiestas que casi se les iban de las manos. Natalia era la única que siempre mantenía la cordura y evitaba que todos perdieran la cabeza más de la cuenta.

Aquel fue un tiempo lleno de excesos y locura.

—Bueno, la vida cambia —dijo, y aceptó el vaso de licor que le ofrecía su amigo, quien le sonrió con complicidad y burla.

—Trevor ya no se emborracha, pero sí hace otras tonterías —lo pinchó Joey, ganándose una mala mirada del agraviado.

Natalia sonrió con disimulo.

—Todos hacemos cosas locas de vez en cuando.

Trevor la observó con seriedad.

—Connor últimamente se está pasando de la raya con eso —alegó, haciendo que la mujer perdiera su rostro divertido y también se mostrara seria.

—Mi primo ya no es el mismo de antes. No ha sido el mismo desde hace un par de años —reveló cabizbaja.

—No es mi estilo citar a una vieja amiga para hablar de las malas acciones de un viejo amigo, pero lo que está haciendo Connor este último tiempo me está afectando demasiado.

—Sí, Joey me adelantó algo.

Trevor le dio un trago a su bebida antes de hablar, sintiéndose incómodo.

—¿Desde cuándo Connor ha comenzado a cambiar?

—Desde que mi tío empezó a tratarlo con mayor exigencia. Le dio mucha libertad de joven, por eso le ha resultado tan difícil conseguir algo de él ahora. Mi tío no solo esperaba que Connor se interesara en dirigir la productora de la familia, sino que colaborara por voluntad propia consolidando una alianza con los Holland por el bien de la empresa, pero mi primo no dejaba de hablar de independizarse y cada semana presentaba una novia nueva a pesar de estar comprometido con Margaret Holland.

—¿Llevaba a sus novias a casa?

—Sí, pero lo hacía solo por molestar a mis tíos. Se buscaba mujeres que ellos odiaran desde el primer momento, ya fuesen por su mala reputación o porque no tenían nada de dinero. Era una forma de decir que él hacía lo que se le venía en gana.

Trevor apretó la mandíbula para controlar el enfado, pensando en Brianna. Ella solo fue para él un juego más, una herramienta que lo ayudaba a mantener una guerra contra el control paterno.

—¿Nunca pretendió nada serio con alguna de ellas?

La mujer negó con la cabeza.

—No que yo sepa. Con una estuvo más tiempo y pensé que podía ser alguien especial, pero él jamás me dijo que se quedaría con ella.

Trevor sacó su billetera para mostrarle a Natalia una fotografía de Brianna.

—¿Es ella quien estuvo más tiempo con Connor?

—Sí —aseguró la mujer luego de evaluar la imagen—. Incluso, vivió un tiempo en el departamento de él, pero eso fue antes de que mi primo se marchara a Nueva York.

Volvió a guardar la fotografía y su billetera en medio de un suspiro.

—¿Supiste poco de la relación entre ellos?

—Connor no me contaba mucho de sus relaciones… ocasionales —declaró, sin saber muy bien qué calificativo darles—. Solo sabía de ellas cuando él las llevaba a casa para enfrentarlas con sus padres, o a algún evento de la productora, donde ellos también estuvieran para molestarlos. Del resto, todo lo manejaba en secreto, fue allí cuando comenzó a cambiar conmigo y con todos, volviéndose más… cerrado e indolente.

—¿Y tenía a esas mujeres sin interrumpir su compromiso con Margaret Holland?

—Nunca lo hizo. Ellos llevan más de dos años juntos y, aunque Connor se queja por ser una obligación impuesta por su padre, con Margaret mantiene una buena relación de pareja. Tienen planes a futuro.

—¿Está enamorado de ella?

—La verdad es que… no sé. Jamás ha hablado de amor. Me parece que es más una especie de válvula de escape para ambos, porque ella también vive agobiada por las imposiciones de sus padres.

Trevor reflexionó un instante todo lo que Natalia le decía, que le resultaba inquietante. Aquella relación tóxica podía ser peligrosa para muchas personas.

—La última vez que hablé con Connor… por las buenas —explicó Trevor—, me dijo que había fundado una productora deportiva en Nueva York y pensaba quedarse por allá. ¿Es cierto?

—Sí. Connor tuvo un terrible problema con mi tío por haber embarazado a una de sus amantes. Mi tío le quitó toda la ayuda monetaria y hasta canceló un fideicomiso millonario que iba a darle cuando se casara. Mi primo logró sobrevivir a eso gracias a Margaret, de esa forma se libró de ese problema y se marchó a Nueva York para fundar su empresa. No puede volver a Seattle, ese fue uno de los acuerdos a los que llegó con mi tío para que lo dejaran en paz.

—¿Y Margaret se quedó aquí?

—Ella se irá con él pronto. Se casarán aquí por acuerdo con las dos familias, pero vivirán en Nueva York. Ya tienen casa comprada y ella ya trasladó las oficinas de su empresa de diseño

de carteras y perfumes a esa ciudad. Solo espera que Connor finalice una negociación con la NFL de Nueva York para realizar la boda. Ese acuerdo le otorgará a mi primo varios contratos millonarios que le permitirán estar al nivel de Margaret. Ahora vive de ella.

Trevor no podía creerse lo que escuchaba. Eso le confirmaba que toda la jugada que ahora hacía Connor con Brianna era con la simple intención de volverla su amante y llevarla a Nueva York para tenerla en las sombras, como lo había hecho en Seattle. Solo quería satisfacerse con ella, sin darle el puesto que se merecía.

—¿Nadie de tu familia, ni Margaret, saben que Connor está viajando ahora a Seattle muy seguido?

La mujer negó con la cabeza.

—Me enteré hace poco y por boca de otro —dijo sonrojada y cabizbaja. Trevor sabía que se refería a Comanche, quien la había seducido para sacarle información—. Si mi tío se entera, o Margaret, se armará un lio grande. Connor tendrá que dar muchas explicaciones.

—Sí que tendrá que dar muchas explicaciones —repitió Trevor para sí mismo y se bebió de un solo trago todo su whiskey.

Natalia lo observó con curiosidad.

—Ahora, ¿puedo hacerte yo unas preguntas? —Él aceptó—. ¿Qué problema tienes con Connor? Ustedes eran muy amigos, sé que él te quiere y respeta mucho.

Trevor resopló, con tristeza. Recordando la bonita y sólida amistad que había tenido en el pasado con Connor, rota por una mujer.

—Me casé hace poco, con mi secretaria. —Su confesión hizo que la mujer ampliara los ojos en su máxima expresión—. Que resultó ser Brianna, la antigua *novia ocasional* de Connor —expuso el calificativo con desprecio.

—¿La chica de la foto?

—Sí. Invité a Connor días después de mi boda a una cena en mi casa para que conociera a mi esposa. Al verla, él enloqueció. La abandonó un día y se fue a Nueva York sin dejarle un mensaje y sin comunicarse luego con ella. Por año y medio estuvo lejos, pero ahora quiere recuperarla y está saboteando mis negocios para obligarme a divorciarme y llevársela a Nueva York.

—Pero… ¿Está loco? ¿Para qué quiere llevársela a Nueva York si allá estará con Margaret? Ella no le permitirá más amantes. Si le pasó algunas aquí fue porque aún se estaban

conociendo y eran novios, pero allá serán marido y mujer.

—Eso es lo que yo también quisiera averiguar. Necesito muchas explicaciones de él que no quiere darme, solo me provoca con más desafíos.

Natalia estuvo pensativa, con el ceño fruncido, parecía no entender las acciones de su primo.

—Pero… ¿Por qué está obsesionado con ella? Tuvo a muchas y hasta embarazó a una. ¿Será solo porque está contigo? Connor siempre te vio como alguien grande a quien superar, pero esto es demasiado.

Trevor sonrió con poca gracia.

—No sé si será un problema de ego que tiene conmigo, pero… Brianna tuvo un hijo. De él. —Natalia lo observó horrorizada—. Ella nunca se lo dijo y cuando él descubrió esa noticia, decidió actuar para recuperarla. La quiere a ella y a su hijo a su lado.

—¿A su hijo? —indagó la mujer desconcertada—. Pero… Connor odia a los bebés. Siempre ha dicho que no quiere tener hijos. Hasta le dijo a Margaret que se casaba con ella con la condición de que nunca quedara embarazada y ella aceptó porque está desesperada por irse de su casa. Piensan firmar un acuerdo prematrimonial donde esa será una de las cláusulas más importantes.

Aquella última aseveración impactó a Trevor, siendo algo que no esperaba.

Capítulo 45.

El finalizar la jornada laboral, Trevor salió de la oficina dejando a Todd ocupándose de los últimos asuntos del día. Quería llegar temprano a casa para cenar con Brianna y hablar con ella sobre la situación de Connor.

Al salir del ascensor y dirigirse a su vehículo se encontró con Rodríguez, un joven latino que unos meses atrás había comenzado a trabajar en el estacionamiento del edificio como personal de limpieza.

—Señor Harmon, ¿cómo pasó su día? Dejé su auto tan brillante como un diamante —saludó el chico al verlo aparecer.

—¿Le pasaste dos capas de cera como te dije?

—Sí señor, por todos lados. Puede peinarse viéndose en la carrocería, quedó como un espejo.

Trevor le agradeció con una sonrisa y caminaron juntos hacia el auto para evaluar el trabajo. Aunque él solía llevar a su vehículo cada cierto tiempo a un lavadero de autos, en ocasiones colaboraba con el hombre dejando que le diera una pulida.

Rodríguez mantenía a su esposa y a sus tres hijos con un solo sueldo, que no le cubría todos los gastos, por eso hacía trabajitos adicionales para algunos clientes como Trevor. Sobre todo, con él, que solía serle generoso con las propinas. Aunque también, era muy exigente con la imagen de su vehículo.

Estaban los dos evaluando el brillo del capó cuando fueron embestidos por detrás.

A Trevor lo empujaron contra el auto, dejando caer su maletín en el suelo, y pusieron una pistola en su cabeza.

—Quédese quieto, señor Harmon.

Él igual no podía moverse. Quien lo abordó fue un sujeto alto y obeso que tenía una gran fuerza.

Por el rabillo del ojo pudo ver que a Rodríguez lo habían lanzado al suelo, pero en su caso fue un hombre delgado. Había otro más vigilando los alrededores con una pistola en la mano, era más pequeño, parecía un chico de unos doce años.

Todos estaban vestidos completamente de negro y tenían pasamontañas en la cabeza cubriendo sus rostros.

—¿Qué quieren? ¿Dinero? ¿El auto? —preguntó él intentando apartar al gordo. Este lo presionaba tanto que lo asfixiaba.

—Silencio —dijo—. Usted no habla, solo escucha.

—¡Déjenlo en paz! ¡Miserable!

Rodríguez se debatió con su atacante para ayudarlo, recibiendo una golpiza. El niño que estaba con la pistola también se acercó para darle patadas.

—¡Déjenlo! ¡Si quieren dinero tengo suficiente para los tres!

—¡Te dije que te callaras! —ordenó el gordo y se inclinó hacia él para hablarle al oído—. Escucha, imbécil. Sabemos quién eres, dónde trabajas y dónde vives. Si no evitas que demanden a Seth Levi, iremos por tu esposa y por tu hijo. Más te vale que cumplas con nuestras exigencias o perderás lo que más amas. ¿Entendiste?

Trevor apretó el ceño, confundido, aunque la presión que hacía el gordo sobre sí lo tenía al borde de la asfixia.

—¿Los envió Simón Levi?

El gordo lo golpeó contra el auto haciendo que se lastimara el rostro.

—Te dije que tú no hablas, solo escuchas. Ya estás advertido. Si no haces que Seth Levi se libere de la demanda esta misma semana, entonces…

—¡Alto!

Aquel grito inquietó a los tres atacantes.

—¡¿Qué hacemos?! ¡¿Qué hacemos?! —comenzó a preguntar con angustia el que parecía un niño.

Cuatro vigilantes corrían hacia ellos con sus armas desenfundadas.

El gordo le dio una patada en las costillas a Trevor y lo dejó en el suelo quejándose del dolor. Luego corrió hacia el lado contrario de dónde venían los vigilantes, siendo seguido por sus dos compañeros.

—¡Ey, deténganse! —exigió otro vigilante que salió de los ascensores mientras hablaba por radio, informando a alguien de la presencia de los delincuentes.

Tres de los cuatro vigilantes que habían llegado antes los siguieron, mientras uno de ellos se quedó para ayudar a Rodríguez y el que hablaba por radio se acercaba a Trevor.

—¡Señor Harmon! ¡¿Está bien?!

Trevor se acostó en el suelo para soportar el agudo dolor que sentía en las costillas y sobre la ceja izquierda.

—Avísale a Todd —dijo con dificultad.

El vigilante enseguida cumplió con su petición.

Minutos después, el estacionamiento se volvió un hervidero de policías, paramédicos, vigilantes y curiosos. Media plantilla del personal de Harmon y Asociados bajó para socorrer a su jefe, entre ellos, Todd.

—La policía tiene al niño que te atacó —le comunicó luego de hablar por móvil—. Lo llevarán a la comisaría y lo interrogarán para atrapar a los otros.

—Maldición —se quejó él mientras lo ponían de pie con el apoyo de dos paramédicos.

—No tiene ningún hueso roto, señor Harmon, pero podemos llevarlo a donde quiera para que le hagan radiografías.

—No, estoy bien —dijo esforzándose por erguirse—. Solo fue una patada en las costillas, he recibido golpes peores.

—Sobre la ceja se te hará un cardenal, la tienes algo hinchada —porfió Todd.

—En dos días ni se notará, ahora necesito ocuparme de otros asuntos.

—¿Se quedará en su oficina? Le recomiendo que no maneje hoy —insistió uno de los paramédicos.

—Sí, me quedaré aquí y luego Todd me llevará a casa.

—¿Yo? —preguntó el hombre con exagerada teatralidad, arrancando una sonrisa en el paramédico.

—Usted decide, señor Harmon. Terminaré mi informe para que me lo firme antes de irnos. ¿Es posible?

—Sí, vaya a mi oficina apenas esté listo. Allí lo atenderé. Y muchas gracias por sus servicios.

Caminó con dificultad hacia los ascensores con Todd. Ya se había ocupado de que

enviaran a Rodríguez a una clínica, cubriendo él todos los gastos.

Al chico tampoco habían logrado romperle ningún hueso, pero sí le abrieron algunas heridas que necesitaban suturas.

—¿Qué piensas hacer en la oficina, Trevor? Si quieres te llevo a casa ahora.

—No. Necesito hacer algunas llamadas antes. —Una vez que los dos quedaron solos dentro del ascensor, subiendo a la oficina, Trevor decidió revelar lo que no había querido decirle a la policía—. Esos tipos no querían robar, como le dije a los oficiales. —Todd lo observó con sorpresa—. Los envió Seth Levi, el hijo de Simón Levi, para advertirme que si no lo liberaba de la demanda, ellos la harían daño a Brianna y a George.

Su amigo no podía cerrar la boca por la sorpresa.

—¿Y qué piensas hacer?

—Darle una lección a ese niño imbécil. Creo que es hora de que su padre sepa la clase de calaña que tiene en casa y a quien piensa dejarle las riendas de su empresa en el futuro.

Todd prefirió callar, Trevor se notaba bastante enfadado. Su rostro se había endurecido y su mirada se volvió oscura y salvaje, parecía un león en plena cacería.

Al llegar a la oficina, al primero que llamó fue a Comanche, para que moviera sus influencias en la policía y lo mantuviera al tanto de las averiguaciones sobre su caso. Quería saber pronto quienes lo habían atacado.

Luego se contactó con su mejor abogado litigante y con los abogados de la empresa fraudulenta que habían demandado a Seth Levi. Necesitaba asegurar que esa denuncia se cumpliera. A él nadie lo amenazaba de gratis.

Todd lo acompañó en silencio, asombrado por la transformación que sufrió su amigo en tan solo minutos.

El Trevor tranquilo que había salido de la oficina, dispuesto a encontrar soluciones factibles para evitar inconvenientes, se perdió al llegar al estacionamiento.

El que regresó era un hombre furioso, sediento de venganza e implacable, que no cedería ni un centímetro a sus enemigos para que lo vieran derrotado.

Una vez que aseguró todos sus flancos se comunicó por videollamada con Simón Levi, para informarle que desde ese momento Harmon y Asociados dejaría de trabajar para su compañía. A primera hora de la mañana cancelaría cada uno de los trámites iniciados como sus

representantes.

El hombre casi estalló por la indignación y mantuvo una charla de más de una hora con él buscando conocer los motivos de aquel abandono. Al enterarse lo que había hecho su hijo, casi sufrió de una apoplejía.

Para ese momento, Trevor ya tenía en sus manos la información exacta de quienes habían sido sus atacantes. Con nombres y fotografías de los agresores, todo facilitado por Comanche.

Al comunicárselo a Simón, éste no pudo rebatirlo. Conocía a varias «amistades» de su hijo, entre las que se encontraban delincuentes de poca calaña, traficantes de drogas y hasta proxenetas.

Los imputados mayores de edad eran compañía habitual de Seth Levi. Comanche en menos de una hora había conseguido algunas pruebas del hecho, con la que Trevor logró enfrentar al padre del chico.

—Aquí se termina mi labor con usted. Sepa que en estas condiciones me es imposible trabajar.

—Harmon, puedo manejar a mi hijo, no hará nada en tu contra. Ni en contra de nadie. Tomaré acciones para que así sea.

—Está bien que tome esas acciones, pero mi decisión ya está tomada. No hay vuelta atrás.

—¡Trevor, por favor, lleguemos a un acuerdo!

Simón Levi no podía permitir perder la asesoría con Harmon y Asociados en ese momento de su vida, cuando ya tenía decidido comenzar a exportar sus productos.

Trevor, además de asesorarlo en todo el proceso, le facilitaba una cartera de clientes interesada en su tecnología y lo ayudaba a asociarse con una sólida empresa holandesa que estaba en la búsqueda de socios estadounidenses.

Ningún otro abogado corporativo del país le ofrecía tan excelentes oportunidades.

A pesar de todas sus insistencias, terminaron la videollamada sin llegar a ningún acuerdo concreto. Ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer.

Ni Trevor estaba dispuesto a continuar con él ni Levi permitiría que lo abandonara.

—¿De verdad cerraremos tratos con LeviRobotics? —quiso saber Todd, haciendo referencia a la compañía de Simón Levi. Una de las empresas que más aportaba a la firma.

—No pienso seguir con ellos en estas condiciones. Ofendieron a mi esposa durante la cena

que ofrecieron semanas atrás, han puesto constantemente en tela de juicio mi trabajo por no estar de acuerdo con mi decisión sobre el error cometido por Seth y ahora me atacan y amenazan a mi familia. Yo por esa gente no pienso mover un solo dedo.

—Será una pérdida considerable para la firma —insistió Todd, preocupado.

Trevor se puso de pie y lo enfrentó con pose soberbia.

—Puedo cubrir cada uno de los baches económicos que esa decisión pueda generar, pero no los conflictos morales y de integridad que ellos nos seguirán dejando. Ahora debo atender los gastos y necesidades que Seth Levi ha dejado en ese empleado al que golpearon, porque los Levi no se ocuparán de él, ya que eso significaría aceptar que el sucesor de su imperio negocia con delincuentes. Si continúo trabajando para ellos, mañana podrían ser más y la cantidad se triplicará el día en que Simón deje la dirección de la empresa y la pase al bueno para nada de su hijo. Olvídalo, Todd. Con ellos no pienso continuar asociado.

Luego de decir aquello, Trevor salió de la oficina lo más erguido posible. Dejó a su socio y amigo sumido en la preocupación.

Capítulo 46.

Trevor llegó a la mansión como un toro embravecido. Brianna, al recibirlo, quedó impactada por el visible golpe que tenía en el rostro y por su actitud iracunda.

—¿Qué sucedió?

—Me atacaron en el estacionamiento del edificio.

Ella se asustó por la noticia y lo acompañó al despacho. Virginia casi se infarta al verlo, pero Trevor la tranquilizó indicándole que tan solo era un golpe en la ceja y que no se le ocurriera decirle nada a su abuelo.

—Sabes que el señor Albert tiene medios para enterarse de todo —le recordó Brianna al estar solos en el despacho.

Virginia había ido a la cocina a buscarle unas compresas frías que, según ella, eran muy buenas para eliminar inflamaciones.

—Hablaré con él mañana, ahora no puedo conservar la calma para explicarle lo ocurrido y evitar que se angustie.

—Mi amor, tienes que calmarte igual. —Aquel «mi amor» estremeció a Trevor y lo paralizó al estar junto a su escritorio. Brianna no notó su reacción por culpa de la angustia—. Debemos ir al médico —aseguró, había percibido que él caminaba con cierta incomodidad.

—No, ya me vieron unos paramédicos.

—Los paramédicos no son médicos.

Trevor sonrió, complacido. Adoró su preocupación. Tomó el rostro de la mujer entre sus manos y se inclinó para apoyar su frente en la de ella, procurando no lastimarse más la lesión.

—Estoy bien, sin ningún hueso roto y sin ninguna herida de gravedad. Me dieron un rodillazo en la costilla, eso aún me molesta, pero no es nada que amerite la visita a un especialista.

—¿Seguro?

—Seguro. Confía en mí —pidió, antes de besar sus labios.

Aquello le permitió a Brianna serenar sus ansiedades y permitirle que tomara asiento en su escritorio.

—De todas formas, ¿no deberías ir a la cama a descansar? —consultó ella al verlo tomar el teléfono móvil para comenzar a realizar llamadas, tal vez, a infinidad de clientes.

—Debo ocuparme antes de algunos asuntos —dijo, y comenzó a marcar un número telefónico.

Ella lo dejó en paz, pero se quedó muy cerca, lo evaluaba con atención. Como si buscara otras heridas visibles en su rostro y cuerpo.

—Comanche, ¿averiguaste algo más? —El silencio los rodeó por unos segundos mientras él oía lo que le explicaban al otro lado de la línea—. ¿Estás seguro? ¿Tienes pruebas de eso? —Una sonrisa perversa se dibujó en el rostro del hombre, que a ella le produjo escalofríos—. Necesito ver ese video ahora, ¿es posible? —Brianna supuso que esa conversación no tenía nada que ver con la firma, ese parecía ser un tema distinto—. Si necesitas más dinero para eso, avísame. No me importa el costo, quiero ese video esta misma noche en mi móvil.

Cuando él cortó la llamada, ella se preparó para acribillarlo con preguntas.

—¿Quién es Comanche?

—Un expolicía que trabaja para mí averiguando cosas, como una especie de detective privado.

Brianna recordó que en una ocasión Trevor le había confesado que había revisado su expediente policial con un amigo que lo ayudaba a conseguir esa información a cambio de dinero. Imaginó que se tratada de la misma persona.

—¿Y de qué video hablaban?

No pudieron seguir con la conversación porque la señora Virginia apareció cargada con una bandeja que contenía dos compresas de gel congeladas.

—Envuélvelas en este pañuelo para que no sean molestas —indicó la mujer colocando sobre la bandeja un pañuelo que había llevado consigo—, y mantén la compresa sobre la herida.

—Deja todo en el escritorio, luego lo hago —pidió él sin mirarla, mientras revolvía las carpetas apiladas en su escritorio.

Virginia rugió por la rabia. Estaba preocupada por esa ceja hinchada, si no se atendía, al día siguiente amanecería en peores condiciones.

—No se preocupe, Virginia. Yo se lo pondré —aseguró Brianna y recibió de la mujer los implementos que había llevado.

—Póngase firme, señora. Que él es muy terco —acusó la mujer, ganándose un resoplido de Trevor.

Virginia puso los ojos en blanco y salió de la oficina también resoplando.

—¡No le digas nada a mi abuelo! —recordó Trevor antes de que ella desapareciera.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! —repitió la mujer con fastidio y cerró la puerta dejándolos solos.

Brianna observó con inquietud como él sacaba la carpeta de LeviRobotics de la pila de documentos que habían trabajado la noche anterior.

Sacó varias actas que había firmado, dando su aprobación a una de las negociaciones que su grupo más selecto de abogados llevaría a cabo la próxima semana con ellos, y las hizo trizas.

—¡¿Qué haces?! —preguntó alarmada.

—Cancelo un trabajo.

—Trevor, eso debías entregarlo mañana a primera hora —recordó, impactada.

—Ya no se hará.

Ella miró perpleja como él destruía otras actas, sin sentir un ápice de remordimiento.

Lo notó tan furioso que le dio miedo preguntarle algo. Nunca lo había visto de esa manera, o sí… La vez en que los Levi la ofendieron en la cena ofrecida en la casa de esa familia y él se ocupó de darles un escarmiento.

—¿Qué sucede? ¿Qué hizo Simón Levi ahora?

Trevor respiró hondo antes de hablar.

—Él nada. Su hijo.

Brianna amplió los ojos en su máxima expresión.

—¿Seth Levi fue quien te golpeó?

—Ese miserable no es tan valiente —mascó con rabia, inquietándola aún más—. Los hombres que me atacaron en el estacionamiento fueron enviados por Seth —reveló sin verla, aun sacando documentos de la carpeta de LeviRobotics para destruirlos—. Me amenazó para obligarme a interceder por él en la estafa que realizó a una empresa fraudulenta —expresó eso último con ironía.

—¿Cómo sabes que Seth los envió?

—Porque los propios atacantes me lo confesaron.

Eso último lo dijo mirándola a la cara. De esa forma Brianna pudo notar los ojos encendidos en furia que poseía.

Sintió miedo. Trevor Harmon no era un hombre que aceptara amenazas.

—¿Los atacantes te dijeron que había sido él?

—Sí, y por supuesto, Simón no me creyó. Ni siquiera, porque lo asegura la policía, porque ya los atraparon y los hicieron hablar. —Ella no podía salir de su asombro—. Pero ya conseguí una prueba que no podrá poner en tela de juicio, un video donde aparece Seth en un bar cercano a la oficina negociando con esos hombres y donde les pasa dinero. Simón no quiere que yo demande a su hijo por lo que me hizo ni acepta que Harmon y Asociados deje de representarlos por esta «pequeñez» —repitió las palabras del hombre con desprecio—, pero con ese video lo presionaré. Ya estoy harto de sus manipulaciones. La firma no necesita de clientes como él, que puedan poner en riesgo la integridad de alguno de los empleados.

—Pero LeviRobotics es una de las empresas que más ingresos aporta a la firma —insistió la mujer, preocupada porque él tomara decisiones tan drásticas por culpa de la rabia.

—Ya no. Ellos no hacen falta.

Trevor abrió una de las gavetas de su escritorio y sacó un pequeño grupo de tarjetas de presentación. Tomó el móvil y comenzó a llamar a las personas que ellas señalaban.

Brianna decidió no molestarlo con más preguntas, pero pudo suponer sus intenciones al oír lo que hablaba.

Mientras ella tomaba una de las compresas y la envolvía en el pañuelo para colocarla en la herida de él, Trevor iniciaba relaciones con nuevos clientes.

De forma automática, su voz dejó de ser amenazante para volverse amigable, aunque el semblante de su rostro seguía siendo de cuidado.

Trevor no era un hombre de juegos, él sabía manejar sus propias emociones para lograr lo que se proponía, sin que el pulso le temblara.

No se angustiaba por perder a ningún cliente, por más poderoso que este fuera, porque estaba seguro que pronto llegarían muchos más para suplantarlo. La seguridad que tenía de sí mismo era tan abrumadora que la ponía nerviosa.

Luego de haber pasado varios minutos a su lado, decidió salir a cambiar las compresas por

otras más frías. Afuera se encontró con su madre, que caminaba hacia el despacho ayudada de su bastón.

—¿Cómo está Trevor? Virginia me dijo que lo atacaron en el estacionamiento de la firma.

—Bien, solo fue un golpe en el rostro, pero está lúcido. Ahora trabaja.

—Vaya energía, tendré que pedirle que me regale un poco —bromeó, aunque enseguida recuperó la seriedad—. ¿Le contaste de la llamada de Connor?

—No —reveló la mujer, cabizbaja.

—Pero, Brianna. ¿No pensarás ocultarle más cosas?

—¡No! —dijo categórica—. Solo espero que termine sus llamadas. Ahora se está ocupando de varios asuntos a la vez, no quiero asfixiarlo con mis problemas.

—Tus problemas son lo más importante para él ahora, te lo ha dicho muchas veces. No dejes para después esa conversación o él no te lo perdonará esta vez.

Kendra regresó con lentitud a su habitación, dejando a la chica angustiada.

Brianna recostó la espalda en la pared y respiró hondo, buscando no caer en la desesperación.

Connor la había llamado esa tarde para avisarle que el lunes tendría la primera cita en el Tribunal de menores. Ya había iniciado el trámite para su paternidad y el fin de semana se haría la prueba de ADN.

Con eso comenzaría una larga y tediosa pelea por la custodia del niño, justo en el momento en que Trevor atravesaba uno de los peores baches en su carrera profesional.

Ella no quería incordiar a su esposo, pero tampoco podía descuidarse con el tema de su hijo. Connor seguía empeñado en llevárselo para de esa forma comenzar a relacionarse con él. Quería que George lo prefiriera por encima de Trevor.

La mujer empezaba a sospechar que toda aquella situación la ocasionaba Connor solo por una competencia con su amigo y deseaba de alguna manera encontrar un medio para detenerla sin que el problema llegara tan lejos.

Rogó por un milagro para evitar que su esposo siguiera recibiendo más problemas que aumentaran la montaña de inconvenientes que debía soportar.

Capítulo 47.

Aquellos días se convirtieron en una locura para Trevor. Desvincularse de LeviRobotics no le estaba resultando nada sencillo, porque su dueño no deseaba soltarlo.

Luego de varias difíciles reuniones, donde además tuvo que enfrentarse cara a cara con el rencoroso de Seth Levi, así como con sus tíos, que lo defendían frente a cualquier acusación, parecía que comenzaba a lograr su objetivo.

Todd estuvo también tan asfixiado esos días que empezó a apoyar a su amigo en aquel duro proceso. Pronto entendió que era preferible quitarse a un cliente de mal carácter de encima que mantenerlo solo porque facturaba de forma generosa cada mes.

Los problemas comenzaban a ser superiores a los beneficios, así que él y el resto de los socios minoritarios de la firma, se hicieron uno alrededor de su presidente para enfrentar aquella embarazosa situación.

Hasta Albert se puso de acuerdo con la estrategia y estuvo asesorándolo desde casa y moviendo sus contactos para que iniciara el proceso de cierre de ese contrato, más aún, al enterarse de lo sucedido en el estacionamiento de la firma.

—El escándalo ha sido tan fuerte que hasta ha salido en la prensa —confesó Brianna a su amiga Lynette cuando se reunieron la mañana del domingo.

—No es para menos, los Levi son una de las familias más adineradas de Seattle. Además, con todas las negociaciones millonarias que ha estado haciendo la firma estos días, más la futura asociación con el magnate japonés Nakamura, los medios de comunicación no apartan sus ojos de ellos. Todo lo que haga o deje Trevor ahora, es material de prioridad para los periodistas.

—Qué miedo —exclamó Brianna mientras terminaba de doblar la ropita de George que había lavado horas antes.

Lynette jugueteaba con el niño en la cama haciéndolo reír con ayuda de sus peluches.

—Yo no he podido salir estos días de casa —comentó sin dejar de hacer su tarea.

—Sí, vi a los periodistas afuera cuando llegué. Tienes que acostumbrarte a esto amiga, más aún cuando Trevor alcance la sociedad con Nakamura.

Brianna respiró hondo, sin poderse creer lo que estaba viviendo esos días. Tener toda esa atención encima, más que un lujo, resultaba aterrador.

El viernes le fue imposible acompañar a su madre a la visita médica, tuvo que enviarla con Virginia porque a ella los periodistas no la dejaban en paz. Querían conocer detalles del ataque sucedido en el estacionamiento de la firma que de alguna manera se había filtrado a los medios.

Algunos decían que había sido culpa de los policías, pero ella estaba segura que Trevor y Todd habían tenido mucho que ver en el asunto. De esa forma lograban domar a Simón Levi, quien amenazaba con demandarlos por no cumplir con los acuerdos pactados.

Ella estaba siendo una testigo muda de toda la ferocidad de aquel enfrentamiento. Sorprendida por la manera implacable en la que actuaba Trevor, sin tener ni un poco de clemencia por su opositor.

Demostraba que por defender a su familia y a la firma era capaz de cualquier cosa. Actitud que admiraba, pero que a la vez, le inquietaba.

—¿Puedes quedarte un momento aquí con George? Necesito ir al baño —pidió Brianna urgida.

—Ve, tranquila. George está muy entretenido con su tía Tity. ¿Verdad, amor? —preguntó al niño usando a uno de sus dinosaurios como portavoz, recibiendo risas como respuesta.

Brianna sonrió y enseguida se encaminó a su habitación para ocuparse de sus necesidades.

Lynette aprovechó la oportunidad y fue con George al despacho de Trevor, sabía que ahora estaba solo y necesitaba hablar con él sin que su amiga se enterara.

Al llegar y recibir autorización, entró con el bebé en brazos dejando la puerta abierta.

George, apenas vio al hombre, exigió con grititos que lo cargara. Trevor enseguida dejó lo que hacía y se puso de pie para recibirlo.

—Ey, campeón, ¿cómo has estado? —le preguntó dándole besos en la frente.

George se acurrucó en su pecho balbuceando frases como si respondiera a sus dudas. Lynette lo observaba maravillada.

—Han hecho una gran amistad ustedes dos.

—Es fácil quererlo. Es un niño adorable.

La mujer mostró un semblante triste.

—Lástima que con su padre no haya logrado tal afinidad.

Trevor enseguida perdió la alegría al recordar a Connor.

—No lo han hecho porque su padre no lo ha querido. Hasta ahora, solo ha venido una vez a verlo.

Lynette suspiró hondo, con pesar.

—Pensé que Connor sería diferente con su hijo. Al menos, tuve esa idea cuando salí embarazada de él.

Trevor la observó con fijeza, recordando lo que le había dicho Natalia.

«Connor odia a los bebés».

Miró a George sin poder creerse esa aseveración. Le costaba entender que alguien pudiese no amarlo, mucho menos, su propio padre. Si Connor había dicho alguna vez tal cosa, habría sido porque jamás había experimentado la alegría de la paternidad.

—¿Nunca demostró interés por el hijo que tendrías?

—Al principio, se asustó con la noticia, y luego… No tuvo tiempo de asimilarlo. Por eso me sentí tan culpable. Yo le había quitado de las manos esa posibilidad.

—No fue tu culpa la pérdida del niño.

Lynette bajó el rostro, avergonzada. Kendra le había dicho que el accidente que ella había tenido cuando perdió a su hijo probablemente había sido provocado, pero la mujer, cada vez que recordaba ese momento, se mostraba abochornada.

Tal vez, ella tuvo algo que ver en el asunto, pero eso no lo sabría nunca. Además, no quería hurgar en esa herida. Tenía suficiente con todos los problemas que debía sortear en la vida.

—Quería… agradecerte por todo lo que has hecho por mí estos días —dijo Lynette—. El abogado que enviaste es excelente, pronto se resolverá mi problema con la justicia.

—Me alegro que ese asunto haya encontrado una solución rápida y puedas librarte del acoso de Vincenzo.

—Sí, solo me quedara cumplir con un par de contratos que hice con él y luego me iré. Ya sabe que lo dejaré.

—¿Te irás?

—Sí, a Texas, con una tía. La única de mi familia con quien he hecho buenas migas. Uno de los clientes con los que trabajé el año pasado montó una cervecería en Houston y busca a alguien para la imagen de su publicidad. Comenzaré con eso mientras me reconcilio conmigo misma y pienso en mi futuro.

—Parece un buen proyecto.

—Sí, eso espero. Necesito poner tierra de por medio entre yo y mis traumas para superarlos.

—Espero de corazón que te vaya bien. Aunque no hemos hecho gran amistad, me has parecido una buena persona. Con algunas manías, pero… nadie es libre de ellas. Todos cargamos con secretos y errores.

—Algunos más que otros, pero ahí la llevamos.

Él se enfocó un instante en el niño, atendiendo sus exigencias antes de continuar.

—Lo que lamento es que dejes a Brianna. A ella le hace falta una amiga.

—Tendrá un esposo dedicado, porque sé que a ustedes les irá bien a pesar de todos los problemas que están atravesando ahora.

—Eso espero. Yo también deseo que salgamos airosos de esta situación. Sé que iniciamos nuestra relación de una forma no… convencional, pero espero que este matrimonio por conveniencia sea más que eso en el futuro.

—Lo será. Aunque es posible que ya lo sea —bromeo Lynette, arrancándole a Trevor una sonrisa.

Él besó una vez más la cabeza del niño y apoyó su frente en él, deseando, en silencio, que la vida en algún momento le diera un respiro. Comenzaba a cansarse de nadar en contra de la corriente.

—Eres una buena persona, Trevor Harmon. Un buen amigo, un buen esposo y un buen padre. Sé que en algún momento los planetas se alinearán a tu alrededor, solo tienes que tener mucha paciencia.

—La he cultivado toda mi vida, espero nunca me falte.

—No lo hará, y aprovecho la ocasión para darte las gracias por no haberle dicho a Brianna nada de lo sucedido conmigo.

Ambos estaban tan distraídos, conversando, que ninguno notó cuando Brianna llegó al despacho y se detuvo en la puerta, que había quedado abierta.

Su idea no era escuchar lo que ellos conversaban, pero al oír que mencionaban su nombre se interesó en lo que decían.

—No me corresponde a mí decirle nada.

—Yo le contaré la verdad apenas tenga oportunidad. Necesito… llenarme de valor. Sé que ella lo tomará a mal, la traicioné, de la peor forma posible y mantuve mi mala actitud por mucho tiempo abandonándola cuando más me necesitó. No creo que me perdone algún día.

—¿Qué no te perdonaré?

Tanto Trevor como Lynette quedaron paralizados por la aparición de Brianna y la observaron con asombro. George gritó de alegría al verla, pero nadie parecía atender sus exigencias.

—¿Qué…? ¿Qué haces…? ¿Aquí…? —preguntó Lynette con dificultad, con los ojos empañados por lágrimas de miedo y angustia.

—Es mi casa. ¿No es así? —preguntó hacia Trevor, ofendida porque él y su amiga parecían urdir secretos en su contra.

—Brianna, escucha…

Él se aproximó a ella con el niño en brazos, pero Brianna retrocedió.

—¿De qué traición hablas? ¡¿Qué sucedió?! —quiso saber hablando en dirección a Lynette, haciendo encoger aún más a la mujer.

—Brianna, mírame —pidió Trevor, llamando su atención al ubicarse frente a ella, evitando que siguiera atenazando a su amiga con la mirada—. Lynette hablará contigo, pero necesita tiempo.

—¿Tiempo? ¿Para qué? ¿Qué sucede? ¿Tú sabes lo que ella oculta? ¡¿También me estás engañando?!

Ante los gritos de Brianna, George comenzó a llorar, empeorando la escena. Trevor intentaba calmarlos a ambos, sacarlos del despacho y llevarlos a la habitación para lograr serenar sus emociones, pero Brianna no se lo permitía.

Forcejeaba con él para encarar a Lynette, quien buscaba esconderse más y más. El escándalo que hacían alertó a Virginia, que corrió al despacho para saber por qué el niño lloraba.

Al aparecer la mujer, Trevor le entregó a George y le pidió que lo llevara a la cocina o al patio para distraerlo.

Apenas Virginia salió con el niño, él cerró la puerta, dispuesto a terminar de una vez por todas con ese capítulo de sus vidas.

Capítulo 48.

Lynette le confesó todo a Brianna. No pudo alargar más aquel secreto. Su plan había sido contárselo antes de marcharse a Texas, porque sabía que la vergüenza no la dejaría en paz, pero le resultó inevitable.

Lo poco que Brianna había escuchado la hizo darse cuenta de las mentiras de su amiga y no estaba dispuesta a dejarla marcharse de la mansión hasta que no le soltara todo.

Ambas lloraron con desconsuelo mientras hablaban. De parte de Lynette, por el arrepentimiento y la pena, mientras que su amiga lo hacía por la amargura que la invadía.

No podía creerse lo ciega que había estado por años.

Ella tenía conocimiento del poderoso interés de Lynette por las parejas de sus allegadas. Varias veces fue testigo en la universidad de los líos en los que se metía su amiga por salir con hombres que ya estaban comprometidos.

La adrenalina por lo prohibido era su favorita.

Pero nunca pensó que lo haría también con ella. Habían logrado tal afinidad, que se sostenía de la idea de que con ella fuese distinto y jamás se atrevería a inmiscuirse en sus relaciones.

Por lo visto, con Lynette nada era suficiente, ni siquiera, con la más sólida amistad. No respetaba nada y eso era lo que más molestaba a Brianna.

Le dolía más la traición de su amiga, que la del que creyó el amor de su vida.

—¿Cómo pudiste ser capaz? —preguntó como por onceaba vez. La rabia y el dolor le impedían comprender aquella duda.

—Fui débil —expuso Lynette entre sollozos, roja por la vergüenza y la frustración—. Intenté alejarme de él, te lo juro, pero Connor me buscaba y…

—¿Él te buscaba? —la interrumpió, sintiendo como su corazón se quebraba una vez más en pedazos.

Lynette respiró hondo antes de hablar. Ambas estaban sentadas en el sofá de la oficina de Trevor, acompañadas por él.

El hombre se mantenía a una distancia prudencial, pendiente de que la charla se llevara por

un camino racional para que así las dos pudiesen sacar todo lo que tenían atorado dentro.

—Sí. Connor iba a mis sesiones de fotos y luego me invitaba a tomar un café o a comer para hablarme de propuestas laborales en la productora de su padre. Sabes que llegué a participar en varios de sus eventos y programas de televisión, en los que él siempre estaba presente. Pasábamos mucho tiempo juntos y… una cosa llevó a la otra.

Brianna se sintió tan derrotada que se frotó el rostro y los cabellos con ambas manos, como queriendo quitarse de encima los dolores que la agobiaban.

—Él era mi pareja en ese tiempo, Lynette. —La aludida torció el rostro en una mueca de pena— Y a pesar de eso, ¿te dejaste llevar?

—No pude evitarlo. Fue mucha la cercanía y Connor… me hacía sentir muy bien. Valorada —expuso eso último cabizbaja.

Por su pasada condición social, al provenir de una familia muy humilde que la había abandonado a su suerte, ella solía recibir malos tratos y desprecios.

Siempre la veían con superioridad, algo que la enfermaba. Lynette quería ser como ellos, estar a su misma altura para no seguir siendo humillada.

Connor, con su trato exclusivo, poniéndola en ocasiones por encima de Brianna, la hizo sentirse preferida. Alguien importante.

Por eso le resultó imposible negarse a sus insinuaciones. Ni siquiera el aprecio que sentía por su amiga fue capaz de abrirle los ojos y ponerle límites.

Brianna experimentó un dolor punzante en el pecho. Se puso de pie buscando respirar con normalidad viendo que Trevor pretendió acercarse a ella para consolarla, pero se detuvo.

No quería invadir su espacio a menos que la mujer se lo pidiera.

—¿Tú también tuviste algo con Lynette? —preguntó hacia él, furiosa.

El hombre se mostró sorprendido.

—¡Claro que no, Brianna! —exclamó su amiga ofendida, y se levantó del sofá con el rostro empapado en lágrimas.

—Ya no confío en ti. No sé hasta qué punto has afectado mi vida, cuando lo único que yo he hecho por ti ha sido apoyarte.

Superada por su dolor, Brianna salió del despacho. Lynette quiso seguirla, pero Trevor se lo impidió.

—Déjala.

—¡Quiero que me perdone!

—Ahora está enfadada. Ni siquiera te escuchará.

La mujer apretó sus cabellos con ambas manos, dominada por la desesperación.

—¡¿Qué hago?!

—Esperar —aconsejó Kendra haciéndose presente en el despacho—. Ve con Brianna, yo me encargo de Lynette —dijo a Trevor al verlo ansioso por salir de la oficina.

Él enseguida hizo lo que la mujer le pidió y las dejó solas.

—No quise que esto sucediera así —lloriqueó Lynette sentándose abatida en el sofá.

Kendra gruñó y se ubicó a su lado.

—Pero así sucedió, niña. Ahora, tendrás que asumir las consecuencias de tus actos —le dijo con voz maternal y le palmeó una rodilla.

Lynette se acostó sobre las piernas de la mujer y ocultó su rostro entre sus manos para desatar su llanto.

Trevor se dirigió a toda prisa a la habitación de Brianna y tocó la puerta.

—¡Quiero estar sola! —gritó ella entre sollozos, pero igual él pasó.

La mujer estaba en medio de la habitación, abrazada a sí misma sin dejar de llorar. Como si buscara evitar deshacerse en pedazos.

Apenas lo vio, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza de la cintura. Trevor la envolvió entre sus brazos y esperó paciente a que ella descargara su amarga pena con más lágrimas.

—Tuvieron un hijo, Trevor. Ellos tuvieron un hijo —repitió entre gemidos—. ¿Cómo pudo hacerme esto Lynette? Confiaba en ella, era mi amiga.

—Calma. Eso es pasado —decía acariciándole la espalda y sintiendo como ella temblaba entre sus brazos por la rabia que experimentaba.

—Se ha burlado de mí todo este tiempo. ¡No puedo perdonarla!

Trevor se mantuvo tenso a su lado, sin dejar de consolarla. Angustiado por su estado.

Pero de pronto, ella se alejó de él y lo miró con los ojos llameándole por la rabia a pesar de que su rostro lo único que reflejaba era dolor.

—¿Tú sabías todo? —Él se irguió, inquieto—. Estabas hablando con ella sobre ese asunto en el despacho. ¿Lo sabías?

Trevor suspiró hondo antes de hablarle.

—Sí, me enteré hace unos días.

—¡¿Y por qué no me dijiste nada?!

—Porque no me correspondía —se excusó.

Pero Brianna estaba tan enfadada que le costaba creer sus palabras.

—Me ocultaste esa información. ¿Por qué? —preguntó decepcionada.

—Yo solo necesitaba tener argumentos en mis manos para impedir que Connor nos hiciera más daño, pero no podía decírtelo. Eso era responsabilidad de Lynette.

—¿Ella te lo confesó? —quiso saber, confundida.

—No. Yo mandé a investigar a Connor.

Brianna lo observó con la sorpresa y el rencor reflejados en su rostro. Recordó al amigo de su esposo, el expolicía que lo estaba ayudando con las investigaciones sobre Seth Levi.

De seguro ese hombre había sido quien le facilitó toda esa fatídica historia.

—¿Por qué lo hiciste?

—Ya te dije. Buscaba de qué sostenerme para evitar que él te demandara y te quitara a George. Así me enteré del aborto y hablé con Kendra y con Lynette.

—¿Mi madre lo sabía? —preguntó con un hilo de voz y mostrándose más afectada.

Trevor comprimió el rostro en una mueca de incomodidad, enfadado consigo mismo por ese desliz.

—Sí, ella lo supo. El mismo día en que murió tu padre, en que Connor se marchó y en que se enteraron que tú estabas embarazada.

Brianna se abrazó a sí misma y retrocedió varios pasos, impactada por esa información.

Una vez más todas sus desgracias parecieron caer encima de sus hombros amenazando con derribarla.

Trevor se apresuró a llegar por su lado, pero la mujer lo rechazó. Lo apartó con brusquedad.

—Déjame sola.

—Brianna…

—¡Necesito estar sola! —exigió, con la firmeza que le permitía su asfixiante dolor.

Él dudó un instante, no quería abandonarla en ese estado, pero ella se mostraba inflexible. Le costaba asimilar tantos secretos y traiciones.

En medio de un suspiro de resignación se marchó, permitiendo que Brianna se dejara caer en el suelo para terminar de llorar todas sus desdichas.

No solo se sentía entristecida por los golpes que le habían dado las personas a las que más había amado en el mundo, sino por la imagen que ella misma se había construido ese tiempo.

Pensó que había sido lo suficientemente fuerte como para demostrar que podía sostener por su cuenta los trozos de su vida, e intentar recomponerlos, pero aquella situación lo que le dejaba en claro era que seguían viéndola como una niña débil y mimada.

La engañaban, jugaban con ella y hacían planes a su alrededor sin incluirla. Todos la trataban como si fuese una muñeca de cristal a punto de romperse, cuando en realidad era la única que sostenía el caos que se agitaba a su alrededor.

Ahora entendía las reacciones de Lynette cuando veía a Connor, y no solo de ahora, sino de siempre. Debía reconocer que en el pasado había sospechado que su amiga estaba interesada en él, pero se negaba a pensar en esa posibilidad porque no quería verla como una traidora.

Necesitó tan desesperadamente de una amiga, que por voluntad propia se puso una venda en los ojos para no ver la verdad y así no quedar sola. Todo fue su culpa.

—De seguro fue ella quien le informó a Connor sobre la existencia de George y la posibilidad de que Trevor lo adoptara, pero igual la defendí todas esas veces —se reprochó a sí misma—. ¡Cómo pude ser tan ciega! —exclamó eso último antes de entregarse de nuevo al llanto, jurando que aquellas serían las últimas lágrimas que derramaría por esa situación.

No podía seguir mostrándose débil.

Capítulo 49.

Brianna se había pasado todo ese día pensando en sus conflictos. Analizaba las maneras en que podía enfrentarlos de ahora en adelante sin depender tanto de otros.

No solo volvió a discutir esa tarde con Lynette, echándola de casa, sino con su madre, por haberle ocultado por tanto tiempo lo sucedido con su amiga, y con Trevor, quien solo buscaba mediar en aquel conflicto.

No podía permitir que todos siguieran tratándola con condescendencia, como si ella no fuese capaz de enfrentar sus propios problemas. Quería tener el control, porque si una vez más quedaba sola, no deseaba hacerlo sin tener las herramientas necesarias para subsistir, lamentándose siempre por sus pérdidas.

Se sentía traicionada y burlada, no podía evitarlo. Estaba tan llena de emociones negativas que su hijo podía presentir su estado y ese día estuvo lloroso, quejándose de cualquier cosa.

Virginia lo había sacado a pasear en la tarde a un parque cercano para distraerlo y alejarlo un poco de las discusiones, haciéndola sentir más miserable.

Su tonta actitud le hacía daño a su propio hijo, por eso procuró serenarse, aunque aquel trabajo le resultaba imposible.

Luego de haber logrado dormirlo esa noche, se quedó un rato dentro de la habitación del niño tumbada en un puf con forma de dinosaurio que Trevor le había comprado a George.

Pensaba en soluciones para sus conflictos sin evitar que ocasionales lágrimas le rodaran por las mejillas.

Al sentir a su móvil vibrar, revisó rápido la pantalla para ver quien la llamaba. Lo había puesto en silencio para no estropear el sueño del bebé.

Cuando descubrió que se trataba de Connor, la furia le abrumó la mente. Enseguida se puso de pie y salió al patio para atender la llamada.

—¿Qué quieres? —preguntó con evidente irritación.

—Hola —saludó precavido—. ¿Estás bien?

—¿Te importa? —lo provocó.

—Claro que me importa. ¿Qué te hizo Trevor? —exigió, con tono severo.

—Él nada. Todos mis problemas tienen tu nombre y tu apellido.

Ella lo escuchó respirar hondo y emitir un casi inaudible quejido.

—¿Qué te dijo ese miserable de mí?

—¿Puedes dejar de atacar a mi esposo?

—Deja de decirle así, Brianna. Él se casó contigo solo por una negociación.

—¿Y tú pretendes seguir conmigo para qué? Porque al menos, Trevor ha sido sincero conmigo desde el principio. Nunca me ocultó sus intenciones y puso sus condiciones sobre la mesa para que yo las aceptara o no. Tú, en cambio, siempre has jugado al engaño y a la mentira.

—¿De qué hablas? Nunca te he mentido en cuanto a mis sentimientos por ti.

—¿De qué sentimientos me hablas? —consultó indignada—. Has jugado conmigo siempre. Me tuviste en tu vida como la otra, viviendo a la sombra de tu prometida, dejando que otros me humillaran, y hasta fuiste capaz de enredarte con mi mejor amiga en mis narices mientras te acostabas cada noche conmigo y me decías que me amabas.

Connor guardó silencio un instante, tal vez, sorprendido por lo que ella le decía.

—¿De qué hablas? No…

—¡No te atrevas a mentirme, Connor! —lo detuvo, enfurecida—. La propia Lynette me lo confesó. Me habló del niño que perdió hace año y medio, el verdadero motivo por el que te marchaste de Seattle.

De nuevo hubo silencio, aunque Brianna podía saber que él seguía al teléfono al oír su respiración pesada. Estaba enfadado.

—¿Cuándo hablaste con Lynette?

—Hoy. Me lo confesó todo.

—¿Esto fue una maldita treta de Trevor?

—¡Deja de meter a Trevor en este asunto! ¿Cuándo vas a aceptar tus culpas?

—Brianna, hablemos. Estoy seguro de que Lynette te presentó los hechos a su manera. Hay cosas que tienes que saber.

—Yo no quiero saber nada más de ese asunto. Ustedes fueron amantes mientras tú vivías conmigo y me prometías que terminarías el compromiso con tu novia. Tuvieron un hijo a mis espaldas, uno que tú no quisiste. ¡Le pediste que abortara!

—Porque no quería que eso afectara nuestra relación.

—¡Quisiste matar a un niño para seguir engañándome!

—¡No! —respondió indignado—. Yo no quise nada con ella, fue algo que se dio una noche durante una fiesta de la productora. Nos emborrachamos y… pasaron cosas.

Brianna resopló irritada.

—No pasaron cosas, Connor, pasó un hijo. ¡Un hijo! ¿No te duele su pérdida?

—No.

Aquella seca respuesta le laceró aún más el corazón. No podía creer que el fuese tan frío.

—¿Cómo puedes hablar con tanto desapego de un ser humano indefenso? ¿Y así piensas que creeré que sientes interés por George?

—Es diferente, Brianna. George es nuestro hijo. ¡Nuestro! —recalcó—. Fruto del amor que nos tenemos, por eso estoy apegado a él y por eso lo quiero conmigo. Y a ti.

—Eres un mentiroso, jamás podré confiar de nuevo en ti. Esto ha sido un golpe muy fuerte, Connor. Me engañaste con mi mejor amiga.

—Brianna, hablemos. Vamos a vernos, tienes que escuchar mi versión.

—No quiero saber más versiones. Quiero pasar esa página en mi vida.

—¡Bien! Olvídate de ese asunto si quieres, pero no te permitiré que te olvides de mí. Te amo, Brianna, te quiero conmigo. A ti y a mi hijo.

—No eres una persona confiable, Connor. Tus sentimientos son confusos. Me das miedo.

Él gruñó por el enfado mientras ella buscaba sosegar sus emociones para evitar llorar de nuevo. Ya estaba cansada de llorar.

—Escucha, esto no podemos hablarlo por teléfono. Vamos a vernos esta noche.

—No.

—Brianna…

—No saldré de la mansión esta noche. Olvídalo.

—Está bien, entonces, mañana a primera hora.

—Ya déjalo, Connor. No quiero hablar de este tema. Ya tuve una fuerte discusión con Lynette por ese asunto, quedé con el alma deshecha por su confesión. No quiero seguir hurgando

más en esa herida. Ese pobre bebé está muerto, el daño ya está hecho y nuestra amistad ya está fragmentada. No pienso revivir esa oscura verdad una vez más.

El hombre se mantuvo en silencio unos segundos. Por su respiración, Brianna podía deducir que comenzaba a desesperarse, pero no le importaba. Solo quería pasar esa página.

—Bien, no hablemos de Lynette, ni de lo sucedido en el pasado. Hablemos de nuestro futuro.

—Nosotros no tenemos ningún futuro, ¿no comprendes? Yo no quiero nada contigo.

—¡Tienes que darme una oportunidad!

—Te di muchas en el pasado y no las aprovechaste. Acepté vivir contigo a pesar de saber que estabas comprometido y que tu familia no me aceptaba, pero tú lo que hiciste fue engañarme con tu novia y luego con mi amiga, tuviste un hijo con Lynette y al final desapareciste.

Un nuevo gruñido, está vez, más fuerte, se oyó al otro lado de la línea. Connor ya se encontraba al borde de su paciencia.

—Escucha, Brianna, puedo explicarte todo y reparar mis errores, solo necesito que me des una última oportunidad.

—Ya, Connor. Déjame en paz —pidió cansada.

—No soy el único que te ha ocultado cosas, Trevor también lo hace.

Ahora fue ella quien guardó silencio un instante.

—¿De qué hablas?

—Trevor también te engaña, al decirte que no tiene asuntos pendientes del pasado que lo persiguen y podrían ponerte en peligro, a ti y a mi hijo.

La mujer apretó el ceño, desconcertada, sin imaginar qué podía estar ocultándole su esposo.

—Connor, no quiero más mentiras —le advirtió.

—Bien, entonces, tendrás que aceptar reunirte conmigo mañana. Nos veremos en un café cerca de la playa Pocket, te pasaré la dirección exacta por mensaje.

—No voy a reunirme contigo.

—No estaremos solos, quiero que conozcas a alguien.

—¿A tu abogado? —preguntó mosqueada, ya que recordó que él le había avisado que el lunes tendría la primera cita en el Tribunal de menores para gestionar su paternidad.

—No, es la prueba de que Trevor te engaña y es peligroso. Mañana entenderás por qué insisto en alejarte de ese hombre.

Ella respiró hondo, fastidiada por ese tema.

—Déjalo en paz, Connor. Trevor no ha hecho otra cosa que apoyarme.

—Lo hace porque necesita algo de ti, ¿no lo recuerdas?

Brianna recordó a Nakamura y la necesidad de Trevor de lograr una sociedad con ese hombre para asegurar la solidez de su empresa, la tranquilidad de su abuelo y su éxito profesional.

—Pero te engaña, Brianna. Tú no fuiste su primera opción —siguió Connor—. Hubo otra que complicó tanto su vida que la echó a un lado luego de dejarla discapacitada. Algo que podría pasarte a ti en el futuro si sigues confiando en él.

—¿De qué hablas?

—Trevor también estuvo comprometido y también cometió serios errores. Tú ahora me culpas a mí por haber tenido un hijo con Lynette sin planificarlo, siendo un conflicto donde yo salí perdiendo en todos los sentidos, pero lo de Trevor sí fue programado. Pregúntale a cualquiera en esa casa, o a los amigos más allegados de Trevor por Naomi Morgan, su anterior prometida. Averigua por qué ella está ahora en silla de ruedas y por qué Trevor le envía una renta mensual a su familia para mantenerla recluida en un pueblo apartado de la ciudad.

—¿Naomi? —preguntó, confundida.

—Sí. Ella ahora está en Seattle y mañana se reunirá conmigo en ese café. Si quieres hablar con ella y conocer la verdad sobre Trevor, entonces, tienes que ir, Brianna. Necesitas conocer todas las verdades antes de tomar una decisión.

—Connor…

—No te estoy mintiendo, te lo juro —insistió—. Tú eres para mí lo más importante, Brianna. Tú y mi hijo.

Ella no sabía qué hacer. Lo que Connor le contaba abría las heridas que había procurado cerrar esa tarde, luego de enterarse de que las personas más allegadas a su círculo social y familiar la engañaban.

Pensó que de parte de Trevor no sufriría por ese tipo de tratos. Lo creyó diferente, pero una vez más se percataba que seguía siendo ilusa con todo el que la rodeaba.

«No vuelvas a fallarme, Brianna», le reclamó Trevor en muchas oportunidades haciéndola sentir una miserable por haberle ocultado cosas desde antes de casarse. Como la verdad sobre el padre biológico de George.

No quería seguir cayendo en las manipulaciones de Connor, pero tampoco podía ser tan confiada y dejar que siguieran viéndola como una mujer débil.

Debía averiguar por su cuenta, de la misma forma en que Trevor lo hacía con Connor sin consultarle a ella nada, buscando las herramientas que lo ayudaran a mantener el control de una situación.

Ella también quería tener el control.

Capítulo 50.

Esa noche, Trevor se sentía muy cansado. Además de todo el trabajo que tuvo que realizar ese día en relación a la firma, también tuvo que ocuparse del conflicto de Brianna con Lynette, de la salud de Kendra que quedó afectada por la discusión con su hija y del bienestar de George, que estuvo inquieto por todo lo que sucedía en casa.

Había logrado gestionar cada una de las situaciones con efectividad, pero, en referencia a Brianna, había fallado estrepitosamente.

Ella no quiso nada con él esa noche y eso lo tenía entristecido. Quería estar a su lado, consolándola, porque sabía que había recibido ese día un trago muy amargo, pero la mujer lo rechazaba.

Como todo un caballero, le concedió su espacio. Sin embargo, eso no evitaba que se sintiera decaído y confuso.

Se dirigió a la habitación de su abuelo para hablar con él antes de encerrarse en la suya. Necesitaba descargar sus ansiedades.

—Sabía que vendrías.

—Se me olvidó que tú lo sabes todo.

Albert sonrió con pereza.

—Claro que lo sé todo, sobre todo, de ti. Cuando vi tu rostro abatido esta tarde, supuse que necesitarías de una palmadita en el hombro.

Trevor se sentó en medio de un suspiro de cansancio en una silla ubicada junto a la cama. Su abuelo estaba recostado sobre varios almohadones.

—Hoy fue un día muy difícil.

—Pero necesario —aclaró el anciano.

Aunque Trevor asintió, no dejaba de reflejar inconformidad en su rostro.

—Ese secreto iba a salir a la luz en cualquier momento —siguió Albert.

—Solo que no lo hizo de la mejor manera.

—Espero Brianna lo supere pronto.

El anciano estuvo pensativo un instante antes de volver a hablar.

—Pobre chica, la verdad es que no la ha llevado bien desde hace más de un año. No solo por las pérdidas que ha tenido, sino por la clase de gente con la que terminó relacionada.

—¿Eso me incluye? —quiso saber Trevor.

Su abuelo lo observó con el ceño fruncido.

—Ustedes llegaron a un acuerdo antes de casarse. Eso, en realidad, pudiera liberarte de muchas responsabilidades, pero ahora me parece que las cosas son distintas entre ustedes.

Aquello lo dijo en referencia a las emociones que su nieto solía revelar durante los últimos días en relación a su esposa.

Entre Brianna y él comenzaban a despertar sentimientos que ninguno de los dos podía controlar.

—De mi parte… creo que son distintas —aceptó.

—¿Crees?

—Tengo miedo de etiquetarlas.

—¿Y qué vas a esperar? ¿Qué ella termine superada por sus conflictos y se marche de esta casa? ¿O que Connor la convenza de irse con él?

La mirada de Trevor se endureció con ese recordatorio.

—No es buen momento para abordar este tipo de situación con ella.

—Tal vez ella lo estará necesitando.

—O tal vez, no, abuelo. Ahora, por lo menos, Brianna no quiere saber nada de mí ni de nadie.

El hombre gruñó en desacuerdo.

—Es una persona herida, y todo ser humano que ha sido lastimado espera obtener algún tipo de ayuda.

—Sí, pero también hay momentos en que exigen soledad para lamerse las heridas. La intervención de otros podría significar un estorbo.

Aseguró, recordando que esa tarde, mientras Brianna estuvo atendiendo a George, él quiso acercarse para compartir con ellos, pero ella se mostró tensa e incómoda, aunque no llegó a

decirle nada.

Él no esperó por un rechazo para concederle su espacio. En silencio se fue y volvió a encerrarse en su oficina buscando enterrar su concentración en la pila de documentos que tenía pendientes para no volver con ellos.

Había logrado convenios con nuevos clientes que suplantaban el vacío dejado por Simón Levi. Deseaba darles un curso rápido a sus casos para que la firma no se resintiera con esa falta.

—Ábrete a ella, Trevor, es lo mejor que puedes hacer para asegurar esa relación —aconsejó Albert demostrando cansancio.

—Eso pienso hacer, pero ya te dije que ahora no. Brianna necesita tiempo para asimilar la verdad que acaba de descubrir. El cariño que ella sentía por Lynette era muy grande, no será fácil superarlo.

—Esa chica te hace mucho bien, hijo. Me gusta para ti —reveló el anciano con los ojos cerrados.

Trevor no quiso continuar con la conversación porque sabía que su abuelo ya se estaba dejando llevar por el efecto de las medicinas que tomaba y necesitaba dormir.

Se quedó allí, muy quieto y callado, en espera a que él se rindiera a su cansancio.

Mientras eso sucedía, Trevor pensaba en Brianna y en lo que su corazón comenzaba a sentir por ella.

Se estaba enamorando, no podía negarlo, pero sus miedos eran mayores a sus emociones.

Ya había vivido demasiadas malas experiencias amorosas en el pasado, por eso, no pretendía entregarse a un amor hasta que no tuviera la seguridad de que este le era correspondido.

Había visto en Brianna algunas muestras de los posibles sentimientos que la mujer tuviese hacia él, pero aún temía calificarlos de amor. Tal vez, fuese solo cariño producto de la convivencia.

No podía negar que estaba algo asustado, por eso actuaba con inseguridad. Algo impropio de él.

Trevor Harmon no solía temerle a nada, pero hasta ahora, ninguna situación enfrentada le había tocado el corazón.

Brianna sí. Eso la hacía diferente a cualquier otra experiencia vivida.

Al escuchar los ronquidos de su abuelo se levantó de la silla procurando hacer el menor ruido posible y salió de la habitación. Fue directo a su despacho para ocuparse de algunos asuntos antes de ir a la cama.

No tenía nada de sueño y, tal vez, no sería capaz de conciliarlo ese día. Se encontraba muy inquieto.

Le extrañó hallar la puerta de su despacho abierta. Había jurado haberla cerrado al salir minutos antes, pero igual entró sin darle importancia al asunto, pensando que quizás, Frederick o Virginia entraron para limpiar.

Pasó a su oficina volviendo a llenar su mente de asuntos laborales, sin percatarse que Brianna se encontraba escondida en el pasillo, oculta detrás de un estante que guardaba adornos.

La mujer salió de su escondite cuando él cerró la puerta del despacho. Si se hubiese tardado unos segundos más en salir, Trevor la habría pillado dentro, hurgando entre sus cosas.

Corrió a su habitación y tomó su teléfono móvil para marcar el número telefónico que había hallado entre los archivos de su esposo.

El pulso le temblaba, tanto por la ansiedad como por la vergüenza.

Había prometido no llevar a cabo más acciones a espaldas de Trevor, pero las circunstancias la obligaban. No quería volver a ser la tonta que no se enteraba de nada, a quien todos lo ocultaban verdades solo por «protegerla».

—¿Sí? —respondió una mujer de mediana edad al otro lado de la línea.

—Señora Sofía Vegas, ¿es usted? —preguntó Brianna con el corazón latiéndole a mil por horas. Había llamado a la anterior secretaria de Trevor, a quien ella había suplantado.

—Sí, ¿quién habla?

—Disculpe la hora en que me comunico con usted y que sea un domingo, pero necesito hacerle una consulta. Es Brianna Griffin, la nueva secretaria del doctor Trevor Harmon.

—Ahhh, sí. La recuerdo. ¿Cómo está? ¿Y cómo está el señor Harmon? Supe que se casó hace poco.

Brianna se mordió los labios para soportar el ramalazo de arrepentimiento que la azotó. No podía dar marcha atrás. Su futuro y el de su familia dependían de lo que averiguara con esa llamada.

—Sí, él está muy bien, pero sabe que esta semana se me ha presentado una situación

irregular, que, al parecer, es un asunto de hace unos años que no sé cómo darle curso. Como él ahora está concentrado con unas nuevas sociedades que gestiona no quiero molestarlo con consultas.

—No te preocupes, chica, yo trabajé por muchos años con él y antes, con el señor Albert. Conozco todos los asuntos referentes a ellos y a la firma desde hace más de veinte años.

Brianna apretó uno de sus puños para celebrar su suerte.

—Señora Vegas, verá, el viernes llegaron a mi oficina los recibos de unos pagos que el señor Harmon ha estado haciendo mensualmente a la señorita Naomi Morgan, pero no indican si ella es una vieja clienta o socia de la empresa. Es más, no sé si es un asunto del señor Albert o del señor Trevor, y no sé dónde archivarlos.

—¡Naomi! Oh, no —exclamó la mujer con angustia.

A Brianna el corazón casi se le sale del pecho por su reacción.

—Sí, ¿usted tiene alguna información de ella? ¿A qué archivo remito estos recibos?

—¡A ninguno! —dijo la mujer, algo nerviosa—. No sé por qué llegaron esos recibos a la oficina, no tienen por qué estar ahí. Es un asunto personal del señor Trevor.

—¿Un asunto personal? ¿Ella es algo de él? Porque los pagos son recientes.

—Sí, corazón, es una antigua novia del señor Trevor. Esos recibos no debieron ir a la oficina, sino a su casa, el señor Frederick es quien los archiva. Envíalos enseguida a la mansión de los Harmon sin dejar registros de su existencia en la firma.

Esa confesión despertó la rabia en Brianna. Con eso descubría que era cierto lo que Connor le había asegurado: Trevor también tenía secretos.

—Gracias, eso haré mañana a primera hora, pero… Solo por curiosidad, señora Vegas. ¿Sabe qué sucedió con esa antigua novia, Naomi Morgan, para que el señor Trevor esté pasándole una mensualidad a pesar de estar ahora casado con otra?

—No puedo decirte nada de eso, corazón. Es un problema personal de los Harmon que yo prometí conservar. Un error del pasado que lamentablemente los perseguirá por siempre.

Brianna le agradeció su ayuda y cortó la llamada. Aunque tenía poca información, con eso confirmaba lo que le había asegurado Connor.

El resto lo conseguiría al día siguiente cuando se reuniera con esa mujer, porque estaba muy ansiosa por saber lo que había sucedido entre ellos.

Capítulo 51.

A la mañana siguiente, Brianna acompañó a Kendra al médico. Tuvo que llevar a George porque la niñera ese día no podía ir a cuidarlo. Tenía un compromiso de estudio.

Estar con el niño le sirvió de excusa para marcharse de la clínica sin que nadie sospechara que se encontraría con Connor y con Naomi Morgan en un café.

Acordó con su madre que iría a un parque cercano y luego pasaría a buscarla cuando terminara su consulta. Como Kendra sabía que a George lo ponían nervioso los centros de salud, no puso reparos en permitirlo.

Al llegar al café, Brianna se impactó al encontrar a Connor sentado en una mesa junto a una mujer en silla de ruedas.

Se trataba de una morena de piel acaramelada y de una larga cabellera azabache. Su rostro era precioso, de grandes ojos almendrados y labios carnosos.

Su mirada fija y soberbia la hizo estremecer. A Brianna le recordó la de Trevor, cuando estaba determinado a alcanzar alguna meta sin importar las consecuencias.

—Hola —la saludó Connor sonriente cuando ella se acercó a la mesa y lanzó una mirada inquieta hacia el niño—. Trajiste a George.

Brianna no sabía si aquello último él lo había dicho con alegría o pesar, su tono fue confuso.

—Ella es Naomi Morgan. Naomi, ella es mi Brianna —dijo el hombre haciendo las presentaciones.

—¿Tú Brianna o la de Trevor? —inquirió la mujer con ironía.

Connor apretó la mandíbula y le dedicó una mirada enfadada.

—Es un placer conocerte —respondió Brianna para cortar aquel tonto saludo.

George hacía gritos para llamar la atención y golpeaba la mesa con el juguete que tenía en las manos.

—¿Le pasa algo? —quiso saber el hombre.

—No. Siempre es así cuando está tranquilo. Solo llama la atención.

Él arqueó una ceja, sin dejar de evaluar los movimientos del chico.

—De verdad es muy parecido a ti —comentó Naomi hacia Connor—. Nadie puede negar que eres el padre.

—Nadie quiere negar que él es el padre —aclaró Brianna.

Naomi se irguió con soberbia.

—Connor me ha dicho que Trevor piensa quitárselo.

—Eso no es cierto —respondió ella y le lanzó al hombre una mirada de reproche.

Él se hizo el desentendido al llamar al mesonero para pedir un café para la recién llegada.

—¿Pido algo para el niño?

—No. Tengo todo lo que él necesita en su bolso —dijo con molestia.

Por un momento quedaron los tres en silencio, observándose con recelo.

—¿Y qué es lo que tienes que contarme? —pidió Brianna queriendo finalizar cuanto antes aquella reunión.

—La clase de hombre que es Trevor Harmon —respondió Naomi—. Mira cómo me dejó —dijo señalando hacia su silla de ruedas—. Esto fue su culpa.

—¿Te golpeó?

—Peor que eso. Intentó asesinarme por no estar de acuerdo con los términos de su acuerdo prematrimonial.

Brianna la miró con las cejas arqueadas.

—¿Ibas a casarte con él?

—Hace más de un año —reveló Naomi—. Estuvimos juntos por un tiempo, aunque lo nuestro fue una relación en las sombras. Trevor de mí solo quería sexo y yo se lo di sin condiciones porque estaba enamorada. Cuando pensé que podía exigirle más, él se volvió violento.

—¿En qué sentido?

—Me trataba de forma despectiva y me amenazaba, aunque no dejaba de buscarme para llevarme a la cama. Obtenía lo que quería de mí asegurándose de mantenerme asustada para que no le pidiera más.

Brianna apretó el ceño, confundida. Ese Trevor del que la mujer le hablaba, ella no lo conocía.

—Pero su abuelo enfermó y él tuvo que asumir la presidencia de la firma de abogados de su familia —siguió Naomi—. Sus responsabilidades se triplicaron, así como sus necesidades. Ese puesto le exigía ser un hombre casado para que ciertos clientes confiaran en él. Por eso, me propuso matrimonio.

En ese punto aparecía el Trevor Harmon que Brianna conocía.

—Yo estaba muy enamorada de él, así que la propuesta me gustó —alegó Naomi—. Pensé que de esa forma dejaría de ser su amante secreta para ser la mujer que caminaría siempre a su lado. Pero entonces, me presentó un contrato matrimonial lleno de exigencias que tuve que rebatir.

—¿Cuáles? —preguntó curiosa, aunque tuvieron que callar por la llegada del mesero con el café.

George se inquietó al ver la bebida, queriendo alcanzarla. Brianna tuvo que buscar en su bolso su leche para así distraerlo.

Para tener mayor comodidad, le pidió a Connor que se lo sostuviera. El hombre se mostró nervioso aunque igual lo hizo dejándolo en el aire, frente a él, sin saber qué hacer.

El niño lo miraba con curiosidad, como a la espera de alguna reacción. Una vez que Brianna halló lo que necesitaba, recibió de nuevo a su hijo y se ocupó de alimentarlo.

—¿Cuáles fueron las cláusulas del contrato que Trevor te presentó? —inquirió para reiniciar el tema.

Naomi resopló con fastidio.

—Yo tenía que ser una esposa solo de casa, que se mantuviera oculta, al margen de sus amistades más importantes. Nada de salidas, de fiestas, de viajes, de compras costosas ni de relaciones sociales. Tampoco podía usar la mansión para reuniones, ya que allí estaba su abuelo enfermo, ni podía usar su apellido para conseguir pases a eventos con el *jet set* de la ciudad, quienes consideran a los Harmon especiales por el excelente servicio que prestan.

Brianna recordó que muchas de esas cláusulas estaban en el contrato que ella había firmado, a las que no llegó a ponerles reparo porque no estaba interesada en la mayoría de las cosas que exponían.

No era una mujer de reuniones, de viajes o de eventos, mucho menos, de aquellos donde

estuviese la gente de la alta sociedad de la ciudad, sino una enfocada en su familia y en su carrera profesional.

Aceptó los términos de Trevor porque no rompían sus costumbres y los beneficios superaban sus expectativas. Sin embargo, para Naomi fueron una afrenta a su estilo de vida. Esa mujer era muy diferente a ella.

—Entonces, no estuviste de acuerdo con esas cláusulas y por eso él te dejó así —reflexionó Brianna.

—No. Como quise cambiar esas cláusulas para ser su esposa en toda regla, salir con él tomada de su mano y que no tuviese vergüenza de mostrarme ante la prensa ni ante sus amigos más ricos e incluyentes, se molestó. Dime algo, Brianna —dijo interrumpiendo su propio discurso—. ¿Trevor te ha presentado en los medios de comunicación o te ha nombrado en alguna de sus entrevistas?

—No —confesó cabizbaja, y recordó que Trevor había tenido que asistir a varios programas de televisión esos días y atender a algunos periodistas para dar información sobre sus nuevas negociaciones, o sobre lo sucedido con Simón Levi, y en ninguna la mencionó.

Hasta le impedía que diera declaraciones a la prensa y le recomendaba que se quedara en casa para que ellos no la asediaran.

Siempre creyó que aquello lo hacía para protegerla, no para mantenerla entre las sombras.

—Así que, quisiste cambiar esas cláusulas y él te dejó así —quiso continuar Brianna, empezando a sentirse incómoda con esa conversación.

—¡No!

Naomi dio un fuerte golpe a la mesa con un puño demostrando estar molesta por ese interrogatorio. Su grito asustó a George y lo hizo llorar, y llamó la atención de los clientes que estaban en las cercanías.

Brianna tuvo que levantarse y acunar a su hijo para calmarlo. Naomi ahora se mostraba furiosa, la traspasaba a ella y a su niño con una mirada cargada de odio.

Connor le habló en susurros buscando serenarla, luego le pidió a Brianna que se sentara.

—Escucha, como resumen final —habló el hombre tomando el mando de la reunión—, Trevor no aceptó el cambio de cláusulas y se comportó de forma prepotente y violenta con Naomi. No llegó a golpearla, pero sí ejercía violencia psicológica sobre ella para convencerla de aceptar sus términos porque a él le urgía casarse lo más rápido posible. Como Naomi siguió

negándose, él necesitó dejarla para ofrecerle ese trato a otra, a una mujer más sumisa y resignada. Como tú.

Mencionó eso último para aclararle que ella tenía una personalidad manipulable y no exigente. El tipo de mujer que Trevor necesitaba para alcanzar sus fines. Una a quien pudieran engañar y dominar a su antojo.

Una vez más sintió en su pecho la amargura que experimentó el día anterior, al darse cuenta como todos a su alrededor la consideraban una mujer débil.

—Trevor tenía miedo de que Naomi hablara sobre su propuesta con otras personas —siguió Connor—. Así que un día, en que discutían luego de salir de un hotel donde estuvieron toda la noche haciendo el amor —recalcó eso último para molestarla—, hizo chocar su auto con intención de asesinarla, pero lo único que logró fue dejarla discapacitada.

Brianna los observó a ambos con el ceño fruncido.

—¿Por qué dices que Trevor chocó el auto para asesinarla? Tal vez, fue solo un accidente.

—¡Quiso asesinarme! —fustigó Naomi con enfado, sobresaltando de nuevo al niño y a las personas que estaban cerca— No solo esa vez, en otras oportunidades también lo intentó. Cuando me presentaba en su casa, sin su permiso, me arrastraba con violencia al exterior y me lanzaba al suelo de la entrada. Pregúntale a Virginia. Ella muchas veces fue testigo de la violencia que él ejerció sobre mí. En una ocasión, hasta intentó ahorcarme para que no siguiera hablando. Es un hombre violento e inclemente, cuando está furioso nada lo detiene. Es capaz de lo que sea por librarse de alguna culpa.

Brianna la miró horrorizada. Era cierto que Trevor era inclemente, ella había sido testigo de su actuar con el caso de Simón Levi, pero jamás imaginó que fuese violento, mucho menos, con una mujer.

Parte de esa historia no le cuadraba, aunque no pudo preguntar más porque George comenzó a llorar de nuevo.

Naomi se había inclinado hacia él dirigiéndole una mirada enloquecida, podía sentirse a su alrededor un aura pesada y preocupante que llenó al niño de miedo.

Volvió a ponerse de pie y comenzó a recoger todas sus cosas con rapidez.

—No te vayas aún —exigió Connor, pero ella no lo atendía.

Él se levantó con intención de seguirla, aunque Naomi se lo impidió.

—¡Ni sueñes con dejarme! —le advirtió a los gritos, obligando a Brianna a apurarse para alejarse de ella porque su hijo también gritó asustado.

Naomi Morgan, era una mujer aterradora.

Capítulo 52.

Brianna llegó a la casa hecha un manojo de nervios. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener calmado a George cuando fue a buscar a su madre. El niño quedó inquieto por la actitud desquiciada de Naomi.

No quería que Kendra sospechara lo que había sucedido, así que tuvo que mentirle que el niño se había asustado en el parque con un perro para explicar su estado alterado.

Al llegar a la mansión, se alegró al hallar a la niñera. Ella la ayudó a darle un baño al niño para relajarlo y dormirlo, al tiempo que Brianna se ocupaba de su madre.

Al tenerlos a los dos tranquilos en sus habitaciones, enseguida se dirigió al despacho de Trevor. Tenía atorados en la garganta varios reclamos para él.

Como el despacho estaba abierto, aprovechó para entrar sin anunciarse. Él estaba de pie, de espaldas a ella. Miraba por uno de los ventanales hacia los jardines exteriores mientras hablaba por teléfono.

—¿Y esa persona es de confianza?

Se quedó muy quieta detrás de él a varios pasos de distancia y con los brazos cruzados en el pecho. Estaba ansiosa porque terminara de hablar para abordarlo.

—Ivanova, necesito que ese trámite no avance, al menos, por unas semanas.

Al escuchar el nombre de aquella mujer se inquietó. Ivanova Neville era la jueza del Tribunal de menores, la mujer que había sido su amante en el pasado y pretendía ayudarlo a impedir que Connor le quitara al niño a cambio de sexo con su esposo.

No pudo evitar que los celos la embargaran.

—Ahora estoy tapado de problemas, necesito tiempo para ocuparme de eso. Si ese abogado es capaz de concedérmelo, le daré todo lo que me pida.

Brianna apretó los dientes con furia. Sabía que esa mujer sería capaz de manipular la situación para ser ella quien le pidiera a Trevor todo lo que quisiera. No lo iba a permitir.

—Lo llamaré hoy mismo. Gracias por avisarme.

Trevor cortó la llamada, pero se quedó en esa posición revisando los mensajes de texto en su móvil.

Brianna se hizo sentir carraspeando con sonoridad. Él enseguida se giró hacia ella.

—Hola, ¿cuándo llegaron? —preguntó aproximándose, viendo con el ceño fruncido su rostro enfadado.

—Te dije que no hicieras ningún acuerdo con esa mujer.

Él respiró hondo antes de responderle y guardó su móvil en el bolsillo de su pantalón.

—El abogado de Connor introdujo la solicitud de paternidad, pero además, inició las gestiones para una demanda en mi contra.

Ella lo observó sorprendida.

—Imposible. Él me dijo que hoy tendría la primera reunión con su abogado para discutir sobre la solicitud de su paternidad.

—¿Hablaste con Connor? —preguntó, mosqueado.

Brianna se inquietó, pero enseguida se irguió para mostrarse firme.

—Sí, y eso me dijo.

Su respuesta lo afectó, pero intentó no demostrarlo.

—La solicitud ya está hecha en el Tribunal y hoy le harán la prueba de ADN en el laboratorio.

Ella se mostró desconcertada.

—Imposible.

—Ivanova acaba de avisarme que ese trámite ya…

—¡¿Por qué sigues comunicándote con esa mujer?! —exigió, furiosa.

—¡Es mi mejor contacto en ese Tribunal!

—¡Pero ella solo quiere acostarse contigo!

—¡Aunque lo quiera, sabe muy bien que eso no pasará!

—¡¿Y quién me asegura que eso no sucederá?!

Trevor se indignó por su consulta.

—Brianna, yo jamás te engañaría.

—¿No? Entonces, ¿por qué nunca me hablaste de Naomi Morgan?

El hombre se impactó por aquella pregunta, comprendiendo enseguida lo que sucedía.

—Hablaste con Connor —dijo decepcionado— ¿Volviste a reunirte con él fuera de la mansión y a mis espaldas?

Ella mantuvo su actitud iracunda para no perder el arrojo. Necesitaba aclarar con él muchos puntos.

—Me tratas igual que como lo hace mi madre y Lynette. Me ocultas cosas para manipularme y hacerme actuar como lo necesitas. Tú solo has querido a una muñeca a tu lado para que actúe según tus intereses, sin autonomía propia.

—¡Claro que no! —exclamó ofendido—. Siempre te he hecho partícipe de todas las decisiones. No he hecho nada sin consultarte.

—¡Acabas de negociar con tu amante sin consultarme! —bramó al borde de las lágrimas.

—No negocié con ella y… ¡no es mi amante! —recalcó irritado—. Ivanova solo me llamó para advertirme lo que el abogado de Connor había hecho esta mañana en el Tribunal y me recomendó a un abogado de confianza para que nos ayudara a rebatir su demanda. No voy a reunirme con él hasta no hablarlo contigo, para cualquier trámite de George se necesita de tu aprobación. Por más dinero que le entregue, él no podrá hacer nada, y tampoco pretendo hacerlo de esa manera.

Brianna lo observó con desconcierto. Había estado tan envenenada por los celos que no llegó a razonar lo que había escuchado.

Trevor se aproximó a ella para hablarle en un tono más suave. Tomó su cabeza con sus manos, peinando sus cabellos para apartarlos de su cara y así asegurarle que ella le prestara toda su atención.

—Brianna, ¿volviste a reunirte con Connor?

Los ojos de la mujer se anegaron con lágrimas de amargura.

—Estoy harta de que me engañen y me oculten cosas para manipularme. No quiero que me vean como una niña indefensa e inútil. Aunque he tenido problemas económicos desde siempre, soy capaz de tomar las riendas de mi propio destino y velar por mi hijo y por mi familia.

—Eso no lo pongo en duda.

—¡Sí lo haces! Al igual que lo hacen todos a mi alrededor. Me tratan como una tonta.

—¡Jamás he hecho eso! —aseguró él al borde de la desesperación.

—Nunca me hablaste de Naomi Morgan. ¡¿Por qué?!

Trevor cerró los ojos un instante, procurando que aquella situación no lo sobrepasara.

—Por el mismo motivo por el que tú no me hablaste de Connor al inicio. Quiero olvidarme de ella, borrarla de mi vida.

—Le pasas dinero todos los meses, te haces cargo de sus gastos para que ella no te denuncie porque la dejaste en silla de ruedas. No puedes borrarla de tu vida —aseguró, alejándose de él.

Trevor no podía creerse lo que ella le decía. Estaba asombrado por la información que manejaba.

—No le envío dinero por eso, ni siquiera se lo doy a ella, sino a su madre —dijo muy serio —. Firmé un acuerdo con la madre de Naomi cuando sucedió nuestro accidente, en el que ella quedó en silla de ruedas y yo estuve en estado crítico por meses. Naomi está mal de la cabeza, chocamos porque ella se alteró en medio de una discusión y comenzó a golpearme haciendo que perdiera el control. Desde antes tenía esos arranques de locura, pero su madre nunca ha querido encerrarla en un psiquiátrico. Me aseguró que se la llevaría a un lugar apartado donde Naomi sanaría por su cuenta y me suplicó que la ayudara económicamente porque ella no contaba con los medios suficientes. Acepté porque parte de la culpa del accidente fue mía, discutíamos porque había cometido el error de hacerle la misma propuesta de matrimonio que te hice a ti. Una que ella no aceptó porque quería una serie de lujos que no deseaba concederle.

Brianna se contrarió por lo que contaba y recordó las reacciones de Naomi en el café. Parecía desquiciada.

—Ella dice que intentaste asesinarla, por eso está en silla de ruedas.

—¿Ella, quién? —preguntó con alarma y volvió a acercarse a la mujer tomándola por los hombros—. ¿Con quién hablaste?

Brianna se asustó por su reacción. Él parecía preocupado de verdad.

—Con Naomi.

—¿Con Naomi? ¿Viste a Naomi?

La mujer bajó el rostro, avergonzada, pero Trevor tomó su mandíbula para alzar su rostro y exigir que lo mirara a los ojos.

—Connor me citó en un café para presentarme a Naomi. Ella me habló sobre el accidente.

Ahora fue Trevor quien se alejó, mostrándose angustiado. Se pasó ambas manos por los cabellos para controlar la cólera que lo embargaba.

—Maldición. Está aquí —dijo para sí mismo y caminó hacia su escritorio sacando su móvil del bolsillo de su pantalón.

—Trevor, ¿qué pasa? —quiso saber Brianna al ver que él marcaba un número telefónico de espaldas a ella.

Él no la atendió, estuvo varios minutos hablando por móvil con una tal Thamara, con Todd y con un agente de la policía. Escuchó sobre órdenes de restricción y sobre un peligro inminente. Todo aquello la llenó de miedos.

—¿Qué pasa? —exigió cuando él terminó la última llamada.

El hombre se giró hacia ella con el rostro tenso por la rabia.

—Naomi Morgan es una mujer que no está bien de la cabeza. Yo jamás he querido asesinarla, solo ayudarla. Ella intentó hacerme daño en varias ocasiones, por eso tiene terminantemente prohibido venir a Seattle sin confirmarlo a las autoridades. Fue por esa razón que no te conté nada de esa mujer, porque es el problema más traumático que tengo y no quería asustarte. No lo hice para manipularte de ninguna manera, nunca he querido hacerlo, todo lo que hemos hecho tú y yo ha sido de mutuo acuerdo. Pero ahora… Brianna, necesito una última cosa de tu parte.

Ella se contrarió por su petición.

—¿Qué?

—Aclárame, ¿fue Connor quien organizó ese encuentro? —Ella asintió con la cabeza, sin mirarlo, con sus ojos clavados en el suelo—. ¿Cuándo te llamó?

—Anoche.

Trevor respiró hondo, demostrando su enfado.

—¿Dónde estuvieron?

—En un café familiar cerca de la playa Pocket. Era un sitio público, no un bar de mala muerte —aclaró, recordando la última discusión que habían tenido por ese tema—. Nos reunimos por unos minutos mientras mi madre estuvo en su consulta médica.

—¿Fuiste con George? —quiso saber él, al recordar que ella había tenido que llevarse al niño por no estar disponible la niñera.

Cuando Brianna asintió, Trevor soltó una sonora maldición antes de alejarse de nuevo para volver a realizar una llamada por móvil.

Aunque no comprendía bien lo que sucedía, podía percatarse que había cometido un terrible error.

Una vez más le había fallado a Trevor, pero además, había puesto en riesgo a su hijo al llevarlo consigo a ese encuentro.

De nuevo la habían manipulado como si fuese una muñeca sin vida, atada a decenas de hilos. Una vez más se burlaban de ella para que otros alcanzaran sus fines.

Enfadada consigo misma, salió con rapidez del despacho para encerrarse en su habitación, ignorando los llamados de Trevor.

Necesitaba estar sola para castigarse a sí misma por sus imprudencias.

Capítulo 53.

Trevor hubiese querido pasar toda la tarde con Brianna y explicarle los motivos por los que le había ocultado la existencia de Naomi. Necesitaba que lo perdonara, pero tenía asuntos importantes que resolver. Entre ellos, ubicar al traidor de Connor.

Estaba furioso por esa nueva imprudencia de su amigo, una que había llegado más lejos de lo debido.

Por su empeño en destruirlo, Connor había sido capaz de llevar a esa ciudad a Naomi a pesar de todas las restricciones legales que esa mujer tenía impuestas.

Naomi era un peligro, incluso, estando en silla de ruedas. Ella era capaz de llevar a cabo acciones que podían poner en peligro la vida de cualquiera y el muy estúpido la reunió con la mujer que supuestamente amaba y con su propio hijo.

No iba a permitir que él siguiera cometiendo ese tipo de errores. Era hora de detenerlo.

Se comunicó con Comanche para que lo buscara hasta debajo de las piedras. Necesitaba saber dónde se alojaba en Seattle.

Mientras el expolicía lo ubicaba, él se comunicó con los policías y abogados que habían llevado el caso de Naomi, así como con la familia de la mujer. Debía asegurar que la encontraran y la sacaran ese mismo día de la ciudad poniéndola a kilómetros de su familia.

Conocía muy bien el nivel de desvarío mental que ella poseía. No podía subestimarla, porque sabía que sería capaz de hacerle mucho daño.

Naomi tenía una extraña obsesión con él y no sabía qué haría ahora que sabía con quien se había casado y que esa mujer tenía un hijo.

Cuando Comanche le informó la dirección del hotel donde Connor se alojaba, así como del lugar donde se hallaba en ese momento de la noche, Trevor no dudó en ir en su búsqueda.

Si no lo enfrentaba cara a cara, aquel conflicto jamás terminaría.

Esa noche, Connor había asistido al gimnasio que solía visitar cuando vivía en Seattle. Winston, el entrenador de boxeo, más que su instructor, era un amigo para él. Era obvio que fuese a verlo cuando se hallaba en la ciudad.

Al llegar al gimnasio, Trevor enseguida se dirigió al área de los cuadriláteros donde sabía

que lo encontraría.

Connor era un aficionado al boxeo, por años lo practicó.

Cuando lo divisó, se llegó hasta él ignorando las miradas curiosas que le dirigían las personas presentes en aquel lugar.

—Vaya tranquilidad la que tienes a pesar de la cagada que cometiste hoy.

Connor dejó de golpear el saco de boxeo para encarar a su amigo.

Trevor se percató que el idiota tenía un rasguño en la mejilla izquierda así como varios en el cuello. Ese tipo de heridas muchas veces él las había tenido por culpa de las discusiones con Naomi.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Connor con la respiración agitada por el ejercicio.

—¿Cómo hiciste para contactar a Naomi? —consultó enfado.

El otro se irguió y comenzó a quitarse los guantes.

—Veo que Brianna ya te…

No pudo continuar porque Trevor se aferró con brusquedad del cuello de su camiseta y lo sacudió dejándolo a pocos centímetros de su rostro.

—Eres un imbécil. Naomi está mal de la cabeza, es un peligro y tú llevaste a esa mujer con Brianna y con tu hijo.

Connor lo empujó para liberarse de su agarre y lanzó con brusquedad los guantes al suelo. Su rostro se tensó por la rabia.

—No vuelvas a ponerme un dedo encima —advirtió y lo señaló con advertencia—. Tú resultas un mayor riesgo para Brianna y para mi hijo. Por eso me esfuerzo por apartarlos de tu lado.

—¿Yo los reuní con una mujer que no tiene estabilidad mental?

Connor apretó la mandíbula por la acusación, sin poder rebatirla. Tarde se enteró que Naomi era bastante inestable.

Aunque en el pasado fue testigo de algunas de sus locuras, pensó que por su discapacidad eso ya estaba superado.

—Tú eres un verdadero riesgo para ellos —siguió Trevor—. No solo los pones en peligro aquí, sino que además quieres llevarlos a Nueva York para tenerlos ocultos de la gente que te

rodea. Para aprovecharte de Brianna al hacerla tu amante y que siga siendo la otra, como lo fue el tiempo en que vivió contigo aquí en Seattle.

—¿De qué hablas? —preguntó, desconcertado.

—Hablé con Natalia, tu prima, y ella me contó todo sobre tu compromiso con Margaret Holland. —Connor se paralizó por la acusación—. Esa mujer ha financiado tu productora deportiva desde que la fundaste, ya compró casa en Nueva York y hasta mudó su empresa a esa ciudad. Solo espera a que termines unas negociaciones para casarse contigo e iniciar su nueva vida lejos de sus padres. ¿Dónde queda Brianna y George en toda esa historia? ¿En qué bajo suburbio de Nueva York los dejarás para que Margaret y su familia no se enteren de su existencia y no los lastimen? De la misma forma en que ellos lastimaron a Lynette al enterarse que esperaba un hijo tuyo.

El rostro de Connor perdió todos los colores. El hombre apretó los puños con fuerza antes de responderle.

—No sé de dónde sacas…

—¡Deja de mentir! —exigió Trevor dominado por la cólera.

Winston, el entrenador, así como algunos de los asistentes al gimnasio, se acercaron con intención de evitar alguna pelea, escuchando atónitos lo que discutían.

—No solo hablé con Natalia —siguió Trevor—, también llamé a tu padre hoy por teléfono y me contó de las terribles deudas que dejaste en su productora antes de irte, por eso él se enfadó tanto contigo y te desheredó. Me habló de los abultados créditos que pediste y de los grandes gastos que hiciste con las tarjetas de crédito corporativas que te facilitaron, consumos que no estaban relacionados con el trabajo. Los Holland tuvieron que cubrir parte de esas deudas para evitar que tu padre quedara en la quiebra y te demandaran, por eso dependes totalmente de ellos. No puedes volver a engañarlos manteniendo en las sombras a otra mujer.

—Tú no sabes nada de mí —fue la única respuesta de Connor, reflejando la desesperación que lo invadía.

—Dime, ¿qué carajos pretendías al traer a Naomi a Seattle? Tú mejor que nadie conocías los problemas que yo tenía con ella.

—¡La lastimaste y la tienes escondida en Tacoma para que nadie se entere de ella, ni Nakamura ni ninguno de tus clientes importantes! ¡Eso mismo puedes hacerle a Brianna!

—¡Yo no lastimé a Naomi! Tuvimos un accidente, idiota. Si hubieses sido de verdad mi

amigo, te habrías enterado de lo sucedido, del tiempo en que estuve internado por culpa de ella, de su acoso luego de que ambos saliéramos de la clínica, de las denuncias que están en su contra y del convenio que hice con su madre de sacarla de la ciudad porque no quería que la encerraran en un sanatorio mental. Puedes hablar con Joey para que confirmes lo que te digo. Estoy seguro que moviste todos tus contactos para saber dónde estaba Naomi y cómo usarla en mi contra, pero es evidente que te dieron solo una parte de la información.

—Me dijeron lo suficiente para demostrar quién eres y qué pretendes.

Trevor resopló con burla.

—¿Quién te dio esa información? ¿La mujer que te produjo esos arañazos en el rostro y el cuello? —Connor se incomodó por esa referencia—. Nada de lo que ella diga podrás usarlo en un Tribunal. Tengo a decenas de testigos que rebatirán todas sus palabras, incluyendo a su propia familia. Lo que hiciste fue la peor de tus imprudencias.

—Haré lo que sea necesario para sacar a Brianna y a mi hijo de tu casa, para liberar a mi mujer del maldito contrato que le obligaste a firmar.

—¿Tú mujer, imbécil? —Trevor se aproximó a él, pendenciero, cansado de sus provocaciones—. Brianna ahora es mía, en todos los sentidos. Tú jamás podrás…

No pudo continuar con su advertencia porque Connor le propinó un fuerte puñetazo que lo hizo trastabillar.

—¡No! ¡Se acabó la discusión! ¡Aquí no podrán…!

Trevor interrumpió las exigencias de Winston al lanzarse encima de su amigo. Ambos cayeron sobre las colchonetas y se enredaron en una pelea encarnecida que se había tardado mucho tiempo en desatarse.

Nadie pudo detenerlos. En ocasiones Connor dominaba la pelea, pero Trevor estaba tan enardecido que lograba derribar a su oponente y ubicarse encima de él para estrellar sus puños en su rostro.

Desde hacía varios años los dos habían practicado el boxeo como herramienta de distracción y compartir entre ellos, ahora les resultaba un mecanismo de venganza.

Cuando al fin lograron separarlos, ambos estaban sudorosos, con las respiraciones agitadas y los rostro ensangrentados.

Aunque igual, procuraban mostrarse firmes ante el otro, atacándose con miradas amenazantes.

—Lo siento, chicos, pero tengo que pedirles que se marchen del gimnasio —solicitó Winston, enfadado por lo ocurrido.

—Me iré —dijo Trevor, sin quitarle la mirada de encima a Connor—. Si dañamos algo, avísame. Correré con los gastos.

Dio media vuelta para marcharse de allí evitando cojear lo menos posible, pero Connor lo detuvo al llamarlo.

Se acercó a él sin atender las peticiones de Winston. También caminaba con una visible cojera.

—Libera a Brianna del maldito convenio.

Trevor se irguió asumiendo una postura retadora.

—No la obligué a firmarlo ni pienso obligarla a mantenerlo. Si ella me lo pide, lo romperé. Pero veamos qué sucede cuando tú le digas la verdad de lo que pretendes con ella y con tu hijo. Merece saberlo.

—¿No le dirás nada?

—Manipularla no es mi estrategia para retenerla. Esa solo es la tuya.

Al terminar de decir aquello, le dio la espalda y siguió con dificultad hacia su auto. Sufrió al sentarse en el volante y poner el vehículo en marcha. Quería llegar pronto a casa.

La urgía encontrar una forma de resolver la confusión con Brianna sobre Naomi, no quería que ella tuviera solo las mentiras que esa mujer le había dicho.

Luego se encargaría de asegurarse que la habían encontrado y regresado a Tacoma, o tendría que mover sus influencias para que la llevaran a un sanatorio psiquiátrico.

No quería sufrir una vez más por las locuras de esa mujer. Unas que pensó, ya había superado.

Capítulo 54.

Al llegar a la mansión, Frederick lo ayudó a bajar del auto y se encargó de estacionarlo dentro del garaje.

Trevor fue directo a su habitación, pero Brianna lo encontró en el pasillo.

—¡¿Qué sucedió?! —preguntó aterrada y corrió hacia él.

—Nada. Estoy bien.

—No lo estás —aseguró, llena de preocupación, y lo ayudó a caminar pasando uno de los brazos del hombre por sobre sus hombros.

Él andaba sosteniéndose el costado, se quejaba con cada paso que daba.

—¿Volvieron a atacarte los Levi?

—No.

Al entrar a la habitación, ella comenzó a inquietarse por no saber cómo acostarlo en la cama. Trevor era muy pesado.

Por suerte, Frederick se hizo presente y se encargó de hacerlo.

Cuando Brianna le quitaba con cuidado los zapatos entró Virginia.

—¡Jesús, María y José! ¡¿Qué sucedió ahora?!

La mujer se angustió por el rostro ensangrentado del hombre, enseguida corrió al baño en busca de toallas limpias.

—Iré por el maletín de emergencias —expuso Virginia.

—No le digas nada a mi abuelo —pidió Trevor en medio de quejidos.

La mujer gruñó con enfado.

—Me has pedido eso muy seguido últimamente. Parece que volviste a tener diez años.

Alzó el mentón con soberbia para dejar en claro lo furiosa que se sentía y salió de allí dando largas zancadas.

—Señor, su abuelo ya está dormido. No se enterará de nada —lo calmó Frederick—. ¿Quiere que llame a un doctor?

—No.

—Sí —se apresuró por contrariarlo Brianna—. Llámelo, Frederick, o yo misma saldré a la calle a buscarlo.

La mujer había asumido tal actitud autoritaria que ni Trevor ni el mayordomo se atrevieron a rebatir su orden.

Frederick salió apresurado para llamar al doctor White, el médico de cabecera de la familia, mientras Brianna intentaba limpiar un poco la sangre que a él le corría por el cuello con una toalla.

—¿Qué sucedió? —quiso saber ella con los ojos empañados en lágrimas.

Trevor alzó una mano y acarició con dulzura su rostro con el dorso de sus dedos.

—Tuve una pelea con Connor.

La mujer se paralizó por la noticia.

—¿Qué?

—Fui a reclamarle por su imprudencia de haber traído a Naomi a Seattle y por haberla acercado a ti y a George sabiendo que está mal de la cabeza, pero terminamos en una pelea.

Ella lo observó por un instante con fijeza, con una mezcla de dolor y rabia en el semblante.

—¿De verdad volviste a tener diez años? —lo retó.

Él intentó reír, pero el gesto le produjo dolor.

—Me dejé llevar por el odio que sentía… y por el miedo.

Su propia confesión lo conmovió. Al ponerle nombre a lo que estaba experimentando era capaz de comprender lo que le sucedía.

Tuvo miedo de perderla. Se sintió aterrado al imaginar que no solo Connor podía arrancarla de su lado, sino también, Naomi, y por su error de no haberle hablado con tiempo de ella.

Ese temor tenía su raíz en el amor que estaba sintiendo por Brianna. La amaba, debía comenzar a aceptarlo. Aquella era ahora su verdad.

—Cuando te fuiste de la mansión, hablé con Virginia —confesó la mujer al reiniciar la limpieza de la sangre—. Naomi me había dicho que Virginia había sido testigo de la forma violenta en que tú la tratabas. Lo que me contó fueron unas historias aterradoras de la manera en

que esa mujer se comportaba cuando venía a casa.

—Naomi nunca estuvo bien de la cabeza. Yo entendí eso muy tarde.

—¿La amaste? —quiso saber, agobiada por la pena.

—Tal vez, un poco. Al inicio —reveló sin mucha importancia—. Ella era alegre y desinhibida y yo un tipo aburrido que lo único que hacía era trabajar las veinticuatro horas del día. Naomi me concedió esa emoción que necesitaba para escapar del estrés y de la presión que significaba la firma. Los excesos y las idioteces que hacía con ella me ayudaron a relajarme, pero con el tiempo comenzaron a crearme vicios y otras preocupaciones.

—Virginia me dijo que ella era una adicta a las drogas y al alcohol y eso la volvía violenta.

—Sí. Al inicio lo vi como un juego divertido y no le presté mucha atención. Me di cuenta del asunto cuando ella comenzó a agredir a otros para obligarme a estar con ella, como a Joey, a mi abuelo, a Virginia y hasta al propio Connor. Ella una vez intentó romperle el parabrisas de su auto una vez que él vino a visitarme, porque creía que me llevaría con otra mujer. Era en exceso celosa. No entiendo cómo Connor no recordó nada de eso.

Brianna se enfadó por esa noticia, porque eso demostraba que Connor sabía muy bien quién era Naomi y su nivel de peligro. Sin embargo, igual la citó para que se reuniera con ella y no fue capaz de advertirle nada para que no llevara consigo a su hijo.

—Y a pesar de eso, ¿le propusiste matrimonio?

Trevor comprimió el rostro en una mueca de disgusto, aunque eso le produjo dolor.

—Estaba desesperado. Mi abuelo me presionaba, Nakamura insistía en negociar pronto con nosotros y yo pensé que sería capaz de controlarla… De cambiarla. —Suspiró antes de continuar, pero el gesto le generó un nuevo quejido—. Sus episodios de locura estaban unidos a su consumo descontrolado de alcohol y drogas, fuera de eso, ella podía ser divertida y agradable. Quería ayudarla a superar sus adicciones a cambio de que ella me ayudara a consolidar la firma, pero el asunto se nos fue de las manos.

Brianna sintió pesar por él, lo notó entristecido y arrepentido. Entendió que Trevor debió sentir un fuerte cariño por Naomi en esa época, uno que le despertara una gran necesidad por ayudarla a salir de su vida tóxica. Ese fracaso aún lo lastimaba.

No pudieron seguir hablando porque Virginia entró como vendaval en la habitación cargada con gasas, agua oxigenada y tijeras.

Como él casi no podía moverse, tuvieron que cortarle la camisa para quitársela y así

limpiarle la sangre. Frederick las ayudó.

Para cuando llegó el doctor White, Trevor ya no se veía como la víctima de una película de terror, aunque algunas de las heridas necesitaron sutura.

Luego de verificar que no tuviese ningún hueso roto, le suministró los calmantes y antibióticos necesarios y enseguida se marchó para dejarlo descansar.

Frederick acompañó al doctor a la puerta mientras Virginia terminaba de recoger las ropas ensangrentadas para botarlas.

—Justo cuando te recuperabas por los golpes que recibiste con el intento de robo, viene y te pasa esto —reprochó la mujer al dirigirse a la puerta con su carga de ropa.

—Estaré bien. Tranquila —trató de calmarla, pero ella igual se marchó mascullando quejas.

—Pobre Virginia, le hemos dado muchos dolores de cabeza estos días.

Brianna se sentó junto a su esposo en la cama para llenarlo de mimos.

—Mañana le compraré un helado de chocolate suizo y almendras, es su favorito, con eso me perdona.

Ella sonrió por la ocurrencia.

—¿Helado? ¿Con eso la compras?

Trevor la observó con unos ojos llenos de súplicas y deseo. Tomó un mechón de su cabello y comenzó a enrollarlo en su dedo palpando su tersura.

—¿Cuál es tu postre favorito?

Brianna alzó las cejas con sorpresa.

—¿Quieres comprar mi perdón?

—Quiero conocerte, en todos los sentidos. Saber qué te gusta y qué odias.

Ella suspiró hondo y se recostó a su lado, acariciando con suavidad su pecho.

—Odio las mentiras y los secretos. Duelen demasiado.

—Si te oculté lo de Naomi fue para no preocuparte, no para lastimarte ni manipularte.

—Podría recordarte que los secretos nunca serán para bien, ellos siempre harán daño, y mientras más tiempo pase más dolorosos se vuelven, pero resulta que yo también te oculté una

parte muy importante de mí, la identidad del padre de mi hijo. Por eso estamos ahora en esta situación —dijo afligida.

Él tomó la mano con la que ella lo acariciaba y la apretó antes de llevársela a los labios para darle un beso.

—Agradezco que hayas mantenido ese secreto.

Brianna lo observó asombrada.

—¿Por qué?

—Porque jamás me hubiese casado contigo de haber sabido que Connor era el padre de tu hijo. Con eso me habría perdido este tiempo extraordinario que he vivido a tu lado.

Ella se mantuvo en silencio un instante, pensativa.

—También agradezco no haber dicho nada. —Ambos compartieron una mirada ardiente, que revelaba el profundo sentimiento que los embargaba—. Te amo, Trevor Harmon. Estoy por completo enamorada de ti. Rompí otra clausula más de nuestro contrato.

A él la risa le salió como un resoplido, como si hubiese estado sin respirar un tiempo largo y luego de conocer la noticia que tanto había esperado en la vida, recuperaba el oxígeno.

—Somos un completo desastre, Brianna Griffin, porque yo también rompí esa regla hace mucho. —Ella lo miró esperanzada, con la alegría brillando en sus pupilas—. Te amo, no sé exactamente desde cuándo, pero… estoy por completo enamorado de ti.

La sonrisa se ensanchó en el rostro de la mujer y una lágrima de felicidad escapó de sus ojos.

Se incorporó para besarlo, con suavidad, buscando no lastimarle las heridas.

—Maldición, en mala hora vine a terminar en este estado —se quejó él, con la sangre encendida por el deseo.

Ella no pudo evitar carcajearse.

—Tranquilo, ya tendremos tiempo para darnos cariño.

Él la miró muy serio.

—¿No me dejarás? ¿No te irás con…?

Brianna lo silenció posando un dedo sobre sus labios magullados.

—No nombres a otros en nuestra intimidad. Ni a otras —aclaró, asumiendo un semblante de advertencia que a él le fascinó.

—Te juro que nunca lo haré.

—Y me gustan las fresas. —Trevor alzó las cejas con sorpresa—. En cualquier presentación. En helado, postres, bebidas o la fruta sola. Me encantan.

Sonrió complacido.

—Fresas —repitió, pensativo—. Mañana pediré un camión repleto de fresas.

Las sonoras carcajadas de Brianna lo llenaron de dicha, casi tanto como sus caricias y besos. Amaba aquel sonido, quería escucharlo siempre.

Capítulo 55.

Días después, Trevor comenzaba a sentirse recuperado de las heridas retomando su trabajo desde la oficina.

Había pasado ese tiempo en cama, ocupándose de sus tareas mientras era vigilado de forma estricta por Brianna y Virginia, quienes no permitían que abusara y restara momentos de descanso para dedicárselo a alguna responsabilidad.

Brianna esos días volvió a asumir su rol de secretaria, aunque además, se desempeñaba como enfermera, amiga y amante. No lo dejó solo ni un segundo.

No solo veló por la salud de su esposo y lo ayudó con sus tareas pendientes, sino que aprovecharon ese tiempo de reclusión para conversar todo lo que no habían podido hablar desde que se casaron, conociéndose a fondo.

Ella llevaba a George a la habitación de él para que pasaran tiempo juntos, como una familia. Veían televisión recostados en la cama, jugaban al escondite debajo de las sábanas y dormían largas siestas abrazados.

Trevor no solo recibía allí las visitas del niño y de su esposa, sino las de su abuelo, las de Todd y hasta las de Nakamura, quien siempre estuvo en contacto para saber de los avances de su salud.

Joey también asistió en un par de ocasiones y lo mantuvo informado del estado de Connor.

Su amigo había quedado tan herido como él, aunque, en su caso, lo llevaron a un hospital donde lo internaron un par de días.

Natalia, su prima, lo acompañó todo ese tiempo, sin decirle a sus tíos o a Margaret Holland de su presencia en Seattle para que no lo importunaran.

Trevor sabía que Connor seguía enviándole a Brianna mensajes de texto a su móvil, para pedirle que fuera a visitarlo y así hablar, pero ella lo rechazaba.

No quería seguir cayendo en las manipulaciones de su expareja. Ya estaba cansada de los problemas que él le ocasionaba.

Le prometió reunirse para conversar cuando toda aquella crisis pasara, pero en un sitio neutral y acompañada de su abogado. Ya no quería darle más oportunidades para jugar con ella.

Una vez que Trevor tuvo la energía para ir a la oficina a atender en persona su trabajo, Brianna volvió a acompañar a su madre a sus controles de salud luego de las quimioterapias.

Virginia la había acompañado esos días, salidas que le sirvieron a la mujer para despejarse la mente de los problemas que había en casa y permitió que ambas entablaran una gran amistad, algo que no sabían que necesitaban.

Les resultó fortalecedor.

Pero la mañana de un miércoles, Brianna decidió ir con Kendra así se ponía al día con las recomendaciones del médico. Dejó a George en casa con la niñera.

Como todos los días, la niñera salió con el bebé a media mañana al parque cercano. Así lo paseaba para que disfrutara de otros ambientes y socializara con otros niños.

Luego de estar una hora en los juegos, lo llevó a dar una vuelta mientras George se entretenía con los botones musicales de su cochecito y veía fascinado a las personas que pasaban trotando a su lado o a las mascotas.

—Hola. ¿Ese niño es George Griffin?

La niñera se inquietó por la pregunta que le había hecho un hombre joven, quien de pronto se acercó a ellos.

—¿Quién es usted? —quiso saber, detallándolo.

Se trataba de un sujeto alto, de cabello espeso y barba negra, que poseía unos ojos punzantes que miraban de forma amenazante.

—Soy Benjamín Adonis, amigo de Brianna de la universidad —dijo y ofreció su mano para que ella la estrechara—. Trabajé un tiempo en Harmon y Asociados por iniciativa de Brianna. Reconocí al niño apenas lo vi.

Ella sonrió con recelo.

—¿Y qué haces por aquí? —quiso saber.

Aquel barrio era de gente exclusiva, no era común que cualquiera estuviera vagando por sus calles sin una finalidad definida.

—Ahora trabajo para el doctor Diermissen, soy su asistente.

La mujer asintió recordando al polémico y millonario cirujano plástico alemán que vivía a unas calles de distancia de los Harmon.

En varias ocasiones el hombre había tenido que realizar sus consultas desde su casa por culpa del acoso de la prensa, de algún cliente molesto o de la policía.

Benjamín Adonis se inclinó para jugar con George que lo miraba con curiosidad.

—¿Brianna está viviendo por aquí? No lo sabía —preguntó él.

—Está casada con el señor Trevor Harmon —respondió la mujer y decidió cambiar el rumbo para dirigir el cochecito hacia el estacionamiento y así regresar a la mansión.

Se sintió inquieta.

—¿Se casó? ¡Qué sorpresa! Yo trabajé con ellos algunos pocos meses como pasante —explicó, siguiéndola—, hasta que encontré el puesto de asistente con Diermissen. No la veo desde hace mucho.

—Le informaré que nos encontramos y le haré llegar sus saludos —aseguró la niñera con amabilidad y apresurando el paso.

Al llegar al estacionamiento miró atrás y vio a Benjamín Adonis parado en la caminería con las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón y junto a una mujer de tez morena que iba sentada en silla de ruedas. Ambos los miraban con una intensidad que a ella le resultó estremecedora por los claros desafíos que emitían.

Esquivó los autos aparcados en el lugar para tomar rápido la calle que los llevaría a casa, pero de pronto escuchó unos pasos que corrían hacia ella y sintió un fuerte golpe en la cabeza.

Perdió el conocimiento antes de tocar el suelo.

***

Brianna salía de la consulta con su madre cuando recibió una llamada de su niñera. La atendió esperando que no fuese una emergencia de su hijo.

—Gloria, ¿todo bien?

—Ahí, señora. Paso algo terrible.

Brianna empalideció al oír su tono urgente y sus llantos.

—¿Qué ocurrió? ¿George está bien?

Kendra se angustió por aquella pregunta y se detuvo mirando a su hija con preocupación.

—Se lo llevaron, señora. Se llevaron al niño.

—¡¿Quién?! —exigió, alarmada.

—Un hombre que me abordó en el parque. Me golpeó, por eso estoy en el hospital. La policía me encontró inconsciente en el estacionamiento, sola. No sé dónde está George.

Brianna por poco cae al suelo sobrepasada por el miedo. Kendra tuvo que ayudarla a recostarse de la pared para mantener el equilibrio y así hablar con Gloria, quien le contó, con frases atropelladas por el llanto y la angustia, lo que había sucedido.

Le dio detalles del tal Benjamín Adonis y de la mujer en silla de ruedas, asegurándole que le había dado a la policía esos mismo datos por eso ellos estaban de camino a la casa del doctor Diermissen, para iniciar las averiguaciones.

Apenas terminó de hablar con la niñera. Brianna corrió al estacionamiento con su madre y le pidió al chofer que la llevara al hospital donde Gloria se encontraba.

—¡¿Qué sucedió?! —quiso saber Kendra llena de ansiedad.

—Secuestraron a George, mamá —reveló Brianna temblando por los nervios y mientras marcaba en su móvil el número de Trevor.

—¡¿Cómo que lo secuestraron?! ¡Dios mío! —exclamó la mujer también al borde del llanto.

El chofer se apresuró por dirigirlas al sitio que le habían solicitado.

—¡Trevor! —gritó Brianna cuando su esposo atendió la llamada.

—¿Qué pasa? —preguntó él con preocupación.

—Naomi se llevó a George. Lo secuestró en el parque con ayuda de un hombre. Golpearon a Gloria para llevárselo. Ella está en el hospital con la policía.

Trevor quedó paralizado por aquella noticia.

Estaba en el salón de reuniones con Todd y con un grupo de sus abogados. Revisaban los casos de los nuevos clientes que esa semana activarían.

—¿Estás segura que fue Naomi? —preguntó y se puso de pie para salir del salón y así hablar en privado con ella.

Todd lo escuchó y notó su actitud angustiada, por eso se ocupó de que la reunión siguiera su marcha bajo la dirección de uno de los abogados de mayor confianza y salió tras su amigo para saber lo que había sucedido.

—Ey, te escuché mencionar a Naomi. ¿Todo bien?

Trevor ya había terminado de hablar con Brianna enterándose de lo sucedido. Se notaba bastante enfadado.

—Secuestró a George en el parque, cuando la niñera lo llevó a dar su paseo diario.

Todd observó a su amigo con espanto unos segundos, hasta que Trevor decidió dirigirse a su oficina.

—¿Qué harás? —quiso saber mientras se apresuraba a seguirlo.

—La voy a encontrar. Esta mujer no volverá a dañar mi vida.

Como Trevor se enfocaba en realizar llamadas telefónicas desde antes de entrar en su despacho, Todd se ocupó de advertir a la señora Brown de lo que sucedía para que cancelara todos los compromisos que tenían ese día y que nadie los molestara a menos que fuera la policía.

Al entrar, Trevor marcaba un segundo número telefónico. A los pocos segundos le atendieron.

—¡Eres un maldito imbécil! ¡Te dije que serías un peligro para Brianna y para tu hijo!

—¡¿Qué mierda te sucede?! —respondió Connor al otro lado de la línea, quien aún se encontraba en Seattle, preparando su viaje de regreso a Nueva York.

—George desapareció. Naomi lo secuestró en el parque mientras estaba de paseo con su niñera.

—¿Qué dices? Eso no puede ser. Hablé con Naomi por móvil hace un par de días, me dijo que se iría a Tacoma porque su hermana y su madre la habían ubicado.

—Pero se les escapó, acabo de hablar con Thamara. Ahora tiene a George.

Connor masculló maldiciones haciendo enfadar más a Trevor.

—Escucha, idiota. Me había quedado callado con respecto a lo que hiciste pensando que todo se resolvería con facilidad, pero ahora George está en peligro y no seré condescendiente. Le diré a la policía que fuiste tú quien trajo a Naomi como coartada para molestarme. Tendrás que asumir la responsabilidad de este hecho —advirtió, luego de cortar la llamada.

Todd lo observó con los ojos abiertos en su máxima expresión, sorprendido por aquel drama.

Al ver que su amigo tomaba su abrigo para marcharse se apresuró por intervenir.

—¿A dónde irás?

—A buscar a Naomi. No descansaré hasta encontrarla y recuperar al niño.

Trevor salió como un toro de la oficina, resoplando por la cólera.

Capítulo 56.

Cuando Trevor llegó al hospital, Brianna corrió y se lanzó a sus brazos.

—¡Se lo llevó! ¡Es mujer se llevó a mi hijo! —exclamó entre llantos.

Connor ya estaba allí y miraba enfurecido la escena. Su hotel estaba ubicado en las cercanías de aquel centro de salud.

—Tranquila. Lo encontraré —aseguró, y le acarició la espalda y los cabellos antes de besar su cabeza.

Al separarla un poco para mirarla a los ojos, se enfadó al descubrir su rostro hinchado y afligido. No quería verla así nunca más.

—El tal Benjamín Adonis es una mentira —reveló ella—. Yo no lo conozco y la policía habló con Diermissen y él jamás ha escuchado ese nombre.

—Es obvio que haya mentido —respondió y lanzó una rápida mirada cargada de ira hacia Connor—. Debía justificar su cercanía para distraer a Gloria.

—¿Qué vamos a hacer, Trevor? ¿Cómo vamos a encontrar a George? Esa mujer es peligrosa. George le tenía miedo, debe estar muy asustado —exclamó con nerviosismo.

—Calma. Ahora te necesito serena —pidió acariciándole el rostro—. Hablé con Comanche, él me está averiguando datos sobre ese hombre, y ahora voy a reunirme con la hermana de Naomi. Su familia va a colaborar para encontrarla.

—Casi matan a Gloria. El golpe que le dieron en la cabeza fue muy fuerte. La tienen sedada y le van a realizar una tomografía —explicó entre gimoteos.

—El director de este hospital es amigo de mi abuelo, le avisaré para que se ocupe de ella mientras vas a casa —dijo y sacó su teléfono móvil—. Tu madre llegó angustiada a la mansión, alteró a Virginia y a mi abuelo. Le pedí a los enfermeros que fuesen ahora mismo para que los atendieran, pero necesito que tú estés allá.

—No quiero dejar sola a Gloria. Su madre y su tía están por llegar.

—Apenas ellas lleguen, regresas a la mansión. Ya activé un equipo de seguridad para que los proteja, un miembro de ese grupo vendrá para estar contigo, pero prefiero que estés más resguardada en casa.

—¿Y tú?

—Yo estaré bien. No quiero que te preocupes por mí.

—Pero…

—Iré con él.

La intervención de Connor los silenció. Ambos lo observaron con fijeza.

En los ojos de Brianna se reflejaba duda y desesperación. En los de Trevor, rabia y reproches.

—Es mi hijo. Quiero participar en la búsqueda —apuntó Connor con seriedad.

Trevor iba a decirle algo, pero en ese instante llegó la madre de Gloria y la tía pidiendo con angustia explicaciones.

Luego de que él les informara lo que sucedía y las presentara con el director del hospital, que en ese momento se hizo presente y sería quien se ocuparía en persona de la niñera, se llevó a Brianna hacia el estacionamiento para que volviera a la mansión con el miembro de su equipo de seguridad.

—Por favor, mantenme al tanto de todo lo que suceda. Te lo ruego —susurró ella al abrazarse a su esposo, sintiendo las caricias de él en su espalda.

—Lo traeré de vuelta, te lo prometo —le susurró al oído.

Se besaron llenos de ansiedad, justo en frente de Connor, quien les dio la espalda para soportar la rabia que le produjeron los celos.

Una vez pudo calmarla, la hizo entrar dentro del auto y le pidió al guardia que se pusiera en marcha.

Miró su partida procurando no demostrar su agitación, luego se giró hacia Connor y retomó su actitud iracunda.

—No es necesario que vengas —dijo y caminó hacia su auto.

Connor se apresuró por seguirlo.

—Es mi hijo —recordó con la mandíbula prieta.

—¿Por qué no pensaste en eso cuando trajiste a esa mujer a Seattle?

—No imaginé que aún estuviese tan mal.

Ambos entraron en el vehículo y enseguida Trevor lo dirigió hacia la casa de Thamara.

—Eres un completo imbécil, Connor. ¿Te das cuenta que lo tuyo es un simple capricho? ¿Una estúpida competencia para vencerme?

—¿Vencerte? ¿Por qué te crees tan importante? Todo lo que he hecho ha sido para recuperar a Brianna y a mi hijo.

—Si eso fuese verdad, habrías actuado de manera diferente desde el principio, ¡negociando! —apuntó eso último con enfado.

—¿Cómo iba a negociar contigo, si me dijiste desde el primer día que ella era tu esposa, que te pertenecía?

—Por supuesto que era mi esposa desde ese momento. Ya estábamos casados y habíamos firmado un contrato cuando tú apareciste, no iba a permitir que ella simplemente se fuera y ya. Pero, en vez de acercarte con intención de llegar a algún acuerdo, comenzaste a acorralarla invitándola a bares de mala muerte y a amenazarme con revelar el secreto de Naomi para convencerla. Sabías que Brianna nunca iba a volver contigo por voluntad propia. La engañaste y utilizaste por mucho tiempo, le rompiste el corazón varias veces y aún lo seguirás haciendo.

Connor se mantuvo en silencio un instante.

—No quiero lastimarla. Es la única mujer con la que quiero estar.

—¿Y ya le contaste eso a los Holland?

Connor comprimió el rostro en una mueca de desagrado.

—¿Seguirás poniéndola en peligro? Porque cuando Margaret se entere de su existencia y la de George, actuará con desesperación. Mira lo que le hicieron a Lynette.

Connor se pasó una mano por sus cabellos demostrando su desesperación.

—Margaret no le hizo nada a Lynette. Sí tuvieron una fuerte discusión en su trabajo, pero nunca la tocó. Lynette creyó que podía fingir que el niño era de otro para seguir cerca de mí y de Brianna, pero Margaret le aseguró que yo me marcharía con ella. Ya desde ese momento hablaba de irnos a vivir otra ciudad, lejos de sus padres. Lynette terminó tan enfadada por esa charla que salió a la calle sin fijarse en nada. La arrolló un ciclista que venía a toda velocidad, por eso perdió al niño.

Trevor apretó las manos en el volante recordando el profundo dolor que había demostrado Lynette por haber perdido a su hijo. Una tragedia que la dejó más marcada que todos los malos

tratos que le había dirigido su familia y la gente que la rodeaba.

—Debiste apoyarla, para ella ha sido muy doloroso.

—Lynette sabía que yo no quería a ese hijo. Fue su capricho, no el mío.

Trevor lo observó con odio un instante antes de fijarse en la vía.

—¿Cuándo te volviste un maldito canalla?

Connor le dedicó una mirada gélida.

—Lo de Lynette fue un error de una noche, ella lo sabía. Yo no quería perder a Brianna y buscaba las formas de liberarme del compromiso con Margaret para estar solo con ella.

—¿Y qué hacías para romper el compromiso con Margaret? ¿Aceptar su dinero porque no te alcanzaba el que te daba tu padre y el que le robabas a tu propia empresa?

—¡Deja de acusarme sin saber nada de mí!

—¡De ti sé todo lo que necesito…!

Tuvieron que dejar de discutir porque, al llegar a la casa de Thamara, encontraron a su hija de diez años afuera, llorando.

Trevor enseguida detuvo el auto junto a la calzada y bajó acercándose a ella. Connor lo siguió.

—Ey, Ashley, ¿cómo estás? ¿Te acuerdas de mí? Soy Trevor, amigo de tu mamá.

La niña gimoteaba con el rostro hinchado por el llanto. Era evidente que llevaba rato con aquella pena.

—Mi mamá está mal, estoy esperando que llegue la policía.

—¿Los llamaste? —Ella asintió—. ¿Dónde está tu mamá?

—En la casa. Mi tía vino y la golpearon con un vaso que estaba sobre la mesa.

—Maldición —exclamó Connor y corrió al interior de la casa.

Trevor tomó la mano de la niña para que los acompañara, así no la dejaba sola en la calle.

Adentro, hallaron a Thamara en el suelo de la sala, con una herida en la cabeza de la que brotaba sangre. La mujer intentaba detenerla con un paño de cocina.

Connor se inclinó junto a ella para ayudarla, se notaba muy débil.

Cuando la mujer vio a Trevor se angustió.

—¡Naomi vino!

Él se arrodilló para estar más cerca de ella.

—¿Qué pasó?

—Está con un hombre, no sé quién es. Vinieron a buscar las llaves de la casa que tengo en Lakewood, frente a la bahía. Como no quise dárselas, el hombre me golpeó y tomó las llaves.

—¿Estaban con un niño? —preguntó Trevor, nervioso por su estado.

—No sé, pero estaban muy pendientes de la camioneta donde habían venido. Era una vans blanca con rampa adaptada para sillas de ruedas.

—Tal vez, lo dejaron adentro de la vans —comentó Connor haciendo presión en la herida de la mujer para evitar que brotara más sangre.

—¿Qué hizo ahora Naomi? —quiso saber Thamara angustiada, pero cada vez se notaba más débil, a punto de perder la conciencia.

—Tranquila, yo me ocuparé de todo. Ya llega la policía —dijo al escuchar las sirenas de las patrullas frente a la casa.

—Ashley… —exclamó la mujer.

—Me ocuparé de ella. No te preocupes —aseguró antes de que los oficiales entraran en la casa.

Él se apartó para que los policías evaluaran el estado de Thamara mientras les explicaba lo sucedido y pedía que se comunicaran con el comisario encargado del caso de Naomi, que manejaba la denuncia de secuestro.

Ashley se abrazó a él, asustada por el estado de su madre y al ver que su casa de pronto se llenó de policías y paramédicos.

Trevor la llevó consigo a la mansión antes de ir a la comisaría, acompañado por Connor.

Ambos estaban dispuestos a encontrar a George ese mismo día, les costara lo que les costara.

Capítulo 57.

Trevor y Connor acompañaron al comisario Cotton a Lakewood, donde Thamara y su esposo tenían una casa de veraneo cerca del puerto deportivo.

Llegaron con varias patrullas y rodearon la vivienda en segundos. En un costado se hallaba estacionada la vans blanca.

Comanche ya le había avisado a Trevor que el tal Benjamín Adonis era un sicario contratado por Naomi, un delincuente peligroso y muy violento que poseía un largo prontuario delictivo. Por eso, los oficiales habían ido preparados con equipo de seguridad y asalto.

Los policías se acercaron gritando instrucciones por un megáfono. Pedían a quienes estuviesen adentro que salieran.

Trevor bajó del auto sintiéndose ansioso, podía escuchar el llanto de George en la lejanía.

—¿Cuánto tiempo esperarán si no obedecen? —preguntó al comisario.

—Si no atacan, no podemos actuar. Solo mediar.

—Maldición —se quejó.

—¿Y si intentas hablar con ella? —aconsejó Connor. Trevor lo traspasó con su odio—. Ella está haciendo esto por ti, para llamar tu atención.

—Ella está haciendo esto por ti —rebatió—, porque tú la trajiste a esta ciudad, le presentaste a Brianna y al niño y le llenaste la cabeza con basura. Nada de esto estuviese ocurriendo si no hubieses cometido esa imprudencia.

—¡Bien! ¡Acepto mi error! —se quejó Connor, molesto— Ahora debemos actuar. Ellos podrían estar haciéndole daño al niño. George necesita a Brianna.

Trevor hubiese querido seguir discutiendo aquella situación con su antiguo amigo, pero entendía que él tenía razón.

Mientras más tiempo dejaran al niño con Naomi el peligro aumentaría. Estaba en sus manos detener ese conflicto.

Se aproximó al comisario para hablarle.

—Iré a esa casa para hablar con Naomi.

—Es peligroso, ellos podrían tener algún arma. No puedo garantizar su vida en esas condiciones.

—Quiero asumir el riesgo. Ella solo actuará si me ve.

El policía se lo pensó un instante, luego le pasó varias instrucciones a su equipo antes de permitirle a él que interviniera.

Trevor caminó hacia la casa vigilando las ventanas, notó que se asomaban con disimulo para descubrir quien se acercaba. Al llegar al porche, habló en voz alta.

—¡Naomi, soy yo, Trevor!

Por varios segundos, él pudo escuchar murmullos dentro de la vivienda así como el llanto de George.

—¿Estás desarmado? —preguntó un hombre.

—Sí.

Su ansiedad subió al escuchar que sacaban los cerrojos de la puerta y esta se abría con lentitud.

Nadie lo recibió, la persona que le daba paso se encontraba oculta tras la madera.

Respiró hondo antes de entrar. La casa estaba oscura. No habían encendido las luces y todas las ventanas se hallaban cubiertas con gruesas cortinas.

Apenas estuvo dentro, cerraron la puerta y pasaron los cerrojos.

Él se giró con lentitud encontrándose con el supuesto Benjamín Adonis, quien tenía un arma en sus manos.

El hombre lo observó con amenaza.

—Camina —le ordenó y le señaló con un movimiento de mandíbula el camino hacia la cocina.

Trevor hizo lo que le habían pedido estando muy atento a los alrededores. No quería que el tal Benjamín se le lanzara encima para hacerle daño, o alguien escondido entre las sombras.

Al llegar a la cocina, vio a Naomi en su silla de ruedas mirándolo con reproche. Junto a ella estaba una mujer robusta y de mediana edad, que, según Thamara, era la mujer que cuidaba la casa.

Ella vivía en las cercanías y acudía cada dos días para airear las habitaciones y

desempolvar. Thamara supuso que estaría allí cuando llegó Naomi porque, al llamarla para advertirle lo que haría su hermana, el esposo de la mujer le informó que se encontraba en esa vivienda desde muy temprano. Aquel era el día de la limpieza de los baños.

La mujer lo observó con angustia, tenía a George en sus brazos.

El niño, al verlo, reanudó con mayor fuerza su llanto y estiró sus bracitos hacia él.

—Déjame cargarlo para calmarlo —pidió a Naomi. Ansioso por tomar al niño y arrancarle los miedos.

—Él no es tu hijo, ¿por qué lo quieres?

—Es un bebé —aclaró, molesto—. Está asustado, solo quiero calmarlo.

No solo George lloraba por él, la mujer que lo tenía en brazos también lo hacía. Estaba aterrada y quería que la sacaran de allí.

—Te casaste con una mujer que tenía un hijo de otro, cuando pudiste haberlo hecho conmigo que estaba libre. Te habría dado diez hijos propios si me lo hubieses pedido.

—Te pedí que te casaras conmigo, pero tú me rechazaste.

—No quería estar en las sombras. ¡Quería ser tu mujer frente a todos!

—¡Ibas a ser mi mujer frente a todos, solo que no de la manera en que tú lo pedías! Sabes que no soy hombre de fiestas ni de eventos, a menos que deba ir a negociar —porfió él, aunque se obligó a relajarse al oír que los llantos del niño reiniciaban. Lo asustaban los gritos—. Déjame cargar a George para que podamos hablar.

—A ese niño estúpido no le pasará nada si llora por un rato.

—Llevas horas con él, Naomi. Ni siquiera tiene un año de edad. Deja que lo tranquilice y así podemos llegar a un acuerdo. Con él en ese estado no puedo concentrarme.

Naomi gruñó con sonoridad por el enfado y miró con odio a la mujer que cargaba a George, quien también lloraba, asustada por lo que sucedía y por la presencia de Benjamín Adonis en la cocina sosteniendo un arma.

—¡Dáselo! —le ordenó.

La mujer, temblando por la angustia, lo hizo.

Trevor enseguida abrazó al niño de forma protectora y lo llenó de besos y caricias al tiempo que le susurraba palabras de alivio al oído. George se aferró tanto a él que lo arañaba,

temblaba por el miedo.

A Trevor no le gustó que él estuviese así, podía enfermar.

—Connor está afuera. Deja que se acerque para que se lleve al niño y así se vaya la policía y esta mujer. Me quedaré aquí, contigo.

—¿Te quedarás para siempre? ¿Cómo lo habías prometido?

—Lo haré.

Ella observó a Benjamín Adonis y le pidió con un movimiento de cabeza que fuese por Connor.

El hombre obedeció y gritó desde la ventana que el otro se acercara. Pasó más de un minuto antes de que Connor pudiese cruzar la puerta y caminar con lentitud a la cocina custodiado por Adonis.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó a Naomi al verla.

—Lo que tú no te atreviste a hacer por cobarde.

—¿Crees que así lograrás algo?

—Connor —lo silenció Trevor—. Sal de aquí con el niño y con esta mujer y dile a la policía que se marche.

—No haré eso —rebatió, indignado.

—Hazlo ahora —ordenó Trevor con voz autoritaria—. Llévate al niño y a la mujer.

—No te dejaré solo. Ella tiene que entender que lo que está haciendo es un error —dijo y señaló a Naomi.

—¿Error? —se burló la mujer—. Llevas más de un mes intentando recuperar a tu Brianna y lo que has hecho es permitir que ella comparta más tiempo con Trevor.

—Entrar a la mansión con un arma en la mano, como me lo recomendaste, lo que lograría sería alejarla más de mí, como estás haciendo tú ahora con Trevor.

—¡Trevor acaba de prometer que se quedará conmigo para siempre!

—¡¿Y le creíste?!

—¡Connor, cállate y llévate al niño! —bramó Trevor con enfado haciendo que el chico llorara con mayor ímpetu.

—¡No! Yo inicié esto y yo lo termino —aseguró él y avanzó hacia Naomi.

—¡Quédate quieto! —pidió Benjamín Adonis y lo apuntó con su arma en la cabeza.

Su actuar hizo que la mujer de la limpieza gritara aterrada, así como el niño.

Afuera, los policías comenzaron también a vociferar órdenes, amenazaban con entrar.

—¡Tiene un arma! ¡Tiene un arma! —advirtió la mujer y corrió hacia la puerta.

Adonis, sin saber qué hacer, golpeó en la cabeza a Connor para derribarlo y luego fue por la mujer. La encontró en la entrada, ella ya había abierto la puerta y pretendía salir.

Le disparó para evitar que huyera.

La policía comenzó a gritar y a correr hacia la casa, obligando al hombre a ubicarse tras una de las ventanas para disparar hacia los oficiales.

Trevor aprovechó su descuido y decidió escapar por la puerta trasera con George, pero Naomi descubrió su intención y exigió que se detuviera sacando un arma que tenía escondida en la silla de ruedas.

Apuntó hacia ellos, pero cuando estaba a punto de disparar, Connor se atravesó recibiendo el tiro.

Una serie de detonaciones se produjeron a continuación. Trevor se ovilló en el suelo y cubrió a George con su cuerpo mientras aquello sucedía y los oficiales entraban.

Naomi gritaba insultos y amenazas mientras luchaba con el cuerpo inconsciente de Connor que tenía encima.

Los oficiales lo apartaron y le quitaron el arma, luego la bajaron de la silla para esposarla y revisar que no tuviese otra pistola escondida.

Ella lloraba en dirección a Trevor, pidiendo auxilio.

Él sintió pesar por la mujer, por un momento quiso intervenir para que no la lastimaran, pero se enfocó en George, en calmarlo.

—Señor Harmon, ¿está bien? —preguntó el comisario Cotton al acercarse a él.

—¡Connor! ¡Connor está herido! —exclamó angustiado, viendo como otros oficiales se encargaban de su amigo y revisaban sus signos vitales.

—No se preocupe, ya vienen las ambulancias. Todo está bajo control.

Para él nada estaba bajo control. George no paraba de gritar y llorar en sus brazos, al igual que Naomi. Desde su posición veía a la mujer de la limpieza abatida junto a la puerta y escuchaba que los oficiales decían que el tal Benjamín Adonis estaba muerto.

Connor estaba inconsciente a pocos pasos de él, con su cuerpo semicubierto de sangre. Sintió miedo por la vida de su amigo, con la culpa palpitando en sus sienes.

Capítulo 58.

Trevor estaba sentado en la sala de espera de un hospital junto a Joey.

Su amigo suspiró con cansancio antes de hablar.

—¿No sientes una especie de *déjà vu*?

—¿De qué carajos hablas? —preguntó Trevor, sin dejar de revisar su teléfono móvil. Respondía mensajes.

—Tú y yo sentados en la sala de espera de un hospital mientras atienden a Connor. ¿Cuántas veces hemos hecho esto en nuestras vidas?

Ambos se observaron con incomodidad. Era cierto que aquello lo habían hecho muchas veces, porque Connor siempre fue un joven indetenible y temerario que solía meterse en problemas muy seguido.

Cuando eso pasaba, él no se comunicaba con sus padres para que lo socorrieran, sino con sus amigos. De esa manera se aseguraba que lo atendieran sin recibir reprimendas, luego las soportaba con resignación.

—De mi parte, espero que esta sea la última vez —dijo Trevor, aún molesto por la terrible situación que había vivido por culpa de Connor y de sus absurdas imprudencias.

En esa ocasión, no pudieron complacerlo manteniendo un silencio de amistad alrededor de su condición, sino que tuvieron que comunicarse con Natalia y con los padres del hombre para que acudieran al hospital.

En segundos aquel lugar se llenó con familiares y amigos de Connor, entre ellos, los Holland, quienes estaban preocupados por su salud, pero también, muy interesado por lo sucedido.

Natalia tuvo que contarles lo que sabía dejando que Trevor complementara su explicación con el agregado que faltaba, como la existencia de su hijo George.

Por supuesto, hubo mucho enfado y ansiedad por lo que escuchaban, pero el delicado estado de salud de Connor superaba sus sentimientos. Ya llegaría el momento de aclarar aquel asunto, por ahora, solo querían que él se recuperara.

La bala que Naomi le había dirigido se alojó en su costado. Aunque no llegó a perforar

ningún órgano de importancia, estaba en un sitio delicado. En ese momento lo operaban.

Trevor se había quedado en el hospital no solo para saber de él, sino velando por Gloria, por Thamara y por la mujer de limpieza de la casa en Lakewood que por fortuna no estaba grave. El disparo que había recibido de parte de Benjamín Adonis le atravesó el hombro.

Adonis fue el único fallecido en aquel asalto.

Trevor esperaba que el chofer fuese a buscarlo para ir a la mansión antes de acudir a la comisaría, donde tenían detenida a Naomi.

La madre de la mujer se movía con sus abogados para declararla incapacitada mentalmente y así evitarle la cárcel, aunque no podía seguir impidiendo que la encerraran en un hospital psiquiátrico.

Lo que había hecho en esa ocasión, superaba sus expectativas.

Trevor se sentía cansado y afligido, aquel problema había terminado de una forma muy violenta. Jamás hubiese querido que algo así sucediera.

Quería ir rápido a casa. Su abuelo se encontraba aquejado de salud por culpa de la preocupación, así como Kendra.

Todd había ido a la mansión con Julinka para ayudar en lo que pudiera, ya que Virginia y Frederick no se daban abasto atendiendo a los dos enfermos, a la hija de Thamara que seguía con ellos y consolando a Brianna, que no se apartaba ni un centímetro de su hijo.

A pesar de que los enfermeros también se encontraban en casa y esta se mantenía resguardada por varios miembros de seguridad que él había contratado, se sentía inquieto. Deseaba estar con los suyos.

—Trevor, ¿podemos conocer a George? —preguntó la madre de Connor al ver que él se ponía de pie con intención de marcharse.

—Hoy no. Lo vivido lo ha tenido muy nervioso, intentan dormirlo en casa. Cuando Connor se recupere, hablaremos del asunto. Podrán ir a la mansión a reunirse con él las veces que quieran, las puertas de mi casa siempre estarán abiertas si van con buena actitud.

—Quiero conocer a mi nieto —pidió la mujer con lágrimas en los ojos. La noticia la había conmovido.

—Lo conocerá pronto. Se lo aseguro.

Ella le dio un abrazo como agradecimiento y volvió con su esposo. Trevor salió del

hospital seguido por Joey.

—Espero que esto no desate un nuevo conflicto —dijo su amigo al llegar al estacionamiento, en referencia a la insistencia de los padres de Connor de estar cerca del niño.

—Si van por las buenas, no les cerraré las puertas, pero si pretender humillar a mi esposa o amenazar con quitarnos al niño, me volveré un lobo feroz. Eso te lo aseguro. No volveré a pasar por una crisis parecida a esta.

Trevor se despidió de Natalia, que se encontraba afuera fumando con unos familiares, y regresó a la mansión esquivando a la prensa que se hallaba al acecho. Joey se quedó un rato más en el hospital.

Apenas puso un pie dentro de su casa, Virginia lo agobió con preguntas, Frederick le informó de todas las llamadas y las visitas que había recibido ese día, preguntando por lo ocurrido, y Ashley lo abrazó exigiendo saber de su madre.

Luego de calmar a todos y confirmar que su abuelo dormía y Kendra se encontraba más tranquila recostada en su cama, fue a la habitación de Brianna, donde ella estaba con George.

Pasó en silencio, porque sabía ella dormía al niño. La luz estaba apagada y ambos se hallaban recostados en la cama.

Brianna cantaba una suave canción de cuna mientras el niño dormía abrazado a ella.

Se quitó los zapatos y se acostó detrás del chico, frente a la mujer, así pudo abrazarlos a ambos.

Brianna enseguida buscó su boca al tenerlo cerca, dándole el profundo beso que había añorado todo ese día.

—¿Cómo está él? —preguntó en susurros y en referencia a Connor.

—La operación fue exitosa y lo tenían en recuperación cuando me vine. Es fuerte, saldrá de allí pronto.

Ella lo observó con los ojos hinchados por las preocupaciones.

—Que terrible ha sido este día —dijo inclinándose hacia su hijo para besar su cabecita.

—Estaremos bien. Te prometo que desde ahora todo será diferente —aseguró apretándolos a ambos en su abrazo, dispuesto a cambiar desde ese momento la realidad de su familia.

Brianna de nuevo buscó su boca y susurró sobre ella varios «Te amo» sin dejar de besarlo. Con eso lo llenaba de energías y determinación.

Ya nada sería igual.

Por tenerlos a su lado, estaría dispuesto a dar su vida si así fuese necesario.

Capítulo 59.

Connor se pasó dos semanas en el hospital. Aquel tiempo le sirvió para pensar y reflexionar sobre su situación.

Había logrado mantener activas en Nueva York las negociaciones de los contratos que gestionaba con la NFL, pero ahora requerían de su presencia para cerrar esas negociaciones y darles curso.

Al salir del hospital se quedaría un par de días con sus padres para terminar de recuperarse y ponerse al día con la relación con ellos, luego prepararía su viaje.

A pesar de que sus padres aún no le perdonaban todos los conflictos que él había ocasionado en el pasado, decidieron retomar la relación con él. Su delicado paso por el hospital y la existencia de George les ablandó el corazón.

En varias ocasiones ellos pudieron compartir con el niño siendo recibidos en la mansión de los Harmon. Brianna estuvo muy tensa en cada uno de esos encuentros, pero logró superarlos gracias a la compañía constante de Trevor.

Él nunca se apartó de su lado. No iba a permitir que le hicieran algún desplante a su esposa y mucho menos, en su casa. Aquella gente siempre la trató de forma despectiva solo por venir de una familia humilde, pero ahora ella era una Harmon en toda regla.

Antes de dirigirse a la casa de sus padres, Connor fue a la mansión. Él no había podido ver a George porque Brianna no permitía que el niño fuese al hospital.

El chico ya había sufrido su cuota de ansiedad por un mes. Al menos, no quería que volviera a ponerse nervioso y a él los centros de salud lo inquietaban.

Al llegar, Trevor lo recibió en la puerta y lo acompañó a la sala. Connor caminaba con lentitud ayudado por un bastón.

—Pensé que no me recibirías —lo pinchó.

—Iba a lanzarle piedras a tu auto apenas lo hiciste entrar en el estacionamiento —dijo Trevor con seriedad—, pero recordé que ya no somos adolescentes.

Ambos se miraron a los ojos y sonrieron con pereza. Querían recuperar la camaradería, pero seguía habiendo cosas entre ellos que lo impedía.

Al sentarse en un sofá, Connor respiró hondo y observó a su amigo con fijeza. Trevor se había ubicado frente a él y seguía mostrando una postura de hombre sabio y decidido, al que nunca debió subestimar.

—En unas semanas volveré a Seattle para casarme con Margaret —informó, sin ningún tipo de emoción en el rostro—. Pero igual, voy a solicitar la paternidad de George. Quiero que el niño tenga mi apellido.

—Que tu abogado se comunique con el nuestro para iniciar los trámites. Brianna está dispuesta a facilitarte todo el proceso y establecer un tiempo de visitas para ti y para tus padres.

—Mi madre quedó muy emocionada con George.

—Lo sé, no hace más que llorar y pedir perdón cada vez que viene a verlo, y le ha traído tantos regalos, que tendremos que habilitar una segunda habitación para todos sus juguetes.

Connor aumentó la sonrisa.

—Y eso es solo el principio —bromeó, logrando esta vez relajar más el ambiente. Aunque pronto recuperó la seriedad.

—Quería pedirte disculpas por mis imprudencias —continuó—. Fui un completo idiota todo este tiempo, actué movido por los celos. Se me dio muy mal reconocer que había perdido a Brianna, siempre pensé que ella seguiría esperando por mí.

—Y lo hizo, solo que llegaste unas semanas tarde.

Connor apretó la mandíbula mientras asentía. Aunque en su pecho continuaran produciéndose sentimientos profundos por Brianna debía aceptar su derrota.

Ella había dejado de amarlo, incluso, antes de casarse con Trevor. Él solo logró confundirla al aparecer de forma repentina y llenarla de miedos al manipularla con quitarle al niño.

Le costó mucho aceptar esa realidad. Necesitó que lo golpearan, arañaran y le dispararan para entenderlo.

—De verdad, les deseo lo mejor. Solo te pido que… no le rompas el corazón.

—Eso nunca pasará. Te lo puedo asegurar.

Se miraron con fijeza, comprendiendo sus posturas. Trevor pudo entender que su amigo, a pesar de seguir fascinado con su esposa, la dejaría en paz por respeto y por mantener la armonía alrededor de su hijo.

Connor no solo había aceptado su derrota con Brianna, sino con los Holland. Sabía que no podría librarse del compromiso con Margaret aunque lo intentara, le debía más de lo que podía calcular.

Sabía que esa mujer estaba con él solo para librarse del control de su familia. Entre ellos no existía amor, aunque ambos estaban dispuestos a intentarlo, habían hablado bastante mientras estuvo hospitalizado, llegando a varios acuerdos.

A Connor no le quedaba otra opción que intentar construir una vida tranquila en la otra punta del país, mientras hacía crecer a su empresa para independizarse definitivamente y veía a su hijo convertirse en un hombre de bien.

Ya tenía una lista de consejos para darle en el futuro. No iba a permitir que George cometiera sus mismos errores, aunque buena parte de ese trabajo lo tenía ganado, porque sabía que Trevor velaría por él como si fuese un halcón.

Trevor no solo se había enamorado de Brianna, sino también, de George. Desde el momento en que los recibió en su casa, los aceptó como suyos.

Podía regresar tranquilo a Nueva York sabiendo que ellos estarían en las mejores manos. Nadie les daría mayor estabilidad y amor que Trevor Harmon.

La llegada de Brianna con George interrumpió sus pensamientos. Los próximos minutos los dedicó a compartir con su hijo sin que los nervios le ganaran.

No era un fanático de los bebés, pero con George sentía un cariño especial. Le gustaba como el niño lo miraba, como si tratara de reconocerlo. Como si supiera que él era alguien importante en su vida, pero no lograba recordarlo.

Se esforzaría por hacer que el niño lo recordara siempre, aunque estuviese en la distancia.

Pasó un rato con ellos en la mansión hasta que decidió marcharse. El chofer de su padre lo esperaba para llevarlo a casa, el lugar donde lo esperaba su familia y su prometida.

—Gracias —dijo Brianna a Trevor cuando estuvieron solos.

—¿Por qué?

—Supongo que para ti no es fácil tener por siempre a Connor entre nosotros. He intentado ponerme en tus zapatos y se me arruga el corazón.

Él la abrazó por la espalda, cubriendo también a George, y besó el cuello de la mujer.

—No te negaré que me amarga un poco su presencia, supongo que con el tiempo lo

superaré mejor. Lo que me ayuda ahora es pensar que cada vez que él se vaya, ustedes se quedarán entre mis brazos y se irán a la cama conmigo.

Ella sonrió traviesa.

—¿No irás a trabajar esta tarde?

—No. Todd se ocupará de todo mientras yo me tomo un merecido descanso con mi familia. Lo necesito.

Brianna se giró para besarlo en la boca. George se inquietó y buscaba meterse entre ellos para que le prestaran atención.

Trevor soltó a Brianna para cargarlo.

—¿Qué quieres ver hoy, campeón? ¿Ponemos dibujitos o seguimos viendo el documental de osos que estábamos mirando ayer?

La mujer se carcajeó por esa pregunta.

—Los osos le llamaron mucho la atención.

—Le gusta la naturaleza, como a mí. Tenemos que ir de campamento un fin de semana. Nos llevaremos la carpa y la lupa para ver insectos.

—Pero, ¿podemos estar cerca de un camping? Necesito un baño con paredes y techo.

—¡No! Tendrás que orinar en la tierra como lo hacían nuestros ancestros. ¿No es así, campeón?

George emitió un grito de alegría como si hubiese entendido su pregunta y lo apoyara. Juntos caminaron hacia la habitación que les correspondía en casa.

Brianna y Trevor ya no dormían separados, sino que compartían un mismo dormitorio. Y hasta habían roto el contrato matrimonial, decidiendo formar desde ese momento un matrimonio en toda regla, sin ningún tipo de limitantes.

Todo para ellos parecía comenzar a marchar bien, aunque Trevor seguía teniendo una incomodidad en el pecho.

Ese día Nakamura lo había llamado para finiquitar lo concerniente a la firma de la sociedad, pero él ahora no quería hacerlo. Por eso se había tomado la tarde libre, para pensarlo con frialdad.

Sentía que iniciaría un negocio con el hombre a base de engaños, porque todas las

tragedias que había sufrido ese tiempo tuvieron su origen en la presión que había experimentado por ese acuerdo.

No deseaba seguir acumulando engaños a su lista, necesitaba librarse de culpas, pero si le revelaba la verdad, perdería todo su esfuerzo.

Entonces, ¿estaría dispuesto a rechazar el contrato por el que había luchado por más de un año? ¿Cómo se lo explicaría a sus empleados y socios?

Aquella situación era lo que en verdad le preocupaba en ese momento. Esperaba que el compartir con su familia lo ayudara a aclarar sus dudas e inquietudes.

Capítulo 60.

La mañana del lunes, Trevor tenía la reunión más importante de su carrera como abogado corporativo y como presidente de Harmon y Asociados.

Se había preparado por años para ese momento y había asumido los riesgos más absurdos de su vida solo para lograr que se desarrollara aquel encuentro, pero sus intenciones cambiaron.

Decidió ser honesto consigo mismo y con la gente que lo rodeaba. Si algo había aprendido en ese tiempo, era que las mentiras y los secretos al final, dolían más que enfrentarlos cara a cara desde el inicio.

Mantener por mucho tiempo una farsa lo único que deparaban eran tragedias, y él ya no admitiría más tragedias en su vida. Se había jurado a sí mismo, y a la gente que amaba, que evitaría por todos los medios cometer más imprudencias.

Estaba sentado en la sala de reuniones de la firma junto a Todd y a tres de los socios de mayor rango. Llevaban un poco más de veinte minutos en aquel lugar, esperando.

Él se distraía haciendo girar en su dedo su anillo de bodas. Descubrió que hacer eso lo hacía sentirse cercano a Brianna y a George, a quien consideraba su hijo, aunque en realidad, no lo fuera. Estar con ellos lo calmaba y lo volvía más optimista.

Con ansiedad vio la hora en su reloj de muñeca, pero justo en ese momento se abrieron las puertas del salón y la señora Browm hacía pasar al señor Nakamura que venía acompañado por su hijo y por su equipo de abogados.

Se pusieron de pie para recibirlos y los saludaron con inclinaciones del torso, al estilo japonés, antes de estrechar sus manos e invitarlos a tomar asiento.

En una esquina de la mesa se encontraba Trevor, quien lideraría la reunión. En la otra Nakamura, con la seriedad y la concentración que lo caracterizaba.

—Bienvenidos, gracias por darnos esta oportunidad. Comenzaremos ya con los puntos a tratar para darle celeridad a este encuentro —inició Todd yendo directo al grano, como a Nakamura le gustaba.

Luego de las presentaciones y de la lectura de los convenios que ya todos ellos habían revisado y ajustado por más de año y medio, a Trevor le correspondía hablar de su impresión sobre lo realizado.

—Señor Nakamura, para mí ha sido un gran honor trabajar con usted y con su gente todo este tiempo. Usted ha sido como una escuela, me ha enseñado muchas cosas, no solo a nivel laboral, sino, de mí mismo. Por eso, le estaré eternamente agradecido.

El japonés sonrió e hizo una inclinación de cabeza como respuesta. Se mostraba satisfecho por los resultados presentados y por las expectativas desarrolladas.

—Sepa que alcanzar una sociedad con su compañía representará para todos los que laboramos en la firma que presido el mayor logro alcanzado. El status que nos otorgará esta sociedad será insuperable. Nos sentimos dichosos porque nos haya elegido sobre otros excelentes rivales, pero lamento informarle que es mi obligación rechazar este acuerdo.

Nakamura perdió por completo la alegría. Observó a Trevor con la sorpresa y la inquietud marcadas en sus ojos rasgados mientras sus acompañantes murmuraban entre ellos en su idioma.

—Y eso, ¿a qué se debe, señor Harmon? —preguntó el hijo del japonés, que se mostraba desconcertado.

—No firmaré esa asociación porque yo no he sido honesto. Desde el inicio pretendí engañarlos para garantizar que nos eligieran por encima de otros.

—¿De qué manera me engañó? —exigió Nakamura ceñudo, y algo molesto por aquella confesión.

Trevor respiró hondo y lanzó una mirada hacia sus socios, con quienes ya había hablado con anterioridad dejándolos estupefactos por lo que les había contado.

Solo Todd había estado al tanto de sus jugadas, apoyándolo por completo. El resto, nunca imaginó que él fuese capaz de hacer algo de ese calibre, pero igual decidieron ponerse de su parte porque los Harmon desde siempre les brindaron la mejor formación y el más sólido ambiente laboral.

Gracias a ellos habían crecido como abogados y poseían una buena estabilidad en sus vidas.

La sociedad con Nakamura los llevaría al máximo estatus laboral, pero sin ella, igual podían continuar con una carrera exitosa y fructífera.

—Mientras era un abogado perteneciente al equipo directivo de la firma, que recibía órdenes directas de mi abuelo Albert, fui un hombre algo despreocupado en cuanto a mi vida personal. No fui un libertino, pero no me interesaba estar atado a un compromiso tan serio como el matrimonio. Casarme nunca fue mi norte, solo buscaba el éxito profesional.

El japonés lo escuchó con atención, sin mostrar ningún tipo de emoción. Al igual que las personas que lo acompañaban.

—Cuando usted comunicó su interés en establecer una sociedad con nuestra firma, porque consideraba a mi abuelo un hombre íntegro y leal al ser cabeza de una familia y un fiel amante de su esposa, a pesar de que esta estuviese muerta, comprendí sus motivaciones. Supe que usted considera el matrimonio como un requisito indispensable para el buen actuar de una persona, por eso buscaba asociarse con una firma cuyo líder fuese alguien que formara parte de un matrimonio estable. Así que, cuando mi abuelo enfermó y debí asumir la responsabilidad de liderar esta empresa, pensé que no aceptaría la sociedad si yo no estaba comprometido. Con esa idea preparé un matrimonio por conveniencia para persuadirlo de que seguiríamos siendo la mejor opción.

El rostro de Nakamura sufrió algunos rápidos y repentinos cambios, que daban a entender que aquella confesión lo había impactado, pero pronto recuperó su seriedad.

—De verdad, lamento mucho haberlo engañado. Le confieso que mi matrimonio con Brianna, al inicio, fue un acuerdo para ganarnos su aprobación. No quiero sostener una sociedad en base a una manipulación, por eso he decidido serle sincero y rechazar su oferta. Entiendo que esté enfadado y que me considere una burla por no haber sido sincero. Solo le pido que no tome esta mala acción como algo colectivo. Todo fue un plan ideado y desarrollado por mí, el resto de mi equipo no tiene nada que ver en este asunto.

El silencio se extendió por más de un minuto, tiempo en el que Nakamura pareció reflexionar y sus acompañantes compartían miradas preocupadas entre ellos.

—Señor Harmon, agradezco su sinceridad —expresó el japonés—. El que haya decidido parar a tiempo la negociación para ser honesto es un gesto que le aplaudo, pero sigue pareciéndome de muy mal gusto que continúe ocultándome información.

Trevor lo miró confuso.

—Estoy aquí, rechazando su oferta y revelándole mi error para no ocultarle nada más, señor Nakamura. No sé por qué insiste en que continúo escondiendo información.

—Porque es evidente que este plan no fue ideado y desarrollado solo por usted —reclamó el hombre.

Trevor y Todd y compartieron una mirada inquieta.

—Fue así, señor Nakamura. Yo asumiré toda la responsabilidad de este hecho.

—Me parece muy valiente de su parte, sobre todo, por ser el presidente de Harmon y Asociados. Siempre se ha dicho que el capitán se hunde con su barco y eso es lo que usted está haciendo ahora, aunque, con eso sigue ocultándome cosas.

—Le garantizo, que no es así.

—Sí que lo es, señor Harmon. Puedo asegurárselo porque yo manejo esta información desde hace mucho.

Los colores se marcharon del rostro de Trevor, así como de sus socios.

—¿Lo sabía?

—Sí, señor Harmon. Su abuelo me lo confesó desde hace mucho. —La noticia paralizó a Trevor—. Me contó la forma en que ustedes idearon este plan desde hace más de un año y la forma en que el mismo fue fracasando y mutando con el tiempo, hasta el momento en que usted se casó con la señora Griffin. En parte, por eso le daba tantas largas a esta asociación, porque al inicio me sentí defraudado, pero luego lo vi como una acción arriesgada que demostraba lo capaz que usted podía ser cuando se proponía algo. No es una persona que se rinde con facilidad ante los inconvenientes, hace hasta lo imposible por llevarlos a cabo, ese tipo de representación quiero para mi compañía.

Trevor no podía salir de su asombro.

—Yo no podré estar por siempre en Estados Unidos, por eso busco a gente leal, confiable y arriesgada para que proteja con mano dura mis empresas en este país mientras estoy fuera. Lo que usted me ha demostrado todo este tiempo, asumiendo riesgos con ese matrimonio por conveniencia y la forma en que al final lo convirtió en algo real y sólido, me ha sorprendido. Gracias a su abuelo he seguido muy de cerca lo sucedido con su esposa y con el hijo de ella y los logros que han alcanzado juntos. Eso me ha demostrado que no me equivoqué con usted, menos ahora, que recibo toda esta sinceridad de su parte.

—Yo… bueno…

—Me gusta que como presidente de esta firma asuma siempre la responsabilidad de los errores cometidos —siguió Nakamura—. Eso me demuestra su nivel de compromiso, aunque le pido que jamás piense en engañarme ni manipularme de nuevo, señor Harmon. No me subestime. He sobrevivido a muchas situaciones delicadas en esta vida porque manejo una compleja y efectiva red de información. Ahora… ¿podríamos firmar ya esa sociedad? —pidió ansioso.

Trevor no podía creerse lo que escuchaba y le costó algunos segundos en reaccionar. Fue

Todd quien enseguida retomó el mando del evento y puso sobre la mesa los documentos necesarios.

Así pudieron dar fin a esa larga espera, plasmando en ellos, sus rúbricas.

Capítulo 61.

Eligieron el restaurante de Joey como lugar para celebrar la asociación con Nakamura. Habían sido invitados todos los empleados de Harmon y Asociados, a quienes pronto les aumentarían el sueldo al doble, también, mucho de los empleados de la compañía japonesa, quienes al fin obtendrían estabilidad laboral y posibilidad de crecimiento en ese país.

El ambiente estaba cargado de felicidad y satisfacción.

Albert, Kendra y Nakamura con su esposa estuvieron al inicio de la celebración, pero luego del brindis se marcharon dejando a los jóvenes, y a los más enérgicos, el placer de disfrutar de la fiesta.

Brianna había asistido con George, pero lo envió a casa con su madre y con Virginia, quienes viajaron resguardadas por miembros de un equipo de vigilancia privada contratada por Trevor.

A pesar de que el peligro había pasado, porque Naomi ahora estaba internada en un hospital psiquiátrico lejos de Seattle, él seguía manteniendo esa seguridad cuando no estaba en casa y no podía cuidar en persona del chico.

Necesitaba asegurar su bienestar.

Connor también velaba por él desde la distancia, manteniéndose siempre en contacto. Ya había establecido con ellos el proceso de reconocimiento de su paternidad, pronto viajaría de nuevo a la ciudad para presentarse en el Tribunal.

Mientras tanto, se ocupaba de su productora y de su reciente matrimonio en Nueva York, esforzándose por no seguir cometiendo errores.

Brianna nunca había disfrutado tanto de una celebración como lo hizo ese día. Bailó y conversó sin parar, siendo sus risas las que más resonaron en aquel negocio.

Se sentía feliz por haber alcanzado al fin la tranquilidad en su vida, por tener a alguien a su lado que la amara sin juzgarla y por lograr que los suyos estuviesen seguros. La estabilidad que alcanzó con su matrimonio la ayudó a reorganizar su vida.

No solo había logrado reconciliarse con Lynette antes de que ella se marchara a Texas, prometiendo ambas mantener una relación desde la distancia de respeto y cordialidad, sino que había retomado su carrera profesional.

Se inscribió en un curso de especialización, al tiempo que realizaba prácticas algunas horas a la semana en el Departamento de Protección Familiar del estado. Estaba dichosa con el trabajo que realizaba, que le permitía obtener una experiencia insuperable.

Trevor, por su parte, no podía sentirse más feliz con el éxito alcanzado, aunque, además, estaba algo asustado.

El nivel de responsabilidad que recaería sobre sus hombros de ahora en adelante se le triplicaría, cualquier otro error significaría un costo mucho mayor, pero además, el compromiso que sentía por su familia se volvía más sólido y firme.

Ellos eran lo más importante en su vida, tenerlos era lo que le aportaba la seguridad y el arrojo necesario para salir adelante con sus proyectos. Por eso no podía descuidarlos.

Veía, lleno de satisfacción y deseo, como su esposa celebraba con emoción la asociación alcanzada con los empleados.

Se había hecho uno con ellos, comportándose como un gran apoyo.

—Nunca imaginé ver a Trevor Harmon con cara enamorada —bromeó Joey al ubicarse a su lado y descubrir el motivo de la felicidad que reflejaba su amigo.

—El amor no resultó tan malo después de todo.

—¿Valió la pena el esfuerzo? —quiso saber su amigo, en referencia a todos los sucesos ocurridos desde que se atrevió a proponerle a su secretaria un matrimonio por conveniencia.

—Todos y cada uno —expresó con seguridad—. Por esa mujer volvería a caminar sobre carbones encendidos si fuese necesario.

Joey le palmeó un hombro antes de acercarse a la barra y pedir al barman que le pasara una botella de whiskey y dos vasos.

—¿Brindamos?

—¿Piensas emborracharme? —preguntó Trevor. Ya se había tomado varios vasos de whiskey y unos chupitos de tequila, si se bebía con su amigo esa botella completa quedaría inservible.

—Te dije una vez que si compartía un video tuyo en las redes sociales donde aparecieras haciendo alguna payasada en mi restaurante por culpa del alcohol, mi negocio se transformará en el lugar más chic de todo Seattle.

Ambos rieron por la referencia y llenaron sus vasos con licor para brindar por la felicidad y

por el futuro.

Horas después, al llegar a la mansión, Trevor y Brianna se dirigieron a la habitación que compartían caminando con torpeza por el pasillo por culpa de los besos y de las caricias que se daban.

Ella reía divertida al ver la desesperación que él sentía por quitarse la ropa antes de cruzar la puerta. Quería ya superar esa etapa de desnudarse previa al sexo.

—¡No dejes nada afuera! —pidió la mujer en susurros y se alejó de él para tomar la chaqueta de su traje, que había tirado segundos antes.

—¡¿A dónde vas?! —pidió Trevor con urgencia y la atrajo hacia sí.

La tomó por la cintura y entró rápido al dormitorio cerrando con un portazo.

—¡Vas a despertar a George!

—Tiene el sueño pesado y hoy está con la niñera.

Brianna no podía evitar reír por su actuar, aunque aquello la encendía como hoguera.

Trevor estaba tan ansioso que no pudo evitar romper el sujetador de la mujer buscando liberar sus senos, que enseguida amasó y chupó a su gusto.

—Ahora tendrás que comprarme otro —acusó ella entre gemidos.

—No será el primero que rompa —confesó él tomando por asalto su boca.

Cayeron en la cama desnudos y ambos ardiendo por el fuego que los consumía. Los dos batallaban por el control, incrementando así las ganas.

La insistencia de ella fue tanta, que Trevor tuvo que dejarse caer de espaldas en el colchón viendo como Brianna se sentaba a horcajadas sobre él y apresaba sus manos.

—¿No me dejarás tocarte? —gimió, embriagado por el deseo.

—Harás que me desconcentre —explicó la mujer y comenzó a amarlo como si la vida se le fuese de las manos si no lo hacía.

Al terminar, ella cayó sobre él agotada.

Su cuerpo entero palpitaba al mismo ritmo que el de Trevor, como si ambos tuviesen un corazón enorme que los abarcaba de pies a cabeza.

—Te amo, Brianna —confesó él de forma sorpresiva—. Cada día que pasa te amo más. No

sé a dónde llegará este amor tan profundo que siento por ti, pero no puedo ni quiero evitarlo.

Ella alzó su cabeza despeinada y sudorosa para así verlo a los ojos. Se estremeció al chocar con sus iris oscuros y embriagados, que destilaban tanto amor y deseo como los suyos.

—Quiero que lleguemos todo lo lejos que podamos, no nos limitemos.

Él sonrió complacido y le acarició el rostro para apartar los mechones de cabello que pretendían taparle el rostro.

—Eso haremos. Nada de limitaciones.

La giró en la cama para quedar sobre ella y se acomodó para continuar amándola desde esa postura, aunque, esta vez, con calma.

Como si paladeara el almíbar que cubría un exquisito postre dejando la promesa de que pronto le daría un firme mordisco para comenzar a devorárselo.

—Te amo, Trevor Harmon. Te amo —repetía ella una y mil veces en su oído, resultando como gasolina para sus motores.

La noche fue interminable para ambos, y tan ardiente, que no tuvieron oportunidad de pensar en nada más, solo en el amor que se profesaban.

Uno que pretendían conservar para siempre.

¿Te gustó?

Espero hayas disfrutado de esta romántica historia, te invito a dejar tu reseña en Amazon.

También te invito a visitar mi **TIENDA** donde encontrarás más novelas de mi autoría, tanto new adult como de romance contemporáneo, juveniles, de suspenso y comedia. Todas disponibles en Kindle Unlimited.

¡No dejes de leerlas!

Si quieres formar parte de mi comunidad lectora (y escritora) suscríbete en el siguiente enlace: **http://eepurl.com/budMpH** o escríbeme a mi correo **jonairacampagnuolo@gmail.com**. Me encantará conocer tu opinión sobre la lectura.

Un abrazo.

SOBRE LA AUTORA

Jonaira Campagnuolo, escritora de novela romántica que nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, pero ahora reside en Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a escribir a tiempo completo y a dictar talleres de escritura.

Sígueme en mis redes sociales:

Instagram: @jonairacampagnuolo
Twitter: @jonaira16
Facebook: JonairaCampagnuoloAutor